TITANES
DEL FUTBOL AMERICANO

Una Jugada nada planeada



SILVIE BASSET


TITANES
DEL FUTBOL AMERICANO
Una Jugada nada planeada
47
SILVIE BASSET

Una Jugada nada planeada



SILVIE BASSET

Ficha Técnica

SILVIE BASSET - Copyright
© 2026 – 1.ª edición

Portada y edición: Silvie Basset
Revisión: Camila Brinck
Corrección: Flávia Diniz, Lilian, Ingrid
Ilustraciones: Tacyla, Vane Lorenzi, Sophia

Primera edición publicada en portugués el 10/03/2026.

Todos los derechos reservados

Obra protegida por la legislación española de propiedad intelectual (Real Decreto Legislativo 1/1996).

Quedan reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida, comunicada públicamente o transformada, por ningún medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito de la autora.

ADVERTENCIA: La conversión de esta obra a PDF o su distribución no autorizada constituye una infracción de los derechos de autor y puede dar lugar a responsabilidades civiles y penales conforme a la legislación vigente.

Sumario

Una jugada nada planeada
Ficha técnica
Todos los derechos reservados
Sumario
Nota de la autora
Sinopsis
Dedicatoria
Lista de reproducción
Glosario
Prólogo
Capítulo 1 – Sidney Bennett
Capítulo 2 – Tyler Grant
Capítulo 3 – Sidney Bennett
Capítulo 4 – Tyler Grant
Capítulo 5 – Sidney Bennett
Capítulo 6 – Tyler Grant
Capítulo 7 – Sidney Bennett
Capítulo 8 – Sidney Bennett
Capítulo 9 – Sidney Bennett
Capítulo 10 – Tyler Grant
Capítulo 11 – Tyler Grant
Capítulo 12 – Tyler Grant
Capítulo 13 – Sidney Bennett

Capítulo 14 – Tyler Grant
Capítulo 15 – Sidney Bennett
Capítulo 16 – Sidney Bennett
Capítulo 17 – Sidney Bennett
Capítulo 18 – Tyler Grant
Capítulo 19 – Sidney Bennett
Capítulo 20 – Tyler Grant
Capítulo 21 – Tyler Grant
Capítulo 22 – Sidney Bennett
Capítulo 23 – Tyler Grant
Capítulo 24 – Sidney Bennett
Capítulo 25 – Tyler Grant
Capítulo 26 – Sidney Bennett
Capítulo 27 – Tyler Grant
Capítulo 28 – Tyler Grant
Capítulo 29 – Sidney Bennett
Capítulo 30 – Tyler Grant
Capítulo 31 – Tyler Grant
Capítulo 32 – Tyler Grant
Capítulo 33 – Sidney Bennett
Capítulo 34 — Tyler Grant
Capítulo 35 – Sidney Bennett
Capítulo 36 – Sidney Bennett
Capítulo 37 – Sidney Bennett
Capítulo 38 – Sidney Bennett
Capítulo 39 – Tyler Grant
Capítulo 40 – Sidney Bennett
Epílogo – Sidney Bennett
Agradecimientos
Otros libros de la autora
Serie Gladiadores del Hockey

Nota de la autora

¡Hola, querida lectora!

Bienvenida al mundo de los Titanes, nuestros jugadores de fútbol americano.

La nueva serie comienza con alguien que ya es una vieja conocida: Sidney Bennett. Ella estuvo presente en los cuatro libros de los Gladiadores del Hielo y fue cómplice de varios líos memorables… incluyendo ese episodio legendario del Pollo dentro del armario.

En fin.

Siempre dije que su momento llegaría.

Y ha llegado.

A lo largo de estas páginas, reencontraremos a personajes queridos y conoceremos a otros que surgieron naturalmente durante la escritura. Confieso que me encariñé con todos ellos, y espero que tú también lo hagas.

Los Titanes son increíbles.

Y, como siempre, me gusta ser sincera sobre lo que puede conmover tu corazón durante la lectura.

⚠ *Avisos importantes:*

La historia aborda el duelo y presenta una situación de homofobia, presentada de forma contextual, como parte de una noticia. También hay un rechazo… digamos, a medias, porque, seamos sinceros, Tyler es un perrito faldero, solo que con límites bien definidos.

La lectura es recomendada para mayores de 18 años, con escenas sexuales descriptivas y consumo de alcohol.

Si en algún momento la lectura no tiene sentido para ti, detente.

El objetivo aquí es simple: entretenimiento, implicación y una buena escapada de la rutina.

Solo te pido una cosa: si esta historia te ha hecho sentir algo, **déjale una reseña con cariño**.

Han sido muchos días de escritura, revisión, maquetación y trabajo intenso para que esta historia llegara a tus manos de la mejor manera posible.

Tu reseña ayuda muchísimo a que nuestras historias sigan viajando y encontrando nuevas lectoras.

Eso es todo.

¡Disfruta de la lectura!

Un beso,

Sil .

Sinopsis

NEW ADULT – JUGADOR DE FÚTBOL AMERICANO – EMBARAZO INESPERADO – CONVIVENCIA FORZADA – ÉL SE ENAMORA PRIMERO – FOUNDY FAMILY

Tyler Grant es un famoso jugador de la NFL que no sabe hacer nada a medias.

Cuando quiere a alguien, va a por ello.

Insiste.

Provoca.

Hasta que lo consigue.

Sidney Bennett aparece como un delicioso error en el camino: demasiado inteligente para dejarse engañar, demasiado centrada en su propia carrera y trabajando precisamente donde no debería involucrarse con atletas.

Aun así, la química entre los dos ignora las reglas, los cargos y cualquier rastro de sentido común.

El problema nunca fue el deseo.

Fue todo lo que vino después.

Tyler carga con un trauma del pasado que convirtió **el «sin hijos» en una regla innegociable**. No soporta la idea de vivir con

la expectativa de volver a perder a alguien.

Entonces la vida se ríe.

Un embarazo inesperado cambia completamente el juego, poniendo a prueba los sentimientos, las elecciones y los límites.

Sidney tiene que decidir cómo seguir adelante sin desaparecer en el proceso.

Tyler se ve obligado a enfrentarse a un pasado que nunca resolvió, y a un futuro que puede exigirle precisamente lo que juró no aceptar nunca.

Entre entrenamientos, partidos decisivos, exposición mediática y emociones que no caben en los contratos, descubren que **la jugada más importante de la vida nunca se planea.**

Dedicatoria

Para todos los que escupieron hacia arriba
y lo recibieron justo en medio de la frente.

Este libro es exactamente eso.

Porque todo el mundo se equivoca.
Lo que te define
es lo que hiciste después de la cagada.

A veces, la saliva no cae para humillar.
Cae para limpiar.

Incluso la forma de pensar.



¿Quieres leer el libro mientras disfrutas de *la Playlist?*
Haga clic aquí y suba el volumen.

Glosario

Término en inglés	¿Qué significa?
***Quarterback* (QB)**	Jugador que dirige el ataque y lanza el balón.
QB1 / QB2 / QB3	Orden jerárquico de *los quarterbacks* del equipo.
Depth chart	Lista/orden interno que define los titulares y suplentes en cada posición.
Huddle	Círculo rápido antes de la jugada para escuchar la llamada.
Snap	Momento en el que el centro pasa el balón al QB y comienza la jugada.
Rep / Reps	Número de veces que un jugador ejecuta jugadas/secciones en el entrenamiento.
Jugada	Acción llamada/planificada para esa jugada.
Play-action	El QB finge que va a entregar el balón para correr para engañar a la defensa y lanzar.
Dig	El receptor corre en línea recta y luego corta en ángulo hacia el centro del campo, atravesando la defensa.
Flat	Es una ruta muy corta, hacia el lateral, casi paralela a la línea de *scrimmage*.

Término en inglés	¿Qué significa?
Ruta	Ruta que recorre el receptor para desmarcarse.
Wide receiver (WR)	Jugador que recorre rutas para recibir pases.
Cornerback (CB)	Defensa que marca principalmente a los receptores.
Safety	Defensa más retrasado, ayuda en la cobertura y evita jugadas largas.
Linebacker (LB)	Defensor entre la línea y el fondo; marca, blitz, para carreras.
End zone	Área final del campo: donde se produce el touchdown.
Touchdown (TD)	Puntuación principal: entrar en la zona de anotación con el balón (corriendo o recibiendo).
Handoff	Cuando el QB entrega el balón a un *running back* para que inicie la carrera.
Blitz	Cuando los defensores atacan al QB para apresurarlo/sacarlo.
Sack	Derribar al QB detrás de la línea de scrimmage antes del pase.
Línea de scrimmage	Línea imaginaria donde se coloca el balón antes del *snap*.

Prólogo

Sidney Bennett

Tyler Grant es el hombre que me hizo sentir todas las emociones que un ser humano puede sentir a lo largo de toda una vida.

Por él, sentí excitación.

Mucho.

Lo cual, seamos sinceros, es relativamente normal cuando el tipo es sexy por naturaleza y tiene un físico hecho a medida para posar en revistas de desnudos sin que nadie se maree.

También sentí rabia.

Un poco.

Pasó rápido, porque, como dije… es muy atractivo. Y ningún rencor sobrevive a unos abdominales tan bien trabajados.

Me conmovi con su historia y quise formar parte de su vida.

Un amigo más siempre viene bien, ¿no?

Más aún cuando, de vez en cuando, podía tomar prestado el paquete completo.

En fin.

Lo usé. Lo usé mucho. Y me gustó tanto…

Que me volví adicta.

La adicción se convirtió en pasión.

La pasión se convirtió en amor.

Y el amor…

Mierda.

¿Has oído esa historia de que amar duele?

Pues sí.

Duele de verdad.

Es tan extraño que parece físico, como si el pecho hubiera aprendido a apretar por sí solo, sin pedir permiso al resto del cuerpo.

Lo peor es que ahora ese dolor no es solo mío.

Voy a tener que compartirlo con alguien que aún no sabe respirar bien. Alguien a quien voy a proteger con todas mis fuerzas y amar de la misma manera, aunque me esté derrumbando por dentro.

No necesito a Tyler Grant para criar a mi bebé.

Seré el padre y la madre que necesita.

Y eso…

Bueno…

Eso… voy a rezar para que sea suficiente.

Capítulo 1

Sidney Bennett

Necesito un conejo.

De verdad.

Un conejo parlante, vestido como un lord del siglo XVIII, con un reloj de bolsillo solo para restregarme en la cara, con toda la educación británica posible, que siempre llego tarde.

Intenté hacer todo lo posible para llegar a tiempo al *Lotte New York Palace Hotel*, pero, de una forma casi conmovedora, el universo reunió todas las posibilidades existentes —y algunas inéditas— para mantener intacto el ciclo inquebrantable de mis retrasos crónicos.

La posibilidad inédita ocurrió dentro del coche, de camino a mi destino, cuando decidí apretar solo un poco la correa de la sandalia.

¿Cómo podía imaginar que un suave tirón rompería esa cosita minúscula, eh?

Resultado: el conductor del Uber fue ascendido a zapatero honorario, prestándome una goma elástica «preciosa y muy atrevida» para ayudarme a no caerme del tacón.

Literalmente.

Ahora, aquí estoy, subiendo las escaleras del lujoso hotel donde mi excompañera de cuarto, Riley Davis, ha organizado la cena de ensayo de su boda.

La mención de excompañera se debe a que la rubia se mudó a un ático en Manhattan al día siguiente de la propuesta de matrimonio.

El *quarterback* de *los Giants* no le dio otra opción, después de todo.

Apareció en nuestro apartamento con cajas y otros dos jugadores dispuestos a hacer la mudanza.

Entre nosotros, Riley no iba a ponerse dura. Hacía tiempo que dormía mucho más allí que conmigo y con Paige.

Resbalo ligeramente, sintiendo que la correa de la sandalia se tambalea.

Mierda.

Aliso un pliegue imaginario en el vestido ajustado mientras una de las empleadas del hotel, situada junto a una columna, lista para ayudar a los huéspedes perdidos —o, en mi caso, a las damas de honor desesperadamente retrasadas para el evento en el salón de fiestas—, evalúa mi cordura.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta la buena alma, de ojos rasgados y un cabello que envidiaría cualquier devota fiel de las planchas alisadoras.

—Ah… sí. Estoy aquí para la cena de ensayo de Riley y Josh Gallagher —respondo con esa clásica sonrisa forzada de las personas momentáneamente inseguras.

¡Dios! ¡No soy insegura! —grito mentalmente, sacudiendo ligeramente la cabeza, como si eso fuera suficiente para recuperar mi verdadera personalidad—.

Todo porque no he tenido sexo en ocho meses.

Ocho. Malditos. Meses.

Y mis adorables amigas se empeñaron en animarme para que fuera lo más sensual posible, advirtiéndome que algunos compañeros de la universidad de Josh estarían presentes, así como los de *los NY Giants*.

No los conozco a todos, y a los que conozco…

Huyo como el diablo huye de la cruz.

Sigo apostando por los amigos que no están en el equipo.

Trabajo en el equipo de *los Giants*, pero mi contacto con los jugadores es mínimo, ya que me contrataron temporalmente para cuidar la lesión del *running back* Jared Knight.

Entre la ala de recuperación y el seguimiento físico, mi mundo se convirtió en un pasillo, y eso me alejó del resto del equipo.

Algunas caras incluso las reconozco.

Y, por supuesto, conozco la de Josh.

Sobre todo porque fui yo quien se lo presentó a Riley.

Mi amigo del colegio — y exnovio de Summer[1] — tenía sus traumas que resolver en terapia. Y nada más lógico que cruzarse en el camino de la terapeuta que nos atendió a mí, a Brooke y a Winter. Todas con el mismo dolor: perder a una amiga.

Para Winter, sin embargo, fue más duro.

Summer era su hermana gemela.

Josh sufrió tanto como ella. Después de su muerte, nunca volvió a tener una relación seria. Hasta que se enamoró de su propia terapeuta.

Fui testigo de primera mano de un romance prohibido en el que la profesional negó todo lo que pudo la atracción que sentía por el paciente.

Aposté con Paige a que Riley cedería en dos meses.

Perdí la apuesta.

Duró un poco más. Por dos míseros meses, me quedé cien dólares más pobre.

—Siga por la derecha. Allí, alguien la recibirá y la acompañará al salón. — La chica de sonrisa educada gesticula, indicándole el camino.

Agradezco con un ligero movimiento de cabeza. Agarro mi *bolso* como si fuera la tabla de salvación de coños olvidados y sigo con pasos firmes en dirección a los supuestos palos responsables de sacarme de la miseria.

Si consigo más de uno después de tantos días de sequía, me propongo quedarme tostada y sin sentarme durante una semana.

La diosa de Oriente acertó con las instrucciones. No tarda mucho en aparecer el segundo portero del castillo y entrar en el salón de fiestas, elegante, iluminado y decorado con arreglos florales y candelabros dignos de un cuento de hadas para adultos.

—Llegas tarde —resuena la voz melosa de Paige justo detrás de mí. Giro mi cuerpo sobre su propio eje y le robo la copa de champán.

—Habría llegado a tiempo si cierta diseñadora de moda no me hubiera hecho probarme cinco vestidos antes de elegir este. —Me bebo la copa de un trago, la dejo en la e a bandeja de un camarero que pasa a nuestro lado y cojo otra llena.

—Tienes suerte de contar con una diseñadora perfecta del equipo de Vera Wang para ayudarte —dice sin modestia alguna—. La pelirroja se ha ganado su lugar y sé que pronto se hará un nombre en las pasarelas. —Por cierto, este vestido te queda perfecto.

Miro mi reflejo en uno de los muchos espejos del salón, analizando mi perfil.

Mi trasero quedó perfecto. El vestido negro de corte asimétrico, con un tirante fino y otro más ancho de tela brillante, se adapta a cada curva de mi cuerpo.

El pelo está impecable, ya que salí del salón esta mañana temprano después de retocar las mechas rubias de mi *ombré hair.* Aproveché para hacerme un brushing con rizos, así que sí… *estoy buenísima.*

¿La inseguridad de antes?

¡Que le den!

—¡Por fin! ¿Por qué has tardado tanto? —Riley, la novia, anuncia a todo el mundo mi retraso.

Inclino la cabeza y esbozo una sonrisa cínica a la pelirroja a mi lado. Ella se empeña en mirar al techo y beber champán, quitándose de en medio.

—Cierta persona… —analizo el vestido sin mangas y con falda acampanada, solo para dejar muy clara la identidad de la culpable— que va de azul real me hizo cambiarme de ropa varias veces, ¿sabes?

Paige se atraganta y me señala con la copa de champán.

—Iba vestida como una monja. El segundo vestido parecía la bata que usa en el trabajo.

—Era un vestido de Dior. Muy elegante, ¿vale? —replico, ofendida a nivel personal.

—Que lleva mi madre —responde Paige, sin una pizca de compasión.

Suelto un sonido indignado y me llevo la mano al pecho de forma teatral.

—Y ya hemos acordado que tienes que salir de tu sequía, amiga —continúa, cruel y extrañamente coherente—. Tu mal humor matutino es insoportable.

—Siempre estoy de mal humor cuando me levanto.

—Cuando estabas en activo, era difícil —Riley completa el juicio, sacudiendo la cabeza como si estuviera leyendo mi historial médico.

—¿Tú también, Bruto?

Las dos brindan.

Traidoras.

Antes de que pueda dar una respuesta decente, doy un sorbo de champán y decido tomar el control de la situación.

—Vale —nuncié m , mirándolas a ambas—. Apuntad hacia donde yo mire y empezaré la caza.

Paige sonríe con el rabillo de la boca. Riley casi se atraganta.

—Lo dice en serio —comenta Paige, divertida.

—Siempre lo he sido —respondo, girándome ya.

Recorro con la mirada el salón con calma, como quien analiza terreno enemigo. Sin desesperación. Sin prisas. Solo observación estratégica.

Primero, localizo lo obvio: el novio.

Josh está a unos metros, riendo a carcajadas mientras habla con dos compañeros. Guapo, cómodo en su papel, claramente feliz. Veo en él al mismo chico del colegio, solo que ahora vestido con un traje caro y a punto de casarse con una de mis amigas.

Sonrío, satisfecha.

Más a la izquierda, reconozco otra cara familiar.

Jared Knight.

Mi paciente. El *running back* con el que he pasado los últimos meses entre ejercicios de fortalecimiento, estiramientos forzados y muecas de dolor controlado. Habla con alguien mientras apoya más peso en una pierna que en la otra, un vicio reciente que yo misma intento corregir.

Pongo los ojos en blanco mentalmente.

Claro que él estaría aquí. Jared y Josh son tan amigos que él será uno de los padrinos en el altar. Continúo la búsqueda y cuando mis ojos se posan en el chico a su lado, me detengo.

Porque no es una elección.

Es un impacto.

Está al lado de Jared.

No habla. No ríe. No gesticula.

Solo mira.

Directamente a mí.

El tipo de mirada que no recorre el ambiente. Que no se distrae. Que encuentra y se queda. Fija. Intensa. Demasiado calculada para ser casual.

Siento que el aire se detiene por un segundo en mi pecho.

No aparto la mirada. Ni sonrío. Solo aguanto, tratando de recordar cómo se respira cuando alguien te observa como si ya hubiera decidido algo.

—¿Lo has encontrado? —susurra Paige detrás de mí.

—Quizás… — respondo, sin apartar la mirada de él.

—¿Quién es? —pregunta Riley, girando el cuerpo hacia donde yo miraba, pero la detengo con un toque sutil y le hago una mueca de reproche.

—Te está comiendo con los ojos —canta Paige. Ella puede mirar, ya que está de lado. La visión periférica es una bendición en estos momentos para las mujeres.

—¿Quién es? —pregunta Riley impaciente y, antes de romper todo el encanto de hacerme la difícil, decido revelarlo.

—Tyler Grant.

El tipo que me ha estado rondando desde que me vio por primera vez cuidando de su mejor amigo, Jared Knight. Lo he estado evitando por razones obvias: donde se gana el pan, no se come la carne.

—Ah… —murmura comprensiva—. Está aquí como acompañante de Jared.

—¿Están juntos? —Paige toma la iniciativa en el interrogatorio.

—Que yo sepa, no.

—¿Tyler es gay? —pregunto, confundida. Durante la recuperación de Jared, no dejaba de ir allí. Y juro que pensé que era

por mí. Siempre se me ha dado bien interpretar las insinuaciones verbales y gestuales. Pero ahora estoy confundida.

¿Son pareja?

No lo sé.

—Por lo que yo sé… no. —Riley se encoge de hombros—. Sé que Jared es bisexual. Tyler es su mejor amigo y vino en lugar de su exnovio…

—Entonces, Tyler está llenando el vacío que dejó el ex de Jared. Vale, amiga. Todavía puedes jugar con el guapo — Paige te anima.

—No sé si quiero. Tengo traumas por salir con bisexuales. ¿Te acuerdas de lo que pasó en la universidad?

—Amiga, te liaste con todos los patinadores del equipo, ¿no? Era difícil que no saliera mal —señala mi error.

—Lo peor fue participar en un triángulo amoroso. Fue horrible salir con un chico y descubrir que solo era para dar celos a su ex.

—Ya superamos ese trauma hace tiempo, ¿no? Ya basta — Riley, mi terapeuta de guardia, refuerza los años que fue psicóloga gratuita de todas las Kappas, nuestra hermandad durante la universidad. Ella y Paige eran presidenta y vicepresidenta, respectivamente.

—¿No tienes ningún primo guapo? —pregunto, buscando otras opciones en el salón—. Quizás ligarte a uno de *los Giants* no sea una buena idea.

—Como todavía estás en contrato temporal, estás exenta de esa regla —dice Paige, cogiendo un canapé—. Esto está muy bueno.

—ero quiero que me contraten. ¿Lo has olvidado?

—Claro que no. Por eso tienes que ligarte a uno ahora, para tener tiempo de desengancharte —explica Riley y coge dos copas de champán, ofreciéndome una—. Ánimo líquido, guapa.

—Ocho meses te han dejado oxidada, ¿eh, amiga? No tienes valor para ligarte a *un chico* —me provoca Paige y yo respondo con total madurez, sacándole la lengua.

—Voy a dar una vuelta y buscar a alguien. Si no encuentro a nadie, me quedo con Grant —declaro.

Si hay que salir del bache, que sea así.

Sin planificación.

Sin antecedentes.

Y, preferiblemente, sin repetir el error de la Universidad de Michigan.

Capítulo 2

Tyler Grant

El día de la boda

—No sé si sobreviviré a tres bodas más para tener mi propio funeral[2] , tío —comento, tirando de la corbata para aflojar un poco el cuello—. Una boda es suficiente para torturar a Tyler Junior durante toda una temporada.

—¿Las chicas no se echan atrás cuando te refieres a tu polla como Junior, no? Da la impresión de ser pequeña —Knight, mi mejor amigo y pésimo consolador, demuestra que su atención está más centrada en mi genitalia que en mi drama actual.

Me giro hacia él, acomodándome mejor en el banco del bar.

—Suelen dar *por detrás* y por delante también. Y tú me has visto desnudo casi tanto como mi propia madre, tonto. Sabes que aquí nada es pequeño.

—Y mucho menos el ego —concluye y le hace una señal al *camarero* para pedir otra ronda de whisky.

Estamos en la boda de Josh, nuestro *quarterback*. Y, para variar, estoy sufriendo de bolas azules al mirar a la madrina sexy, fisioterapeuta contratada por el equipo hace más de nueve meses para ayudar en la recuperación del insensible a mi lado.

Jared se rompió el ligamento cruzado de la rodilla derecha en una jugada en el campo, lo que requirió refuerzos en el equipo de

fisioterapia para su recuperación. Me encantó cuando el refuerzo vino con un culo perfecto, una cintura fina y unos pechos redonditos que pude ver en una camiseta sin mangas.

¿El gran problema?

La chica es resbaladiza como el jabón en una sauna, mientras que yo soy el tipo que quiere agacharse para cogerla sin que me la den por culo.

—Acepté ser tu acompañante por una razón, Knight. Y él está ahí, con un vestido rojo, bailando como una diosa.

—Qué mierda, ¿eh? Pensé que habías venido por mis hermosos ojos marrones —se queja, con ese aire afectado nada ofendido—. Te voy a degradar y poner a Josh como mejor amigo.

—¿Y no lo es? Incluso te has convertido en el padrino del tipo —refunfuño, bebiendo un sorbo de mi copa.

—Josh es como… un amigo reciente. Tú eres histórico —replica Jared—. Llevas mucho tiempo aquí. Hemos compartido suficientes tonterías como para mantener una amistad de por vida.

—Traducción: sigo siendo el mejor amigo, solo que no tengo contrato.

—Exacto.

Pongo los ojos en blanco, pero sonrío por un lado. Conozco a Knight desde antes de que fuera ese paquete de músculos, dinero y cero paciencia para las relaciones.

Lo contrataron antes que a mí en *los NY Giants.* La amistad con el *quarterback* surgió automáticamente. Tenían ese tipo de conexión dentro y fuera del campo que tenemos con pocas personas en la vida. Sin embargo, yo hice esa conexión primero con el grandullón de ahí.

Lo cual no impidió que su amistad se elevara a un nivel tan alto que Jared es uno de los padrinos del novio.

—Pero hablando en serio. ¿No pregunta por mí? —me arriesgo, intentando volver a preguntarle por la chica guapa de

nuestro equipo de fisioterapia.

—Ah, claro… preguntó por el idiota que siempre va a la sala a traerme agua, incluso cuando tengo la botella llena.

—Solo me preocupa tu hidratación. El agua es importante para quien se está recuperando. Más aún de un ligamento.

—Está bien, Ty… —Jared esboza una media sonrisa—. Pero en su trabajo, la chica estaba centrada en el guapo de aquí. —Se señala a sí mismo—. Ahora aquí… el ambiente es otro. El matrimonio trae consigo toda esa *vibración* que les gusta a las mujeres para encontrar a un príncipe. Así que, ve a por todas, tigrón.

—Así me confundes. ¿En un momento soy un príncipe y al siguiente soy un tigre? —digo con tono burlón.

—Tonto. Lo has entendido perfectamente.

Suelto una carcajada y recorro la pista de baile en busca de mi hechicera.

—Llevo desde ayer intentando cazarla. Pero parece que la han entrenado en alguna organización para ser tan buena huyendo. Creo que es una ninja disfrazada.

Ayer, la noche de la cena de ensayo, tenía todo un repertorio en mente. La idea era acercarme, elogiar ese maldito vestido —que me imaginaba rasgando por completo— y luego conquistarla.

Ir poco a poco, ya que la forma directa a la que estoy acostumbrado me está dejando en el banquillo.

—Sabes que te estás obsesionando. Creo que todo esto es porque te ha rechazado más de una vez.

—Solo necesita conocer el material para pedir *una repetición*.

—Tenías que seguir adelante, tío. Tener una autoestima así es jodidamente difícil.

—Dice el tipo que escribió el manual «Más de mil maneras de terminar».

—Rompí con Donald porque se estaba volviendo tóxico —responde rápidamente.

—¿Y con Arabeth? ¿Por qué fue?

—Ella quería mucho más de lo que yo estaba dispuesto a dar.

Levanto las cejas, con ese aire de superioridad que demuestra precisamente mi punto.

—Está bien, vale. Pero estamos hablando de ti. No de mí. Y puedo entender el punto de vista de Sid. Ella acaba de incorporarse al equipo.

—¿No mezcla el placer con el salario?

—Algo así. —Jared inclina la cabeza y frunce el ceño de repente. Sigo su mirada y comprendo el motivo de su expresión seria—. Donald no deja de mirarme.

Me acerco a mi amigo y lo rodeo con un brazo.

—Por eso estoy aquí, ¿no? Soy tu acompañante de reserva.

Él suelta una risa sin humor.

Su exnovio trabaja en el bufete de abogados de la familia de Josh. Así que vino en el paquete de —invitados cercanos.

—No deja de darme la lata con eso de «tenemos que hablar». Ya he hablado. Mil veces. Estoy cansado de explicar el fin de la relación a alguien que prefiere discutir.

—¿Quieres que le gruña? —le ofrezco—. Puedo poner cara de novio posesivo.

—Por favor. Si es posible, muy amenazante.

—Yo lo hago mejor. Seré el mejor amigo heterosexual inconveniente que no se aparta de tu lado.

—Ya lo eres.

Nos reímos.

Es entonces cuando, al otro lado del salón, ella vuelve a cruzar mi campo de visión.

Sidney Bennett.

Vestido rojo brillante pegado al cuerpo, postura demasiado segura para alguien que claramente está huyendo de mí desde que llegó. Se ríe de algo que dice su amiga, pero sus ojos… sus ojos deambulan.

Y entonces encuentran los míos.

Por un segundo, no existe nada más.

—Te está mirando —comenta Jared en voz baja.

—Lo sé —susurro en el mismo tono.

—¿Lo vas a intentar de nuevo?

—Sí.

—Valiente.

—Persistente —le corrijo—. Hay una diferencia.

Empujo el vaso vacío hacia el camarero y me arreglo la chaqueta en el reflejo del espejo detrás de la barra. No pienso demasiado. Pensar lo estropea todo. Camino hacia ella con la confianza entrenada de quien sabe ocupar espacio, pero, a cada paso, noto cómo reacciona su cuerpo: el peso cambia de pierna, la sonrisa se vuelve un poco torcida, ese tipo de ansiedad buena que delata el interés antes de que la boca lo confirme.

El resto del salón desaparece.

Las voces se convierten en ruido.

Estamos solos en medio de la pista.

—¿Me enseñas esa coreografía? —le pregunto sin rodeos. Es lo que viene. Y viene bien.

Ella arquea las cejas, divertida.

— ¿Quieres bailar *All the Single Ladies*? —me provoca, sonriente.

— Si puedo agarrarte por la espalda y darte una palmada en el trasero como ha hecho esa chica… claro que quiero.

Ella estalla en una carcajada, de esas que hacen girar cabezas y derriban cualquier defensa. Me río con ella, sin siquiera intentar disimular.

Esa energía que siento cuando estoy a su lado fue lo que me atrajo de esta chica. El día puede ser gris, lluvioso y desagradable, pero ella entra en escena como si llevara un sol en la mochila.

—Creo que no van a repetir la canción —comenta, aún sonriendo—. Pero podemos probar con esa. ¿Qué te parece?

Sigo el gesto de su dedo hasta la mesa del DJ. El ritmo cambia. Más marcado. Más fácil de seguir. Cuando los primeros acordes de «*Yeah!*» de Usher resuenan en la sala, siento que el *momento* juega a mi favor.

—Esta puedo sobrevivirla —digo.

Ella se acerca un poco más. No lo suficiente como para tocarme. Solo para reducir la distancia. Una prueba silenciosa.

—Entonces ven —me desafía.

Pongo mis manos en su cintura, firme, sin prisa. Nuestros cuerpos encajan como si lo hubiéramos ensayado antes. No hay una coreografía perfecta, ni un conteo exacto. Solo ritmo.

Ella se ríe cuando se equivoca en un paso. Yo me equivoco con ella. Me adapto. Aprendo.

—¿Lo ves? —dice, inclinando la cabeza hacia atrás, demasiado cerca de mi boca—. No era tan difícil.

—Aprendo rápido — respondo en voz baja—. Solo necesitaba a la profesora adecuada.

Ella me mira un segundo más de lo necesario. La sonrisa se desvanece. El aire cambia. El baile se convierte en otra cosa.

Si ella sabe esquivar, yo sé reconocer el terreno.

Reducir la distancia.

Y avanzar cuando la música lo pide.

— Tengo muchas ganas de besarte —susurro, sintiendo el sabor de su cálida respiración en mi boca.

Ella parpadea varias veces, mirando a su alrededor. Todo mi cuerpo se tensa, preparado para el «no» y listo para contraatacar.

— Aquí hay mucha gente —murmura, demasiado cerca. —Y yo soy nueva en el equipo.

Frunzo el ceño, confundido.

—¿Es eso un rechazo?

—No. — Sonríe de lado—. Es por instinto de supervivencia.

Inclina la cabeza, acercando la boca a mi oído.

—No quiero ser la chica que el *wide receiver* salió uma noche… y olvidó al mes siguiente.

Fingo ofenderme, llevándome la mano al pecho.

—¡Ay! Mi ego acaba de pedir asistencia médica.

Ella se ríe entre dientes.

—No finjas que no sabes de tu fama.

Justo.

—Vale —cedo—. Un historial complicado. Lo admito.

Ella sostiene mi mirada durante un segundo demasiado largo para alguien que está tratando de ser racional.

—Por eso —continúa—, si vas a cometer un error… que sea lejos del público.

Discretamente, señala con la barbilla una salida lateral del salón.

—Yo voy primero.

Y se va.

Sin mirar atrás.

Sin correr.

Sin dudar.

Mi sonrisa aparece antes incluso de darme cuenta.

Ella no huyó.

Espero unos segundos, lo suficiente para no llamar la atención, y sigo adelante. El pasillo lateral del hotel está demasiado silencioso después de la música. Piso una alfombra gruesa que absorbe la luz tenue y las paredes claras.

La encuentro en el vestíbulo más pequeño, cerca de los baños. Está apoyada contra la pared, con los brazos detrás del cuerpo y el pecho subiendo y bajando rápidamente.

—Pensé que te habías rendido —me provoca.

—Nunca.

Me agarra de la corbata y me empuja hacia el baño. Entramos riendo en voz baja, casi tropezando. Oigo cómo cierra la puerta con llave y me inclino sobre ella.

Nuestras respiraciones se mezclan.

Me acerco lentamente, dándole la oportunidad de retroceder. Ella no retrocede. Al contrario, apoya su cuerpo contra el mío, posando sus manos firmes sobre mi pecho.

—Solo para que quede claro —susurra—, esto no significa ninguna promesa.

—Menos mal —respondo—. Odio la presión.

Primero beso la comisura de sus labios. Luego, su mandíbula. Ella suspira cuando mis manos vuelven a encontrar su cintura, y l o aprieto con la intención suficiente para dejar claro que no estoy bromeando.

—Tyler… —dice mi nombre como advertencia e invitación al mismo tiempo.

Apoyo mi frente contra la suya.

—Tú me has traído hasta aquí.

Ella sonríe.

—Dije que no quería público. No que me fuera a marchar.

El beso ocurre sin cuenta atrás, sin coreografía, sin vuelta atrás. Urgente. Caliente. De esos que te hacen olvidar dónde estás. Ella jadea, y aprovecho para invadir su boca con mi lengua, reclamando la suya para bailar la música que suena en mi cabeza. Espero que en la suya también.

—Eres tan sexy… —murmura, levantando la pierna por la abertura del vestido y enroscándola en mí. Su cadera se proyecta hacia delante, rozando el centro de mi entrepierna.

—Creo que estoy soñando —comento, perdido en la excitación que explota en mis pantalones.

—No lo estás, delicia. Te lo demostraré. —Sorprendiéndome, me coge la mano y la coloca entre sus piernas—. Siente esto. Estoy toda mojada por ti.

—Joder… —Me acerco a su boca, apartando las bragas a un lado y comprobando la realidad que ella dice—. Tan suave y resbaladiza… Mi polla se deslizará fácilmente aquí, nena.

—Eso espero, campeón. —Sidney se contonea sobre mi mano, buscando su placer, mientras me desabrocha el cinturón con un e habilidad magistral, revelando a Tyler Junior en todo su esplendor.

Su silbido me hace sonreír con aire de suficiencia.

¿Lo ves, Knight? Junior no tiene nada de pequeño.

La sexy no espera y me empuja, levantando el vestido hasta la cintura. Mi boca se llena de saliva al ver las diminutas bragas de encaje rojo que apenas cubren su pubis. Se sienta en el lavabo, abriendo las piernas para exhibir el espectáculo de su delicado coño, como pétalos de rosa, goteando su néctar.

—¿Solo vas a mirar? —pregunta, masajeándose el clítoris y mirándome de esa manera tan traviesa.

—Quiero mirar, lamer, devorar… todo, guapa.

Me acerco a ella, agarrándola para levantarle el vestido, y vuelvo a besarla, saboreando sus labios.

Ella gime suavemente y mueve las caderas, esparciendo su lubricación por toda mi longitud.

—¿Condón…?

—Quiero más que eso, guapa…

—Aquí y ahora… te daré un rapidito. Más tarde… — Me muerde el lóbulo de la oreja antes de susurrar: — Me siento en tu cara y cabalgo tu menuda polla.

El aire sale con dificultad y, cuando me doy cuenta, ya he entrado en su coño con una fuerte embestida. Ella arquea el cuerpo hacia atrás y yo prácticamente grito de dolor y placer al mismo tiempo.

—Estás muy estrecha, joder —jadeo, sin aliento.

—Y tú eres grande. Pero no estamos en una competición, ¿verdad? —Ella se ríe, con dificultad. Yo también.

—Mierda. Me metí sin condón. Lo siento, nena. Pero estoy limpio, lo juro.

—Lo sé. Vi tus análisis.

—¿Los has visto? —Sonrío, convencido porque ella quiso saber algo sobre mí.

—Los vi de todos los jugadores. — Ella pone los ojos en blanco, entendiendo mi sonrisa. — Y yo uso DIU[3] . Así que no hay problema. Pero no te corras dentro, ¿vale? Todavía tenemos que volver a la fiesta. Más tarde, en una habitación, puedes correrte hasta en mi cara.

—Te lo voy a cobrar. — La sonrisa desaparece y, antes de que ella responda, me lanzo hacia adelante, haciéndola responder con un gemido sensual.

El movimiento ondulante de sus caderas, aceptando mis embestidas, me vuelve cada vez más loco.

Hundo mi cara en la curva de su hombro, mordisqueando y lamiendo. Su sabor agridulce, mezclado con el aroma de su perfume floral, le da un toque único al momento.

Sid acompaña cada embestida, follándome a su vez. Su interior palpita alrededor de mi circunferencia como varios anillos que se aprietan y se sueltan, aumentando la intensidad. Le bajo el escote del vestido y me encuentro con uno de esos adhesivos para los pezones.

—¿Por qué coño usan las mujeres eso?

—¿Para que el pezón no se marque en el vestido? —responde, sin dejar de moverse.

—¡Que te jodan! —Le chupo el pezón de todos modos, queriendo tirar del papel con los dientes. Pero me contengo y me limito a lamer y morder. —Te quiero sin nada después, ¿entendido?

—Yo digo lo mismo, campeón. En nuestra competición, tú eres el que lleva más ropa, ¿no?

—Pensaba que no estábamos compitiendo.

—Empezamos a competir cuando te quejaste de mi pegatina. Ahora fóllame bien y hazme correrme, vamos.

Gruño y la invado, sintiendo cómo las paredes de su estrecho coño me aprietan cada vez más.

Maldición.

No voy a aguantar si ella sigue follándome. Pienso en las jugadas, en lo jodido que fue el último partido que perdimos. Luego en el susto que me llevé cuando vi a Jared tirado en el campo. Y vuelvo a tener el control de mis pelotas.

Empujo con más fuerza, el pulso de coño se vuelve más rítmico y fuerte. Pongo el pulgar en el clítoris hinchado, imaginando cómo debe ser la textura suave en mi lengua. Entonces, oigo un gemido agudo y continuo. Levanto la mirada y la veo abrir la boca con los ojos cerrados, el ceño fruncido y el canto de la maldita sirena que continúa mientras su coño me aprieta intensamente.

Nunca estuve con alguien que me apretara así. Había oído hablar de ello. Sin embargo, pensaba que era una leyenda urbana.

Empujo con más fuerza hasta que mis testículos se retraen y el cosquilleo sube por mis muslos en ondas eléctricas hasta la punta de mi pene.

Sigo con avidez, rugiendo mientras el placer se apodera de mí. En el instante en que siento el líquido subir por mi miembro, salgo rápidamente, sujetando la base para que el placer perpetúe hasta el éxtasis final mientras la mierda se escurre entre mis dedos.

—Gracias… —dice en voz baja, subiéndose el escote. Levanto los ojos, confundido. —¿De verdad te has corrido?

—¿Por qué? ¿Hay gente que no cumple y se corre dentro?

—No lo sé. Era la primera vez que follaba sin condón. — La confesión me deja fuera de mí.

—Yo… lo siento. Es que…

—No pasa nada, campeón. Tranquilo. Tenía muchas ganas —dice mientras se arregla con una destreza impresionante—. Ahora, arréglate tú también. Voy a volver primero a la fiesta. Para que no se note demasiado, ¿no? —Me guiña el ojo y se marcha, sin darme una segunda oportunidad para pedirle perdón.

Me quedo allí en el baño durante unos minutos con una sensación inédita.

Es la primera vez que lucho tanto por un coño. Y después de tenerlo, me siento usado. Y peor. Mucho peor.

Acabo de descubrir que soy un hombre sin escrúpulos…[4]

Porque quiero repetir.

Capítulo 3

Sidney Bennett

Leí en alguna parte que el cerebro humano funciona en dos modos.

El racional: el que toma decisiones adultas, como buscar trabajo, tragarse un «vete a la mierda» cuando el jefe dice tonterías y no llamar a tu madre pidiendo perdón después de convertir la lavadora en un experimento químico por mezclar ropa que mancha con ropa blanca.

En fin.

Acabo de descubrir que este modo se desactiva con dos cosas: cuando bebes un poco más de la cuenta y cuando tienes una erección del tamaño de un elefante.

¿Y adivina qué?

Todo lo que evité durante los meses que llevo trabajando en *los Giants* acaba de irse al traste.

Vale. Ya está hecho. Lamentarse ahora no sirve de nada, ¿verdad? Sobre todo porque todavía existe la posibilidad de que cometa el mismo error otra vez y le dé un *final feliz* a esta noche.

Respiro hondo y arreglo la abertura del vestido, que claramente ha decidido vivir su propia vida, antes de volver al grupo de mis amigas.

—¡Así se hace, chica! Te has ligado al guapo del equipo, ¿eh? — Cameron Ross, una antigua amiga de la época de Kappa,

anuncia en voz alta, como si estuviera narrando un *touchdown*.

Genial. Entonces era obvio.

—¿Es tan obvio? —pregunto, mirándome a mí misma como si fuera posible encontrar una etiqueta con la palabra «crimen» pegada en mi muslo.

—Digamos que desapareciste y, dos segundos después, Tyler cruzó el salón casi corriendo —afirma Brooke, levantando ambas cejas con esa expresión de «la amiga lo sabe todo». —Pero tardaste, ¿sabes? Aposté con Win a que volverías en doce minutos.

—Yo aposté quince —Winter levanta la mano, muy seria—. Fueron diecisiete. Yo gané.

—Tenéis que dejar de apostar por mi tiempo de follar. En serio. ¿Qué tipo de amistad es esta? —exijo, tratando de recoger las migajas de respeto que nunca he tenido de estas dos.

—Nena, no puedes evitarlo —dice Brooke, despiadada—. En los últimos años has perfeccionado el significado de «rapidito».

—Es cierto —Emory, la cuñada de Winter y también ex Kappa, se une a la crueldad colectiva—. ¿Cuánto fue la última vez? ¿Cuatro minutos?

—Técnicamente fueron tres minutos y treinta y cuatro segundos—, Maddie, nuestra exnerd de Kappa, que tiene un coeficiente intelectual de genio, revela con precisión científica mi capacidad para correrme rápido.

La miro durante un segundo, indignada.

—¿Tú… tú tienes una hoja de cálculo de eso, por casualidad?

Maddie se encoge de hombros. Lo cual, viniendo de ella, es básicamente un «sí» con *purpurina* de vergüenza ajena.

—Vuestra vida sexual debe de ser un aburrimiento —refunfuño, poniendo una mano en la cintura.

—Sabes que no —responde Win y se gira discretamente hacia el lado, en dirección al grupo donde se encuentran la mayoría

de los maridos. Cameron sigue conmigo en el equipo de las solteras, gracias a Dios, porque necesito a alguien conmigo contra ellas.

Sin embargo… Winter, Brooke y Emory están casadas con los famosos Gladiadores del Hielo, y Maddie está comprometida con uno de ellos. Parejas que se formaron durante nuestra estancia en la Universidad de Michigan.

Win y Brooke son mis amigas de la infancia, mientras que las otras chicas llegaron con la fraternidad Kappa Kappa Gama, es decir, amistades para toda la vida, como Paige y Riley.

Cada una siguió su camino después de la universidad. Cameron Ross hoy hace la residencia en uno de los hospitales competidores de su padre en Chicago solo porque no quiere ser la privilegiada en el hospital de la familia. La última vez que hablamos, estaba discutiendo con el cirujano jefe, a quien ella creía que no sabía quién era su padre.

La inocente pensó que usar el apellido de su abuelo materno ayudaría. Quizás… si el abuelo no hubiera sido profesor del desafortunado cirujano, según sus propias palabras.

Winter, el año pasado, se despidió de la pista.

Después de ganar una medalla en los Juegos Olímpicos de invierno, decidió que había cumplido con su legado. Ahora es la mano derecha de su suegro, John Maxwell, en *Titan Defense Corporation.* Sebastian, su marido, le agradeció a su esposa por ocupar su lugar en la empresa mientras él continúa su carrera como jugador de hockey.

—Por cierto… ese vibrador que me hiciste comprar es una locura —comenta Brooke, volviendo al tema sexual. —Cambia la vibración de repente. Me asusté tanto que casi despierto a Carol y mi madre me miró de forma extraña toda la semana.

—Eso es porque lo programaste para que cambiara —le enseño, agitando la mano en el aire—.

—Pasó de suave a fuerte de repente, Sid. Hasta Kyle se asustó.

—Pobrecito, con ese tamaño de pene, el susto debió de ser *tremendo* — ironiza Cameron, y Brooke se gira hacia ella con una cara graciosa.

—¿Has visto la polla de mi marido, Cam?

—Claro que no. —La morena se avergüenza, perdiendo todo su aire de mujer fatal. Casi se pone del color de su vestido perlado —. Pero todo el mundo lo sabe, ¿no? Se ha convertido en una leyenda en Michigan.

—Sí… lo sé. Eso lo recuerdo —dice Broo, un poco desanimada. Hoy que han vuelto y por fin la familia Sanders está reunida, esa tristeza que nublaba los ojos de mi amiga por haber perdido la memoria en un accidente es mucho menor.

—Lo importante es que es todo tuyo, nena —le digo para volver a ver la sonrisa de mi amiga—. Y solo tú puedes hablar o escribir sobre su tamaño. ¿Te imaginas si hubiera una columna especial en la revista? —Levanto las dos manos para esbozar el letrero—. «El tamaño de las pollas de los atletas, por Brooke Sanders».

—¿Estás loca? Kyle se volvería loco —responde, ahora riendo de verdad.

—Qué pena… Yo lo leería sin duda —añade Cam.

—Yo también, porque sería un tema estupendo para una tesis científica —añade Maddie, esbozando una sonrisa.

—Ah… claro —Emory está de acuerdo—. Todo por el bien de la ciencia.

Nos reímos.

En ese momento, siento un calor invadir mi cuerpo, al darme cuenta de que él me está observando. Por alguna razón que no puedo explicar, mis ojos saben exactamente dónde encontrar a mi *acosador* de la noche.

Incluso desde lejos, noto el azul profundo que me rodeó durante tantos meses. Era imposible resistirse esta noche. Tyler ya

es guapo por naturaleza, pero vestido con *un esmoquin* negro, está espectacular. Si le despeiné o no, nadie se dio cuenta.

El muy cabrón debe de haberlo peinado así a propósito. Sus mechones rubios oscuros están despeinados, reflejando luces doradas cada vez que mueve la cabeza.

¡Dios! ¿Por qué tiene que ser tan perfecto?

Hasta tu polla es perfecto.

Ahí está… si Brooke decide escribir sobre pollas en su columna de deportes, puedo dar mi testimonio sobre la belleza de la cabeza de Tyler Grant.

La parte de arriba es bonita, pero la de abajo…

Es impresionante.

Levanta la copa de whisky en mi dirección y luego se pasa discretamente la lengua por el labio inferior. Estoy casi segura de que solo con los labios me ha dicho: «Quiero chupártela».

Se me cae la mandíbula. Y me río de su descaro.

Me gusta.

Me gusta mucho.

—¡Sidiiiii! — Un grito me saca de mi ensimismamiento, y luego un tirón casi me hace perder el equilibrio. Me arrastran unas mujeres enloquecidas y, cuando me doy cuenta de dónde estoy, soy yo la que está enloquecida y quiere salir de allí.

Pero no puedo. La presión de los hombros a mi alrededor me mantiene en mi sitio.

—Disfruta del momento, nena. Somos solteras —me dice Cam a mi lado.

—Por eso quiero salir de aquí. Amo mi estado civil. — La miro con esa arruga entre las cejas. — Y pensaba que tú amabas el tuyo.

—Me encanta. Pero tenemos dos opciones: quedarnos aquí y esquivarlas hábilmente para seguir solteras. O quedarnos allí con

ellas y escuchar el sermón de las casadas. — Señala a nuestras amigas que llevan el anillo en el dedo anular izquierdo.

—Buen punto.

Entre un empujón y una pisada en el pie, Riley comienza la cuenta atrás de la muerte súbita.

—Mi ramo dará suerte, ¿eh? —grita la novia, emocionada.

—¡Lánzalo hacia mí! ¡Yo también quiero un *quarterback*! —grita una de las alucinadas.

Abro los ojos como platos y miro a mi compañera de fuga, que se encoge de hombros y se ríe por lo bajo.

—Uno… dos… dos y medio… y… ¡tres!

Veo el ramo girando en el aire. Una de las primas de Riley salta sobre una invitada más pequeña que cae. Otra resbala. Forman una pila de mujeres en el suelo. Sin ningún ramo. Este, misteriosamente, rebota en la cabeza de alguien que viene hacia mí.

Una chica tímida, con un vestido rosa claro, está a mi lado. Más rápido que un *twizzle*[5] , la tiro hacia mí, que no tengo la agilidad necesaria para levantar los brazos y atrapar el arma nuclear saltarina.

La sujeto por los brazos, moviéndolos hasta que ella agarra el ramo con las manos. Suspiro aliviada.

Al menos eso es lo que creo.

Pero la chica, que creía tímida, se vuelve hacia mí y me entrega el ramo de flores silvestres con una sonrisa diabólica en los labios.

—¡Aquí! Tú lo querías, ¿no? Hiciste todo lo posible para que te ayudara. Toma. Es todo tuyo.

—¡No, no! Es tuyo, chica. Yo no lo quiero.

—Entonces, ¿por qué estás aquí para coger el ramo?

Miro a Cam, que tiene una mano sobre los labios, ocultando la sonrisa. Hija de puta. Nuestras amigas gesticulan con demasiado

entusiasmo para que coja lo que me han enviado, como si fuera un trofeo y no un objeto maldito.

Mierda.

—Te lo doy, ¿vale? Quédatelo.

—Así no vale. Tienes que ganártelo. Él te ha elegido. Toma.

—Pero yo elegí pasarla…

—Sid, cógelo ya. Todo el mundo está mirando —argumenta Cam, y mira a los lados, presentándome al público como si estuviera mostrando testigos en un tribunal.

Suelto un gruñido bajo y cojo el maldito ramo, provocando gritos, risas y comentarios típicos de una boda: como si acabara de ser ascendida a protagonista de una película para la que nunca hice una audición.

Con el peso de la «sentencia» en mis manos, busco a mi perseguidor para evaluar la habitual expresión de hastío que todos los chicos de una sola noche suelen mostrar en estos momentos. Esa mirada de «gracias, pero no, ¿vale?» o la clásica retirada estratégica de quien ya ha conseguido lo que quería.

Tardo un poco en encontrarlo, porque está en un rincón apartado del salón.

Y me sorprende por completo.

Tyler Grant acaba de ganar el premio al mejor rechazo de toda mi vida.

No era el silencio incómodo de alguien que no sabe cómo lidiar con las consecuencias. Era un mensaje. Un «no habrá *happy ending*» estampado en letras mayúsculas y, de paso, una humillante explicación de sus constantes visitas a la sala de recuperación desde que me contrataron.

No iba allí para verme.

Qué idiota fui.

Era una excusa.

Una excusa tonta para ocultar a todo el mundo lo que realmente estaba pasando.

A unos metros de distancia, el *wide receiver* de *los Giants* está besando en la boca al *running back* y mejor amigo, Jared Knight. Un beso cinematográfico, de esos que quedarían preciosos en la pantalla del cine.

Pero aquí, en la situación actual, eso me produce un violento retorcimiento en el estómago, mi cuerpo entiende antes que mi cabeza que acabo de entrar en el tipo de historia que se convierte en chisme incluso antes de convertirse en recuerdo.

Cuando un camarero pasa a mi lado con una cubitera, aprovecho para meter el ramo dentro, como quien guarda un arma del crimen.

Observo cómo las flores se hunden lentamente, pétalo a pétalo, con la misma elegancia con la que mi noche acaba de congelarse.

Capítulo 4

Tyler Grant

El sonido del *snap*[6] siempre me da una sensación de orden.

Hoy no.

Hoy solo me recuerda que estoy aquí… y que mi cabeza está en otro lugar, haciendo horas extras sin pagarme.

Me ajusto los guantes, miro la línea de *scrimmage*[7] y trato de convencer a mi cuerpo de que el mal humor no pesa.

Pero sí que pesa.

Pesa como un chaleco con placa.

Comienza la jugada, marcamos un *touchdown.* El *coach* pita para que volvamos al centro del campo y reiniciemos la secuencia de entrenamiento.

—Oye —Jared apoya su casco en mi hombro mientras caminamos, como si yo fuera su perchero favorito—. Deberías estar sonriendo. He vuelto al campo, tío. Pon esa sonrisa que me encanta, vamos…

Estiro los labios, mostrando los dientes con la mejor sonrisa de caballo de competición.

—Vale… esa cara da miedo. Vamos a ensayar para que la hagas en el próximo partido y asustes al *safety* de *los Chiefs*[8] .

Soplo el aire con fuerza, casi relinchando.

—Es genial… ¿ves?

—¿Aún no te ha respondido al mensaje? —pregunta Jared y yo niego con la cabeza.

—Creo que me equivoqué al pedirte su número. Debería habérselo pedido a ella.

—Lo intentaste, ¿recuerdas? Pero la rubia es difícil de conquistar. Debías saber que entrar en la competición iba a acabar así.

Le doy un golpe en el casco, haciéndole tropezar hacia delante. El maldito se ríe de mi desgracia.

—Idiota —acabo riéndome, más por el casi tropiezo—. Primero, ella no es rubia. Su pelo es castaño claro y tiene mechas. Segundo… no hay competencia porque nunca salí contigo, tonto.

—Dicen las malas lenguas que me besaste en la boda de Josh, ¿te acuerdas? — le digo, y cuando oye mi gruñido empieza a correr por el campo.

Yo, con toda mi madurez, salgo corriendo tras él.

Corre dos yardas, tres yardas hacia delante, y lo alcanzo fácilmente, porque el desgraciado está «recién recuperado» y, al parecer, ha decidido poner a prueba esa recuperación de la forma más idiota posible.

Me tiro encima de él y los dos caemos al suelo, rodando por el campo. Jared se ríe a carcajadas, sin ninguna vergüenza, y yo intento poner cara de enfadado, pero mi propia risa me traiciona a mitad de camino.

—Hijo de puta descarado— le digo, medio sin aliento, sujetándole el hombro para que deje de moverse.

—¿Descarado por qué? Te ha gustado, vamos… —empieza a decir, todavía riéndose, pero yo le interrumpo.

—Me gustó un carajo —aprieto un poco más el agarre solo para que entienda el mensaje.

—Eso no te ha gustado —replica, descarado. Le doy un puñetazo fuerte en el hombro y él gime, agarrándose el costado. La risa se convierte en una carcajada escandalosa.

—¡Ay! ¡Chicas! ¡Dejen de hacer tonterías durante el entrenamiento! —grita Mick, nuestro *coach,* provocador. Su forma de lidiar con un grupo de trogloditas con mentalidad de quinto grado suele ser suave en los entrenamientos posteriores a la victoria. Que es el caso. Si hubiéramos perdido, el trato sería muy diferente. —Ahora es momento de concentrarse. Después se pueden enrollar en el vestuario.

La broma se convierte en varios silbidos en el campo, lo que me hace salir de encima de mi mejor amigo idiota. Parece haberse tragado una hiena de tanto reír.

Volvemos al centro del campo, con el eco de los silbidos y las risas pegados a mi casco como chicle.

Jared sigue riéndose, pero ya se está colocando en su posición como si no acabara de hacerme cometer un homicidio deportivo.

Respiro hondo. Una vez. Dos. Nada ayuda.

—¿Por qué tenías que salir con un abogado, tío? —le pregunto, todavía enfadado por mi situación actual—. Estos tipos son insistentes hasta que ganan el caso.

—Ni siquiera sabía que lo era hasta que mi padre me lo dijo. Y ser abogado no significa que tenga que ser tóxico —afirma Jared, agachándose para la jugada.

—Ahora has dejado claro tu mensaje, ¿no? Lástima que me hayan utilizado para ello.

—Tenía que ser algo drástico. Tú mismo leíste sus mensajes. Donald está enfermo.

Ni siquiera tengo tiempo de responder, porque detrás de mí se oye la voz de Brandon Keller, nuestro *tackle izquierdo*, que está justo detrás de nosotros, preguntándole a Jared:

—¿Quién? ¿El *asesino en serie* con el que salías?

—Tío… le tenía miedo —añade Jackson, el *cornerback*, y me doy cuenta de que nuestra conversación se ha convertido oficialmente en un grupo de apoyo.

—¡Ya ves! —Jared gesticula a nuestro compañero como si su desesperación el día de la boda de Josh tuviera fundamento.

Al otro lado, el QB2, Miles Whitaker, ya está en *el huddle*[9] , llamando la secuencia.

—¡*Play-action*! Protección firme. Tyler: *dig*[10] . Jared: *flat*[11] . ¡A mi señal! —dice con confianza. No es Josh, pero tiene el carisma de líder que necesita el QB.

—¡Vamos! —respondemos al unísono.

El *coach* vuelve a pitar, esta vez con impaciencia.

El *huddle* se rompe.

Me alineo abierto, sintiendo que el casco pesa más de lo que debería. La línea de *scrimmage* me mira como si fuera un espejo que me devuelve mi mal humor.

Miles señala, hace una señal de ajuste. Brandon baja la cadera, firme. Hunter Pierce, nuestro *ala cerrada*, se coloca al lado de la línea, listo para bloquear o convertirse en objetivo, dependiendo del caos.

Y Jared, mi maldito mejor amigo, también está ahí, agachado, respirando como si fuera la persona más inocente del universo.

Suena *el snap*.

Y yo desconecto.

Durante dos segundos.

Salgo disparado en la ruta, seco, corto hacia adentro, sintiendo que *el cornerback*[12] e muerde el primer paso y gano medio cuerpo. El balón viene bajo y rápido. Lo atrapo en el pecho y giro la cadera, corriendo y ganando cinco yardas.

Siete.

El *safety* cierra por arriba y yo lanzo el hombro, resbalando del intento de contacto y aún así arranco tres más antes de caer.

Diez yardas. Primer *down*. Entrenamiento, pero aún así: bien.

El coach pita.

—¡Vuelve!

Y el mundo vuelve junto con el sonido del silbato.

Vuelvo al centro del campo, jadeando, con un Jared demasiado sonriente a mi lado.

—¿Viste? —dice, convencido—. Estás bien. Solo que eres… dramáticamente insoportable.

—¡Cállate! —le gruño y exhalo con fuerza—. Me ha costado mucho ligarme a esa chica. —Miro al cielo como si fuera una lamentación—. ¿No podías pedirme otra cosa que un beso, tío? —le pregunto por la tontería que mi mejor amigo prácticamente me ha obligado a hacer con esos ojos de perrito faldero.

Jared se encoge de hombros, como si fuera sencillo.

—Tuviste mala suerte de que la chica te pillara, tío —ahora es Hunter quien añade, al pasar junto a nosotros.

—Creo que fue una suerte, ya que ella cogió el ramo —recuerda Brandon, y odio haberme perdido esa escena concreta de aquella noche.

Ellos habían contado esa parte. Sidney cogió el ramo y, a continuación, me pilló besando a mi mejor amigo.

Mierda.

Mi estómago se revuelve de nuevo solo de recordarlo.

Estaba tan fascinado por ella, y tan lleno de deseo, que si ella hubiera querido, me habría arrodillado y le habría pedido matrimonio allí mismo. Al día siguiente habría echado la culpa al alcohol, claro.

O no…

Ay, mierda… no lo sé.

Y no hay forma de saber si me habría cansado o no de ese coño perfecto. Todo porque la última boca que besé esa noche fue la de un hombre barbudo llamado Jared Knight.

—Te denunciaré por abuso de amistad —le advierto, en serio.

—¿Y a quién le vas a presentar esa queja, pálido? ¿Al sindicato de amigos unidos?

—¡Arg! Te odio.

—Tú me amas. Pero bueno. Te entiendo. La rubia está buenísima.

—Ella no es rubia…

—En serio, tío. ¿Seguro que no es gay? Esa tu manía de hablar de mechas en el pelo… —tararea y mueve los dedos en el aire—. Es gay a tope.

—Soy tan gay que mirar tu culo peludo me hace encoger la polla —replico, provocador.

—Eso ya no me ofende. Lo sabes, ¿verdad? —Me guiña el ojo para darme confianza, pero ahora lo que me transmite es más bien rabia por recordar todo lo que he perdido. Como una tía buena con un culo perfecto.

—Qué pena… —refunfuño, colocándome de nuevo para otro snap.

Hacemos algunas secuencias.

El entrenamiento se pone en marcha en ese piloto automático que amo y odio al mismo tiempo: ruta, corte, contacto, silbato. Ruta, corte, contacto, silbato.

Finalmente, el *coach* pita, dando por terminado el entrenamiento, y comenzamos a caminar hacia el vestuario.

Mi cuerpo está caliente, el sudor me corre por la espalda y siento esa extraña sensación de pequeña victoria: porque todavía tengo asuntos pendientes que me corroen por dentro.

Jared se acerca a mí, al mismo ritmo, como si supiera exactamente la distancia mínima que debe mantener para no recibir una bofetada y, al mismo tiempo, no dejarme solo con mis pensamientos.

—Tienes cara de querer pelearte con un poste —comenta, de repente, en voz baja—. Y yo, como tu mejor amigo, tengo el deber moral de avisarte: los postes no se defienden, tío.

Suelto una breve risa, solo por el aire.

—Estoy bien.

—Claro que sí —responde burlonamente—. Estás tan «bien» que puedo oír tu mente rumiando cierto asunto.

Antes de llegar a la puerta del vestuario, suelta sin rodeos:

—¿Quieres que hable con ella? —De repente, giro la cara hacia él—. Puedo decirle que no tenemos nada que ver.

Parpadeo varias veces, asustado por sentirme tan emocionado con una solución tan simple. Entonces, recuerdo que nada es tan simple. Si lo fuera, la rubia con mechas se habría detenido a escucharme cada vez que la llamé. O incluso habría respondido a los mensajes que le envié.

—No lo sé. Tengo miedo de que te metas y empeores las cosas.

Jared piensa durante dos segundos.

—¿Quieres que te dé un golpe muy fuerte para que acabes en la sala de recuperación?

—Si me haces eso, no te hablaré durante dos meses.

—Ah, entonces no. —Abre los ojos de forma teatral—. Josh tardará aún un mes en volver de su luna de miel. Si paso un mes sin mi mejor amigo… caeré en una depresión.

—Él es el suplente. Yo soy el titular, ¿vale?

La sonrisa de Jared se amplía, demostrando que he caído en su trampa sentimental.

Suelto una carcajada, porque es imposible no reírse.

—¿Sabes qué? —digo, medio derrotado—. Voy a reconsiderar lo de que hables con Sid, porque, tío… necesito otra oportunidad. Nunca me había pasado esto. No puedo dejar de pensar en ella.

Jared pone cara de haber escuchado un himno.

—Vaya, ¿eh? ¿Qué coño te ha hecho para que te hayas enamorado tanto?

—No estoy enamorado.

Él esboza una sonrisa lenta y venenosa.

—Si no estás enamorado… ¿puedo invertir yo también? Ya hemos compartido antes, y…

—¡No! —La frase sale antes que el pensamiento.

—¡Vale, posesivo! No pasa nada. Sin repartir. — Se ríe, empujando la puerta del vestuario. Lo sigo, sacudiendo la cabeza para negar mi propia estupidez por caer de nuevo en otra trampa de mi mejor amigo.

A veces me enfada lo bien que me conoce este idiota.

Ha conseguido ver el desastre que hay dentro de mí. Algo que debería temer, porque más adelante puede salir muy mal.

Sin embargo, todo parece tan seguro.

No sé si lo que siento es pasión o un resto de excitación. Quizás sea algún tipo de orgullo herido que busca venganza…

He pensado mucho en esta última opción. Pero no soy una persona orgullosa. Nunca lo he sido. De hecho, Sidney es la primera chica con la que he querido intentar algo más.

Algo que durara más de una temporada.

No lo sé.

Ella me confunde a niveles peligrosos, porque conmigo siempre fue sencillo: corro, gano la ruta, atrapo la pelota, celebro y sigo adelante. Con Sid, no. Con ella, me quedo atrapado en el después. En lo que debería haber dicho. En lo que aún puedo decir. En lo que tengo miedo de escuchar.

Y tal vez sea precisamente eso lo que me asusta… y me atrae al mismo tiempo.

Porque, por primera vez, no solo quiero marcar un punto.

Quiero seguir en el juego.

Capítulo 5

Sidney Bennett

Y aquí estoy, otra vez, tarde.

Mierda.

Juro que no es culpa mía.

Suceden cosas extrañas cuando salgo de casa.

La empleada de la cafetería donde suelo comprar mi desayuno cambió mi pedido y le dio mi café expreso doble a una señora mayor que había pedido un chocolate.

La pobre escupió en cuanto sintió el amargo sabor en su boca y ¿adivinen quién fue la víctima de la tormenta negra?

Sí… ni hace falta responder.

Tuve suerte de que el apartamento estuviera cerca y pude correr a cambiarme la camiseta. Ahora tengo una prenda rosa con una mancha marrón esperándome en el fregadero del lavadero.

Uf…

Después de enfrentarme a la locura de la gente nada más salir del metro, veo mi lugar de trabajo.

El complejo de entrenamiento de *los Giants* se despierta temprano. Temprano, en el sentido de «el sol aún está bostezando» y alguien ya ha decidido que es un a hora estupenda para gritar «¡VAMOS!», como si fuera motivador y no una amenaza.

Paso mi tarjeta por el torniquete y oigo el pitido que me permite entrar.

Sigo por el amplio pasillo, con mi vista bombardeada por la contaminación de fotos gigantes colgadas en las paredes, hasta que el escenario cambia con pantallas que muestran la agenda, los horarios de entrenamiento y los informes de rendimiento.

Más adelante, llego a la puerta del espacio del *personal*[13] , que es una especie de vestuario más pequeño, con armarios alineados, bancos y ganchos para las batas.

Dejo mi bolso en el armario y me recojo el pelo para afrontar el día con la cara limpia.

A continuación, me dirijo a la sala de rehabilitación. Cuando entro, el mundo cambia de olor y de ritmo. El lugar es un ambiente abierto, compartido, mitad clínica, mitad taller. Hay camillas alineadas, mesas de evaluación, cajoneras con vendas y *cintas*, rollos y elásticos colgados, sprays, guantes, alcohol, tableros. Todo lo necesario para atender la recuperación de atletas de alto rendimiento.

Saludo a dos becarios mientras me dirijo a mi puesto en la pared lateral, donde guardo algunos artículos que utilizo durante mi trabajo. Quién sabe por qué las bandas elásticas funcionales tienen una fuerte tendencia a desaparecer. Se esfuman. Un misterio de la humanidad.

—Ui… ahí están las chismosas de guardia buscando noticias — dice Nathan Reed, el preparador físico y mi compañero de tortura, en cuanto dos figuras pasan junto a nosotros, saliendo de la sala de John, nuestro jefe.

La mueca que se apodera de mi rostro es involuntaria. Lo juro.

No tiene nada que ver con la pequeña figura que camina detrás de Astrid Cowley, la directora de relaciones públicas del equipo. No…

—Me da pena Faith, ¿sabes? Trabajar con esa tía tan arrogante debe de ser un rollo —comento, echándole un vistazo discreto.

—No sé si es digna de pena. La chica podría mandarlo todo al carajo y dejar de ser su asistente. Es mayor de edad y está vacunada —replica, cogiendo su tabla de la estación a mi lado.

—A veces la emancipación no tiene nada que ver con la edad o el carné de vacunación, Nate —le explico, pero su ceño fruncido indica que mis palabras caen en saco roto.

Mi contacto con ellas me ayudó a analizar mejor la dinámica entre tía y sobrina. Astrid y Faith aparecían a menudo para ver la evolución de Jared Knight.

Él es una de las estrellas del equipo y pasar mucho tiempo fuera del campo influía en el estado de ánimo de los patrocinadores. En consecuencia, la presencia del fenómeno de la naturaleza y su sombra eran constantes en la sala de recuperación.

—Que así sea. ¿Vamos a trabajar? —pregunta emocionado, al ver a la primera tanda de jugadores entrar para comenzar el entrenamiento físico.

Después de que Jared volviera al campo, empecé a trabajar más en la prevención de lesiones, ayudando a Nate a preparar ejercicios físicos específicos para cada jugador.

Mi contrato seguía vigente, ya que se había previsto un tiempo más largo para la recuperación total del *running back.*

Los malpensados dicen que la profesional que metió en el equipo técnico su padre, un exjugador de *los Detroit Lions* y amigo personal del *coach* Mick, fue clave para ello.

Por si aún no lo han adivinado, me refiero a mí misma.

En fin.

Mi padre me ayudó, sí. Y no me avergüenza admitirlo.

Me licencié en fisioterapia y conseguí un puesto en el departamento de relaciones públicas de *los New York Jets*. Una

mierda.

Cuando me llamaron para el puesto, destaqué mi interés en formar parte del equipo técnico. Todavía estaba cursando un posgrado en traumatología y reunía todos los requisitos para ocupar al menos un puesto de asistente.

Pero no fue así.

El hecho de ser hija de uno de los mejores jugadores de *los Detroit Lions* cautivó a Shirley Watson, jefa del departamento de Relaciones Públicas.

Tuve que aguantar a esa mujer horrible que me hacía perseguir a los jugadores que no sabían controlarse en las fiestas posteriores a las victorias. Era sofocar un escándalo tras otro.

Menos mal que solo fueron unos meses.

Pronto tuve el valor de pedir ayuda a mi padre, que llamó a su amigo Michael Henderson, *coach* de *los NY Giants.*

Tuve mucha suerte, y mucha mala suerte el *running back,* que sufrió una lesión en el campo, al ser contratada para ayudar en su tratamiento. Acababa de terminar el posgrado. Es decir, era imposible estar más cualificada para el puesto.

Mi estancia en *los Giants* era temporal. Trabajar en un gran equipo es una oportunidad increíble. Por eso, no importa el tiempo que pase aquí, voy a aprovechar todos los conocimientos que pueda para luego probar en otro sitio.

—Bennett.

La voz viene detrás, firme y sin prisa. No es «buenos días». No es «¿todo bien?». Es solo mi apellido. De la forma en que mi querido jefe habla cuando quiere que entienda que algo serio va a pasar.

Me doy la vuelta.

Está parado en el umbral de la puerta, con una expresión nada acogedora.

—Buenos días a usted también, jefe —digo, con mi mejor tono «soy simpática, lo prometo».

Me lanza una mirada que es mitad regañina, mitad sonrisa contenida.

—Sala. Ahora.

Miro a Nate, que solo se encoge de hombros y sigue anotando algo en la pizarra. Suspiro con cansancio, sabiendo que este momento llegaría tarde o temprano.

Entramos en su despacho, que refleja esa organización impecable, del tipo que te hace sentir mal por haber dejado la ropa tirada en la habitación por la mañana, ¿sabes?

Hay dos sillas de polietileno negras frente a una mesa de acero cepillado; un portátil abierto en la esquina y un bloc de notas con un bolígrafo encima. En la pared lateral derecha, una pizarra blanca muestra un calendario de entrenamientos que parece un mapa de guerra. Y al otro lado, una estantería llena de trofeos y fotos.

John cierra la puerta y yo me siento en la silla más cercana, sin que él me lo indique.

He aprendido que, cuando un hombre con tanta responsabilidad dice «sala. ahora.», más vale estar cómodo para aguantar el golpe.

Se sienta en la silla detrás del escritorio y me mira fijamente durante dos segundos antes de soltar:

—Su contrato temporal se convertirá en indefinido.

Parpadeo.

Una vez.

Dos.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído —dice secamente. Y añade, como si fuera lo más normal del mundo: —Yo lo he aprobado. Mick lo ha aprobado.

El médico lo ha firmado. Ya se ha avisado al departamento financiero.

Siento un calor que me sube por el pecho. No es euforia histérica, es ese alivio silencioso de quien contiene la respiración hasta que ya no puede más.

Nunca nadie me trató de forma diferente aquí. No había resentimiento. Además, con el exceso de trabajo y una mano más para ayudar, nadie pregunta de dónde vienen los dedos extra.

Mi padre me preparó con ese discurso de no contar con el pescado en la cesta. Mick era el *coach*, pero mi jefe era John, que solo aceptó el contrato temporal, nada más.

—Yo… —empiezo, pero mi boca se bloquea en algo que no sabe convertir en frase.

John levanta la mano.

—No hace falta que des un discurso. No has ganado el Óscar, chica —dice, agitando la mano delante de la cara—. Me ha gustado tu trabajo, eres competente y no soy tan tonto como para perder a una buena profesional en favor de otro equipo de la liga.

—Iba a darte las gracias —respondo, conteniendo la sonrisa.

—Pues dilo.

—Gracias.

Él asiente. Y, por milagro, parece casi humano durante medio segundo. A continuación, me entrega una nueva tarjeta de identificación y una hoja con el título en letras grandes. Mi título.

Especialista en ejercicios correctivos y prevención de lesiones.

Bonito. Elegante. Importante.

Salgo de la sala con el corazón latiendo de forma diferente.

Eficaz.

Me contengo para no dar saltitos cuando me encuentro con el centro de entrenamiento lleno de atletas, cada uno en un aparato, acompañados por otros jugadores y alguien del equipo.

Soy eficaz, grito en mi cabeza.

Formo parte de este equipo.

La emoción interna contagia mis nervios y me cuesta fingir que estoy acostumbrada. Entonces, respiro hondo y camino con confianza, pasando junto a todos hasta llegar a mis compañeros.

Nate está en medio de la sala, con el silbato colgado, *la tableta* en la mano, hablando con Jack, el asistente técnico del equipo.

Empezamos a tener un poco más de contacto después de la recuperación de Jared, pero ahora sería aún mayor, ya que mi presencia junto a Nate sería efectiva.

¡Ay, Dios!

Cómo me gusta esa palabra.

Efectiva.

—¡Bennett! —me llama, ahora muy animado, indicando que ya sabía la noticia—. ¿Vamos?

— Eres un cabrón, hijo de puta, al que le encantó verme con el culo al aire, ¿verdad? —le respondo en tono de divertida venganza.

— ¡Ah, vamos! El drama lo hizo todo más emocionante, ¿no?

Jack, que hasta entonces tenía esa postura de «asistente técnico que manda en medio universo», inclina el cuerpo hacia un lado y me dedica una sonrisa de rabieta.

—Por fin soy oficialmente tu jefe —dice como si estuviera anunciando una contratación de primera ronda.

—Gracias. Pero no exageres. Compañero, sí. ¿Ahora «jefe»? Ni lo sueñes.

Jack se lleva la mano al pecho, fingiendo estar ofendido.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás diciendo que yo no mando nada?

—Lo que digo es que el único jefe aquí es John. —Señalo con la barbilla en dirección a la sala de la que acabo de salir—. Tú eres el equipo técnico. Yo soy rendimiento y salud. Funciones distintas.

—Diferentes… —repite, burlón—. Pero que se complementan. Y por eso necesito que evalúes el patrón de movimiento hoy, ¿vale? —Su tono empieza a volverse más serio—. Quiero ver quién está compensando, quién se está engañando y quién está a punto de tirarse de cabeza.

—Entonces, básicamente, ¿quieres que destruya egos?

—Exactamente.

—Me encanta mi trabajo.

—Yo también. —Compartimos esa sonrisa sádica.

En la esquina, alguien tropieza en un salto pliométrico y maldice tan fuerte que estoy segura de que todo el edificio lo ha oído.

Miro en dirección al sonido y veo a Hunter Pierce levantándose como si nada hubiera pasado.

—Me resbalé a propósito —dice, sin dirigirse a nadie en concreto—. Para probar el suelo.

Nate lo señala.

—Este es el primer caso del día: negación crónica —dice, ofreciéndome su pizarra para comenzar el trabajo.

Asiento con la cabeza, la cojo y empiezo a cruzar la sala en dirección a Hunter, ya enumerando mentalmente los vicios clásicos: rodilla colapsada, tronco escapando, tobillo bloqueado, orgullo inflado.

Apenas doy tres pasos cuando un estruendo metálico explota a mi lado, lo suficientemente alto como para hacer que la

mitad del centro de entrenamiento se detenga en medio de la repetición.

Una estantería estrecha, de las que se apoyan en la pared con accesorios más pequeños, tiembla como si hubiera recibido un *tackle*[14] . A continuación, varias mancuernas más pequeñas comienzan a caer en secuencia, golpeando el suelo con un tum-tum-tum que parece una batería de escuela de samba.

Un becario —delgado, joven, con cara de quien todavía pide permiso para respirar— se queda paralizado en el sitio, con los ojos muy abiertos y las manos en alto, como si pudiera «deshacer» la gravedad solo con buena voluntad.

—¿Perdón? —dice, avergonzado.

El silencio dura un segundo.

Lo suficiente para que todos comprendan que él ha tirado la estantería.

—Respira, chico. Aquí nadie muerde —le digo, acercándome al chico.

Un grito al otro lado:

—¡Sí que muerden!

Giro la cabeza lentamente, lo justo para ver a Jared Knight pasando y señalándome con cara de pícara.

—Hoy estás valiente, ¿eh, Knight? —le respondo, cogiendo algunas de las pesas. Otros empleados e incluso algunos jugadores ayudan a recoger.

—Es parte de mi apellido, nena —dice con ese guiño encantador.

Niego con la cabeza, conteniendo la sonrisa.

Por mucho que haya participado en cierta escena que arruinó la boda de Riley para mí, no puedo enfadarme con él.

—Más tarde trabajaremos la articulación de la rodilla, Knight, ¿vale? —le revelo mi venganza y veo cómo se le desvanece la

sonrisa.

—¿Qué pasa, Sid? Somos amigos, ¿no?

—Aquí tú eres el atleta y yo tu fisioterapeuta. Sigue el entrenamiento al pie de la letra o te haré la ley del silencio —le amenazo, recordando que hice exactamente eso durante su recuperación, después de que se empeñara en no hacer los ejercicios que le mandé. Fue el peor castigo para él. Jared sufre del síndrome de falta de atención.

—¡Cuidado! Ella es buena en eso —la voz ronca y grave que pasa entre nosotros me pone los pelos de punta.

Mierda. Ni siquiera tuve tiempo de poner una distancia segura entre mí y el besuqueador travieso.

Si mi cuerpo no fuera tan tonto, entendería que no hay que emocionarse cada vez que siento *su* presencia*.*

Tyler pasa detrás de mí, eligiendo una de las estaciones de entrenamiento. Hay diez de ellas, una al lado de la otra, que consisten en una plataforma con equipos para sentadillas con apoyo y levantamiento de barra libre.

Está demasiado cerca.

Lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su presencia incluso antes de mirar. Y esto venía sucediendo con una frecuencia irritante, casi como si el universo hubiera decretado que mi nueva rutina consistiría en encontrarme con Tyler y Grant en los momentos exactos en los que intentaba ser adulta, profesional e inmune.

Algo que, en mi historial, es inédito.

No sabía qué responder a los mensajes que me envió después de «lo ocurrido». Cada vez que escribía algo, me sentía resentida.

Y, en serio… yo y reprimida nunca hemos estado en la misma frase.

Por eso, hice todo lo posible por escapar de él. No responder a ningún mensaje era equivalente a «ya no me interesas».

Al menos eso era lo que yo pensaba que él entendería.

Básico.

Pero no fue así.

Me di cuenta cuando intentó hablar conmigo y abordar el tema del sexo en el baño el día de la boda.

Decidí aplicar otras tácticas.

Siempre encontraba la manera de alejarme de él cuando estábamos en el centro de entrenamiento. Inventaba un ajuste en una venda, una nota urgente, un mentiroso «ahora vuelvo».

Cualquier cosa que me alejara tres metros, porque tres metros, en mi cerebro, ya se convertían en seguridad nacional.

Pero tuve que escuchar la historia para dormir a los niños de que ese beso con Knight no era lo que parecía.

¿En serio?

Yo lo vi. No «lo oí decir», no «lo pareció».

Vi su boca en la de su mejor amigo… ¿o amante?

No lo sé.

Solo sé que lo vi. Y no es que tuviera derecho a exigirle exclusividad, no habíamos acordado nada, no había etiqueta para esa noche.

Pero después de tantos meses en los que me rodeaba como si yo fuera lo único interesante en una sala llena de opciones, pensé… pensé que valía más que un polvo rápido en el baño.

Lo interpreté todo como una gran señal del universo.

Porque continuar algo con Tyler era exactamente el tipo de mierda que debía evitar.

Más aún ahora.

Ahora que tengo una tarjeta de identificación, un contrato y una responsabilidad que no encaja con mi coño palpitando como si estuviera haciendo *parkour* entre mis piernas cuando Tyler se acerca a mí.

Oh, no.

Esa escena del baño fue censurada, sin derecho a apelación.

Respiro hondo, enderezo los hombros y recuerdo la verdadera razón que me llevó hasta allí.

Ser una profesional respetada más allá de la pista de patinaje.

Aplaudo una vez, llamando la atención de todos.

—Muy bien, chicos. Hoy es el día en que me odiarán con respeto. — Me dirijo a Jared y Tyler y les digo: — Ya que quieren e , mi atención, voy a empezar la selección con ustedes dos. Quiero una secuencia de 10: sentadillas, zancadas y terminar con un *burpee* simple. ¡Vamos!

Jack se acerca a mí, utilizando mi táctica de dar una fuerte palmada, y dice:

—El resto puede seguir el entrenamiento básico, pesas ligeras para calentar primero.

Le doy dos palmadas en la espalda a Jared para que siga mis instrucciones.

—Te denunciaré a derechos humanos —murmura en voz baja mientras se coloca en la primera estación.

Tyler se queda mirando a su amigo, con los brazos cruzados a mi lado.

—¿Estás cómodo, Grant? —le pregunto, en tono irónico.

—¿Eh? ¿Me estás hablando a mí? —Se lleva la mano al pecho, asumiendo el papel de hombre rechazado.

—No… estoy hablando con la barra de hierro que espera tu nuca debajo de ella, *querido*. — Y allá vamos, siendo sarcástica al

máximo.

Él sonríe y, antes de colocarse en posición, suelta:

—Querida… la barra acaba de decir que me des otra oportunidad.

Doy un paso, colocándome entre los amigos, donde hay un soporte bajo con discos de colores. Cojo uno y lo añado a su barra.

—Este es mi trabajo y no trato asuntos personales en el trabajo.

—Entonces, hemos evolucionado. Ahora soy un asunto personal —dice, demasiado emocionado—. Incluso estás hablando conmigo.

—Grant… —mi voz suena con tono de advertencia—. Tú eres deportista. Yo formo parte del *personal* de *los NY Giants*. Cuidar de los deportistas es parte de mi trabajo. Ahora te toca a ti demostrar el tuyo. ¡Agáchate!

Miro hacia un lado y veo a Jared observando el espectáculo.

—¿Te parece interesante, Knight? ¿Quieres palomitas? — Mi sonrisa es venenosa. Él comienza la secuencia de sentadillas de inmediato, sabiendo que provocarme no es la mejor opción.

—Sigue el ejemplo de tu amigo, Grant. Y sé profesional. Te pagan para eso. — Pongo cara seria, lo que altera los ánimos y él comienza el movimiento de subir y bajar las caderas.

Por fin.

Doy vueltas alrededor de los dos atletas, analizando los movimientos de cada uno. Su postura es correcta. Jared tiende a inclinar el cuerpo más hacia el lado izquierdo, protegiendo la rodilla operada. Anoto la observación en la pizarra. Luego miro el trasero de Tyler, que baja redondo y perfecto, estirando la tela de nailon de la ropa de entrenamiento.

Aprieto muy poco ese trasero.

¡Dios!

Debería haberle bajado los pantalones por completo solo para clavarle las uñas en las nalgas.

Mi imaginación sigue siendo fértil. Demasiado fértil… mientras mis ojos suben por su espalda.

¿Cómo sería lamer la curvatura del trapecio?

¿Gemiría si le mordiera la oreja?

Tío… qué oreja tan perfecta.

De repente, oigo el ruido vibrante del metal de la barra. Tanto él como Jared comienzan la secuencia de *burpees.*

Terminan y les pido que repitan.

Esta vez, lo analizo mejor y veo que el torso de Ty se inclina hacia adelante. Hago otra anotación.

Me doy por satisfecha y los despido, pasando a la siguiente pareja.

Tyler no dice nada. Él y su amigo se dirigen a otro aparato y comienzan su entrenamiento habitual.

Respiro aliviada.

He conseguido controlarme y mantener mi mirada clínica la mayor parte del tiempo, en lugar de mi mirada llena de deseo.

¡Gloria!

Que siga así.

Si pierdo el control, no será un tendón roto, un glúteo reventado o ese dolor lumbar por exceso de carga… será mi paz mental.

¿Otro caso de triángulo amoroso en mi currículum?

Prefiero pasar.

Capítulo 6

Tyler Grant

No suelo enfadarme en el tráfico de vuelta a casa. Y mucho menos ansioso por salir de él.

Considero este momento como algo que forma parte de mi rutina diaria y que tengo que pasar hasta llegar a mi destino.

Sin embargo, hay días excepcionales en los que me gustaría ponerle hombreras a mi coche, ponerme un casco y enfrentarme a todos los que tengo delante con la fuerza de la chapa.

Pero no lo hago.

Mi coche es una joya que no tiene ni un solo arañazo. Y eso que mi garaje es pequeño para un *Cadillac Escalade*. Su tamaño ya ha abierto paso en el pasado. A veces ni siquiera el tamaño es suficiente para mover tantos coches.

Vuelvo a pulsar el botón de llamada del panel de navegación y llamo a Debora, mi *dog walker*[15] , que me avisó de que había llevado a Charlie a una clínica veterinaria en cuanto se dio cuenta de lo que había hecho. Y fue justo después de mi ducha para salir del CT[16] .

Nunca en mi vida me había puesto unos vaqueros y una camiseta negra tan rápido. De hecho, es muy probable que me haya olvidado los calzoncillos.

Ella contestó al segundo tono.

—Hola, Sr. Grant. Lo siento mucho, ¿vale? Charlie se encuentra bien y ya vamos a entrar en la consulta.

—Pida que le hagan todas las pruebas, Debby. Si es necesario, incluso una resonancia magnética. ¡Por favor! —Mi voz suena un poco agresiva y me arrepiento al escuchar su respuesta.

—Sí, señor. No se preocupe.

—Debby, querida, no ha sido culpa suya. ¿De acuerdo? Conozco a mi hijo.

—Somos nosotros, señor.

—Estoy en el tráfico. La aplicación dice que aún tardaré 15 minutos. Dile a la veterinaria que me espere, ¿vale? —Ella murmura, aceptando la petición—. Gracias.

Cuelgo y, como si San Francisco de Asís[17] se hubiera dado cuenta de mi desesperación, el tráfico comienza a fluir.

Exactamente 15 minutos después estoy en la consulta con mi *golden retriever* de seis años en brazos, mirando la radiografía de su intestino como si entendiera lo que estamos buscando ahí dentro.

—¡Aquí está, mire! —la veterinaria Alicia Carpenter muestra una mancha más blanca que se mezcla con otras oscuras y, para mí, veo varios gusanos en blanco y negro—. Ya se ha mezclado con las heces. Pronto lo expulsará sin problemas.

—¿Quiere decir que todo está bien, doctora? —pregunto, solo para asegurarme.

—Sí. Todo está bien, señor Grant. Su perro puede ser un devorador de objetos inanimados, pero tiene suerte.

—¿Has oído eso, amigo? Eres un tipo con mucha suerte —le digo, sosteniendo su cabeza y frotando nuestras frentes.

—Lo siento, señor Grant. Estábamos jugando en el parque y me di cuenta demasiado tarde de que se había tragado mi pulsera —explica Debby con voz avergonzada.

—No pasa nada, Debby. Ya has oído a la doctora. Ahora dime cuánto valía la pulsera, porque ni de coña voy a meterme con este cabrón.

—Era de cuentas. No tenía ningún valor. Me asusté por el hilo de nailon. —Mira la pantalla del móvil y abre una página en Internet—. Aquí dice que se puede enredar en el intestino y provocar incluso una ruptura.

—Y esa noticia fue la que me volvió loco. —Empujo su dispositivo hacia un lado.

—En este caso, internet no se equivoca. Pero como he dicho, Charlie tiene suerte. Todo se ha convertido en una sola cosa y está en el buen camino hacia la libertad.

—Gracias, doctora. — Hago un gesto y Charlie está en el suelo, ladrando y mirando hacia la puerta. Me levanto y, después de despedirme de la veterinaria, salgo.

Voy al mostrador y pago la consulta. Luego me vuelvo hacia Debora, con el billete de cincuenta dólares por el paseo.

—No se preocupe, señor Grant. No tiene que pagar hoy. No he sido una buena cuidadora de Charlie.

—Claro que sí. Lo trajiste al veterinario, me esperaste. Toma, chica. Hiciste muy bien tu trabajo. — Le tiendo el billete y ella lo coge avergonzada.

—¿Entonces me llamará para cuidarlo?

El ladrido de Charlie y el salto a su regazo son la respuesta.

—Él ha respondido por mí. —Debby se ríe, relajando por fin los hombros—. ¿Quieres que te lleve?

—Ah, no… gracias. Vivo cerca de aquí —dice rápidamente, con la educación de quien no quiere molestar—. Y todavía tengo que pasar por el mercado.

—¿Está segura? Porque puedo llevarla…

—Sí, señor Grant. De verdad. — Ella esboza una pequeña sonrisa, un poco avergonzada—. Hasta el miércoles, entonces.

—Hasta entonces.

Caminamos hasta mi coche, aparcado delante de la clínica. Abro la puerta y, por supuesto, Charlie entra primero en el coche, se dirige directamente a su sillita en el asiento trasero y se acomoda como si fuera el dueño del asiento… y, sinceramente, lo es.

—Señor Charlie Grant, su chófer está a su disposición —digo, cerrando la puerta con exagerada delicadeza. Doy la vuelta rápidamente y, cuando estoy al volante, le pregunto: — ¿Adónde vamos hoy? ¿O prefieres dar una vuelta y fingir que no casi me matas de un infarto?

Responde con un breve ladrido, mirando al frente como diciendo: conduce, plebeyo.

—Entendido. A casa, entonces.

Arranco el coche y, por el camino, comienzo mi rutina diaria: preguntarle a mi hijo cómo le ha ido el día.

—¿Qué tal? ¿Has visto hoy a la perra de la vecina? —Miro por el retrovisor y él inclina la cabeza, estudiándome. Luego ladra dos veces.

—Tío… te dije que solo puedes ser tú. No puedes ligarte a la señora Roberts. Tiene 77 años. ¿Te ligarías a una anciana por casualidad?

Otro ladrido corto.

—Sí… quizá lo haría, ¿no? —comento, poniendo los ojos en blanco—. Las perras nacen con el bótox al día para toda la vida. Sin menospreciar la belleza de la señora Roberts. Mira… La cuestión es que nuestra vecina está casada, tío. El señor Roberts es hincha de los Giants. Así que, amigo, te toca a ti.

Dos ladridos más emocionados.

—¡Eso es! Si hoy no ha funcionado, el miércoles le pediré a Debby que vaya por la mañana al parque. Y tú lo intentas de nuevo.

Él suelta un «woof» grave y una respiración larga, lo que significa: ahora estoy cansado. Solo conduce.

Diez minutos después, doblo en mi calle. Acciono la puerta electrónica de mi garaje y entro lentamente en el estrecho hueco. El garaje es para un coche. Podría ser para dos… si el coche no fuera tan grande. Pero Charlie necesita espacio.

Abro la puerta a mi gran amigo, que sale disparado por el pasillo. Ni siquiera me doy cuenta del momento en que pasa por el agujero de la puerta.

Mi casa es una de esas adosadas en el corazón de Manhattan. Encontrarla fue pura suerte. Y convertirla en una casa funcional para mí y para Charlie fue un trabajo ingenioso de un equipo de arquitectos.

Por dentro, es exactamente lo que ocurre cuando un atleta decide que quiere comodidad, silencio y un lugar donde nadie le dé órdenes… excepto un *golden retriever.*

Las paredes alternan entre cemento quemado, ladrillos a la vista y paneles de madera que le dan un aire acogedor. Hay cuadros por todas partes, algunos abstractos, otros estilizados… y muchos de ellos son una versión mía, al estilo héroe. En algunos, veo mi perfil con el casco y colores abstractos de fondo. En otros, estoy con el uniforme completo. A veces de colores. Otras, en blanco y negro.

No es narcisismo.

Lo juro.

Son regalos de mi hermana. Tenía un talento increíble y un gusto dudoso por convertirme en arte.

Me acerco a uno de ellos, que tiene un aparador rústico debajo y algunas fotos de mi familia. Cojo una de ellas y deslizo los dedos sobre el cristal.

Mi hermana menor era preciosa.

Tenía el pelo oscuro, a diferencia de mi rubio. Pero sus ojos eran azules como los míos.

Steffany se fue muy pronto.

Dicen que las personas buenas se van pronto. Le pedí varias veces que rompiera el cristal de alguna ventana de nuestra casa. Solo para quedarse un poco más con nosotros.

Una vez me respondió:

—Lo rompería. Pero no sé apuntar. Acabaría dándole al señor José.

José era nuestro jardinero.

—Yo tiro y tú asumes la culpa —le respondí.

—Y entonces haré una acción noble y no una malvada, loco.

—Ah… sí. — Nos reímos. Después, el ánimo cambió, porque yo sabía, y ella también, que quedaba poco tiempo. — Ty… está bien. Estoy bien.

—No quiero que mueras —me consoló, secándome las lágrimas. Charlie puso la cabeza sobre su regazo, queriendo lo mismo que yo.

— No estés así. No quiero verte triste.

Aproveché que el partido era en Chicago y corrí a visitarla a la casa de nuestros padres. Estudió dos años en la facultad de artes antes de perder totalmente la vista.

Luchamos contra el cáncer durante tres años. El linfoma intraocular fue demasiado agresivo. Charlie fue su regalo de cumpleaños cuando cumplió veinte años. Aunque era solo un cachorro, se quedaba a su lado. Después, recibió entrenamiento como perro guía y acompañó a Steffany durante más de un año y medio.

Sus fotos están por toda mi casa y la de mis padres.

Una añoranza que nunca se sacia. Siempre está ahí. Un vacío que nunca se llenará. Solo nos acostumbramos al dolor. A la ausencia.

La muerte de Steffany no fue solo una pérdida. Fue una reforma forzada en mí, sin derecho a proyecto, sin previo aviso y con ese ruido de pared cayendo que sigue resonando años después.

Porque no perdí a la persona que me hacía querer ser mejor sin pedirme nada. Perdí su risa, la forma en que fingía que todo estaba bien solo para aliviar el peso que pesaba sobre nosotros.

Perdí la oportunidad de ver quién sería a los treinta, cuarenta años…

Es el tipo de injusticia sin culpables.

Viví el duelo.

Les pedí a mis padres que me dejaran quedarme con Charlie. No se opusieron. Dijeron que sería una buena compañía para mí, ya que estaba en mi etapa de mujeriego nato.

No era cierto.

Simplemente no había encontrado a la persona adecuada.

Entonces conocí a Nataly en un evento del equipo. Ella formaba parte del departamento jurídico de uno de los patrocinadores. Tuvimos una conexión inmediata. Salimos juntos durante casi un año.

Mi madre la adoraba. Charlie también.

Pensé que la amaba, incluso. Era inteligente, hermosa, centrada… del tipo que hace que cualquier hombre piense «vale, quizá pueda conseguirlo».

Hasta el día en que ella habló de tener hijos como si fuera un plan natural. Un futuro obvio. Una casa, una mesa, niños corriendo, vacaciones en familia, fotos en marcos.

Y yo solo sentí pánico.

No porque odie a los niños.

Sino porque odio la idea de amar a alguien de esa manera… y tener que ver cómo el mundo me arranca de nuevo.

No podría vivir con la expectativa de perder a otra persona. Sé que voy a sufrir cuando mis padres se vayan. Es el orden natural de las cosas. Duele, pero tiene sentido.

Lo que le pasó a Steffany no tenía ningún sentido. Ella era más joven. Tenía que vivir más. Yo tenía que irme primero. No mi hermanita.

Fui sincero. Le dije que nunca tendría hijos. Y vi, en su rostro, el momento en que nuestra relación terminó.

Hoy está casada con un abogado como ella. Tiene dos hijos. Y es feliz.

Yo también me alegré por ella.

Podríamos haber seguido juntos. Quizás incluso casarnos al cabo de unos años. Pero no de la forma que ella quería.

Es solo que… no me veo en ese panorama.

Charlie ladra a mi lado, sacándome de mi ensimismamiento. Le acaricio, hundiendo los dedos en su pelaje, rascándole una de las orejas. Él mira la foto de Steffany, cierra la boca y baja las cejas, lo que le da un aire triste.

— Yo también la echo de menos… —reconozco en voz baja. Él emite un gemido de dolor y se frota contra mi pierna.

Inspiro profundamente y, al soltar el aire, vuelvo a colocar la foto en su sitio.

— ¿Qué tal? ¿Tienes hambre?

Él ladra fuerte.

— Vamos, hoy te prepararé ese paté que tanto te gusta. Pero no te acostumbres, ¿vale?

Vamos a mi cocina y cenamos juntos.

Charlie y yo. Mi pequeña familia.

¿Quedaría genial con cierta fisioterapeuta estricta, no?

Sería genial tener a alguien más para cenar. Y ser el postre después.

Sonrío, porque es inevitable.

Pero… antes de cualquier fantasía, tengo trabajo que hacer.

Primero, tengo que convencerla de que no la cagué en esa maldita boda.

Después, intentaré que se quede. Todo el tiempo que pueda.

Capítulo 7

Sidney Bennett

Mi despertador suena por enésima vez y mis deditos precisos pulsan la opción «Aplazar». Estoy teniendo un romance con mi edredón. Es tan agradable sobre mí que reconsidero mi posición favorita de estar encima.

Sinceramente, ¿con el edredón? Acepto ser sumisa. No pasa nada.

—¡Despierta, dormilona! Vas a llegar tarde más allá de tu límite de retraso. ¡Vamos! —dice Paige con un megáfono desde el umbral de la puerta.

Levanto la cabeza para echar un vistazo, pero no veo el amplificador de voz.

¿Cómo puede alguien tan delicada tener un tono de voz tan alto?

Misterios de la biología humana, sin duda.

Allí, parada, con las dos manos en la cintura, está la pelirroja más guay de la faz de la Tierra.

El *look* del día consiste en una falda que le robó a algún irlandés, un suéter de lana blanco, medias negras de siete octavos y botas de charol. Lleva el pelo recogido en una coleta alta.

—¿Cómo es que pareces una top model de la Quinta Avenida a altas horas de la madrugada? —me quejo, con las últimas palabras ahogadas por la almohada.

—Y tú puedes desfilar conmigo, Bella Durmiente. Solo tienes que levantarte. —Me tira de la colcha y el espíritu de mujer apasionada me hace agarrarla con más fuerza.

—Solo cinco minutitos más… —murmuro, coqueta.

—Si te despiertas ahora, te peinaré. ¿Qué te parece?

La miro con desconfianza. Ella nunca se ofrece a peinarme por la mañana. Como tiene la mejor mano del mundo para rizar incluso las puntas, acepto.

No es que quiera ir más guapa al trabajo. Nooo…

Nada de eso.

Rechazar espectacularmente a cierto jugador ha sido uno de mis pasatiempos favoritos últimamente. ¿Estar guapa para hacerlo?

Es el tipo de venganza que nunca admitiría en voz alta.

Nunca.

¿Yo, vengativa?

De ninguna manera.

—Me ducho en dos minutos —declaro, saltando de la cama y corriendo hacia esa ducha matutina que arrastra la pereza.

Diez minutos después, estoy sentada frente al tocador del dormitorio, maquillándome con un look limpio.

—Pareces un panda, amiga. Ponte mucho corrector.

—Sí, qué horror —digo, pasando la barra cremosa debajo de los ojos—. Pero cuéntame qué está pasando, ¿eh? No eres de esperarme ni de llegar tarde.

Ella mantiene ese silencio tortuoso durante 10 segundos. Respira hondo y suelta:

—No quiero llegar temprano al trabajo.

—¿Hola? —salen esos gritos agudos.

Paige exhala el aire, ahora cargado de cansancio. Me siento una pésima amiga por no haberme dado cuenta antes.

—Dorothy se ha hecho cargo de la coordinación de una línea informal y me han redirigido para ser su asistente.

—¿Y eso es malo? —La miro por el reflejo del espejo, tratando de entender. Hasta ayer, Paige solo hablaba de lo mucho que le gustaba su trabajo. Nunca la había oído quejarse ni siquiera de una compañera molesta.

—¿Cuando ella asume que tener una asistente es lo mismo que no hacer nada? Sí. Es muy malo. Tenemos mucho trabajo y la guapa cree que soy la chica del café, la diseñadora, la que determina los colores, qué costureras son mejores.

—Es decir, tú estás sobrecargada con toda la misión mientras ella se sienta en la silla. ¿Estoy en lo cierto?

—Exactamente. —El audible resoplido reafirma mi teoría. —Si llego unos minutos tarde, quizá se sirva ella misma el café. Al fin y al cabo, tenemos una cocina y una máquina para eso. Solo hay que pulsar un botón.

—Nunca te había visto así.

—Sí… lo sé. Nuestro equipo es demasiado pequeño, ¿sabes? Si hubiera alguien más que dibujara…

—¿No hicieron una selección de nuevos diseñadores a finales de año?

—Sí. Pero nadie reunió los requisitos para conseguir el puesto. Ahora se nos acaba el tiempo y no tenemos suficientes bocetos para montar una colección completa. —Vuelve a trabajar en mi cabello—. Quiero llegar al estudio hoy, sentarme y concentrarme al menos en dos modelos. Sin que nadie me interrumpa.

—¿Ves? Llegar tarde ayuda en algo, ¿no? — Sonrío, tratando de animarla.

—Casi nunca…, pero en mi caso… necesito relajarme para producir. Hoy solo quiero centrarme en mis ideas. Últimamente me irrito con mucha facilidad.

—¿La *cita* de ayer no te ayudó a relajarte un poco?

Ella tuerce la nariz hacia un lado, haciendo un puchero gracioso.

—Por lo visto, no habrá segunda cita —concluyo, pasando el *spray* fijador.

—Ya era la segunda y no funcionó. Solo voy a salir con alguien cuando sienta mariposas en el estómago. Por eso, mejor dejarlo aquí. Una tercera cita les da esperanzas.

—Y luego soy yo la devoradora de hombres —ironizo, en tono de broma.

—Tú lo eres. Yo no tengo una cita y ya «deoro» al chico. Pero tú, amiga… devoras y te limpias los dientes con un palillo.

—¡Qué horror! —Intento parecer ofendida, pero me sale la risa.

Me levanto del tocador y me pongo el uniforme de mi trabajo «efectivo». Como todavía estamos en invierno, opto por unos pantalones térmicos forrados. Con las medias, consiguen el efecto que necesito. Cojo la sudadera lisa, solo con el logo, y luego me pongo la parka encima. Todo listo por aquí.

—La verdad es que necesitas arreglarte la cara y el pelo para darle un poco de estilo a este uniforme.

—Este no es el uniforme de devoradora de hombres, ¿sabes?

—Y con tantos hombres guapos en ese lugar… —Se toca el mentón con el dedo índice, pensativa y… soñadora.

—¿Sigues enfadada con Tyler?

—No me enfadé con él. No teníamos nada.

Nos dirigimos hacia la puerta. Ella coge su bolso con correa cruzada, se pone un abrigo gris plomo y una boina negra. Yo cojo mi bufanda y mi gorro rosa claro, intentando por todos los medios mantener mi peinado a salvo de la armadura contra el frío.

Antes de salir, nos miramos en el espejo que hay en el vestíbulo, junto al armario de los abrigos.

—Tendría que haber algún truco mágico, además del maquillaje, para quitarme esta cara de sueño, ¿no? —murmuro.

Paige se acerca por detrás y apoya la barbilla en mi hombro.

—No seas dramática, Sidney Bennett. Si te lavaras la cara con agua fría por la mañana, te ayudaría.

—Ya voy a sufrir con la nieve ahí fuera, aquí prefiero el calor de nuestro apartamento, incluida el agua del baño.

—Si no quieres hacerlo de forma natural… —Rebusca en su bolso y me ofrece una pastilla—. Toma esto. Es milagroso.

—Oh, no, Paige. La última vez que dijiste «milagrosa» pasé tres días recordando que tenía intestinos.

—Tranquilo. Solo es para deshinchar un poco. Mañana te despertarás con la cara de un anuncio de Dior.

Miro la pastilla como quien analiza un arma biológica.

—¿Lo juras?

—Lo juro por mis bocetos.

Bueno… eso es un juramento serio.

Cojo la botella de agua que siempre llevo en la mochila, la abro y me trago la pastilla.

—Si muero, volveré para llevarte conmigo, ¿entendido?

—¡Dios mío! ¿Te vas a convertir en una asesina fantasma? No volveré a ver películas de terror contigo.

—Tú elegiste *Candyman.* Así que, si ves el nombre en el espejo, ya sabes —digo con voz grave, mostrando mi lado oscuro.

Dos segundos después, nos estamos riendo.

—Deja de hacer el tonto. —Ella cierra la puerta y yo empiezo a bajar las escaleras. De repente, su móvil empieza a pitar sin parar. Ella mira la pantalla y pone una expresión inédita en esa carita de muñeca. —Ahora sí que tengo que irme. Dorothy está volviendo locos a todos.

Bajamos las escaleras al ritmo al que estoy acostumbrada, que es siempre corriendo, ¿por qué?

Siempre llego tarde.



Todavía es por la mañana y he perdido la cuenta de cuántas veces he corrido al baño más cercano.

Joder, Paige.

Deberías haberme dicho que iba a mear como una vaca.

Recibimos la convocatoria de la reunión más temprano y apenas pude quedarme en la sala porque, si me quedaba, mi pis se derramaría por todo el auditorio. Afortunadamente, elegí una silla al fondo, cerca de la salida.

Recibí algunas miradas de atención del *coach* y de John, pero luego me arreglo con él.

Muy bonito, ¿no? Acabo de ser contratada para empezar a meter la pata en la reunión semanal con todo el equipo.

Respiro hondo y entro apresurada en el baño. Elijo uno de los cubículos vacíos y hago todo rápido para mantener un poco de dignidad sin mearme en los pantalones.

Cuando estoy en las últimas gotas, oigo un sonido suave que parece un llanto ahogado. Frunzo el ceño, como si así pudiera aumentar mi capacidad auditiva. Increíblemente, funciona. Quizás sea porque el grifo entre mis piernas se ha cerrado por completo, pero… en fin.

Alguien aquí está llorando, sin duda.

Me arreglo la sudadera y golpeo ligeramente la puerta del cubículo de al lado.

—¿Hay alguien ahí?

El llanto se convierte en un sollozo.

—Lo siento… ya salgo. — Es la voz de Faith. Chica.

—Tranquila, chica. No estoy haciendo cola para mear —le digo en voz baja, tratando de no asustarla—. ¿Puedo entrar?

Silencio. Luego un «puedes» casi susurrado.

Abro la puerta y me encuentro con la siguiente escena: Faith sentada en el suelo, con las rodillas levantadas, una *tableta* apoyada en los muslos y la cara roja.

—Oye… —Me agacho un poco—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Respira hondo, dejando escapar los últimos sollozos.

—Si estar bien significa no hacer nunca nada bien. Sí. Estoy bien.

—¿Por qué dices eso, cariño? He leído algunos artículos de la página web, estaban bien.

—Todo porque mi tía lo reescribió todo. Odia todo lo que escribo. Nada de lo que hago es lo suficientemente bueno. Escribí un artículo sobre la última rueda de prensa y ella borró todo el archivo. —Se limpia la nariz con el dorso de la mano—. Me esforcé mucho.

—¿Quieres un consejo profesional o un abrazo? —le pregunto, esbozando una media sonrisa.

Ella suelta una risita corta, sorbiendo por la nariz.

—¿Las dos cosas?

Entro completamente y cierro la puerta detrás de mí. Me siento en la tapa del inodoro como si fuera la silla más natural del mundo. Le doy uno de esos abrazos extraños, ya que estoy en un nivel superior, pero me doy cuenta de que es suficiente para darle un poco de ánimo.

Cuando nos separamos, respira hondo, dejando que el aire de la exhalación se prolongue en el espacio.

—Tengo que escribir un artículo sobre el evento benéfico. Mi tía dice que es mi última oportunidad. — Su rostro, menos lloroso, aún muestra cierta desesperación—. Si no le gusta, me enviará de vuelta a casa. Y… no quiero volver. Me gusta estar aquí, ¿sabes? Nueva York es ruidosa, pero parece que se puede respirar.

—Lo sé bien. — Cruzo los brazos, apoyando el codo en la rodilla—. ¿Y volver a casa significaría qué?

—La decepción de mi madre. —Suspira profundamente—. Ella ve a mi tía como la heroína de la familia. Siempre dice que debería aprender de ella, que es poderosa, exitosa, que ha hecho que el apellido «Cowley» valga algo.

—Y tú deberías ser una versión en miniatura de la tía Astrid.

Faith se ríe entre dientes, sin humor.

—Exacto. Pero yo no soy ella. Ni quiero serlo.

La tableta que tiene en las manos vibra. La desbloquea y veo el reflejo del brillo azul parpadeando en su rostro. No hay ningún texto, sino un dibujo.

—¿Puedo verlo? —pregunto, señalándolo.

Ella duda, pero gira la pantalla.

Sabía que reconocía la forma del dibujo. Es un boceto: trazos firmes y elegantes, con una modelo que lleva un vestido fluido que parece sacado directamente de la cabeza de Paige.

—¿Dibujas?

—Solo para distraerme —se encoge de hombros, avergonzada—. Es un poco tonto, lo sé.

—Lo tonto es que tu tía piense que deberías escribir y no dibujar. Esto es precioso. —Giro la *tableta* hacia mí y amplío el dibujo —. Si se lo enseñaras a Paige, se volvería loca.

Faith se sonroza.

—Quizás algún día. Cuando tenga dinero para la facultad de moda. Por ahora, mi tía es la que paga todo. Y yo… bueno, intento no darle motivos para que me quite la tarjeta.

Me quedo mirando a la chica por un momento, evaluando el contraste entre el talento y el miedo. La empatía de mi época como relaciones públicas de Shirley Watson me golpea con toda su fuerza.

Quería un trabajo por méritos propios, sin ayuda. Y acabé siendo contratada de todos modos por la imagen de mi padre.

Afortunadamente, pude pedir ayuda —a mi padre, qué ironía — para cumplir mi sueño.

Ya Faith… está pidiendo ayuda en silencio, escondida en el baño. Suspiro, acariciándole el brazo.

—¿Y ese artículo? —pregunto—. Es sobre el evento benéfico, ¿verdad?

—Sí. —Levanta el cuello, toca la pantalla de *la tableta* que tengo en las manos y abre otro archivo—. Dijo que mi texto es «demasiado ligero para un evento de élite». Que le falta la seriedad de la prensa deportiva.

Leo las primeras líneas. El texto es bueno, solo le falta confianza.

—Es ligero porque es humano, Faith. Y humano es lo que tu tía no sabe ser. — Le tiendo la mano—. ¿Me dejas revisarlo? Tengo cierta experiencia. Antes trabajé como asistente de relaciones públicas de *los New York Jets.*

Ella inclina la cabeza analizando la oferta, luego la mueve aceptando. Y yo empiezo a ajustar algunos fragmentos, eliminando lo demasiado formal, añadiendo ritmo, cambiando «evento benéfico» por «acción que unió al equipo y a la ciudad».

—Toma, léelo en voz alta—le digo—. Se percibe mejor cuando se escucha.

Faith lee lentamente, tropezando con sus propias palabras. Al final, su voz suena más firme.

—Está… está mucho mejor.

—Porque ahora tiene su voz. Y no la de su tía en su oído. —Le devuelvo la tableta—. Si se queja, dígale que el texto fue aprobado por una experta en pipí y superación.

Ella se ríe brevemente, se limpia la cara con el brazo y dice un tímido «gracias».

—Si es posible, prefiero que sea nuestro secreto. Mi tía quiere que me vaya, ¿sabes?

—Solo bromeaba. Lo entiendo.

—De verdad, Sid. Me has salvado el día.

—Y tú el mío —digo, levantándome—. Necesitaba un descanso entre meadas. Tomé un diurético por la mañana y me arrepiento.

Ella se ríe, y el sonido es lo suficientemente suave como para romper el ambiente pesado.

Faith da las gracias de nuevo y sale del baño con una nueva sonrisa y la *tablet* firmemente en sus manos.

Me quedo allí un segundo, mirando mi reflejo en el espejo y pensando que, si cada vez que voy al baño consigo hacer una buena acción como esta, quizá el milagro de Paige haya valido la pena.

Capítulo 8

Sidney Bennett

Mi semana comenzó de forma extraña.

Pasar gran parte del día controlando mi vejiga fue una novedad que no pienso repetir nunca más. En serio. Ya había vivido muchas cosas en la vida, pero convertirme en un grifo humano no estaba en el contrato.

En los días siguientes, el momento sagrado que yo dedicaba a la hora del almuerzo pasó a compartirse con la presencia constante de cierta asistente de relaciones públicas.

En cada pausa, allí estaba ella: Faith. Con sus mejillas redonditas, la *tableta* en la mano… y esa mirada de «gatito de Shrek».

Me pregunté un millón de veces por qué no puedo ver a una persona llorando y simplemente dejarla allí, tranquila, viviendo su propio drama.

¿Por qué?

¿Por qué no soy ese tipo de persona emocionalmente sana y desapegada?

No…

¿Yo? Yo siempre tengo que meterme en los problemas ajenos.

¿El resultado?

Mi buena acción tuvo un efecto secundario contrario al de Peter Pan.

¿Qué significa eso?

Que, en lugar de perder la sombra… gané una.

Ahora estoy aquí, respirando hondo y revisando otro texto que parecía haber sido escrito por alguien que escapaba de un secuestro, sin luz y con un plazo de cinco minutos.

Pulsé «guardar», cerré el archivo y le devolví la *tableta* a Faith mientras caminábamos juntas hacia el exterior del centro de entrenamiento, donde se estaba llevando a cabo la parte práctica del entrenamiento.

—Listo, nena. — Le entrego la *tableta* en el pecho—. Tu texto ya no parece una amenaza diplomática. Puedes enviárselo a tu tía sin riesgo de ser deportada.

Faith sonríe. Una sonrisa dulce, pequeña… de esas que te calientan el corazón, como cuando ves a un cachorro descubriendo que tiene patas.

—Gracias, Sid… otra vez —murmura, abrazando la *tableta* como si fuera un trofeo de participación—. Eres muy buena en esto.

—Tienes que darle las gracias a mi amiga Brooke. Ella me entrenó a base de amenazas.

—¿Te amenazaba? —pregunta, con cara de asombro.

—Con darme las peores bebidas en las fiestas. Esa era la amenaza. La chica era nuestra *camarera* oficial desde el instituto. Así que sí. Era una amenaza muy válida para mí —respondo con esa sonrisa pícara.

Ella suelta otra carcajada, ahora más segura.

Llegamos cerca del campo, donde los jugadores hacen calentamiento, pareciendo una manada de búfalos sincronizados. Faith se detiene a mi lado, con esa actitud tímida, mirando el campo cubierto con admiración.

Sé lo que es eso. Siempre me emociono al ver la magnitud del lugar. La energía que desborda cada yarda dibujada sobre el césped es indescriptible.

Pero en cuanto sus ojos se posan en el gigante que se acerca, todo su cuerpo tiembla y rápidamente se convierte en un ratoncito que huye.

—Ay. Dios. Yo… me voy —susurra, susurrando un «gracias de nuevo» a sus espaldas.

Cuando desaparece tras la puerta, Jared se detiene frente a mí con esa sonrisa despreocupada de siempre.

—Asusté a la pequeña, ¿no?

—Sí… quería decir que no. Pero creo que ella vive asustada.

—Qué pena. Es guapa —dice, encogiéndose de hombros, como si solo pasara la página de un menú que le ofrecen.

Por desgracia, es una realidad para tipos como Knight. Especialmente cuando los hombros anchos van acompañados de ojos color chocolate. La piel bronceada por el sol es esa ventaja extra que todas las mujeres aprecian cuando se quita la camisa.

—Qué creído.

—No eres su tipo, ¿vale? Te daría un buen plantón.

—No lo dudo. Últimamente ha estado saliendo con la maestra de los rechazos.

Suelto un sonido indignado. Luego esbozo una sonrisa maliciosa que él entiende perfectamente.

—Por eso, ni se te ocurra hacer bromas, y mucho menos pedir defensa para tu amigo.

—Eso es lo que pretendo hacer, pero ahora… necesito un poco de ayuda con la reina de las vendas —replica él, serio. Luego, baja el tono: — La rodilla está bien, pero quería hacer esa *venda* que tú hacías. Da seguridad… ¿sabes?

Automáticamente cojo una venda elástica de mi mochila.

—Siéntate ahí, grandullón llorón.

Rápidamente se sienta en el césped, subiéndose los pantalones ajustados todo lo que puede.

Le coloco la rodilla y empiezo a envolverla con precisión con la venda, tirando, girando y fijándola.

Entonces, suelta:

—Ty está realmente interesado en ti, Sid.

Pongo los ojos en blanco.

—Knight, por favor. No empieces.

—No estoy empezando nada. Solo estoy diciendo la verdad. —Arranca una brizna de hierba y la gira entre los dedos—. Lo que pasó en la boda… no fue real.

Suelto una risa seca.

—¿No fue real? Jared, hubo lengua. LENGUA. Lo vi. Si eso hubiera sido más real, podría haber cobrado entrada.

Hace una mueca tan sincera que resulta graciosa.

—Eso se convirtió en un puñetazo quince minutos después, ¿vale? —Levanta las manos—. No sé besar de otra manera. Y mi ex tenía que entender que se había acabado. Rápido.

—Aún con lengua —insisto, atando la última vuelta de la venda.

—Vale. Me pasé de la raya, ¿vale? —Suspira—. Pero prácticamente obligué al idiota a besarme. Mi ex estaba flipando. Mira esto.

Coge el móvil, lo desbloquea y me inclina la pantalla.

Los mensajes aparecen como un festival de desesperación digital.

Donald:

No vas a escapar de mí.

¿Por qué no contestas?

Estás ahí, lo sé.

Si no quieres hablar, te encontraré de todos modos.

Levanto las cejas tanto que casi se me salen de la frente.

—Knight… esto es como un documental de Netflix sobre *acosadores*.

—¡Lo sé! —Levanta las manos—. Se estaba volviendo insoportable. Necesitaba un punto final, un o cinematográfico. Y nada dice «se acabó» como besar a tu mejor amigo, que se moría de celos.

La desesperación es incluso divertida.

Y patética.

—Vale. Lo admito. La escena tenía sentido en ese contexto. En el mío, no. —Cruzo los brazos—. No tenía forma de adivinar lo que estaba pasando. Y simplemente corté todo de raíz. No necesito drama en mi vida.

—Pero él no quiere terminar nada, Sid —replica Jared—. Dale otra oportunidad al chico. Yo fui quien arruinó lo vuestro cuando finalmente cediste. Joder. Me siento como Thanos[18] con conciencia.

Le doy un último tirón al vendaje.

—Listo. Puedes levantarte.

Se levanta, comprueba su firmeza y sonríe satisfecho.

—Piénsalo bien, ¿vale? Estás jugando duro, pero también te apetece —declara, sonriendo con picardía—. Lo veo cuando lo miras.

—Tengo que mirar a todos los jugadores.

—¿Hasta cuándo vas a seguir mintiendo, Sid? —replica, mirándome desafiante.

—Arg… está bien. Lo pensaré, ¿vale? Ahora ve a entrenar —le exijo, levantando las manos.

Jared me da una palmada en el hombro y corre de vuelta al grupo, justo en el momento en que Mick pita para reanudar el entrenamiento.

Me quedo allí un momento, observando a los jugadores alinearse en sus posiciones. El campo cobra vida.

Cuando empieza el partido, siento un calor en el pecho, la misma sensación que tenía cuando veía los partidos de mi padre. El sonido de las placajes, el silbato, el movimiento en el campo… todo me devuelve esa vieja mezcla de adrenalina y nostalgia que nunca ha abandonado mi cuerpo.

El QB retrocede.

Suena *el snap*.

Tyler sale disparado en ruta.

Un rayo rubio que atraviesa el campo.

Atrapa el balón en el aire con una precisión irritante, aterriza suavemente, gira la cadera en un cambio de dirección completamente pornográfico… y solo entonces se da cuenta de que lo estoy mirando.

Desacelera, con la respiración marcada en el pecho, y me mira desde lejos. Luego mira a Jared como preguntando:

—¿Funcionó?

Jared niega con la cabeza, con esa expresión de mejor amigo que dice: «Tranquilo, todo va a salir bien».

Joder.

No sé si sentirme halagada o cabreada porque estoy siendo tema de conversación.

Cruzo los brazos, vestida con el traje profesional de mi trabajo, e intento centrarme en los demás jugadores.

De vez en cuando, mi mirada traicionera vuelve a ellos dos.

Y analizo su rostro. Su expresión. La forma en que su lengua pasa por la comisura de la boca, un tic nervioso que él cree que

nadie nota.

Mi mente viaja al recuerdo del contacto de esa lengua con la mía. De su boca en mi piel. ¡Joder!

Estoy totalmente perdida.

Un silbido y mi conciencia vuelve al campo de un solo golpe.

Comienza el siguiente *snap* y Miles llama la jugada, los defensores se alinean… y Tyler corre la ruta como si hubiera sido fabricado por Nike en un laboratorio secreto.

Recibe el balón en el pecho, gira el torso —hermoso, seguro, todo orgulloso— y entonces ocurre la desgracia:

Tres matones se le echan encima al mismo tiempo.

Parece un accidente de camión con entrega de frigorífico.

—Vaya… —murmuro, con esa serenidad típica de quien ya sabe que va a tener que trabajar el doble.

La pila se mueve. Aparece un brazo. Un casco. Finalmente, Tyler emerge de debajo del caos humano, resoplando, con el pelo rubio pegado a la frente, y hace una mueca mientras mueve el brazo derecho en pequeños círculos.

John, que aparece a mi lado como si se hubiera teletransportado, afirma:

—Se ha hecho daño. — Y cuando John dice eso, no es una duda. Es una sentencia.

—Sí, jefe… su aura gritó «ay» desde aquí.

El juego continúa, pero el rubio pasa el resto del entrenamiento haciendo ese microestiramiento en el hombro.

Cuando termina el entrenamiento y los jugadores comienzan a quitarse el equipo, John me llama por mi apellido, lo que significa que hay trabajo extra por hacer.

—Bennett. —Señala discretamente a Tyler, que ya se ha quitado el casco y se ajusta la camiseta de entrenamiento con la mano izquierda mientras se mueve el hombro derecho, tenso. —

Antes de que se vaya, quiero ese vendaje que tú haces. Solo por precaución. Él dirá que no lo necesita, pero no se lo he preguntado a él. Te lo he preguntado a ti.

—Considérelo hecho. —Cojo la mochila con la autoridad de quien ya acepta su destino.

Camino lentamente hacia Tyler, como quien se acerca a un animal herido, pero aún peligroso. Él me ve llegar y disimula el movimiento del hombro, levantando el brazo como si estuviera estirándose para un anuncio de desodorante.

Luego, muestra la sonrisa más galante del mundo.

—¿Has venido a invitarme a salir, guapa? Estoy libre el viernes —dice sin rodeos.

—Por el amor de Dios… —Pongo los ojos en blanco—. Solo he venido a ver tu brazo. Te duele, Grant.

—No es nada —baja la mirada, avergonzado por haber sido descubierto—. Solo es un esguince leve.

—Y estoy aquí para tratarlo. Vamos.

Baja el brazo lentamente y vuelve a aparecer esa micromueca.

—John me sugirió que te vendara el hombro —digo, abriendo la mochila—. Así que siéntate ahí. Mañana ya no sentirás nada.

—Voy a aceptar porque estoy deseando sentir tus manos sobre mí.

—Sentirás la *cinta,* tío. Eso sí —le respondo secamente—. Quítate la hombrera y la camiseta.

—Paso a paso. — Él parpadea, con una media sonrisa, y se sienta en el banco lateral del campo, obedeciendo, quitándose la protección y la camiseta. Suelto un suspiro que es casi un insulto mientras preparo el vendaje elástico.

Cojo la venda y me acerco a él, que ya está sentado en el banco, con el hombro al descubierto, mirándome como si fuera una

mezcla de salvación médica y tentación andante.

—Levanta un poco el brazo —le pido.

Él obedece lentamente, y solo ese movimiento ya revela lo mucho que le duele. O lo mucho que quiere fingir que no le duele.

Apoyo la mano en el costado de su hombro, firme, cálida.

Él suelta un suspiro corto, casi imperceptible, pero yo lo oigo.

—Relájate, Grant —le digo, acercando mi cara para colocar la venda—. Si te quedas así de tenso, no hay vendaje que aguante.

—Que digas eso no ayuda mucho a relajarme, Bennett —murmura, con esa sonrisa torcida.

Lo ignoro.

A continuación, desenrollo la primera vuelta, pasando la venda por delante de su hombro y rodeando su brazo por debajo. Me inclino un poco y mis dedos rozan su clavícula y su , cálida, fuerte, siempre al límite de lo que debería estar permitido en horario comercial.

Suspira de nuevo.

—¿Te duele? —pregunto.

Él niega con la cabeza, pero sus ojos… sus ojos cuentan otra historia.

Tiro de la venda, ajusto la tensión y deslizo la mano por la piel antes de seguir enrollándola.

Noto que su nuez se mueve con dificultad.

—¿Lo haces a propósito? —pregunta en voz baja.

—Hago mi trabajo —respondo, alineando la venda con el pulgar.

La segunda vuelta pasa por delante del pecho y, para fijarla, tengo que apoyar toda la palma de la mano sobre el músculo de su hombro.

El suspiro se convierte en un gemido bajo. Es agradable de oír, pero no en un campo que… Miro hacia atrás y me doy cuenta de que estamos solos. Todos se han ido. Los jugadores se han ido al vestuario y el equipo técnico al centro de entrenamiento.

—¿Y bien, voy a estar bien?

—Sobrevivirás —le digo, aunque siento cómo su calor me sube por el brazo.

Doy otra vuelta, pasando por detrás de su espalda, y Tyler inclina ligeramente el torso hacia delante, solo para facilitarme la tarea.

O para provocarme.

Es difícil saberlo.

—¿Ya está? —pregunta con voz ronca.

—Sí —tiro del extremo, lo ajusto y presiono el vendaje final con un toque firme—. Listo. Estás seguro.

—Es imposible estar seguro cerca de ti, Bennett —dice, mirándome directamente a la boca.

Mi corazón da un salto tan estúpido que deberían multarme.

—Levántate y pruébalo —le recomiendo.

Lo hace. Y el hombro está firme, estable…, pero sigue mirándome como si yo fuera la parte favorita del tratamiento.

—Ha funcionado —comenta.

—Claro que ha funcionado. Soy buena en lo que hago —respondo, guardando la venda en la mochila.

—Sí —sonríe lentamente—. Eres buena en muchas cosas.

Y entonces me mira de esa manera que te dan ganas de drogar tu propio sistema nervioso. Antes de que me vaya, me agarra de la muñeca.

—Sid… dame otra oportunidad —me pide.

—Ya hemos hablado de eso —insisto en la letanía de rechazos constantes que le he dado—.

—Pero ahora sabes que me vi obligado a darte ese beso.

Arrugo la nariz con tanta fuerza que casi la moldeo en arcilla.

—Gracias, gracias… no lo fuiste —repito, indignada a propósito.

—¿Tú harías algo diferente? —me provoca—. Si un exnovio loco de tu mejor amiga empezara a amargarle la vida en el e l centro de una boda… y tú fueras la salida más rápida, ¿le negarías tu ayuda?

Abro la boca para responder… y no sale nada.

Porque, maldita sea, tiene razón.

Echa un vistazo a la pequeña sombra que adquirí en el CT. La chica estaba llorando en el baño y ni siquiera era mi amiga, y fui a ayudarla. ¿Imagina si fuera una mejor amiga huyendo de un loco?

Creo que también le habría dado un beso.

Quizás evitaría la lengua. Pero aun así, la boca entraría en acción.

Mierda.

Aprieto los labios, enfadada con él, conmigo y con el universo que insiste en poner lógica en las palabras de este hombre.

—¿Ves? —concluye, suave—. Es difícil juzgar desde aquí cuando no estabas allí.

Desvío la mirada, resoplando.

Él aprovecha la oportunidad.

Claro que lo aprovecha.

—Linda… —su voz baja un semitono, adquiriendo esa ronquera que debería estar prohibida por ley—. No he dejado de pensar en ti. En aquella noche. En lo que podríamos haber hecho si nada nos hubiera interrumpido.

Mi pulmón falla por un segundo. Un pequeño fallo. Pero falla.

Un suspiro se me escapa antes de que pueda encerrarlo dentro de mi dignidad.

Y él lo oye.

Claro que lo oye.

Porque al segundo siguiente, sus manos, esas malditas manos grandes, cálidas, perfectas para sujetar mi cintura, me tiran suavemente de la chaqueta del uniforme, acercándome medio paso. Se inclina sobre mí.

—Quería haberlo terminado bien… —murmura, tan cerca que siento su aliento en mi mandíbula—. Quería rasgar ese vestido, arrancar esas malditas pegatinas de tus pechos, para chuparlos con gusto. —Su boca roza mi mejilla, bajando hasta mi oreja—. Quería besarte por completo, para que gimieras otra vez, y otra vez… tantas veces como pudieras aguantar.

Me quedo paralizada.

Mi cuerpo no.

Mi cuerpo se incendia.

Se me eriza todo el cuello, una ola de calor recorre mi columna y mi coño, traidor profesional, palpita como si estuviera aplaudiendo.

—Tyler… —le advierto, sin ninguna convicción.

Él acerca su cara a mi cuello y roza mi piel con su barba incipiente, muy suavemente, de esa manera que te dan ganas de arquear la espalda y maldecir a Dios en tres idiomas.

Mis rodillas se doblan. Odio eso.

—Estás toda erizada —susurra, satisfecho—. Debes de estar mojada por mí, ¿no?

Me trago la respuesta, todavía demasiado orgullosa para admitirlo. Pero él continúa:

—No necesito mirar para saberlo.

Aprieto los dedos en la barra de la chaqueta, tratando de encontrar algo de dignidad perdida en el camino.

—¿Me das otra oportunidad? —vuelve a pedir, y todo mi cuerpo tiembla de excitación. Él se ríe entre dientes, satisfecho con la reacción que me provoca. —Tu cuerpo me recuerda. Quiere darme otra oportunidad. Estoy seguro.

Es un ataque directo. ¿Y lo peor?

Es verdad.

Los recuerdos de aquella noche —su boca, sus manos y, sobre todo, ese grosor absurdo dentro de mí— explotan en mi cabeza como un *tráiler* en 4D.

Cierro los ojos un segundo.

Error fatal.

Él inclina la cara hasta que su nariz toca el punto exacto entre mi mandíbula y mi cuello, y vuelve a presionar su barba allí, solo para oírme jadear.

Y lo hago.

Mierda.

—Mi cuerpo puede quererlo. Pero mi cabeza aún no sabe lo que quiere.

—Ya hemos pasado de «no» a «no lo sabe». ¡Genial! —dice, demasiado seguro para alguien que acaba de recibir una torre Eiffel de jugadores en la cabeza—. Y cuando llegue el momento… terminaré todo lo que empecé aquella noche.

Abro los ojos y doy un paso atrás, lo suficiente para respirar, pero no para escapar.

—Ya veremos, Grant —digo, levantando la barbilla—. Quizás lo haga. Quizás sigas solo con ganas.

Él se ríe, mordiéndose el labio inferior.

—Sabemos lo que va a pasar, *nena*. —Pasa a mi lado, coge el hombro y la camiseta y se dirige al vestuario. Antes de salir completamente de mi campo de visión, mira hacia atrás y me guiña el ojo con picardía.

Veo desaparecer al «zumo de la arrogancia» y solo pienso una cosa: genial, además de estar buenísimo, ahora tiene demasiada confianza en sí mismo.

¿Y yo?

Necesito urgentemente un baño frío, un exorcismo… o ambas cosas.

Capítulo 9

Sidney Bennett

El estadio tiembla.

Y no es una exageración poética: realmente tiembla cuando cuarenta mil personas deciden gritar *«¡GO GIANTS!»* al mismo tiempo. Ya debería estar acostumbrada, pero la sensación es diferente cuando estás al lado del campo con la insignia balanceándose en el pecho.

Hoy juegan *los Giants contra los Cowboys*, el tipo de clásico que hace que incluso las mascotas se odien.

Ambos forman parte de la NFC *Este*, una división de la NFL que básicamente define quién seguirá soñando con la *Super Bowl* y quién se convertirá en meme en Twitter.

En resumen: si ganan, es gloria; si pierden, es caos, drama y entrevistas incómodas después.

Doble presión, triple testosterona y yo en medio de todo eso tratando de no morir de taquicardia.

Estoy al lado del equipo técnico, con John y Jack intercambiando notas detrás de mí, Nathan observando el movimiento de *los receptores abiertos* y yo tratando de analizar la biomecánica en medio de un apocalipsis de ruido.

A mi otro lado…

Faith.

La pequeña sombra de RP que gané sin querer.

Ella aprieta la carpeta contra su pecho, la tableta bloqueada en la otra mano, los ojos muy abiertos como si estuviera viendo salir el sol por primera vez.

—Entonces… tengo que escribir una nota sobre este partido… —informa, con esa timidez que precede a una súplica de ayuda—. Mi tía dice que es importante porque hay patrocinadores a los que les encantan los partidos bien explicados.

—Es tu trabajo, ¿no? —le respondo, sin apartar la vista del campo. Y preguntándome mentalmente por qué tiré piedras a la cruz en mi reencarnación pasada.

Solo puede ser por eso que, en esta, he adquirido el hábito de ser tan buena.

No me malinterpretes… Faith es genial.

Sin embargo, en este preciso momento, me gustaría mucho que estuviera allí con su tía, lejos de mí.

—Sí, sí… y estoy concentrada en intentar hacerlo más emocionante. Eso es lo que me pidió la última vez.

Como siempre, Faith recibió una llamada y corrió para que yo corrigiera el texto.

—No está mal.

Me pidió que fuera muy minuciosa, debido al evento benéfico que se acerca.

Aquí estoy recibiendo instrucciones. ¿Te has dado cuenta?

—Un evento benéfico para mantener a los patrocinadores del equipo. Es casi una broma. —Me río con sarcasmo.

—Sí… — Ella encoge los hombros y me arrepiento al instante. La pobre no forma parte de la industria del deporte, después de todo. Pero una simple nota forma parte de la manipulación que hay detrás. Un impulso en la manivela.

Los Cowboys alinean una defensa pesada. Lo noto por la separación entre *los safeties*.

Josh, el quarterback, pide el *snap*.

El balón vuela.

Y Hunter cruza la línea como si lo hubieran expulsado del infierno con una patada en el trasero.

Explosivo, rápido y sin ningún sentido de la autoconservación.

Es básicamente una granada humana, con muslos.

—Dios mío… — exclama Faith, encantada. — ¡Qué muslos tan gruesos tiene! ¿Haces algún ejercicio especial para tenerlos así? ¿Algún tipo de sentadilla secreta del Olimpo?

Casi me atraganto con mi propio oxígeno.

—Faith…

—¡No, en serio! Mira esto. Sus muslos parecen dos almohadas de hotel de cinco estrellas atadas con cinta. ¿Es natural? — Sus ojos brillan con codicia y algo más que entiendo muy bien.

—Es genética, entrenamiento y terquedad —respondo, exhalando una breve risa—. Y no, no hago «sentadillas secretas del Olimpo» con él.

—Ah… —Anota, como si fuera información vital para la prensa internacional.

Hunter recibe el *handoff*[19] , golpea la línea, gira la cadera, escapa de dos *tackles*[20] y avanza con firmeza.

—¡Así se hace, Pierce! —Doy un puñetazo al aire, en señal de celebración.

Al otro lado del campo, Tyler cambia de ruta y corta por el medio, pero al desacelerar para el siguiente *huddle*[21] , hace una mínima rotación del hombro derecho.

Pequeña. Suave.

Pero lo suficiente para que yo lo note.

Mierda, Grant.

¿Por qué no me dejaste volver a vendarme antes del partido?

¡Qué arrogante de mierda!

En cuanto sale a su posición, me mira. Frunzo el ceño, cruzo los brazos y pongo mi peor cara. Él simplemente sonríe y me guiña el ojo.

Me guiña el ojo.

El muy cabrón me guiña el ojo como si le estuviera enviando señales de coqueteo y no de «te voy a pegar el hombro con Super Bonder si me das problemas».

Cruzo los brazos con mi peor mueca de profesional enfadada.

Él sigue sonriendo. Arrogante.

Cretino.

Faith tira de mi chaqueta.

—Sid… Sid… ¡Mira! Es esa jugada, ¿no? ¿Cómo se llama? ¿La… «cabeza de tortuga inversa»?

Cierro los ojos por un segundo. Solo uno.

Lo suficiente para reunir paciencia y no responder con un «por el amor de Dios, chica, NO INVENTES NOMBRES».

—*Screen pass*[22] , Faith. Se llama *screen pass*. Ni siquiera existe esa jugada con nombre de tortuga —murmuro al final de la frase.

¿Ves cómo sufro?

—Ahhh —dice ella, como si lo hubiera entendido todo—. Es que me pareció muy tortuga.

—Menos mal que no eres comentarista de ESPN.

En el campo, la jugada se desarrolla:

Se produce el *snap*.

Josh finge que va a lanzar en profundidad, arrastrando a los *safeties*.

La línea ofensiva se abre como si hubiera fallado la protección, pero todo es una actuación.

Tyler retrocede ligeramente, recibe el pase corto y… explota.

La línea se cierra de nuevo como una trampa, formando un muro de protección en el lateral.

Avanza como si tuviera un turbo instalado en la cadera, y solo se detiene cuando tres defensores se le pegan como papel film.

Faith da un gritito.

—¡Dios mío, va a morir!

—No. No va a morir —digo con firmeza. Por supuesto que existe el peligro en los juegos violentos, por eso el entrenamiento físico es tan intenso.

Tyler se levanta del suelo como si nada hubiera pasado.

Faith suspira, aliviada. En el fondo, yo también.

El juego continúa. Y mi sombra sigue a mi lado.

—Gracias a Dios. Tenía miedo de que, en lugar de escribir una nota para el evento, tuviera que escribir una de fallecimiento —comenta, respirando más tranquila.

—Chica, ¿en serio? ¿Aún no has aprendido que estos tipos son de hierro? —le pregunto, extrañada por su reacción asustada—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando con tu tía?

—Ah… unos seis meses, creo.

—¿Y hasta ahora no has aprendido nada sobre cómo funciona este deporte?

Ella piensa. Se rasca la barbilla. Esboza esa sonrisa incómoda.

—He aprendido… eh… las reglas del *touchdown*.

Me tapo la cara con las manos.

—Faith…

—¡Estoy mejorando! —se defiende, anotando algo que estoy completamente seguro de que no tiene nada que ver con lo que está pasando en el campo—. Mira, ya he escrito: «Los Giants de s demuestran una velocidad impresionante en la transición ofensiva».

Miro al campo.

La jugada acaba de ser una carrera por el centro sin transición alguna.

—Faith, eso ha sido literalmente lo contrario.

Ella me mira, mira al campo, mira la *tableta*.

—Ah.

—Ah —repito.

Ella suspira.

—Chica, ¿por qué no vas con tu tía al palco de relaciones públicas? Quizás desde allí veas mejor y…

—Prefiero quedarme aquí contigo. Mi tía se pasará el rato leyendo lo que escribo y seguro que tiene mucha menos paciencia que tú.

Entonces, mi corazón blando se impone.

—¿Qué tal lo siguiente? Concéntrate ahora en el partido conmigo y luego te ayudo, ¿vale?

—¿En serio? —su voz esperanzada es digna de lástima.

Estoy perdida con esta chica.

—Lo juro. Pero sigue con tus apuntes. No voy a hacer tu trabajo. Yo tengo el mío.

Ella niega con la cabeza tan rápido que casi se le caen las gafas. Sonrío y vuelvo mi atención al campo.

El partido sigue siendo intenso.

El marcador está ajustado, el tiempo se agota y la hinchada parece a punto de perder la cordura colectiva.

Intento mantener la concentración: analizar, observar la postura, planificar lo que vamos a ajustar en los entrenamientos.

Pero eso requiere concentración.

Y la concentración es imposible cuando tienes a Faith en modo comentarista del apocalipsis a tu lado.

—Sid, ¿por qué se alinean tan agachados? ¿No les duele la espalda?

—Es postura, Faith.

—Ah… ¿y esa banderita amarilla? ¿Es como… una tarjeta amarilla?

—No, es una falta.

—Entendido. —Pausa dramática—. ¿Entonces es como una tarjeta amarilla?

Cierro los ojos.

Cuento mentalmente hasta cinco.

Nada cambia.

—Faith, intenta concentrarte en el partido, ¿vale?

—¡Estoy concentrada! —se defiende—. Es que estoy tratando de entender lo que está pasando para no inventar nada incorrecto.

—Ya es un buen comienzo —le digo, con ironía—. No inventar nada.

Y ahí va ella, escribiendo frenéticamente con el bolígrafo digital. Intento resistir la curiosidad, pero cuando la oigo murmurar «un *touchdown defensivo espectacular*» mientras el equipo está en ataque, pierdo la paciencia.

—Dame eso —le digo, extendiendo la mano.

—¿Eh?

—Dame la *tableta*, Faith. Y el bolígrafo también.

Me lo entrega lentamente, como si me estuviera pasando un bebé.

Suspiro y me siento en el banco del equipo técnico detrás de nosotros.

—¿Dónde está ese teclado portátil? —pregunto, y ella lo conecta rápidamente para que me quede perfecto y pueda escribir apoyado en mis muslos.

Aprovecho gran parte de lo que ella ha escrito y luego añado otras cosas. Las palabras fluyen como si hubiera nacido en una rueda de prensa:

«Con garra, resistencia y disciplina, los Giants dominaron la segunda parte, demostrando fuerza colectiva y control estratégico en los momentos decisivos».

Dos líneas más y listo.

Limpio, directo, profesional.

Le entrego la *tableta*.

—Listo. Ahora solo disfruta del partido. Después solo hay que añadir una línea más sobre el final del partido.

Ella lee. Sus ojos se abren como platos y luego brillan.

—Dios mío, Sid… ¡esto es perfecto! ¡A mi tía le va a encantar! —Salta dos veces, emocionada, casi golpeándome con el codo. —¡Es muy periodístico!

Abro la boca para responder, pero no hay tiempo.

Porque, en ese mismo instante, el estadio estalla.

TOUCHDOWN.

Los *Giants* anotan.

El público se levanta como una ola gigante azul y el sonido invade el aire como si el suelo vibrara.

Faith grita emocionada, sosteniendo la *tableta* contra su pecho.

Sonrío, agotada y un poco orgullosa de la victoria, durante dos segundos enteros.

Hasta que oigo la voz detrás de nosotros.

Baja. Ronca. Y lo suficientemente dura como para helar hasta las gradas.

—¿Qué es exactamente lo que me va a encantar?

Me quedo paralizada.

Lentamente, giro la cabeza.

Astrid Cowley está parada justo detrás, impecable con sus tacones de aguja y con la expresión de alguien a quien no le gusta absolutamente nada.

Faith se bloquea.

Yo también.

Y es allí, en medio del campo, con la hinchada gritando victoria, donde me doy cuenta de algo muy simple:

Estoy jodida.

Capítulo 10

Tyler Grant

El salón del *Cipriani 42nd Street* es uno de esos lugares en los que me siento completamente fuera de lugar. Nada aquí va con mi estilo, y mucho menos con mi día a día.

Candelabros de cristal en lo alto, enormes arreglos florales azules y blancos en cada mesa, el logotipo de *Touchdown for Hope* proyectado en la pared detrás del escenario. Debajo, el nombre del hospital infantil que recibirá el dinero recaudado durante la noche.

Por eso necesito refuerzo líquido. Algo que me ayude a mantener la cordura hasta que termine la noche.

Me acerco a la barra y hago una señal al camarero.

—Whisky, solo —le digo en voz baja.

Él asiente con la cortesía neutra de quien ha visto gente mucho más borracha y problemática que jugadores de fútbol americano vestidos con esmoquin.

El espejo detrás de la barra me devuelve mi imagen y, por un segundo, casi no me reconozco. Sí. Estoy guapo. De traje. Pero prefiero el apretón en los testículos del cinturón de protección que la pajarita en mi cuello.

Al menos no he cambiado mi peinado.

Mi pelo sigue siendo el de siempre: un poco desordenado, lleno de personalidad, cuidadosamente despeinado para no parecer

un banquero de mediana edad que juega al golf y dice «networking» en voz alta.

Lo ideal sería que ya hubiera esbozado una bonita sonrisa, saludado a media docena de patrocinadores, me hubiera hecho fotos con los demás *Giants* y abrazado a quienes firman los cheques gordos para el hospital.

En la práctica, estoy aquí midiendo dosis de alcohol y distracción.

Me gustaría distraerme con una de las asistentes del equipo técnico de fisioterapia. Pero cierta chica ha desaparecido.

Todavía no me he cruzado con Sidney ni una sola vez.

Incluso en los entrenamientos ha sido difícil. Se ha vuelto fugaz.

Llega, evalúa a alguien, habla con el médico, actualiza una *tableta* y desaparece antes de que yo pueda inventarme una excusa tonta para entablar conversación.

Solía quedarse más tiempo en el campo. Caminaba entre los jugadores, observaba, tomaba notas. A veces se detenía a mi lado, hacía comentarios sobre mi mecánica de lanzamiento, que aún daba señales de la lesión en el hombro, etc.

Ahora, no.

Ahora todo es rápido, técnico, impersonal.

Le pregunté a Nate si sabía algo. Y seguro que lo sabe. Pero el muy cabrón se limitó a encogerse de hombros, como si le hubiera preguntado el resultado de un partido antiguo, y cambió de tema con una facilidad irritante.

El camarero me desliza el vaso. Cojo la bebida, huelo el whisky y doy el primer sorbo, dejando que el ardor baje lentamente.

Las risas a mi espalda aumentan cuando llega Hunter Pierce. Los flashes de las cámaras no paran. Doy un paso hacia un lado, saliendo del foco de atención. A continuación, la banda comienza a

tocar un elegante jazz y el maestro de ceremonias prueba el micrófono en el escenario.

Y lo único que puedo pensar es: ¿No ha venido?

Imposible.

Todo el equipo está aquí. Mis ojos deambulan un poco más, insistiendo en las mesas con más mujeres que hombres. Algunas de ellas me lanzan un guiño indecente. Sonrío. Educadamente. Y continúo mi búsqueda.

—¿Ya estás cazando, semental? — Jared se estaciona a mi lado, junto con Josh.

—Sí… lo estoy haciendo. Una gacela con luces en el pelo, ¿sabes?

Josh se ríe y luego suelta:

—Si Sid te oye, estás frito, tío.

—Gazela es un apodo bastante bonito —concluye Jared, haciendo un gesto al camarero.

—Ahora que lo pienso… saltaba muchísimo cuando patinaba. Pero seguro que odiaría este apodo. La conozco bien.

—¿Veías a menudo sus competiciones? —pregunto, con un poco de envidia y quizás celos.

Josh está muy bien casado con Riley, una de las amigas de Sidney. Sin embargo, el macho alfa que vive dentro de mí aúlla sin control, queriendo a su hembra solo para él.

—Las cuatro eran inseparables, ¿verdad? —Josh coge el vaso que le ofrece Jared y se queda con otro—. Salir con una de ellas era como salir con las otras también.

Una vez, Jared comentó que el *quarterback* apenas hablaba de su difunta novia. Era una herida abierta que no podía superar. Al menos hasta que Riley entró en escena como su terapeuta.

Ella curó a su paciente y se enamoró de él. Y viceversa.

Hoy en día, hablar abiertamente sobre ella y sus amigas es un gran avance.

—Y ahora solo llevas una. Ojalá estuviera hablando con Sidney. —Señalo con el vaso a Riley, sentada en la mesa oficial de las esposas de los jugadores casados—. Sería mucho más fácil para mí.

—Solo tienes que buscarla. Está aquí. La vi antes cerca del escenario. — La información hace que mi cabeza gire hacia el lugar que él ha mencionado. — Mi chica ni siquiera quiso venir conmigo.

—Knight… —comienza Josh con cierta cautela—. Ella aún no es tu chica.

—Claro que lo es. —Da un sorbo a su whisky—. Solo que aún no lo sabe.

Y ahí vamos con la telenovela en la que se ha convertido la vida de mi mejor amigo.

Todo empezó hace unas semanas, en el aniversario de la muerte de su padre. Es una fecha horrible, muy dura. Sin embargo, cada año, Jared viaja para estar con su madre.

Este año, la fecha coincidió con un día de partido. Por eso, su madre no contaba con que pudiera llegar a tiempo. Pero Knight, siendo Knight, cogió un avión y consiguió llegar antes de la hora de la cena.

Pero su madre estaba en la iglesia, cerca de su casa, ayudando en una fiesta para recaudar dinero y arreglar el techo del lugar.

Cuando entró en el salón comunitario de Montclair, todavía con la cómoda ropa de viaje y la gorra puesta, se topó con su actual obsesión.

La tal Cenicienta.

O no.

Vestido sencillo, zapatillas blancas, pelo recogido en un moño un poco apresurado, bolígrafo detrás de la oreja y un bloc de

notas en la mano. Tuve que escuchar la descripción un millón de veces. Como si fuera un cuento de hadas improvisado.

Y como toda chica demasiado tímida, ella evitaba a Jared como si él fuera demasiado brillante para su sistema nervioso.

Por supuesto, mi amigo se tomó la reparación del teatro como misión de vida. Le entregó un cheque en blanco a su madre, quien se lo devolvió inmediatamente.

—Hijo… a la gente le gusta ayudar. Si te haces cargo de todo, será una ofensa — palabras de la señora Knight.

Él entendió que era mejor quedarse en la iglesia y ayudar ese día con sus sonrisas y autógrafos.

Pero cuando su madre se dio cuenta de cómo miraba a aquella chica sencilla, lo llevó a un rincón después del evento y le dijo:

«Aléjate de la hija del pastor. ¿Entendido?».

Pero Jared es exactamente el tipo de chico al que, cuando su madre le dice «no», el delito le resulta más interesante.

De todas las mujeres del mundo, tenía que enamorarse precisamente de la hija del pastor.

Claro. Porque la vida ama los clichés bien construidos.

Resultado: ahora está enamorado de una chica con la que apenas puede estar a solas en la misma habitación sin que alguien de la iglesia esté cerca.

¿Una relación secreta?

Casi eso.

Según él, la chica es tímida y aún no ha conseguido besarla.

Aun así, se envían mensajes con frecuencia.

—Ten cuidado, tío —le advierte Josh, con ese tono que aprendió de su esposa psicóloga. —Estás creando demasiadas expectativas.

—Ojalá fueran solo expectativas. Ya ha creado toda una realidad paralela —comento, volviendo a buscar a *mi chica* alrededor del escenario.

Resoplo, dándome cuenta de que puedo estar tan ilusionado como él.

Cuando estoy a punto de rendirme, veo un mechón rubio balanceándose detrás de unos *esmóquines.* Entonces, comienzan a aparecer unos rizos perfectos y ahí está ella.

La mujer más hermosa que ha puesto mi mundo patas arriba, con un vestido negro de satén y tirantes finos que moldea perfectamente las curvas de su cuerpo.

Guapa.

Sexy.

Y jodidamente hermosa.

Una visión que deja sin aliento a cualquiera. Yo estoy con ella en chándal de trabajo, ¿te imaginas si fuera arreglada?

Pero algo no está bien.

Sus ojos se mueven de un lado a otro, gesticulando y dirigiendo una orquesta que sabía que no era suya.

Llevaba una carpeta, señalando lugares específicos del salón. Fotógrafos. Estaba indicando dónde debía ir la prensa y anotaba algo. En su cuello llevaba una tarjeta de identificación. Echo un vistazo al resto de miembros del equipo técnico presente y me doy cuenta de que ninguno lleva una.

¿Qué coño era eso, al fin y al cabo?

No espero las respuestas. Decido ir a buscarlas.

Cuando estoy lo suficientemente cerca, la oigo quejarse en algún tipo de comunicador integrado en la oreja sobre la falta de identificación en las mesas de la prensa.

Refunfuña, maldice y se da por satisfecha, girándose sobre sí misma y dándose de bruces conmigo.

Sus ojos se agrandan en sus órbitas y su cuerpo se tambalea hacia atrás. La sostengo en el acto, antes de que se estrelle contra el suelo.

—¿Desde cuándo el equipo de fisioterapia forma parte de las relaciones públicas del equipo? —pregunto, leyendo lo que está escrito en esa maldita placa identificativa.

— Desde que me crecieron alas y me convertí en el ángel asistente de esa bruja —resopla, horrorizada, señalando con la barbilla a Astrid—.

— ¿Te has convertido en el felpudo de esa bruja del Este? Puedo hablar con John si quieres, y…

— ¡No! —pide de repente, tocándome el brazo—. No hace falta. Tenemos un acuerdo. Solo es por un mes.

— ¿Un acuerdo?

— Sí… Estaba corrigiendo los textos de Faith. Ella me pilló y, aunque no era mi problema… —Niega con la cabeza mientras habla —. Quería hacer una buena acción, ¿sabes? La chica odia formar parte de esto. Y, sinceramente… entiendo muy bien el motivo —dice, mostrando la tarjeta de identificación—. — Solo es un mes para que Astrid libere a su sobrina del cargo sin dejar de ayudarla económicamente con los estudios.

— ¿Te estás haciendo la samaritana? Vaya… si lo hubiera sabido, ya te habría traído mi caso. Necesito mucha ayuda, ¿sabes? Estoy sufriendo muchísimo —digo, frotándome la barba recortada y sonriendo por un lado.

— ¿Todavía te duele mucho el hombro? —pregunta, preocupada. Casi siento remordimiento, pero los golpes que me ha estado dando han borrado toda la parte buena que hay en mí.

— Ah, no… mi hombro está bien. Ahora son mis pelotas las que están sufriendo un caso terrible. Están moradas. Creo que tienes que echarles un vistazo más tarde.

Ella suelta una risita y yo sigo.

— No puedo ayudarte ahora, campeón —declara, aún con una sonrisa que me da esperanzas—. Por increíble que parezca, aunque todo está listo para la noche, algunas personas pierden la noción y… —Escucha algo en el teléfono—. Y la inteligencia.

— La inteligencia es algo realmente raro —la provoqué, inclinando la cabeza—. Pero, defendiendo al ala masculina de la prensa, tienes un trasero que distrae el coeficiente intelectual de cualquier hombre en un radio de cinco metros.

Ella suspira profundamente, disimulando la sonrisa.

— ¿Tienes algún botón para desconectarte, Grant?

— Sí. Pero se necesita una contraseña. Y lengua.

Ella pone los ojos en blanco e intenta alejarse, pero yo doy medio paso adelante, lo suficiente para que sienta el calor de mi presencia.

— ¿Eso significa que voy a tener esa segunda oportunidad?

— Eso significa que lo pensaré…

La frase difunde esa sensación de victoria por cada fibra de mi cuerpo, como si hubiera ganado la *Super Bowl.*

Un segundo me embarga el éxtasis por el logro, y ella desaparece, caminando entre los demás invitados y resolviendo todo lo que debería hacer otra persona. No ella.

Pero bueno.

Tengo la impresión de que esta chica haría cualquier cosa bien.

El baile continúa, y cuando se anuncia el último brindis y la pista se llena, finalmente encuentro la oportunidad.

Sidney está riendo con Faith, visiblemente más relajada. La música cambia a un lento y la multitud abre espacio.

Cruzo el salón, le agarro la muñeca antes de que pueda escapar.

— ¿Qué estás haciendo? —Intenta disimular el susto.

— Buscando pareja para bailar. ¿No lo sabías? La chica de relaciones públicas del equipo nos ha dicho que nos mezclemos con los invitados.

Ella suelta una risita incrédula, pero su cuerpo ya se rinde. La llevo al centro de la pista. Mis manos se deslizan hasta su cintura.

—Eres imposible— susurra, tratando de mantener la apariencia de que aún tiene el control.

— Y tú eres un problema que quiero resolver con calma — respondo, dejando que nuestros cuerpos se alineen—. Como una ecuación que termina con un gemido.

— No jodas, Tyler.

— ¿Tú? Con mucho gusto.

Su perfume me aturde: floral, cálido, una invitación y una amenaza.

— ¿Siempre eres así? —pregunta en voz baja.

— ¿Cómo?

— Engreído. Arrogante. Lleno de gracia.

— Solo cuando intento convencer a una mujer de que vale la pena acostarse conmigo.

Ella suelta una breve risa, respira hondo y finge concentrarse en el baile, pero sus dedos aprietan la tela de mi chaqueta. Un toque casi imperceptible. Casi.

— ¿Sabes lo que pienso, Grant?

— ¿Que soy irresistible?

— Que eres peligroso.

— Hum… peligroso es no probar lo que podemos hacer juntos.

Ella se ríe, nerviosa, pero el sonido es demasiado agradable como para ser una defensa.

— Eres un problema andante.

—Prefiero «entretenimiento nocturno».

— Eres un idiota.

— Pero te hago sonreír.

Su mirada se endurece por un segundo, pero luego se suaviza, y sé que ya he ganado medio paso. Ella no lo admitirá, pero quiere volver a hacerlo. ¿Y yo? Quiero mucho más de lo que ella imagina.

— ¿Sabes lo que estoy recordando ahora?

— No quiero saberlo.

— De tu pierna subiendo por mi cadera. De tu boca temblando cuando te penetré más profundamente.

Ella se muerde el labio y su mirada se quiebra. La profesional se va y queda la mujer que me folló en el baño y casi me destruyó.

— Para —susurra, pero su cadera se mueve junto con la mía, lenta, sincronizada, como si ya conociera el ritmo.

Mi boca roza la comisura de su cuello y siento el latido de la vena indicando que estoy a punto de llegar. Su respiración se acorta. Nuestros cuerpos se unen aún más.

El silencio entre nosotros es pesado.

—Está bien. Te daré una segunda oportunidad. Pero si me decepcionas, dejarás de atormentarme —exige, y mi rostro se ilumina.

—Difícil, Bennett. No suelo decepcionar. — Inclino el cuerpo, rozando con la nariz la piel de su cuello. — Suelo crear adicción.

—También hablas demasiado.

—Te encantará escuchar lo que tengo que decirte… — El temblor de su cuerpo es la prueba de que tengo razón.

Ella me agarra la corbata y tira lo justo para hacerme perder el equilibrio.

—Cállate antes de que cambie de opinión.

Me cierro la boca con una cremallera invisible.

Por un instante nos quedamos allí, atrapados en el lento ritmo de la música y en el roce de nuestras respiraciones. El resto del salón desaparece.

—Aparcamiento trasero. Diez minutos. —Y se da la vuelta, caminando como si nada hubiera pasado.

Mi sonrisa se abre lentamente, victoriosa.

—La mejor invitación de la noche —me digo a mí mismo.

Diez minutos después, voy a buscar mi coche para recogerla en el aparcamiento trasero.

Voy a hacer que esta segunda oportunidad valga una tercera, y una cuarta… y quién sabe cuántas veces ella quiera repetir. Si ella me deja, un número infinito, hasta que entienda que no se puede poner punto final a algo que nació para ser una coma.

Capítulo 11

Tyler Grant

La distancia entre el salón de fiestas y mi casa ya prometía un tráfico horrible.

Lo que no contaba era que el camino se alargaría aún más en el instante en que la mano de cierta diabla comenzó a deslizarse por mi muslo.

Es la única explicación plausible para que condujera durante una eternidad y nunca llegara.

Suelto un largo suspiro al doblar la esquina y llegar a mi calle.

—Estás tan guapo con este *esmoquin*. Es diferente al que llevabas en la boda —comenta, subiendo la mano por la solapa de la chaqueta.

Tragué saliva y me ajusté el cuello de la camisa.

—Pensé que no me estabas mirando tanto. *Los esmóquines* suelen ser siempre iguales.

—Vivo con una diseñadora de moda. Acabo fijándome en esas cosas —concluye, acomodándose en el coche cuando la puerta del garaje empieza a subir.

Entramos y, en cuanto apago el motor, salgo demasiado rápido, en un intento un poco patético de ser caballeroso.

Jodidamente inocente.

Sidney ya está prácticamente encima de mí, tirándome del cuello y robándome la boca como si tuviera prisa, y la tiene.

—Por mucho que quiera comerte —le advierto, con la boca aún pegada a la suya—, creo que es mejor que entremos antes de que Charlie despierte a todo el vecindario.

Señalo el pasillo interior, separado por la pared de cristal. Mi perro está allí, sentado, erguido, con la lengua ligeramente fuera… evaluando. El muy cabrón me observa como quien ve un documental de *National Geographic:* atento, curioso y claramente satisfecho con el espectáculo femenino que tiene delante.

Inclina la cabeza, analizándola con esa mirada clínica que solo un perro travieso posee.

Sí… sé exactamente lo que estás pensando, amigo.

Pero esta es mía.

Un potente ladrido resuena por el pasillo.

Sidney da un salto, asustada, llevándose la mano al pecho como si acabara de ser arrancada de una película porno y llevada directamente a un thriller psicológico.

—¡Charlie! —digo, apretando los dientes—. No me arruines la noche. Por el amor de Dios.

Ella suelta una risa nerviosa mientras yo miro a mi hijo desagradecido.

Charlie no es ningún novato. Sabe comportarse. No es la primera mujer que traigo a casa.

Y, para ser justos… a la última la dejó irse con el bolso intacto.

En cuanto abrimos la puerta, Charlie no espera a que le invitemos a pasar.

Atraviesa el pasillo como si estuviera cumpliendo un protocolo de bienvenida, moviendo la cola con un entusiasmo sospechoso, hasta detenerse justo delante de Sidney.

Ella se agacha al instante, derretida.

—Hola, precioso… —dice con dulzura, acariciándole las orejas con ambas manos. —Eres lo más bonito que he visto nunca.

Charlie acepta el elogio esperado, porque, claro, su arrogancia compite con la mía. Es entonces cuando ocurre algo inesperado: el perro se pasa de la raya y mete el hocico donde no debe.

Su coño es para que lo meta yo, no tú, pienso.

—¡Charlie! —gruño, demasiado rápido, empujando el hocico curioso lejos de ella y acariciándole la oreja con firmeza, a modo de advertencia.

Sidney abre mucho los ojos y, medio segundo después, empieza a reír, esa risa suelta, deliciosa, sin ninguna vergüenza.

—Dios mío… —Se lleva la mano a la boca, entre sorprendida y divertidísima—. Acaba de… acaba de olerme. ¿Estoy en celo? —La pregunta está llena de segundas intenciones.

—Tiene un olfato muy fino —respondo seco, sujetándolo para que se quede detrás de mí—. Pero no lo comparto.

Charlie me mira como si me llamara traidor, suelta un gruñido indignado y se aleja dos pasos, pero no sin antes lanzar otra mirada evaluadora a Sidney.

Ella está encantada.

Claro que lo está.

No existe resistencia femenina contra un *golden retriever*. Es ciencia.

—Es maravilloso —comenta, aún riendo—. Creo que ya me gusta más que tú.

—Suelen causar ese efecto —respondo, cerrando la puerta —. ¿Quieres beber algo antes de…?

—Sí —me interrumpe, volviéndose hacia mí con una lenta sonrisa—. Leche.

Levanto una ceja.

—¿Leche?

Se acerca, me rodea el cuello con los brazos y me susurra, con la boca a un centímetro de la mía:

—La tuya.

Me río, alto, incrédulo.

—No vales nada.

—Nunca dije que valiera la pena —replica, guiñando un ojo.

En cuanto estamos en la primera sala, me desato la corbata y me quito la chaqueta, dejándola sobre un biombo cerca de la puerta de entrada.

Sidney comienza a caminar por la casa, con la mirada recorriendo los cuadros que cuelgan de las paredes. Mi pasado, mi ego, mi hermana convertida en arte… todo allí, expuesto.

Su expresión indica que ahora el objeto de análisis soy yo.

—Entonces… —comienza— ¿esto es autoestima inflada?

La atraigo por la cintura y pego su cuerpo al mío sin pedir permiso.

—Quizás —murmuro, encogiéndome de hombros—. Reconozco mi material. ¿Tú no? —le susurro al oído.

Ella traga saliva. Se puede sentir.

El beso se repite con la misma intensidad que antes. Boca, lengua, urgencia. Mis manos recorren su cuerpo, deseando sentir todas las curvas de esta mujer.

Charlie suelta un fuerte bufido, claramente ofendido por haber perdido el protagonismo, salta al sofá y se tira allí, teatralmente, dándonos la espalda.

Sidney se ríe contra mi boca y, en el siguiente impulso, salta.

Sus piernas se enroscan en mi cadera con peligrosa familiaridad, encajando perfectamente en mí. Sostengo su peso

fácilmente, con las manos en su redondo trasero, presionándola contra mí.

—Creo que Charlie está celoso del dueño —susurra ella.

—Lo superará.

Empiezo a subir las escaleras con ella enroscada a mí. Me rodea el cuello, riendo. En cuanto llego arriba, cruzo el pasillo hacia mi habitación.

La puerta está abierta de par en par, invitándome a entrar. Ella se desliza, bajándose de mi regazo y, con esa sonrisa maliciosa, me llama con el dedo índice, caminando hacia atrás hasta mi cama.

Estoy completamente hipnotizado, y así seguiría si en el siguiente paso un sonido agudo no rompiera el encanto. Tropieza con uno de los juguetes de Charlie y, antes de que caiga, la agarro por la cintura.

Hubo cinco segundos de silencio antes de que nos echáramos a reír y un perro nada contento entrara por la puerta.

Charlie coge su ratoncito de goma y, demostrando ser un gran perdedor, nos bufa, nos da la espalda y sale de la habitación.

—Es muy sentimental, ¿no?

—Simplemente no le gusta perder, como a su padre —digo, bajando su cuerpo sobre la cama, que, afortunadamente, amortiguaría su caída. Ella ya estaba muy cerca. — Ahora, ¿dónde estábamos? Ah… ¿me estabas llamando para hacer algo así…?

Besé su hombro desnudo, bajándole el tirante del vestido. La oí jadear ligeramente, girando su cuerpo hacia mí.

Mi boca sigue el camino expuesto hasta encontrar la curva de su cuello, y allí, mi lengua marca territorio.

—Eso… así exactamente… — balbucea, con los ojos cerrados.

Continúo el rastro de besos, deslizando la lengua en una caricia pecaminosa por la clavícula. Me apoyo con una mano en el

colchón y la otra recorre el otro hombro, haciendo caer el segundo tirante. Mis dedos, curiosos, siguen hasta uno de los pechos.

Suspiro, aliviado, cuando finalmente siento la piel sensible del pezón. En un impulso espontáneo, me alejo para contemplar la obra de arte.

—Prefiero tus pechos así… sin esos malditos adhesivos. — Ella se ríe. Sus pechos son perfectos. Del tamaño ideal para llenar una mano, con pezones rosados y delicados.

—Dale las gracias a las manos mágicas de mi amiga Paige, que cosió copas en este vestido.

—Compraré doscientos rellenos y te los regalaré. Si eso significa tocar estas bellezas y… — Me inclino hasta morder uno de ellos, sintiendo la areola y el pezón con la lengua. Ella suelta un gemido sexy, manteniéndome allí en una orden silenciosa.

Yo, por supuesto, obedezco.

Chupo, luego rodeo con la lengua y muerdo ligeramente. Repito el movimiento al ritmo de la música que ella canta y su cuerpo baila para mí. En un momento dado, empiezo a alternar al ver que la piel se enrojece.

—Jodidamente hermosa…—digo, empujando su cuerpo hacia el colchón, luego girándola en busca de la cremallera—. ¿Dónde está la maldita cremallera? Necesito quitarme todo.

Ella se ríe, divirtiéndose con mi desesperación. Sus manos van a la espalda y pronto la tela se abre como una cortina revelando el espectáculo.

La ayudo, tirando del resto y quitándole los zapatos de tacón alto. Su sonrisa rebosa pura malicia cuando se arrastra de espaldas hasta el centro del colchón.

Mi polla late dentro de los pantalones, suplicando libertad. Me desabrocho la camisa y la tiro a un rincón de la habitación. Y sigo con mi striptease, quitándome el cinturón, los zapatos y los pantalones. Por supuesto, no tardo en quitarme los calcetines, porque la visión es jodidamente cutre.

La traviesa pasa la lengua por sus labios, mirando fijamente mi entrepierna. Paso el pulgar por la punta que sobresale de los calzoncillos, sintiendo el placer previo. Estoy a punto de explotar.

—Quítate los calzoncillos, guapo. Quiero verte entero —pide, coqueta, haciendo prácticamente imposible negarse.

Recibo un silbido de elogio.

Con movimientos lentos y crueles, me baja las bragas de encaje negro y las tira lejos junto con mi autocontrol.

—Sabes que Charlie puede comerse tus bragas, ¿verdad? —le advierto, señalando el lugar donde podría estar. Mi perro no está aquí, pero volvería más tarde.

—Me arriesgaré. Ahora ven aquí, campeón. Muéstrame de lo que es capaz esa boca. —Las últimas palabras las dice mientras separa las rodillas, mostrando su coño completamente depilado, rojizo y brillante.

Suelto un taco en voz baja.

—Alguien debería levantar una estatua a este coño.

—Haz lo que quieras. Pero el artista tiene que sentir la forma, ¿no? Entonces, úsame como molde.

—Lo haré. Con la lengua. Con los dedos. Con la polla. Con todo.

Ella gime suavemente, inclinándose hasta que su boca roza mi oreja.

—Entonces deja de hablar y empieza.

Y eso es exactamente lo que hago.

Me acerco, colocándome entre sus piernas. Mis manos recorren lentamente sus muslos hasta llegar a la entrepierna. Me acuesto allí, en el mejor lugar del mundo, y trazo un camino de besos húmedos en el interior de sus muslos, yendo y viniendo hasta morder sus grandes labios.

Lo hago varias veces y el sonido de su impaciencia me hace reír.

—Me estoy volviendo loca, Grant. No me hagas arrepentirme de no haber elegido a Charlie.

Antes de que termine la frase, mi lengua recorre toda la extensión de su coño, desde el estrecho ano hasta la curva del pubis.

—¿Mejor? —pregunto con una sonrisa maliciosa.

—Todavía no… — balbucea la negativa cuando le chupo el clítoris. Creo que he descubierto una nueva adicción: irritar a esta mujer para luego hacerla derretirse en mi boca.

Ella proyecta la cadera hacia adelante, abriendo la vulva y ofreciéndose, y yo la sujeto de nuevo al colchón.

Ah, joder.

Mi paraíso.

Ella gime fuerte cuando mi lengua encuentra el punto exacto. Tiro de su clítoris entre mis labios y lo chupo, mamando su brote hinchado.

Mi lengua gira y se desliza hasta su abertura, invadiéndola varias veces.

—Cómo deseaba saber a qué sabías, preciosa… Pasé tanto tiempo imaginando cómo sería.

—Sabe a coño.

—Sabe a algo adictivo.

—Entonces, aprovecha la noche y haz que valga la pena esa adicción —exige, agarrándome la cabeza y empujándola hacia ella.

Maldita mandona.

Me estoy dando cuenta de que soy un títere de Sidney Bennett, porque chupo con más avidez. En el momento en que sus gemidos se hacen más fuertes, le meto dos dedos en el canal, y el gritito agudo parece el punto álgido de una ópera.

Desacelero las mamadas, moviendo los dedos curvados hacia arriba al mismo ritmo. Poco a poco, aumento la velocidad.

Su sabor explota en mi boca como si fuera el puto premio de la temporada. Caliente, húmedo, resbaladizo, de la forma que hace que un hombre se arrodille sin preguntar.

Sujeto firmemente sus muslos, impidiendo cualquier escape, aunque ella no lo intenta. Más bien al contrario.

Con los dedos clavados en mi pelo, tira con fuerza, manteniéndome encajado en ella. Gime alto, sin censura, con todo el cuerpo temblando, y siento cada uno de sus malditos músculos contraerse en mi boca.

Cada gemido, cada temblor, cada jadeo me hace más adicto.

Y cuando explota por primera vez, es como una maldita sinfonía descoordinada: un grito ronco, sus muslos apretando mi cabeza, su espalda arqueándose.

Sigo un poco más, hasta que las vibraciones disminuyen. Beso su clítoris unas cuantas veces más, ahora suavemente, viéndola abrir los ojos perezosamente. Ella esboza esa sonrisa medio cínica, como quien acaba de ganar y destruir el mundo.

—Vale… —dice, apoyando las manos detrás de la cabeza y lamiéndose los labios. —Ya puedes follarme.

—¿Autorización oficial, entonces?

—Considéralo una convocatoria.

—Así me gusta —gruño, arrastrándome sobre su cuerpo hasta que nuestras bocas se alinean.

El beso ocurre sin ese hambre inicial, pero aún ansioso por el plato principal. Mi polla dura late con tanta lujuria acumulada.

Estiro el brazo hasta el cajón de la mesita de noche y cojo la caja de condones.

Noto que ella me observa, y como ya lo hemos hecho sin ellos, levanto las cejas, cuestionando la necesidad sin palabras.

—¿Te has acostado con alguien últimamente?

—Te estaba esperando, preciosa. ¿Y tú?

—No encontré a nadie disponible. —Claro que la respuesta sería esa. Le muerdo el hombro y ella se ríe.

—Entonces, no hace falta el condón. — Lo vuelvo a guardar en la caja y me coloco para coronar su entrada.

Pero con un fuerte impulso, me empuja de espaldas sobre el colchón.

—No. Ahora me toca a mí sentarme encima de ti —decide con firmeza.

Tardo un rato en entenderlo y, cuando se acomoda encima de mí, le sujeto las caderas para que baje con cuidado.

—Tómalo con calma, mujer, estoy al límite.

—Entonces disfruta rápido la primera vez. — Ella se muerde el labio y empuja las caderas hacia abajo—. Porque quiero una segunda vez. Y una tercera. Y tal vez una cuarta.

—Pretenciosa.

—Quiero pasar una semana pensando en ti. Vamos, campeón. Demuestra que he elegido a un semental de élite y aguanta a tu amazona.

Y cuando se desliza por completo sobre mi polla, hasta que estoy empapado en lo más profundo, contengo la respiración durante unos segundos.

Me sumerjo en la sensación de tenerla toda dentro de mí y pienso que, si muero hoy, al menos habrá sido follando el mayor evento de mi vida.

Ella hunde lentamente sus caderas, sentándose sobre mi polla con la cruel calma de quien sabe lo que tiene.

—Joder, Sidney… —gimo, con la voz fallando en medio de la frase, porque la presión que ejerce a mi alrededor es indescriptible —. Qué estrecha que estás…

Vuelvo a sentir esa deliciosa presión, una presión continua, que añade al vaivén una sensación única.

Ella sonríe, esa sonrisa adicta al caos, y se mueve una vez, solo para ponerme a prueba. Solo para ver hasta dónde puedo aguantar.

—Tienes el coño más perfecto del mundo —murmuro, con la cabeza cayendo contra la almohada, los ojos cerrándose por reflejo.

—Aprovecha, campeón, porque tú también me vas a sentir toda la semana —responde ella, comenzando a cabalgar al ritmo de los dioses.

Y lo que pienso es que quiero otra vez, y otra más… y no quiero pensar en ella solo durante una semana, sino durante meses.

Mis manos suben hasta sus caderas, apretando con fuerza, guiando los movimientos sin control real… i , ella es la que manda y yo… yo estoy completamente jodido. Literalmente.

El sonido de nuestro sexo resuena por la habitación, mezclado con nuestros gemidos, mis palabras obscenas y los tacos que ella suelta sin pensar.

—Eso, nena… cabalga mi polla, así. Te sientes llena, ¿verdad?

—Como si me estuvieras llenando hasta el cerebro —jadea ella, con los ojos brillantes, el pelo revuelto y la boca entreabierta—. Y quiero más.

—Te daré más. — Le agarro el culo con ambas manos y la ayudo a subir y bajar, aumentando la velocidad.

Ella se inclina hacia delante, con las manos en mi pecho, las caderas golpeando mi pelvis, y siento que mi límite se acerca. Pero aún no. Aún no.

Ruedo con ella, girando nuestros cuerpos con un rápido giro, y la dejo de espaldas, arqueada debajo de mí, con su perfecto trasero levantado y la cara enterrada en la almohada.

—Ay, joder… —Ella se ríe, sin aliento—. ¿Lo querías a cuatro patas? Solo tenías que pedirlo.

—Me has vuelto loco, Bennett. Ahora aguanta. — Le doy una palmada sonora en un lado del culo y ella se ríe aún más.

—Te gusta, ¿verdad, guarra?

—Y me gustará aún más cuando vuelvas a follarme.

Entrecierro los ojos, tomándolo como un desafío, y vuelvo a penetrarla con fuerza. Profundamente. Vorazmente. Hasta que el sonido de mis caderas golpeando su trasero lo llena todo.

Ella grita.

Grita.

Mi nombre sale de sus labios y repite «más… más…».

Y pierdo la noción de todo.

Solo sé que la quiero en todas las posiciones. Todos los días. Todas las horas.

—Me voy a correr… —gime, empujando sus caderas contra mí, suplicando por lo que ya es suyo.

— Pues correte ahora, joder. Correte apretando mi polla así, vamos…

Ella grita mi nombre otra vez, corriéndose, con todo el cuerpo temblando, desplomándose, y yo… yo la sigo de cerca, rugiendo, agarrándola con fuerza por la cintura mientras la mierda explota dentro de mí, caliente, fuerte, entera.

Caigo sobre ella, todavía dentro, el cuerpo sudoroso, el alma en paz.

Charlie lanza un ladrido bajo desde la sala.

Estoy sonriendo, y cuando vuelvo la cara hacia ella, la veo con los ojos cerrados, respirando profundamente.

—No te duermas, Bennett. Te advertí que me pasaría toda la noche follándote —le susurro al oído.

—Estoy despierta, solo esperando a que el pequeño Tyler vuelva a la batalla —dice en voz baja.

—El pequeño Tyler… no. Porque sabemos que aquí no hay nada pequeño. Si quieres, puedes llamarlo Tyler Junior.

—No me digas que eres de los que hablan con su polla.

—A veces. —Me encojo de hombros y empiezo a recorrer su espalda con las yemas de los dedos, completamente extasiado por tenerla aquí, en mi cama, por fin.

Ella ronronea y su piel se eriza con mi tacto. Mi boca, adicta, exige tocarla. Pronto, sus ojos se abren, despiertos, deseando lo mismo que yo.

Y así fue como la madrugada nos llevó de vuelta al buen caos.

Sin prisa, sin pudor, sin freno.

Capítulo 12

Tyler Grant

Me despierto con una rara y peligrosa sensación de paz.

No es resaca.

No es dolor muscular post-entrenamiento.

No es ese clásico vacío existencial de «follaste, disfrutaste, te convertiste en calabaza».

Es otra cosa.

Algo cálido. Bueno. Satisfactorio.

Abro un ojo. Luego el otro. Y antes incluso de girar la cabeza, lo siento.

Ella todavía está aquí.

Respirando lentamente, acurrucada a mi lado, con una pierna echada sobre mi muslo, como si hubiera decidido que esa parte de mi cuerpo es ahora territorio oficial suyo. El pelo esparcido por la almohada, la boca entreabierta, completamente ajena al daño emocional que ha causado.

Joder.

Estoy sonriendo como un idiota.

Salgo de la cama con cuidado, porque a pesar de que ella me ha jodido toda la noche, soy un caballero funcional cuando qu . Charlie levanta la cabeza de la alfombra junto a la cama en cuanto me ve.

—Ni empieces —susurro—. Has roncado más fuerte que ella.

Él parpadea, ofendido.

—No es mentira. Te oí.

Charlie se levanta, se estira con ese exagero teatral y me sigue hasta la cocina, como un auténtico fiscal personal.

Pongo café a hacer.

Abro la nevera.

Cojo fruta.

Corto fresas. Plátanos. Un poco de mango. Todo demasiado organizado para alguien que se ha pasado la madrugada follando como si el mundo fuera a acabar al amanecer.

—Lo sé… — Suspiro profundamente. — Es increíble, ¿verdad?

De repente, aparece arrastrando los pies, con el pelo revuelto, con cara de haber dormido poco —y muy mal—, llevando mi camisa de vestir. Solo la camisa. Lo suficientemente abierta como para recordarme, con crueldad, todo lo que hicimos unas horas antes.

Charlie la sigue como un emocionado guardaespaldas.

—Buenos días —dice ella, ronca, rascándose el ojo.

—Para mí es excelente —respondo, sin disimular la sonrisa.

Ella recorre con la mirada la cocina, la mesa puesta, las tortitas apiladas, la fruta cortada con un esmero que no encaja en absoluto con mi fama.

—Vaya… —comenta—. ¿Desayuno?

—No lo digas —le advierto—. Mi reputación depende del silencio.

Ella se ríe y se sienta en el banco de la isla, tirando de la camisa hacia abajo como si eso fuera a servir de algo. *Spoiler*: no sirve de nada.

—En serio, Sid… —comienzo, mientras sirvo el café—, has sido genial al ocupar el puesto de Faith en relaciones públicas. No cualquiera haría eso para ayudar a otra persona a seguir su sueño.

Ella se encoge de hombros y coge la taza.

—No soy tan buena.

—Ah, lo sé —respondo rápidamente—. No tuviste ninguna piedad conmigo durante meses. —Respiro hondo, teatralmente—. Meses hasta que decidiste compadecerte de mi polla.

Ella se lleva la taza a la boca sin pestañear.

—Pobrecito.

—Cruel —me quejo—. Inhumana.

Ella sonríe de lado, peligrosa.

—Tenía mis motivos, ¿vale? —dice, apoyando el codo en la encimera—. ¿Quién iba a pensar que ese beso era falso? Seamos sinceros, Ty… fue muy convincente.

—Ya te expliqué que solo fue para ayudar a Knight —me defiendo—. Él te contó lo loco que estaba su ex.

—Sí… aun así… —Ella se encoge de hombros—. Cuando se lo conté a mis amigas, incluso hicieron una figurita tuya.

—¿Una figurita?

—Es más bien un GIF. — Desbloquea el móvil—. Mira esto.

Me muestra la pantalla.

Es un GIF.

Un maldito GIF.

—¿Qué mierda es esto? —Cojo su móvil un poco asustado, pero ella lo recupera rápidamente.

— ranquilo, campeón. Solo está en el grupo que tengo con mis mejores amigas —me informa, y de alguna manera, me tranquiliza—. Winter sacó la foto justo cuando estabas besando a tu amigo. Y Brooke le puso un IA para darle el efecto de la lengua.

Hago una mueca solo de recordarlo.

—Tu amiga es una experta en pillar a la gente —comento, medio impresionado.

—Lo es —se ríe la muy pícara—. Esa mujer tiene un talento sobrenatural para las fotos comprometedoras.

—¿Tiene alguna tendencia paparazzi o debo preocuparme?

—No —responde rápidamente—. Pero fue por una foto muy comprometedora que comenzó su historia con su marido.

—Sebastian Maxwell, ¿verdad? —pregunto—. Jugador de hockey. Famoso de cojones.

Ella asiente.

—Exactamente él.

Vuelvo a mirar el GIF, estirando el cuello por encima de su hombro. Tragué saliva.

—Eso… no va a caer en malas manos, ¿verdad?

Ella pone los ojos en blanco.

—Tranquilo. Esto no sale del grupo. Y cada vez que alguien dice algo que parece más bien una mentira, usamos tu beso… — Ella agita el móvil. — Se ha convertido en un meme.

—Genial. —Apoyo la mano en el pecho—. Me alegra saber que te hago reír a ti y a tus amigas.

Ella saca la lengua.

—También haces que una de ellas se corra seis veces.

Sonrío. Convencido. Porque puedo.

—¿Quieres un panqueque? —le ofrezco, pinchando un trozo con el tenedor y llevándoselo a la boca.

Ella muerde sin prisa, masticando y gimiendo de una manera que envía una señal clara a mi entrepierna.

—Hm… —murmura—. Además de todo lo demás, cocinas bien.

—Lo sé —respondo—. Soy completo.

Charlie ladra, como si estuviera de acuerdo.

Desayunamos sin prisas.

Las tortitas desaparecen del plato. Charlie se coloca estratégicamente a los pies de la mesa, esperando que la vida sea justa y alguien tire comida al suelo.

—¿Quieres dar un paseo conmigo? —le pregunto, con naturalidad, como si no estuviera pensando en repetir todo lo que hicimos anoche.

Ella me mira durante unos segundos, luego mira al perro y vuelve a mirarme.

—Pasear con un *golden retriever* llevando un vestido de fiesta no me parece una buena idea.

—Vale.

Ella suspira.

—Tengo que volver a casa. Cambiarme… y lavar la ropa.

—Tráela aquí —le sugiero—. Yo te la lavo.

Arquea las cejas, con esa sonrisa que siempre viene acompañada de problemas.

—¿Quieres lavar mis bragas, Grant? —pregunta, divertida. Abro la boca para responder, pero ella me interrumpe: — Por cierto… no he encontrado las de ayer.

Me encojo de hombros.

—Te avisé que Charlie se la iba a comer.

Me mira fijamente durante dos segundos. Luego se ríe.

—Está bien. —Levanta las manos—. Me debes unas bragas.

En ese momento, su móvil vibra. Mira la pantalla y abre los ojos como platos.

—Mierda. El coche de la aplicación ya está llegando.

Se levanta de un salto y sale corriendo hacia las escaleras.

—¡Voy a cambiarme! —avisa por encima del hombro y desaparece.

Me quedo parado en la cocina, observando el ruido apresurado que viene de arriba. Entonces miro a mi perro, que me mira con sus ojos críticos.

—¿Qué pasa? —le pregunto, como si le estuviera regañando. —Ya lo has visto. No le ha importado perder unas bragas.

Charlie suelta un gruñido de reproche. ¿Solo mi perro sabe regañar a su dueño?

—Y yo necesitaba un recuerdo de nuestra primera noche juntos —continuo, apuntando con el tenedor en su dirección—. Ahora come rápido o puedes decirle adiós al parque.

Él me mira fijamente.

Fingo no entender nada y luego miro en la dirección en la que se ha ido.

Sidney Bennett tendrá mucho más que unas bragas conmigo. Si depende de mí, tendrá un armario entero.

Capítulo 13

Sidney Bennett

Es muy difícil admitirlo…, pero Tyler Grant superó en una noche a todos los chicos con los que me he acostado en mi vida.

Detalle: ya he follado un montón.

Mis piernas están blandas, como gelatina, y muy pesadas, es como si llevara discos de cincuenta kilos en cada una.

Camino por el pasillo hasta llegar al tramo de escaleras que lleva a mi apartamento y, antes de levantar el primer peso hasta el escalón, oigo el crujido de la puerta detrás de mí.

Mi cara se contrae en una mueca instantánea.

Mierda.

—¿Todavía con el vestido de ayer, señorita? —grita la voz ronca, resultado del tabaco y la edad avanzada.

—Buenos días a usted también, señora Roman —respondo, con tono sarcástico y una sonrisa nada acogedora.

—Así nunca encontrará a alguien que valga la pena. Tiene que valorarse. Pasar la noche fuera y volver así… —Agita la mano, señalando todo mi cuerpo.

Miro mi reflejo en el espejo que decora la pared y veo el pesado abrigo sobre el vestido de fiesta, mi pelo un poco despeinado y restos de maquillaje en los ojos. Tuve la decencia de lavarme la cara y cepillarme los dientes en casa de Tyler.

Dejó un cepillo nuevo en el lavabo del baño y me sorprendió su amabilidad.

Sigo evaluando qué es lo que esa anciana vio de tan malo. Y… no lo encuentro.

De hecho, me doy cuenta de que tengo esa cara que toda mujer agradecería a los cielos tener cada mañana al despertarse. Del tipo: *Me follaron toda la noche y tuve seis orgasmos. SEIS.*

Vuelvo mi atención a la pobre anciana, de unos 70 años, con el cuerpo arrugado. El pelo teñido de un rubio descolorido hasta los hombros, con suaves rizos en las puntas, no disminuye la sensación de estar pagando horas extras en el mundo.

Que Dios me perdone…, odio a la gente chismosa. Como es el caso de nuestra vecina de abajo. Su rostro muestra las arrugas de quien ha pasado buena parte de su vida gruñona y metiéndose en la vida de los demás.

Al menos tiene estilo. Lleva abrigos que Paige siempre elogia. Hoy lleva uno de color rosa con un jersey claro de lana gruesa. Suele pasear con su perrita Marie, una yorkshire, todas las mañanas.

Lleva años viviendo en el edificio y, según los demás vecinos, solía ser más simpática cuando su marido estaba vivo. Solo por eso, compadezco su soledad y no la mando a la mierda.

—La próxima vez volveré después de comer, señora Roman. No se preocupe —le digo, y subo, oyéndola refunfuñar a mis espaldas.

Le dije que no la mandaría a la mierda. No es que fuera a aguantar una falta de respeto.

Exhalo un largo y cansado suspiro en cuanto entro en mi casa. Apoyo la espalda contra el marco de la puerta y repaso mentalmente lo ocurrido esa noche.

Un pequeño grito rasga mi garganta y me tapo la cara, sin poder creer lo que ha pasado.

—Ay. Dios. — Abro los ojos y me encuentro con Faith, que está colocando platos sobre la encimera de la cocina.

Nuestro apartamento tiene ese concepto abierto, con una encimera más grande que las demás del edificio. Así, no hay necesidad de una mesa de comedor, y solo nos preocupamos por tener el mejor sofá del mundo en el que quepan todas las chicas cuando hacemos una noche de pijamas.

Creo que Riley y Paige todavía tenían eso de presidenta y vicepresidenta de Kappa. Cuando Brooke, Winter y Emory están en la ciudad, solemos recordar los viejos tiempos con una sesión de cine y muchas risas.

—¿Qué pasa? —pregunto, mirando mi cuerpo para comprobar que no me falta ningún trozo.

—Pasaste la noche con Grant, ¿verdad? —pregunta en un tono que la señora Roman sabría el nombre del chico de la noche.

—¿Dejaste el RP de *los Giants* para convertirte en la del edificio, loca?

Ella inclina la cabeza, con esa expresión de que no entiende una mierda.

—Prácticamente lo gritaste. No necesito que todo el mundo sepa que pasé la noche con él, ¿vale? — Me quito el abrigo y lo guardo en el armario del vestíbulo.

—Lo siento… —ahora habla en voz baja—. Es que me emocioné. ¿Quieres tortilla? —me ofrece con esa carita de perrito abandonado.

—No, gracias. Solo café. — Me arrastro hasta la cocina, cojo una taza y pongo una cápsula en la máquina.

Mis ojos parpadean lentamente y pienso en dejar el café para seguir durmiendo en mi cama.

—¡Buenos días, amiga! ¿Has pasado bien la noche? — Paige aparece con su aire dulce, empujándome ligeramente con la cadera.

Pierdo un poco el equilibrio y ella me sujeta por el brazo. —¡Vaya! ¿Qué te ha pasado? ¿Te ha atropellado un tractor?

—En realidad, fue un *wide receiver* —responde Faith, mirándome por encima de su taza, con una sonrisa en los labios.

—Le diré a la señora Roman que quieres quitarle el puesto —le reprendo en tono jocoso.

Ella se encoge de hombros y se sienta en uno de los bancos de la isla.

—Puedes decirlo… experiencia ya tengo, ¿no? — replica la chica, atrevida.

—¿Qué le estás enseñando a esta chica? —le pregunto a Paige, señalando a Faith.

—Lo esencial para sobrevivir en la jungla urbana. Solo lo esencial… —canta, con toda su sabiduría de pija.

Dos segundos después, nos estamos riendo.

—Pero ahora hablamos en serio… cuéntalo todo —la pelirroja también se pone en modo cotilla.

—Te está corrompiendo —le digo ahora a Paige, señalando a Faith. Ambas esbozan una sonrisa cómplice.

Yo también sonrío, satisfecha con la *combinación* perfecta que hice entre la tutora y su pupila. La compenetración entre Faith y Paige fue inmediata.

La pelirroja siempre se ha llevado bien con todo el mundo por su carisma innato. Pero Faith… eso fue una sorpresa.

La chica cambió radicalmente cuando empezó a trabajar con mi amiga. Fue como ver salir una mariposa de su capullo.

Dicen que cuando trabajas con lo que amas, tu vida cambia drásticamente. Para mejor.

Faith es la prueba viviente de ello.

No todos tienen ese privilegio. Sé que es difícil encontrar un trabajo que te guste, pero cuando encontramos nuestro lugar en el

mundo… algo encaja en nuestro interior.

Tanto que esa chica tímida, que se reducía a ser solo la sombra de su tía… Hoy brilla. Sus ojos sonríen y su personalidad es tan petulante como la de mis otras amigas.

—No se lo diré a nadie. — Me siento al lado de Faith, cojo una tostada y empiezo a untarla con mermelada, totalmente indiferente. — Solo diré una cosa… *seis* — tarareo el número de la noche.

—¿Estás bromeando? —Paige lo entiende al instante, mientras que Faith tarda unos segundos y corre hacia el fregadero para prácticamente escupir el café.

—Siempre decías que el mejor de todos te había dado cuatro. Y hacía tiempo que no te acostabas con nadie… — Paige continúa con la narración mientras Faith se recupera y empieza a sonrojarse, mirándome con los ojos más grandes de lo normal.

—¿Qué pasa, Faith? Pregunta ya, que voy a pensar si merece o no una respuesta, vamos… — Agito la mano en el aire y ella traga saliva.

—¿Hicieron *eso* seis veces? — Me pareció extraño el modo en que la chica dijo «eso» con tanta timidez. Y empecé a analizarla desde otro punto de vista.

Después de todo, conviví con Winter, de quien nadie decía que fuera virgen, y ella lo era… Entonces…

—«Eso» —hago comillas en el aire— se llama follar. Y, en realidad, fueron un poco más de seis veces. El número es cuántas veces me corrí.

—Joder… eso explica por qué estás sentada de lado — constata Paige, y yo me muevo en el banco, dándome cuenta de que la posición, de hecho, me delataba.

Sonrío, zorra.

—Ahora, vamos, señora Faith… ¿esa actitud es de virgen o es que nadie te ha hecho correrte en la vida? — Soy directa. Nunca

se me ha conocido por ser delicada, ¿verdad?

Soy una santa de las buenas acciones y una diabla de lengua viperina. *La balanza tiene que equilibrarse de alguna manera.*

—Yo… tuve un novio. — Desvía la mirada de una manera que me confunde. Miro a Paige y sé que ella ya sabe lo que aflige a nuestra nueva compañera de piso.

— ¿Y debo incluirlo en la lista de desaparecidos del mes que viene?

—No, no… —responde, con ese aire asustado que conozco bien.

— Estoy bromeando, nena. Relájate.

Ella exhala, aliviada.

Olvido que esta chica se toma todo al pie de la letra. Por supuesto que no hago desaparecer a la gente. Si tienen la mala suerte de cruzarse en mi camino, pueden caerse por accidente o recibir un empujón. Nada grave.

—Simplemente no era el chico adecuado…

—Se acostó con una amiga suya —suelta Paige de repente. Y a Faith no parece importarle, se encoge de hombros, indiferente.

—Es decir… un capullo —añado—. Pero después de él… ¿no has salido con nadie más?

—Después empecé a trabajar para mi tía y ya sabes cómo es ella —declara.

Y sí. Sé exactamente lo loca que está su tía.

No tengo tiempo ni para ir al baño. Ayer, escapar de la fiesta con Tyler fue como subir a la superficie y respirar.

Esa mujer es una ametralladora. Lo quiere todo para última hora. Inventa entrevistas incluso con las hormigas, todo para mover los engranajes de los medios de comunicación y dejar a los patrocinadores contentos con sus marcas ensalzadas.

Por lo que recuerdo, Faith no escribía ni aparecía en la mitad de los sitios a los que he ido.

Esa relaciones públicas es una vampiresa, quiere chuparme hasta la última gota de sangre. No puede ser otra cosa. Exhalo un suspiro cansado y retomo la conversación.

—¿Y tú eres virgen? — No puedo evitarlo. La pregunta brota antes de que mis neuronas hagan sintaxis. La boca va demasiado rápido, mientras que la razón es lenta.

Ella asiente con la cabeza.

—Quería dársela a su novio. Él se acostó con su compañera de clase. Y se convirtió en esclava de su tía… todavía virgen — constaté, escupiendo una frase tras otra.

Faith suelta una risa sin humor.

—Acabas de narrar mi vida en tres frases.

—Iba a añadir que tu ex es un idiota. Pero creo que eso ya está bastante claro.

—Claro. —Ella sonríe—. Creo que nunca me gustó lo suficiente como para quererlo todo, ¿sabes? Entonces él encontró a alguien que le gustaba y… *perdí a una amiga*.

—Interesante… el novio era solo un adorno. — Cojo otra tostada para alimentar al monstruo que habita en mi estómago—. ¿Ahora estás en una pausa en las citas hasta que encuentres al príncipe azul?

—Nada… ya he registrado a nuestra chica en *Bumble*[23] . — Faith coge rápidamente el móvil de Paige, que estaba junto a su plato. La pobre ni siquiera se enfada. Por lo visto, ya se ha acostumbrado a las intromisiones de la pelirroja. — Mira aquí. Ha *coincidido* con dos chicos.

—¿Estás de acuerdo, nena? Paige es intensa, pero no hace falta que la sigas, ¿vale?

—Me gusta… —Chasquea la lengua y sonríe—. Me ha ayudado con mi autoestima. Estoy hablando con Michael Black, mira.

Coge el móvil de Paige con tanta rapidez como la otra y muestra el diálogo de la aplicación.

Veo más fotos de perros, pandas e incluso perezosos haciendo cosas bonitas que conversación en sí.

—¿Y ustedes están conversando en código del zoológico? ¿Qué mierda es eso?

Ella se ríe a carcajadas, divertida.

—Nos gustan los animales y él es muy mono.

—Y solo tiene una foto de perfil, que parece ser uno de esos nerds guapos de *Theta Tau*[24] —añade Paige.

—Me gustan los chicos así.

—Solo me quedé callada por sus bíceps —explica Paige su falta de intervención—. Tiene cara de nerd, pero de los que hacen ejercicio.

—Ya he salido con algunos así. Uno de ellos era virgen, pero sabía lo que tenía que hacer. Creo que los nerds son buenos, porque estudian tanto que, a la hora de la verdad, saben qué hacer y cómo hacerlo…

—Vale… tengo que ligarme a un empollón. Mis últimas citas han sido una mierda —revela Paige, y nos reímos.

—Bueno… necesito dormir y ducharme. No necesariamente en ese orden —digo, levantándome y sintiendo los restos de la noche entre las piernas. Ese delicioso dolor que requiere una pomada especial para las rozaduras.

Sonrío, estirando los brazos por encima de la cabeza mientras camino hacia el pasillo de las habitaciones.

—Vamos al centro comercial, Sid. ¿Quieres que te traiga comida? —grita Paige desde la cocina.

—Quiero uno de esos sándwiches de pollo, ¿vale? —le grito. Y la oigo volver a hablar con Faith.

Al final, mi noche quedó en segundo plano tras la historia de la nueva inquilina de la casa.

Pobrecita.

Tener mala suerte con los hombres es una mierda.

Espero que no se haga ilusiones con el chico de los ositos.

Yo, por otro lado, nunca quise una relación. Y por eso, nunca me preocupé por la calidad de mis dedos. La mayoría de los chicos con los que estuve sabían lo que querían y lo hacían muy bien.

Bueno… no tan bien como cierto *wide receiver.*

Me quito el vestido, lo tiro en la silla del rincón de la habitación y voy al baño. Fue una bendición encontrar un apartamento con tres suites. No tenía que preocuparme por sacar pelos del desagüe cada vez que me duchaba.

Era necesario hacerlo una vez a la semana para que no se atascara.

Esta vez, el pelo se convirtió en un nido de pájaros en un moño desaliñado. Entré y salí de la ducha en cinco minutos, prestando atención solo a las partes que más necesitaban jabón. Me puse la pomada milagrosa. Me puse esa camiseta que me regaló Elton, uno de mis ligues del año pasado, que jugaba al hockey, y me tiré sobre el colchón.

Derrotada por una polla espectacular, me entregué al sueño de los justos y de las coños saciados.

¿Quién diría que Tyler Grant ganaría mi *Super Bowl* de orgasmos, eh?

¿Quién lo hubiera dicho?

Capítulo 14

Tyler Grant

Todos mis músculos se tensan en cuanto entro en la pequeña piscina de agua fría.

Estoy en el sector de hidroterapia del CT, ¿adivinas qué estoy haciendo?

Obedeciendo las órdenes del *coach,* que escuchó a cierta asistente de fisioterapia, una maldita adivina.

—Uhuuu… ¿también te han mandado enfriarte la cabeza? —se burla Knight, riendo y con los labios temblorosos.

—Ve al otro lado y vamos a congelarnos juntos, tío —le digo, entrando por el otro extremo.

La sala era grande, con varias piscinas en las que cabían seis atletas a la vez. Todas tenían barras de protección en los laterales, adaptadas para jugadores con lesiones más graves.

Algunas piscinas estaban climatizadas y tenían chorros de agua que recordaban al jacuzzi que tengo en la terraza de mi casa. Otras eran como la cámara de tortura en la que tuve que entrar junto a mi amigo, heladas hasta el punto de que había cubitos de hielo flotando a nuestro alrededor.

—¿Qué mierda tuvo que hacer en el campo? Todavía está castigada por Astrid —me quejo, recordando que a l principio de la semana me quejaba de no verla tanto como me gustaría.

—Me enteré de que consiguió alargar un poco más el castigo de la rubia —informa Jared, tocándose la barbilla—. ¿Qué le habrá hecho a John, eh? La loca se lo pidió y él ni siquiera discutió, ya le pasó a su chica a Cruella de Vil.

Su chica…

Mi cerebro se bloqueó cuando dijo eso.

«Sidney Bennett es la chica que sacó a Tyler Grant del mercado», suena como una gran noticia para alguna columna de chismes. Sé que a los inversores les gusta que tengamos novia.

Los conservadores lo agradecen.

—No sé qué ha hecho… o qué tiene en su contra, ¿no? —digo—. Esa mujer no escatima esfuerzos para conseguir lo que quiere.

—Es una periodista frustrada que acabó en la sección de deportes porque no le salió bien en la CNN. Eso sí. Creo que incluso para llegar a las relaciones públicas del equipo, hizo alguna trampa.

—¿Será? —La pregunta sale temblorosa, abrazo mi cuerpo por instinto.

—Vamos… ahora nos relajamos en el calorcito. —Me toca el hombro y sale de la piscina, saltando a la de delante con los chorros encendidos.

No espero la segunda llamada y salgo del congelador líquido.

Entro en la piscina caliente, soltando un gemido gutural que suelo dar cuando follo. Pero esto… es jodidamente bueno.

—Joder… esto sí que es terapia. — Knight se sumerge hasta el cuello, exhalando lentamente. — Mi rodilla incluso se olvida de que fue operada.

—¿Cuántas veces a la semana haces hidroterapia?

—Depende del entrenamiento que prepare John, tío. Pero una vez es segura —revela—. Y ahora que se han dado cuenta de tu lesión en el hombro, también la incluirán más en tu rutina.

—Odio el agua fría.

—Relájate. Dentro de un rato, el supervisor se cansará y nos dejaremos más tiempo en el agua caliente. — Extiende los dos brazos en el borde. Suelto una risa baja y muevo la cabeza.

—¡Esto no es un jacuzzi! ¡Volved al hielo! — grita otro preparador físico del equipo de John, y seguimos el protocolo.

—Mierda… mis pelotas deben parecer dos pasas de lo encogidas que están con este frío —gruño, entrando con cuidado.

Jared entra de golpe, salpicándome con agua.

—Lo que cuenta es la experiencia, tío. Solo sabes que está bueno después de hacerlo. Así es la vida.

—Qué filosofía más de mierda. —Nos reímos, con los labios temblando—. Necesito distraerme, vamos… cuéntame cómo te va con la hija del pastor. ¿Todavía te está dando largas?

—La chica es escurridiza. Y muy inteligente. Entró en Columbia, va a estudiar derecho. Mi madre ya le ha conseguido unas prácticas en el bufete de la ciudad.

—Es decir… ella estará en la boca del lobo —comento, y veo cómo se le agranda la sonrisa en el rostro.

—Preferiría la oficina del caballero. Pero eso también vale.

—Apenas vas al despacho de tu familia, tío.

—Pero soy abogado.

—Que nunca ha ejercido…

—¿Quién nos sacó de la cárcel aquella vez?

Te refieres a la única vez que acabamos en la comisaría por pelearnos en un bar. Para que conste, el tipo al que Jared le pegó se merecía cada puñetazo. Se metió con una amiga nuestra y la persiguió hasta el baño. Por suerte, ella consiguió escapar y venir a avisarnos.

—Tu madre pagó la fianza —respondo sin dudar—. En serio, tío. Estás hablando conmigo, hermano.

Él chasquea la lengua y tuerce la boca hacia un lado.

—No convenzo a nadie, ¿verdad?

—Pero eres abogado. Y eso es un mérito enorme. Solo yo sé lo mucho que te has esforzado para conseguirlo, tío.

Ver a su hijo abogado era el sueño del señor Knight. El padre sabía del talento de su hijo y, en cierto modo, había aceptado la elección de Jared.

Tras su muerte, como homenaje a él, mi amigo se esforzó por hacer realidad el sueño de su padre. Decía que era una forma de estar cerca de su viejo.

Aunque eso significara pasar todas las *temporadas bajas* estudiando. Se esforzó y el título, colgado en el e l despacho de la casa de su madre junto al título de su padre, tuvo un significado aún mayor.

Y ahora tendría otro valor, al parecer.

Se pasa la mano por la cara y se levanta de repente, saltando de nuevo a la piscina caliente. Yo lo sigo, porque Tyler Junior se ha convertido en un helado de mala calidad.

El pensamiento es el detonante para ver un *adelanto* de la noche con Sidney en mi mente.

La mujer, además de tener um coño compresor, tiene una aspiradora en la boca. ¿Qué coño era eso?

La visión de la hija de puta mirándome de abajo hacia arriba y chupándome la polla con ganas hace que mi gemido sea más sexual que antes.

Por suerte para mí, tengo la inmersión en agua caliente como excusa.

—Ty… tío… lo siento, pero no va a pasar.

—¿Eh?

—Tienes la polla dura y yo estoy enamorado. Mi culo está fuera del mercado —dice, con una sonrisita en la comisura de los

labios.

—Estoy pensando en Sidney, loco. —Le doy un golpe en el agua, mojándole la cara.

Él se ríe aún más.

—Lo sé, lo sé… es que no me he podido resistir. Pero pillarte con la polla dura de repente… estás con la guardia baja.

—Ya has visto mi polla dura antes. —Cosas de mejores amigos que se han follado a algunas chicas juntos. En fin.

—Si quieres masturbarte pensando en tu chica, vale. Pero aléjate de mí, que yo también voy a masturbarme pensando en la mía.

—Qué mierda, Jared. Mantén esa polla en los pantalones —le ordeno, y él levanta las manos en una extraña rendición.

Le echo más agua y él se ríe a carcajadas.

—Debe haber algo en mí que me hace gustar la gente enfadada. No lo sé. Genie también es muy temperamental.

Me detengo y me acomodo en la piscina, dejando que un chorro de agua me caiga en la espalda.

—¿Y ella te deja llamarla así?

Él se encoge de hombros y dice:

—No miento, porque ella es realmente un genio. Y me encanta cuando me da órdenes. Incluso si es para llamarla Genevieve.

Suelto una carcajada, sacudiendo la cabeza ante la tontería de mi idiota amigo.

—Todo eso y solo le dis un beso. ¿Estás seguro de que no es obsesión?

—Lo dice uno que estuvo detrás de una rubia durante mucho tiempo y luego lloriqueó para tener otra oportunidad… —Me señala con el dedo.

—Nunca lo negué. Estaba realmente obsesionado. Pero, a diferencia de ti, lo tuve todo en un día y luego me quedé en la estacada —justifico mi fijación por Sidney—. Sin contar que estábamos con ella todos los días. Pudimos conocerla muy bien. Tú apenas conoces al genio de tu lámpara.

—Hay ciertas cosas que uno siente. Y puedes escribirlo. Me voy a casar con esa mujer y voy a tener unos cinco hijos con ella.

—Estás loco.

—¿Te imaginas…? —divaga, mirando al techo, de nuevo en esa posición con los brazos estirados en el borde de la piscina—. Mini Jareds y Genies corriendo por un jardín lleno de flores. Qué imagen tan bonita… digna de una novela romántica.

—Prefiero solo el romance entre dos. Y tú lo sabes.

—Tío, perdiste a una novia por eso. Supera esa fase. Tienes que difundir ese ADN de hombre guapo por el mundo.

—Tengo primos… que sean ellos los que procreen. Mi genética se acabará aquí. — Sostengo el volumen destacado en mi pelvis para enfatizarlo.

—Algún día cambiarás de opinión. Y quiero ser el primero en decirte «te lo dije».

Resoplo y, para ignorarlo, fijo la mirada en la televisión colgada en la pared del fondo. De repente, el sonido de la sintonía de las últimas noticias resuena en voz baja. Un logotipo deportivo ocupa la pantalla, seguido de la imagen de un rostro demasiado conocido.

Algunos empleados dejan lo que están haciendo.

—Oh… joder —murmura alguien al otro lado de la sala.

La cámara enfoca a un *quarterback* alto, con una sonrisa entrenada y un uniforme impecable. Uno de los nombres más comentados de la liga en los últimos años.

Ethan Caldwell, de *los Virginia Sentinels.*

—Sube el volumen —pide Jared, levantando la cabeza—. Quiero oír toda la mierda.

Uno de los empleados coge el mando que hay en la pared y sube el volumen.

«El jugador Ethan Caldwell, estrella de la liga, se encuentra en el centro de un escándalo tras la filtración de mensajes privados publicados en las redes sociales esta mañana…».

— La temporada ha empezado bien —murmuro.

«En las conversaciones, Caldwell utiliza términos homófobos e incita a otros jugadores a aislar y atacar verbalmente a un compañero de equipo, que recientemente ha hecho pública su relación con un modelo masculino».

Un silencio sepulcral se extiende por la sala de hidroterapia. Hasta los chorros parecen más bajos.

— Hijo de puta —suelta un fisioterapeuta mayor, sin disimular.

— Idiota. Rico, famoso y tonto —añade otro.

Jared chasquea la lengua antes de hablar:

— El tipo lo tenía todo para quedarse callado. Todo.

— Y eligió ser un basura —respondo—. Es impresionante cómo siempre hay alguien dispuesto a tirar su propia carrera a la basura para demostrar que es un imbécil.

La periodista continúa:

«El equipo aún no se ha pronunciado oficialmente, pero los patrocinadores ya están evaluando la suspensión de los contratos…».

— Quiero ver cómo se enfrenta al patrocinador —resopla Jared—. En el campo es un macho alfa. Fuera de él, llorará en brazos de su abogado.

—Si es que tiene abogado después de esto.

Uno de los asistentes niega con la cabeza.

—Este tipo de cosas no es solo ignorancia. Es cobardía.

En la pantalla aparece una foto del jugador que fue blanco de los mensajes. Sonrisa tímida, mano entrelazada con la de su novio en un evento benéfico.

—Parecen jodidamente felices —comenta Jared.

—Y eso debió molestar mucho al príncipe de la testosterona tóxica.

Suelta una breve risa, sin humor.

—Apuesto cincuenta a que el discurso de disculpa vendrá con un «me malinterpretaron».

—Seguro. Ni siquiera quiero apostar.

El volumen vuelve a bajar. La pantalla vuelve a la programación habitual, pero el ambiente no acompaña.

Jared se sumerge un poco más en el agua caliente.

—Cuando esos capullos están en la Liga, su ego se vuelve aún más grande.

—Y el cerebro del tamaño de un guisante —añado.

Me mira y sonríe con el rabillo del ojo.

Jared ya había pasado por algo similar cuando apareció en público con su primer novio.

No hubo tanta repercusión porque no le dejé al tipo con muchos dientes en la boca.

Entre acusarme de agresión y ser acusado de homofobia, nuestros abogados hicieron lo que mejor saben hacer: llegaron a un acuerdo conveniente para quien tenía dinero.

Nuestras miradas se cruzan durante unos segundos. No hace falta hablar, no hace falta dar explicaciones. La telepatía de los mejores amigos lo dice todo.

—Te quiero, tío —le dice, con sencillez, como solo los hombres hablan cuando sienten algo de verdad.

—Siempre estaremos juntos, hermano.

Algunas lealtades no necesitan ser gritadas para existir. Simplemente están ahí. Incluso cuando el mundo exterior insiste en ser un lugar ruidoso, injusto y demasiado cobarde para aquellos que solo quieren vivir sin pedir perdón por ser quienes son.

Me enfrentaría a cualquiera para defender a Jared Knight. Siempre lo he hecho. No porque él lo necesitara, sino porque así es como funcionamos. Desde siempre.

Somos así. Y así será hasta el fin de los tiempos.

Capítulo 15

Sidney Bennett

Hay un tipo muy específico de cansancio que no se cura con café.

Ni con estiramientos.

Ni con insultos mentales en tres idiomas.

Es el cansancio de quien aceptó ayudar «temporalmente» al departamento de Relaciones Públicas y, de repente, se ve envuelto en un *bucle* infernal de hojas de cálculo, correos electrónicos urgentes, reuniones inútiles y una mujer que cree, sinceramente, que el mundo gira en torno a ella.

Me refiero a Astrid Cowley.

Claro.

El apellido ya debería haber servido de advertencia.

Cow[25] .

Ella es realmente una vaca.

No en el sentido rural, útil y productivo. En el sentido ruidoso, territorial y convencida de que todo el pasto le pertenece.

Sinceramente, mi experiencia trabajando en relaciones públicas me ha dejado claro que el requisito previo para ser jefe es, de hecho, convertirse en una vaca.

Ella y Shirley formarían una pareja perfecta.

Exhalo un largo suspiro, apoyando el hombro en la pared de cristal del pasillo que conecta el vestuario con la administración del centro de entrenamiento, sosteniendo una *tableta* con tanta fuerza que podría romper la pantalla si apretara un centímetro más.

Al otro lado del cristal, los atletas pasan riendo, sudorosos, libres. Una libertad que envidio muchísimo.

Cómo me gustaría estar allí con el equipo técnico, tomando notas sobre músculos y posturas, tal vez modificando uno de los entrenamientos físicos. Mis ojos deambulan sin pretensiones hasta que se posan en él.

El cachondo ambulante disfrazado de *wide receiver.*

Tyler cruza el pasillo con ese andar relajado de quien sabe exactamente el efecto que causa.

Cuando se da cuenta de que lo estoy mirando, reduce un poco la velocidad, lo suficiente para lanzarme un guiño descarado, de esos que deberían ser un delito atroz para todas las bragas.

Mi cuerpo reacciona antes que mi razón.

Desplazo el peso de una pierna a otra, tratando de ignorar la humedad caliente que siento ahí abajo.

Fallo estrepitosamente.

Mi coño palpita, recordándome que antes se presentó ante mí, como si fuera lo más natural del mundo, y me robó un beso de buenos días.

No fue un beso rápido.

Ni un simple roce de labios.

No…

Me arrastró a un almacén lleno de conos, obstáculos, uniformes y otros artículos utilizados para el entrenamiento en el campo. Allí, sin piedad alguna, el hijo de puta metió la mano en los pantalones de mi chándal y, mientras su lengua invadía mi boca, tres dedos invadían mi coño.

Le mordí el labio, a modo de represalia. Y él se rió, sin detener el movimiento de su mano.

Debería haberme negado.

Debería haber impuesto límites.

Debería haber sido profesional.

Pero mi cuerpo… ah, mi cuerpo estaba demasiado hambriento para fingir indiferencia. Decidí ceder a la tentación y lo besé con más ganas. Necesitaba una forma de ocultar el grito que di cuando me corrí.

—Ahora puedo meterme en esa maldita piscina fría —se quejó con una sonrisa lasciva.

—Es por tu bien.

—Mi hombro ya está bien. Te lo enseñé ayer, ¿no?

Me lo enseñó. Especialmente cuando me sujetó contra la pared mientras me chupaba. Mi peso es como una pluma para esos matones, pero mantenerme en la misma posición el tiempo que él lo hizo fue toda una demostración de salud, lo confieso.

Había algo muy extraño en mí.

La necesidad de sentir a Tyler todo el tiempo era insoportable.

Tanto que no pude rechazar la invitación a cenar en su casa. El tipo cocina jodidamente bien.

Hubo pasta con salsa de cuatro quesos, obscenamente cremosa, tal y como me gusta. Sexo. Mucho sexo. Baño. Más sexo.

Y terminamos la noche viendo un episodio aleatorio de Brooklyn Nine-Nine.

Cuando me di cuenta, estaba tumbada, acomodada en su regazo, recibiendo caricias en la cabeza y con un perro absurdamente descarado usando mis piernas como almohada.

—Sidney, date prisa. Llegamos tarde —la voz de Astrid resuena detrás de mí, con ese tono nasal de quien confunde la

autoridad con la falta de educación.

Preferiría estar en el momento *de recordar* un poco más antes de volver a querer asesinar a la tía de Faith.

Respiro hondo.

Inspiro.

Exhalo.

Cuento hasta diez.

Cuenta hasta veinte.

Cuenta hasta «no puedo ir a la cárcel hoy».

Me giro lentamente, con la sonrisa profesional que he aprendido a poner como si fuera una armadura.

—No llegamos tarde. La reunión es en siete minutos —respondo, mirando el reloj de *la tableta*.

—Siete minutos aquí pueden significar un retraso —replica ella, ajustándose la chaqueta perfectamente planchada. —Y sabes que no me gustan *los retrasos».*

Fingo no entender la última parte, ya que soy la reina de los relojes rotos. O de los relojes que suelen funcionar de manera diferente a los de los demás.

Caminamos por el pasillo en silencio durante exactamente tres pasos «todo un récord» hasta que ella suelta la bomba que claramente llevaba dentro desde primera hora de la mañana.

—Por cierto… —comienza Astrid, demasiado casual para alguien que va a atacar—, he conseguido prolongar tu estancia aquí en el sector un mes más.

Dejo de caminar.

Despacio.

Vuelvo la cara hacia ella con esa sonrisa que no llega a los ojos.

—¿Cómo es eso?

—Solo un mes —dice, haciendo un gesto vago con la mano, como si me estuviera ofreciendo un chocolate, no una sentencia—. Eres útil. Y, seamos sinceros, me lo debes.

¿Hola?

—¿Te lo debo? —repito, con una voz peligrosamente tranquila.

—Sí. —Cruza los brazos—. Al fin y al cabo, me quitaste a mi sobrina.

Y ya está.

—Tu sobrina sigue siendo *tu sobrina,* Astrid. Puedes llamarla y quedar para tomar un té, por cierto. Para saber cómo está… —Hago un gesto en el aire, sintiendo un calor desagradable subir por mi estómago.

— No tengo tiempo para eso. Era más fácil tenerla cerca.

¡Dios! Sujeta mis manos para que no le eche las manos encima a esta mujer.

Respira, Sidney. Controla tu respiración —la voz de Paige resuena en mis pensamientos como uno de los consejos que me dio cuando le conté las barbaridades que escucho de esa desgraciada.

—Tienes un equipo maravilloso, Astrid. Yo soy solo un número más. Y seamos sinceros… no tengo formación en publicidad —trato de argumentar.

—Estabas haciendo un gran trabajo escribiendo los textos de Faith.

—Yo solo corregía —replico—. Ella escribía bien, solo necesitaba pulir un poco.

En ese momento, la *vaca,* quiero decir, Cowley, me mira con una expresión que dice: «¿me estás tomando el pelo?».

Sí… ni yo me lo creería.

Pero bueno.

—El caso es que me uní al equipo para trabajar en el área de fisioterapia —insisto.

—Y si quieres volver allí, tendrás que pasar un mes más conmigo —dice como si no fuera gran cosa.

¿Sabes esa sensación de calor en el estómago? Estoy a punto de vomitar sobre ella.

—¿O vas a correr a papá como hiciste para entrar aquí? —La insinuación flota en el aire como un pedo en una sala de reuniones importante. Invisible, pero imposible de ignorar.

No quiero involucrar a mi padre en mis problemas laborales. Él podría intervenir, sí. Pero, ¿a qué precio?

¿Y si mi amistad con Mick se ve perjudicada por mi culpa?

Mierda.

Me arden los ojos y estoy controlándome para no llorar.

¿Qué mierda pasa?

Nunca antes me había alterado así y ya he tratado con gente desagradable sin que me afectara tanto.

¿Qué me está pasando?

Veo la espalda de la mujer que tengo delante. El sonido de sus tacones golpeando el suelo me irrita profundamente.

Esa es la respuesta. Todos los días tengo que lidiar con la encarnación del diablo con tacones altos llamada Astrid Cowley. Y hacer algo que detesto: relaciones públicas.

Yo soy del equipo de la cinta adhesiva, de la lesión, del «estira esa mierda y vuelve al entrenamiento». Ahora estoy metida en un mundo donde lo importante es la «narrativa» y «cómo suena eso en los medios».

—No me avergüenza decir que mi padre me dio un empujón, Astrid. Pero me quedé por competencia.

—Cree lo que quieras…

Pongo los ojos en blanco y me muerdo la lengua. Si sigue, entraremos en un juego de tenis que no me apetece jugar.

Ya he discutido bastante esta semana sobre el tema que la vaca quiere abordar en el blog deportivo, el mismo que, como regalo, ahora también está bajo mi responsabilidad.

He respondido «no» un millón y una veces.

Ella quiere hablar de la sexualidad de Jared Knight. Nuestro *running back* bisexual serviría, según la brillante mente maquiavélica de Cowley, como reclamo para atraer público.

Tyler comentó que Jared está enamorado de una chica. Una que huye de todo lo que están acostumbrados. Su padre es pastor y conservador hasta la médula, del tipo que dice aceptar «cuestiones de género», siempre y cuando los fieles sigan la doctrina de la iglesia.

Hipócrita, seamos sinceros. Lo acepta, pero solo si el otro vive en celibato. Es decir: «puedes ser quien quieras, siempre y cuando estés solo y seas infeliz».

Lo rechacé de inmediato. Sin discusión. Sin margen. Quizás por eso la vaca me castigó un mes más.

Mujer infernal.

Le encanta ver cómo se incendia el circo, sobre todo si es ella quien enciende la cerilla. Disfruta manipulando la verdad. Yo nunca le haría eso a nadie, y mucho menos al mejor amigo de mi…

Ay, joder.

¿Mi qué?

Ahora estoy sonriendo.

Tengo ganas de salir corriendo y lanzarme a sus brazos como si fuera un refugio ante esta guerra de nervios que estoy enfrentando.

Pronto entramos en una de las salas de reuniones y Rafaela, una de sus alumnas más aduladoras, nos está esperando.

Si hubiera sabido que era ella, realmente me habría retrasado. Me siento lentamente en la silla vacía y cruzo los brazos.

— Tenemos una semana floja en cuanto a temas —comienza Astrid, caminando por la sala como si presentara un *PowerPoint* invisible—. Y el blog necesita tráfico constante. El algoritmo no se toma vacaciones.

Claro que no.

—He pensado en un especial —continúa. —Relaciones polémicas dentro de la NFL. Historias reales. Humanas. Que generen debate.

Y ahí vamos a pelear a favor de…

—Riley y Josh —suelta, como si estuviera hablando del tiempo. Las víctimas son otras. Jared ha dejado de ser el centro de atención. Uf. Pero… —Terapeuta y paciente. Romance prohibido. Críticas, cancelación, superación… matrimonio. Es un arco perfecto.

—No —digo secamente—. Eso no es una agenda. Es explotación.

La lameculos levanta la vista del móvil.

—Sidney, esto ya es público —replica Astrid—. La diferencia es que ahora controlamos la narrativa.

—No existe el «control» cuando se trata de la vida de alguien. Y menos aún de alguien que ha sufrido muchísimo por ello.

Ella inclina la cabeza, demasiado paciente.

—De acuerdo. Si no te sientes cómoda con este enfoque… —pausa calculada—. Podemos tomar otro camino.

Mi error es respirar aliviada.

—Tú.

El suelo desaparece por medio segundo.

—Una entrevista contigo. —Sonríe—. Mujer en un puesto técnico. Hija de un exjugador. Indicada, cuestionada, competente. Un gran contrapunto a la agenda masculina.

—No —mi voz suena más dura—. No soy una agenda de compromiso.

—No seas dramática —argumenta Rafaela, defendiendo la opinión de su jefa—. Humaniza al equipo.

—¿Humaniza a costa de qué? —replico—. ¿De mi credibilidad?

Astrid cruza los brazos.

—Estás demasiado sensible, Sidney. Te lo estás tomando todo como algo personal.

¿Demasiado sensible?

Sensible…

Hundo los talones en el suelo para contener las ganas de lanzarme al cuello de esa vaca.

La frustración es tanta que siento un calor que me sube demasiado rápido. Si me quedo aquí un segundo más, voy a… voy a…

¡Joder! ¿Voy a llorar porque no puedo pegarle a alguien?

Debo de estar muy sensible.

Me levanto rápidamente.

—Disculpe —digo rápidamente, para disimular mi voz entrecortada.

Salgo caminando demasiado rápido por el pasillo. El sonido de mis pasos resuena como una sirena que se abre paso.

Alguien me llama por mi nombre, creo.

No puedo parar. No puedo.

Un baño es mi salida de emergencia. Entro, elijo un cubículo y me encierro dentro.

Respiro hondo una, dos, tres veces.

Oigo cómo se abre la puerta y me encogí automáticamente. Me senté en la tapa del inodoro, abrazándome las rodillas contra el

pecho.

—¿Sid?

Parpadeo, extrañada por la voz masculina. Era un baño de mujeres, ¿no?

—¿Sid? ¿Estás bien? —pregunta Tyler.

En un impulso que no comprendo, abro la puerta y me lanzo a sus brazos. Él prácticamente me atrapa en el aire.

—¿Qué ha pasado, preciosa? ¿Por qué estás así?

Estoy llorando.

¡Dios mío! No puedo creer que esté llorando porque no pude golpear a una vaca.

Tyler intenta mirarme a la cara, pero yo la entierro en su pecho, queriendo ocultármela. Queriendo ocultármela a mí misma…

—¿Te han hecho algo? —pregunta preocupado, acariciándome el pelo—. Cuéntamelo.

—No, no me han hecho nada. Solo… —Suspiro, y las palabras suenan tan estúpidas en mi cabeza que niego con la cabeza. —No sé qué me está pasando.

—Solo tienes que decirme quién te ha hecho llorar y acabaré con esa persona, preciosa.

Suelto una risa débil.

Sería interesante ver la cara de Astrid aplastada. Pero en realidad… el problema soy yo misma.

—Solo estoy muy cansada. Quiero volver a mi puesto y aguantar a Cowley ha sido una prueba de fuego.

—Puedo hablar con John y el técnico Mick, si quieres.

Lo niego rápidamente.

—Estaría demostrando que soy una cobarde. Tengo que volver porque me quieren de vuelta. Creo que no hacía tanta

diferencia, ya que me van a dejar un mes más como asistente de relaciones públicas.

—¿Cómo que no? John se está volviendo loco y ya se ha peleado con dos becarios esta semana. Lo único que dice es que nadie es como tú.

Sonrío y levanto la cara para mirarlo. Tyler me seca una de las mejillas, mirándome con cariño y preocupación.

—Eres una profesional excelente y te echamos mucho de menos. Sobre todo para poder mirarte el culo. —Suelto una leve risa y le doy una palmada en el brazo.

—Eres un idiota.

—Un idiota guapo —replica.

—Un idiota guapo y engreído —añado, abrazándolo de nuevo y apoyando la cara en su pecho. Hoy, mi lugar favorito.

— Sid, quiero preguntarte algo.

—Pregunta. —Mantengo los ojos cerrados y, de una manera muy extraña, siento que estoy volviendo a la normalidad.

—¿Quieres viajar conmigo este fin de semana?

¿Viajar?

Sí… estaría bien viajar un poco.

—Claro. ¿A dónde?

—A casa de mis padres.

Debe tener una casa en la playa, o tal vez una cabaña en el campo y…

Sacudo la cabeza, dando un ligero golpe a mis neuronas.

—Perdona. Pero creo que entendí mal. —Me aparto un poco de él, mirando aquella inmensidad azul de sus ojos—. ¿Dijiste la casa de tus padres?

—Dije —responde, naturalmente. Demasiado naturalmente.

Acabo de adquirir un tic nervioso en el ojo izquierdo.

—Yo… hace mucho que no conozco a los padres de nadie. ¿Estás seguro?

—Quiero que estés conmigo. Así de simple. Has sido lo mejor de mis días y… no sé. Y… tengo que volver a mi ciudad natal para el funeral de mi hermana.

—¿Memorial?

—Sí. Hace cinco años que murió. Mis padres quieren hacerle un homenaje.

—Eso es muy… familiar —comento—. ¿De verdad quieres que vaya?

—Cuando mi madre me llamó esta mañana, lo único que pensé fue: si tú estás conmigo, todo irá bien. Así que sí. Quiero que vengas. — Me atrae de nuevo hacia sus brazos.

Y ahí es cuando me doy cuenta de que me estoy lanzando de cabeza a un lago desconocido.

Debería ser prudente y rodear la orilla. Lo sé.

El problema es que no quiero.

Puede parecer un cliché, pero nunca he sentido esta química loca con nadie.

Siempre he sabido nadar sola, siempre he confiado en mi respiración. El agua fría nunca me ha asustado.

Así que contengo la respiración, aprieto su cuerpo contra el mío… y salto al lago.

Capítulo 16

Sidney Bennett

Hace frío.

En serio.

Tengo mucho frío y esto es absurdo.

Acabamos de aterrizar en Chicago, la ciudad que se ha convertido en parada obligatoria en mis vacaciones, después de que mis mejores amigas se mudaran allí.

Decidí enviar un mensaje al grupo de WhatsApp poco antes del despegue. Estaba sentada junto a la ventana, mientras Tyler hablaba con el piloto del jet que había fletado.

Yo:

Noticia de última hora: estoy de camino a Chicago.

Brooke:

¿Cómo?

¿Te han despedido?

Winter:

¿Estás bien? ¿Mataste a esa vaca?

Emory:

Si hace falta… he aprendido a esconder un cadáver.

Brooke:

¿Dónde aprendiste eso, Emis?

Emory:

Leí una novela oscura esta semana.

Yo:

No. No he matado a nadie. Todavía no me apetece. Y, Emis… luego me pasas el nombre del libro.

Brooke:

¿Conseguiste unos días libres a mitad de semana?

Yo:

Me lo han conseguido.

Tyler me pidió que lo acompañara al memorial de su hermana.

Ella murió hace cinco años.

Winter:

Ah… entonces vas a cubrir el evento para la vaca, ¿no?

Yo:

Ni lo sueña.

Solo sé que Tyler consiguió que el coach me dispensara y ella no tuvo oportunidad.

Emory:

Ay, Dios mío.

Te va a llevar a conocer a sus padres. 😱

Y a partir de ahí vi tres veces el GIF de Tyler besando a Jared y otros tantos de risas. Resoplé, extrañada por la sensación de incomodidad que sentí al ver esa imagen. No es que estuviera celosa…, pero Grant se puso nervioso cuando se lo enseñé.

—¿El grupo de amigas? —preguntó Tyler, tan pronto como se acomodó en el sillón. Miré la pantalla y me sentí avergonzada por haber sido pillada in fraganti. No por las conversaciones, sino por usar su imagen como una broma interna.

¡Dios! Estoy muy sensible.

— Sí… — Cerré un ojo y fruncí el ceño en señal de disculpa —. Les pediré que dejen de usar el GIF. No está bien.

— No pasa nada. Tú misma dijiste que es solo entre vosotras. — Se encogió de hombros, sin darle importancia, y empezó a ajustar el chaleco de Charlie, que estaba tumbado en el sillón frente al nuestro. — Quiero a mi mejor amigo. Pero no hasta el punto de disfrutar viéndonos besarnos, claro.

Tyler comentó que Charlie era el perro guía de su hermana. Ella luchó contra un cáncer agresivo durante años y, antes de fallecer, acabó perdiendo completamente la vista. Lo cual es devastador para cualquier persona, pero para alguien que vivía del arte, fue aún más cruel.

Los cuadros que vi en casa de Tyler no eran egocentrismo, sino recuerdos dejados por la hermana que lo quería tanto, que intentó retratarlo todo lo que pudo mientras veía.

Suspiro profundamente al ver la forma cariñosa en que cuida de su adorable bola de pelo. Tyler se merecía ese GIF en el pasado, pero ya no.

Envié un mensaje al grupo pidiendo a las chicas que dejaran de usar y borraran la imagen. Les expliqué que nos había pillado el protagonista de la imagen y me sentía mal.

Rápidamente, los mensajes con GIF desaparecieron y aparecieron otros con disculpas.

Sonreí y puse el dispositivo en modo avión.

Ahora caminamos hacia un SUV negro que nos espera cerca del hangar. Tyler arrastra nuestras maletas con una mano, mientras que con la otra me coge de la mano.

— ¿Ha tenido un buen viaje, señor? —pregunta un tipo, que supongo que es el conductor, mientras coge nuestras maletas.

Charlie se adelanta, olisquea su zapato y luego salta con las patas delanteras. Murmura «yo también te extrañé, chico» en voz baja, acariciándole detrás de las orejas.

— ¡Genial, Jeff! Gracias —Tyler chasquea la lengua—. Charlie, ¡baja! Deja en paz a Jeff —lo tira de la correa.

— No pasa nada, señor. No pasa nada —dice, sonriendo y mirándome. Tyler se da cuenta y, cuando creo que va a explicar quién soy, dice:

— Ella es Sidney, mi novia.

¿Me ha presentado como su novia?

Me llevo el dedo índice a la oreja, pensando que el viento de esta ciudad me ha dañado el oído.

— ¡Encantado, señorita! —dice él, amable. Asiento con la cabeza, con una sonrisa extraña.

Una sonrisa un poco torcida, porque mis relaciones siempre tenían fecha de caducidad. Curiosamente corta. Bastaba con que empezaran a llamarme novia.

Debía de ser algún tipo de maldición. O karma mal administrado.

No lo sé.

Solo sé que, en todas las ocasiones, algo sucedía justo después de la etiqueta, y la relación terminaba.

Entramos en el coche. Charlie sube primero y toma asiento, con aire soberano.

El olor a cuero limpio me envuelve mientras me abrocho el cinturón. Jeff se pone al volante y el SUV se desliza con demasiada suavidad para alguien que acaba de cambiar el estado de su vida amorosa.

— ¿Puedes llevarme a Astor Street, número 1432, por favor? —pido, tratando de parecer casual.

Tyler gira la cabeza hacia mí, con una ligera arqueada de cejas.

— ¿Astor Street? —repite—. ¿Por qué?

— Es la casa de Brooke —le explico, acomodando el bolso en mi regazo—. Pensé en quedarme allí durante mi estancia, ¿sabes? Para disfrutar de Caroline, mi sobrina política. Tiene cuatro años… es lo más bonito del mundo. Hija de Brooke y Kyle Sanders. El defensa de los *Blackhawks*.

Él me escucha en silencio, atento de una manera que me desarma. Nada de celular, nada de distracciones. Solo él, yo y la carretera pasando por el vidrio.

— Está bien —dice, finalmente—. Solo pasaremos por la casa de mis padres para dejar a Charlie, ¿te parece? Luego les explicamos que nos quedaremos en otro lugar.

Parpadeo. Una vez. Dos.

— ¿Nosotros…? —comienzo, con demasiado cuidado—. Tyler, mira, no tienes por qué sentirte presionado. De verdad. Puedo quedarme en casa de Broo y tú me presentas a tus padres como amiga, no pasa nada. Es solo que… pensé que…

Se inclina ligeramente hacia mí, con la mirada fija, sin bromas.

— Sid. —Toda mi columna se endereza cuando dice mi nombre así—. Eres mi novia, preciosa. Quiero estar contigo.

Abro la boca, pero él continúa, tranquilo, demasiado honesto para alguien acostumbrado a huir:

— Si no quieres estar conmigo, no pasa nada. Lo entiendo. Pero la cosa es así… — Una pequeña sonrisa aparece en la comisura de sus labios. — Me gustas. Y no lo digo en broma.

Mi pecho se oprime en un lugar peligroso. De esos que dan ganas de correr y quedarse al mismo tiempo.

Exhalo lentamente, dejando que mis hombros se relajen.

— Yo también te quiero… —confieso, casi en un susurro.

— Hm… no te he oído —me provoca, inclinando la cabeza y acercando la oreja.

Pongo los ojos en blanco, pero sonrío.

— Yo también te quiero, ¿vale?

Charlie ladra fuerte, proclamándose testigo del acto.

La sonrisa de Tyler se abre de par en par. La mía le sigue, calentada tanto por el aire caliente del coche como por esa cosa nueva y buena que crece dentro de mi pecho.

— Entonces —pregunta—, ¿nos quedamos en casa de tu amiga o con mis padres?

—Con tus padres —decido sin dudar—. Estoy deseando ver fotos embarazosas de tu infancia.

—Iiiiih… —Se ríe—. No hay. Yo era un niño muy mono.

— Todo el mundo dice eso antes de ver el álbum.

Nos reímos juntos, y el silencio que sigue no es incómodo. Es tranquilo.

—Es una pena que mis padres estén de viaje —comento—. Si no, te haría pasar por la misma tortura.

— Sería un honor —responde, demasiado solemne como para no estar burlándose.

—Antes o después del memorial… no sé —pienso en voz alta —. Pero en algún momento quiero ir a ver a mis amigas.

—Me encantará —dice, sin mostrar ningún signo de incomodidad—. Siempre y cuando no vuelva a aparecer ese GIF.

—Ya lo he borrado. De verdad. —Hago un gesto dramático —. Eliminado de la fazia de la Tierra.

— Amén.

Poco después, Jeff reduce la velocidad y el SUV entra en una calle arbolada, con casas grandes, bien espaciadas y jardines impecables. Entra con el vehículo en un camino de piedras y se detiene frente a la residencia de los Grant.

La fachada es elegante, en tonos claros, con amplias ventanas y un jardín que parece haber sido diseñado por alguien que se toma las flores muy en serio.

Charlie salta justo detrás de mí y comienza a olfatear el césped como si estuviera buscando un tesoro enterrado. O un lugar perfecto para cometer crímenes.

—Mira esto… —se me escapa, mientras sigo contemplando los impecables parterres—. Es demasiado bonito.

Tyler se ríe y cierra la puerta del todoterreno.

—Espera a ver el patio trasero. El jardín de atrás es aún más bonito.

Charlie suelta un breve y animado «au», como si estuviera de acuerdo con la *visita*.

De repente, la puerta de la casa se abre antes de que pueda decir nada más, y una mujer elegante aparece en el umbral. Tiene el pelo rubio hasta los hombros y los mismos ojos azules que su hijo.

Su sonrisa es inmediata. Camina hacia nosotros con pasos tranquilos, con un abrigo claro que se ajusta bien a su cuerpo.

—Hijo… —dice, abriendo los brazos.

Tyler se inclina para abrazarla y luego me atrae suavemente hacia él.

—Mamá, esta es Sidney.

Me mira un segundo más de lo necesario. Tragué saliva, sabiendo que estaba pasando por una evaluación de calidad.

—Ah… así que eres tú —dice, con un brillo de satisfacción en la mirada—. Estaba deseando conocer a la chica que ha hecho tan feliz a mi hijo.

Siento un escalofrío recorriendo mi espina dorsal y solo entonces me doy cuenta de que realmente estoy temblando, ya sea por el frío, por los nervios o por todo junto.

Ella se da cuenta enseguida. Me coge las manos entre las suyas, cálidas y firmes.

—Estás helada. Vamos, entremos —dice con cariño, guiándome hacia la puerta.

Charlie pasa junto a nosotros abriéndonos paso. Tyler coge las maletas que le entrega el conductor, que nos saluda con la mano.

—Gracias, Jeff —le da las gracias la señora y todos murmuramos también un «gracias». Él saluda con la mano y se marcha.

La casa de los Grant era exactamente como me la imaginaba… buen gusto y una decoradora con un doctorado en Pinterest refinado.

El interior es todo en tonos claros, madera, detalles que gritaban «carísimo», pero sin ostentación. Fotos familiares en las paredes, plantas reales —de las que viven— y cuadros. Muchos.

Algunos eran casi réplicas de los que vi en casa de Tyler. Otros eran paisajes, de la madre, del padre… de todos juntos.

Charlie tomó la iniciativa como si fuera el dueño de la casa. Se tumbó en la alfombra del salón y allí se quedó.

—Ah, Charlie… ¿estás cansado del viaje? —le pregunta la señora Grant, y él hace un puchero y cierra los ojos—. ¿Le has dado la medicina que le recetó la doctora para cuando viaja? —Mira a su hijo—. Sabes que tiene el estómago delicado.

—Sí, mamá… —responde Ty aburrido—. Solo yo sé cómo es su estómago. Tranquila. Solo está haciendo de las suyas.

—Entonces, está bien. ¡Vengan! Les preparé un bocadillo rápido —dice, después de quitarse el abrigo y colgarlo en el armario junto a la puerta—. Imagino que tendrán hambre.

Sí, señora Grant.

Hambrientos, nerviosos, con frío, emocionalmente confusos y con un ligero ataque de pánico.

Pero bueno, vamos a comer algo.

Tyler me ayuda a quitarme el abrigo más grueso, luego se quita el suyo y los coloca a ambos en el mismo armario de la entrada.

Nos dirigimos a la cocina, donde hay una mesa tan bonita que da pena tocarla. Vajilla clara, pan caliente, té humeante y una bandeja con galletas que parecen sacadas de un episodio navideño.

Antes de que me siente, un hombre canoso aparece por un lado. Alto, tranquilo, con ojos azul grisáceos que delatan de dónde viene la combinación genética de mi… *¿novio?*

Vaya… ahora tengo novio.

—¡Papá! —Tyler se levanta, se acerca a él y le da un abrazo lateral. Luego se vuelve hacia mí—. Ella es Sidney.

El señor Grant me tiende la mano con una sonrisa sincera.

—Por fin nos conocemos. Hemos oído hablar mucho de ti.

Me siento, sonriendo lo suficiente para parecer simpática, pero sin perder el control facial. La madre de Tyler comienza a servir el té y me ofrece la primera taza.

Una novia que se precie no le dice a su suegra que prefiere café, ¿verdad?

No. Solo aceptamos y mantenemos la sonrisa nerviosa.

—Sabemos que eres muy estricta con él.

— Ni mucho menos… solo intento mejorar su potencial. Pero su hijo es un gran jugador.

Ella sonríe, satisfecha con el cumplido a su hijo.

Punto para la novia.

—Eres la hija de Lenon Bennett, ¿verdad? —pregunta el padre de Tyler y yo asiento, murmurando un sí con la boca llena de galleta—. Tu padre se retiró demasiado pronto.

—Mi madre no está de acuerdo, señor —replico, recordando cuántas veces he oído eso.

—Y tiene razón. Este deporte es muy violento —comenta la madre de Tyler—. Tu padre lo dejó en el momento adecuado, cariño.

—Dijo que ya había conquistado mucho.

—Tres campeonatos nacionales y dos Super Bowls no están al alcance de cualquiera —explica Tyler y yo me quedo boquiabierta.

Luego, esbozo una amplia sonrisa.

—Has hecho los deberes, ¿eh?

—Me preparé para conocer a mi suegro. Pero dijiste que tus padres se habían ido de viaje. — Se encoge de hombros y le da un mordisco a un sándwich que parece humanamente imposible de morder. Lo consigue.

—Se fueron a Dubái la semana pasada. Y quieren prolongar el viaje a las Maldivas.

—Qué maravilla. Hace tiempo que no viajamos. A Steffany le gustaba mucho viajar, conocer lugares exóticos… decía que

necesitaba inspiración —dice la madre, con nostalgia.

—Al principio fue difícil —continúa la madre de Tyler, apoyando la taza en el platillo con cuidado—. Cuando llegó el diagnóstico, parecía que el suelo se había desvanecido.

—Pero Steffany nunca dejó que la enfermedad cambiara quién era —añade el padre, demasiado sereno como para parecer frío—. Lloraba cuando lo necesitaba. Después… seguía adelante.

Hablan de ella con tanta calma que da miedo. No en el sentido de indiferencia, sino de quienes ya han pasado por lo peor del duelo y han decidido quedarse.

Quedarse con los recuerdos.

Con las buenas historias.

Con el amor.

Pienso en cómo Riley, nuestra psicóloga a tiempo completo, nos cuidó a mí, a Brooke y a Winter durante la universidad. Fue con ella con quien realmente comenzamos una terapia intensiva. Insistía en que habláramos de Summer. Que recordáramos. Que doliera. Que viviéramos.

Fingir que no había pasado solo servía para esconder el duelo bajo la alfombra, y este siempre vuelve cobrando intereses.

—Hablar ayuda —dice mi madre, como si leyera mis pensamientos—. Lo aprendimos durante la terapia. Recordar no duele… lo que duele es intentar olvidar.

—Estoy de acuerdo, señora Grant.

—Venga ya… no me llame señora. Puede llamarme Lily.

Sabía que se llamaba Lilian Grant. Pero nunca la llamaría por su nombre de pila sin permiso.

—Y a mí… Adam —corrige el señor Grant, o mejor dicho, Adam Grant.

—Bueno… el memorial es mañana —continúa ella—. La nueva ala del hospital está terminada y ha coincidido que el mes de

la inauguración es precisamente el mes del fallecimiento de nuestra niña.

Miro a Tyler sin entender.

—El año pasado comenzamos la construcción del ala de rehabilitación para personas con discapacidad visual en el Centro Médico —aclara.

—Es el hospital de nuestra familia —añade Lily—. Ya teníamos algunas salas especializadas, que montamos cuando Steffany necesitó ayuda.

—Ahora tendremos un ala entera dedicada exclusivamente a eso, con entrada independiente del edificio principal. No será necesario pasar por Urgencias para casos más específicos —enfatiza Adam, dando a entender que quizá esa situación resultaba incómoda para su hija.

En ese momento, Charlie se acerca a nosotros y se sienta junto a Lily. Gruñe y mira la mesa, pidiendo claramente algo de comer.

—Por cierto, te he comprado una corbatita preciosa, cariño. —Ella lo mira y él ladra en respuesta.

—Mimas demasiado a ese perro, mamá —dice Tyler, señalándola mientras le da un trozo de manzana a Charlie.

—Mimo a mi nieto de cuatro patas mientras no llega otro —comenta ella, con demasiada naturalidad.

Silencio.

Un silencio tan denso que se podría cortar con un cuchillo para untar mantequilla.

—Entonces mejor mímalo a este —dice Tyler secamente—. Porque por lo que a mí respecta, no vas a tener otros.

La madre arquea las cejas, como si ya conociera ese discurso.

—Hijo…

—No, mamá. —Apoya los codos en la mesa—. Nunca voy a tener hijos. No los quería antes. No los quiero hoy. Y no los querré mañana.

—No sabes lo que te deparará el mañana, cariño. Aún eres muy joven. Ahora solo te tengo a ti. Tu hermana…

—Precisamente. — Da un golpe en la mesa—. He perdido a mi hermana, mamá. Y no tengo ganas de traer a otra persona al mundo para perderla también.

—No vamos a estar aquí para siempre, Tyler —interviene su padre—. Reconsidéralo…

—Ya tendré que lidiar con eso en el futuro. Tener a otra persona más joven, que dependa de mí… y pensar que… que puedo despertarme y que ella ya no esté ahí —su voz se quiebra por completo—. No.

El ambiente da un giro extraño.

Tyler se levanta.

—Voy a dar una vuelta —dice, alejándose de la mesa.

Pido permiso y… obviamente, voy tras él.

Eso es lo que hacen las novias, ¿no?

No lo sé. Pero sigo mis instintos. Y ahora, algo me dice que Tyler necesita a alguien a su lado.

Y, por ahora, esa persona soy yo.

Capítulo 17

Sidney Bennett

Estoy segura de que voy en la dirección correcta.

Salió y vino hacia este lado de la casa.

Entonces, ¿por qué demonios no lo encuentro?

No estoy acostumbrada a vivir con tanto espacio. Doblo la esquina de una pared y me encuentro con un pasillo que solo Dios —y tal vez un arquitecto muy arrogante— sabe adónde lleva.

Miro los cuadros de la pared con la clara sensación de haber pasado por aquí antes. A menos que Lily haya decidido decorar toda la casa con el mismo diseño en todos los rincones.

Dios mío.

Estoy oficialmente perdida en la casa de los padres de Tyler Grant.

Un ladrido es mi salvación.

Charlie camina hacia mí con tanta elegancia que empiezo a sospechar que sabe exactamente lo desorientada que estoy.

El perro se detiene a mi lado, me mira y espera, paciente, mi formal constatación de completa falta de noción espacial.

— Así es, cariño. Estoy perdida. ¿Adónde se ha ido tu papá, eh?

—¡Guau!

Sigue adelante, pasa junto a una planta gigantesca y gira a la derecha, revelando un amplio espacio con puertas dobles de cristal que van del suelo al techo.

Charlie vuelve a ladrar y salta con las patas delanteras a uno de los lados de la puerta, que se abre con facilidad.

—¿Tyler está ahí fuera, tío?

Veo un jardín con césped, con matas de pensamientos de los más variados colores, salpicadas de púrpura, amarillo y burdeos. Las luces de los candelabros exteriores dan un encanto casi indecente al escenario.

Sí… Tyler tenía razón. El jardín trasero es espectacular.

Más adelante, veo una glorieta hecha de columnas, la mitad de ella revestida con vidrieras de colores. El techo parece haber sido robado de una casa de muñecas. A su alrededor, crisantemos llenos y redondos completan la escena en un degradado de rosa y morado.

—Qué bonito… —murmuro.

Charlie murmura algo, moviendo la cabeza en dirección al cenador.

—¿Está ahí?

Vale. No obtuve una respuesta verbal, pero el movimiento de cabeza fue lo suficientemente claro.

— Eres un perro guía, amigo. Guía el camino.

Él solo resopla y vuelve a entrar, diciendo implícitamente:

«Te mostré el camino, nena. Ahora arréglate».

—¡Gracias! —le digo a la espalda de la criatura canina orgullosa y claramente arrogante.

En serio… ha heredado eso de Tyler de alguna manera.

Respiro hondo, frotándome los brazos y maldiciendo mentalmente *a mi novio* por elegir un lugar fuera de la cálida casa para esconderse como un ermitaño emocional.

Cuando me acerco, veo la llama que sale de un calentador de gas tipo *hoguera*. Y, dentro de la glorieta, Tyler está sentado en el sofá que rodea todo el espacio, rodeado de acogedores cojines en tonos pastel. Con la mirada fija en el fuego, los brazos cruzados y las piernas estiradas, la clásica postura de alguien que está pensando demasiado.

Tarda en darse cuenta de mi presencia.

—Este lugar es precioso —comento en voz baja.

Su respiración hace que su pecho suba y baje lentamente. Su mirada, aún perdida, finalmente encuentra la mía, y por un segundo me pregunto si no fue demasiado precipitado este asunto del noviazgo.

Conozco su lado impulsivo, que aparece en el campo.

Es normal. Parte del juego.

Pero en aquella discusión con sus padres, vi algo más que ira. Era frustración acumulada. Mal resuelta. Con olor a duelo no digerido.

—Lo siento… —dice con voz ronca—. No tenías por qué haber visto nada de eso.

Tyler extiende la mano como una invitación silenciosa. Acepto, porque necesito un abrazo cálido.

Me atrae hacia él y me acurruco contra su pecho, disfrutando del calor.

—Mis padres no entienden mis límites —dice, con la mandíbula tensa—. Y eso me cabrea muchísimo.

—Tyler… te quieren. Son tus padres. Es natural que quieran nietos.

—Les he dicho que no quiero tener hijos —me besa en la sien—. Después de que Steffany muriera, comprendí algo de la peor manera posible —continúa, con la voz más baja, con menos armadura—. No quiero volver a enterrar a alguien que dependa de mí para existir. Ya lo he vivido una vez. No sobreviviría a repetirlo.

Permanezco en silencio, con la oreja pegada a su pecho, sintiendo su corazón latir con demasiada fuerza para alguien que dice no tener miedo a nada.

—Tyler… —Levanto la cara para mirarlo—. Tú eras su hermano. No su padre.

Exhala por la nariz y esboza una media sonrisa que no tiene nada de graciosa.

—No importa.

—Sí importa.

—Para mí no.

Su mano me acaricia distraídamente la espalda.

—Siempre pensé que vería a Steffany casarse. Tener hijos. Yo sería el tío idiota que solo aparecería en las fiestas. — Tragó saliva—. Íbamos a envejecer como una gran familia. Y, en algún momento, yo me iría antes que ella. Esa es la regla. La fruta más madura cae primero del árbol.

Hago una mueca.

—Qué analogía más cursi.

Él se ríe. Una risa corta, imperfecta, pero real. Yo le sigo, y por unos segundos el drama da un paso atrás, ofendido.

El silencio que se instala después no es pesado. Es pensativo. Tyler me mira de reojo, serio de nuevo.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Qué opinas sobre los hijos?

Abro la boca. La cierro. La vuelvo a abrir.

Tardo en responder.

No porque la pregunta sea difícil. Sino porque no hay una respuesta preparada.

—Yo… —Respiro hondo—. Nunca me he parado a pensar en ello de verdad. No es un «sí» ni un «no». Es más bien un «no sé».

Él no reacciona mal. No me presiona. Solo asiente, como si estuviera escuchando algo demasiado honesto como para discutirlo.

—Creo que algunas personas nacen sabiéndolo —añado—. Otras lo van descubriendo por el camino. Yo todavía estoy tratando de entender quién soy sin que todo el mundo me diga quién debería ser.

Tyler apoya su frente contra la mía.

—Es lo más sensato que he oído hoy.

—Milagro. Apúntalo en el calendario.

Nos reímos, pero ya no es esa risa ligera de hace unos segundos.

Es una risa más lenta, cargada de tensión, del tipo que precede a otra cosa.

El tipo que precede al toque.

Su mano, que todavía rodea mi cintura, aprieta más, y mi coño, tan sensible como mis emociones en los últimos días, entiende el mensaje.

—Cuando descubras tu camino —murmura, con voz ronca, demasiado baja— y sea diferente al mío… avísanos con antelación, ¿vale?

Su boca se desliza hasta mi mandíbula, cálida y cuidadosa, y un escalofrío me recorre la espalda con la fuerza de quien ya conoce todos los puntos sensibles de mi cuerpo.

—Uh-hum… — es el único sonido que puedo emitir, porque ya me cuesta respirar.

Su mano vuelve a apretar y su barba roza justo ahí, en ese trozo de piel entre la oreja y el cuello que parece haber sido programado para disfrutar con solo un soplo.

—Voy a necesitar tiempo para entender que ya no voy a tener esto —continúa, deslizando los labios por mi mandíbula hasta encontrar mi boca.

Al principio es lento, pero no tarda en ganar profundidad.

Tyler besa como si intentara memorizarme por dentro, y, de repente, la mano que estaba en mi cintura cambia de rumbo.

Baja, traza un camino indecente por mi espalda, pasa por el lateral de mi cadera hasta encontrar el espacio entre mis muslos. Maldigo el grueso tejido de las mallas. Más aún por tener pelitos en la parte interior. Todo para perjudicar lo que quiero sentir.

—Me da pena el futuro que depende de mí —murmuro contra sus labios.

—El futuro puede esperar. —Hunde la cara en la curva de mi cuello. Y aquí ruego para que nuestro tiempo sea lo más largo posible—. Ahora solo quiero perderme en ti.

Su mano se desliza con más audacia, firme y a la vez cariñosa, sabiendo exactamente cómo romperme por completo.

Sus dedos se deslizan por debajo del borde de mi suéter y mi blusa de lana como quien invade territorio prohibido, y el frío contacto con mi piel caliente provoca un gemido suave que se me escapa antes de que pueda contenerlo.

El muy travieso exhala una risa baja, satisfecho. Luego continúa, con el pulgar rozando la parte inferior de mi pecho, lo suficiente para hacerme perder el hilo de mis pensamientos.

Su mano libre me sujeta la nuca, atrayendo mi boca hacia la suya, y el beso ahora es más apasionado. Lengua, dientes y suspiros ahogados.

Sin poder aguantar más, cambio nuestra posición sentándome en su regazo, con las piernas dobladas y una rodilla a cada lado de su cadera.

Pero los gruesos pantalones siguen siendo un obstáculo entre mí y lo que realmente quiero.

Su mano intenta explorar más. Desliza por el costado de mi vientre, por las costillas. Él gruñe por el espacio restringido por la ropa de invierno y yo sufro de la misma manera.

—Esta mierda no ayuda —murmura, con la boca aún pegada a la mía, mientras tira de la tela de mi blusa hacia arriba, exponiendo mi torso al delicioso frío que contrasta con el calor entre mis piernas.

—Quítamela, entonces —le reto, mirándolo con los ojos medio nublados, porque pensar ahora es un lujo que no existe.

Él suelta una risa ronca, de esas que vienen desde lo más profundo de la garganta y resuenan directamente en mi coño.

— Ah, preciosa… te voy a dejar desnuda para calentar tu cuerpo como es debido —susurra, tirando de mi jersey y mi blusa con la prisa de quien ya ha perdido demasiado tiempo.

Me quedo solo en sujetador y, por increíble que parezca, no siento frío.

Nada.

Sus manos vuelven a tocarme. Baja una copa del sujetador y muerde mi pezón hinchado. Arqueo el cuerpo hacia atrás, ofreciéndome aún más.

Él lo chupa con ganas, lo muerde y lo gira con la punta de la lengua. La otra mano baja el resto del sujetador y acaricia el montículo de piel.

—Tyler… —suspiro, agarrándole con fuerza el cuello de la chaqueta—. Estamos en el jardín de tus padres.

—¿Y crees que me importa?

La verdad es que, en ese momento, ni siquiera a mí me importa.

Que le den a Charlie si está espiando desde la puerta.

Que le den por saco si el cenador tiene cámaras ocultas o si la vecina de al lado es una chismosa profesional.

Porque ahora solo puedo pensar en una cosa:

Lo quiero.

Aquí.

Ahora.

—Entonces, espera.

Me levanto de encima de él, me quito las botas bajas, las bragas, las medias y los pantalones térmicos. Nunca he sido una mujer que tomara decisiones sensatas.

Que le den al mundo. Si alguien quiere ver una follada fenomenal, preparen las cámaras, porque este porno valdrá millones.

Él me mira con esa mirada de profesional pervertido que me desarma por completo.

—Estás buenísima —dice, mordiéndose el labio.

A continuación, me acomodo en su regazo, de frente, con una pierna a cada lado. Tyler vuelve a capturar mis labios en un beso intenso. Nuestras lenguas se entrelazan, acariciándose en un vaivén húmedo, cálido, lascivo.

Sus manos suben por la parte posterior de mi muslo, rodean mi trasero y suben por mi columna, firmes, precisas, adictas.

Gimo. Me arqueo.

Me agarro a sus hombros porque ya no soy responsable de nada de lo que le pasa a mi cuerpo.

Hundo mis caderas en su regazo, sintiendo el agradable roce de los pantalones en mi centro. Me contoneo, gruñendo suavemente con la agradable sensación.

—Estoy tan mojada que volverás a casa como si te hubieras meado en los pantalones —le susurro al oído, sonriendo.

—Si quieres, asumiré que me he meado si eso significa tener tu coño sobre mí.

—¿Qué tal si lo haces mejor, campeón? —Él aleja la cara, con mirada confusa—. Quiero mojar tu polla.

—Joder…

Rápidamente, me sienta en el asiento y Tyler se baja los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos. A continuación, se quita el jersey de lana y la camiseta térmica por la cabeza, dejando al descubierto su pecho musculoso y su abdomen marcado.

Las curvas que forman la «V» del pecado se estrechan perfectamente, mostrando la polla gruesa, llena de venas, con la cabeza rosada, brillante y tentadora.

—¡Listo! Siéntate sobre tu semental y cabalga con gusto.

Esbozo una sonrisa lasciva, volviendo a la posición anterior. Solo que ahora, con su polla coronando mi entrada.

Su boca sube, besa mi clavícula, la curva del cuello, la línea de la mandíbula.

—Gime, preciosa… gime sentándote en la polla de tu hombre, ¡vamos! — Él empuja las caderas hacia arriba y yo me siento de golpe, invadida por una mezcla de dolor y placer.

Mis músculos internos sufren y protestan por tener que acomodarlo tan rápido en un espacio demasiado estrecho para él.

—¡Joder, preciosa! Me matas… —jadea, soltando un leve gruñido.

—¿Estás diciendo que no aguantas mi coño, eh?

—Claro que puedo. Tanto que te lo voy a demostrar.

Y lo demuestra, moviendo la cadera arriba y abajo, penetrándome de forma invertida.

—La idea era que yo me sentara encima de ti —digo, jadeando.

—Te estás sentando. Soy un caballo indómito. Eso es todo — responde, cabrón.

— Pues te demostraré que soy una amazona. —Hago el movimiento inverso, sentándome con fuerza.

El choque de nuestros cuerpos se vuelve cada vez más fuerte. Si ya había mandado a la mierda a los fisgones, ahora… firmé

un contrato cediendo los derechos de autor para el uso y abuso de la escena que estamos protagonizando.

En un momento dado, Tyler se levanta conmigo en brazos y me coloca frente al sofá, de espaldas a él.

—Ponte a cuatro patas, preciosa. Quiero tener esa imagen en mis sueños esta noche.

Me recoloco, con las rodillas hundidas en el sofá mientras le ofrezco el culo, sintiendo el aire frío golpeando mi piel y poniéndome la piel de gallina.

Tyler suelta un sonido gutural detrás de mí. Un elogio sin palabras.

—Así me gusta —murmura con voz arrastrada y hambrienta.

Oigo el ruido que hace al agacharse y, antes de que pueda respirar, su lengua caliente se desliza entre mis muslos.

Directa.

Húmeda.

Devassa.

Gimo fuerte, clavando las manos en el respaldo del sofá.

Me lame lentamente, luego más profundamente. Cada movimiento parece una provocación planeada, cada deslizamiento de la lengua un aviso de lo que está por venir. Cuando sube más, lamiendo el contorno de mi culo como si fuera un premio, todo mi cuerpo responde con un temblor involuntario.

Me mojo aún más.

Ridículamente mojada.

—Joder… —jadeando, apoyo la frente en el antebrazo—. Me vas a matar.

Sus dedos separan mis nalgas con firmeza y él sigue explorando, implacable, hasta que un dedo invade lentamente, probando la estrecha entrada.

—¿Te gusta eso? —pregunta, con el dedo aún abriéndome poco a poco.

—¿Quieres comerme el culo, Tyler? —le provoqué, sin girarme.

Su silencio dura medio segundo.

—Quiero darte la vuelta.

Suelto una risa corta y obscena, de quien ya no le importa nada.

—Entonces hazlo bien.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho.

Oigo cómo se abre la cremallera y siento el calor de su piel contra mi espalda y sus dedos firmes sujetándome por la cintura.

Un segundo después, escupe en mi estrecho agujero.

Y la mano que antes era solo deseo, se convierte en dominio.

Golpea la punta de tu polla contra mi abertura. Luego, frota donde pretende entrar.

Poco a poco, se hunde dentro de mí, yendo despacio.

—¿Estás bien? —pregunta con voz más baja, temerosa, y eso eleva la intensidad de la escena a otro nivel.

Su cuidado, incluso estando en control, golpea mi pecho como una explosión caliente. ¿Dominancia con afecto? La maldita combinación que jode cualquier resistencia.

—Sí, todo bien. Continúa… —Suelto un suspiro tembloroso.

Él se hunde un poco más. Suelto un gemido prolongado, casi animal.

La piel se estira, arde.

Su polla es jodidamente grande, y mi cuerpo necesita unos segundos más para aceptar el desafío.

Llevo la mano al clítoris en busca de un alivio extra, pero él la detiene a mitad de camino, firme, dominante, delicioso.

—Yo soy quien te hace correrte —su voz suena ronca, intensa.

Toma el control, presionando los dedos sobre mi botón hinchado, moviéndolos arriba y abajo.

Su cadera finalmente encuentra mi piel. Y sé que está completamente enterrado dentro de mí.

— ¿Puedo moverme, preciosa?

Asiento con la cabeza y él lo hace, primero despacio, acelerando poco a poco.

Fuerte.

Preciso.

Implacable.

Cada avance me arranca un gemido; cada retroceso deja un vacío que me hace suplicar sin palabras.

El calor entre nosotros aumenta cuando él intensifica el ritmo, una mano firme en mi cintura me mantiene exactamente donde él quiere, mientras los dedos de la otra maltratan mi clítoris sin tregua.

Mi cuerpo reacciona sin filtro, temblando, pidiendo más.

—Así… —gimo, perdida.

Él no disminuye. Al contrario.

La presión aumenta. El fuego sube.

Todo mi cuerpo entra en un delicioso colapso, cada nervio en máxima alerta.

El orgasmo llega como una ola violenta. Arrebatador.

Explota de dentro hacia fuera, haciéndome arquearme, y antes de que la vergüenza de un grito agudo se pierda más allá de las paredes, me muerdo la mano.

Todo se aprieta, palpita, tiembla, y él me acompaña, gimiendo bajo, tenso, entero.

Durante unos segundos, no existe el patio, el invierno, los padres, el futuro ni el pasado.

Solo dos cuerpos tratando de sobrevivir a lo que acaban de provocar el uno en el otro.

Cuando todo se ralentiza, Tyler me envuelve, pegando su cuerpo al mío por la espalda, con su aliento caliente en mi cuello.

—Joder… —murmura, todavía jadeando—. Eso ha sido…

Me besa en la mejilla, sentándose en el sofá y atrayéndome hacia su regazo.

Sonrío, agotada, satisfecha y peligrosamente feliz.

—Me alegro de saberlo —respondo—. El sentimiento es mutuo.

El silencio después del caos es casi poético.

Estamos allí, desnudos, todavía jadeando, envueltos en nuestro cálido capullo que no solo proviene de la llama del calentador de gas, sino de nuestros propios cuerpos agotados y satisfechos.

Por un momento solo oigo el sonido de nuestras respiraciones.

Pero, claro, no estoy hecha para soportar tanto romanticismo.

—Por muy cómoda que esté… —empiezo, volviendo la cara hacia él con toda la seriedad que puedo fingir. —Tu semen está en mi culo.

Él suelta una carcajada que resuena en todo mi cuerpo.

—Qué manera tan sutil de arruinar el momento, preciosa.

—Soy la reina de la sutileza. —Pongo los ojos en blanco—. Pero ahora, con todo el respeto por tu espectacular actuación… necesito darme un baño.

—Después de hoy, puedes pedirme lo que quieras.

—Los hombres y su fetiche por el culo. Mi coño es estrecho, ¿sabes?

—Claro que lo he visto. Y lo he estado comprobando durante algún tiempo. Me encanta tu coñito. Pero también me ha encantado tu culo. — Me golpea su sonrisa pícara.

A continuación, Tyler se inclina, coge mi sujetador y me ayuda a vestirme, con unos dedos que ahora parecen demasiado gentiles para todo lo que acabamos de hacer.

Lo observo mientras alcanza mi blusa y mi suéter, y cuando hago ademán de ponérmelos, él lo hace por mí. Por último, me baja los pantalones con ese cuidado que revela esa otra faceta suya que estoy descubriendo.

—Estás presentable —dice, echando un vistazo clínico a mi aspecto. —Quiero decir… dentro de lo posible.

Se viste rápidamente, se arregla el pelo de una manera un poco descuidada, pero aún así jodidamente sexy, y me tiende la mano.

—Ven. Te voy a dar un baño y te voy a acostar.

Acepto su mano. Porque si hay un lugar donde quiero terminar esta noche…

Es en sus brazos.

Aunque sea dramático, terco y me folle en el jardín de sus padres como si viviéramos solos.

—Qué caballero… —tarareo—. ¿Me vas a lavar el culo, eh?

—Te voy a lavar toda… y sabes que esto es solo el principio.

Abro la boca en falso asombro, porque, en nuestras noches en casa, eso solo era el calentamiento. Los primeros minutos en el campo. Y nuestro partido siempre fue intenso, disputado hasta el último aliento.

De esas que no terminan pronto. Ni siquiera con el pitido final.

Sonrío, envuelta en sus brazos después de que él apague el calentador.

Seguimos juntos hacia el interior de la casa.

Él de la mano conmigo.

Y yo llena de él por dentro.

Literalmente.



Capítulo 18

Tyler Grant

El auditorio es pequeño.

Demasiado pequeño para el peso que soporta.

Las luces son cálidas, pensadas para que no parezca un velatorio. El escenario es sencillo: un púlpito de madera clara, un micrófono ajustado a mi altura, el escudo del hospital proyectado al fondo.

A un lado, una placa aún cubierta por una tela azul marino. Su nombre está ahí abajo. Lo sé. Incluso sin verlo.

Estoy en el escenario con mis padres y la junta del hospital. Gente con trajes caros, postura ensayada, expresiones respetuosas. Todos saben exactamente cuándo inclinar la cabeza, cuándo cruzar las manos, cuándo parecer emocionados sin exagerar.

Yo me quedo quieto, con las manos juntas delante del cuerpo, tratando de parecer funcional.

En la primera fila, los médicos. A algunos los reconozco, a otros solo por fotos antiguas. Los amigos cercanos de la familia ocupan los asientos laterales. Los periodistas seleccionados —pocos, bien elegidos— están distribuidos estratégicamente, c n cámaras discretas, sin flashes. Es invierno en Chicago, e incluso aquí dentro el frío insiste en hacerse notar.

Entonces busco en la segunda fila a la persona que se ha convertido en un pilar para mí.

Sidney Bennett.

Jodidamente guapa, como si fuera una decisión consciente.

Lleva un vestido de tela gruesa, de color burdeos oscuro, con mangas largas y un largo elegante.

La regañé cuando la vi con las medias negras y hasta bromeé diciendo que si no se podía hacer un agujero antes de salir. Ella se rió, pensando que estaba bromeando.

No era una broma.

Se puso unas botas cerradas y un abrigo que ahora está apoyado en el respaldo de la silla. Su cabello está suelto, en suaves ondas que yo le ayudé a moldear.

Cruza las piernas lentamente, con tranquilidad. Mueve la cabeza, en un gesto silencioso de apoyo que agradezco con una pequeña sonrisa.

Justo a su lado están las amigas a las que tanto quería ver aquí en Chicago.

Winter. Brooke. Emory. Maddie.

Las mujeres que sostienen a hombres grandes, famosos y emocionalmente inestables con una paciencia que debería ser premiada con medallas. Detrás de ellas, ocupando casi toda la fila siguiente, están ellos.

Sebastian. Kyle. Austin. Jordan.

No me lo esperaba.

Sus vidas son ajetreadas, entrenamientos, viajes, compromisos. Y asistir a un funeral no es una excusa para ir a cenar con una amiga que vive en Nueva York.

Es algo mucho más grande.

Quizás la empatía exista porque perdieron a una de ellas antes de la universidad, y eso pudo haberles animado a asistir. No lo sé.

Pero están aquí.

Salieron temprano. Ajustaron sus agendas. Vinieron.

Han venido a rendir homenaje a mi hermana, a quien ni siquiera conocían. Simplemente porque Sidney se lo pidió. Porque alguien les enseñó a estar ahí cuando importa.

Siento un nudo traicionero en el pecho.

—Tyler… —susurra mi madre a mi lado, inclinándose un poco —. ¿Vas a hablar?

Mi padre se ajusta el nudo de la corbata, serio, listo para tomar el micrófono.

—Yo puedo —dice en voz baja—. Si quieres, yo hablo.

Pasarle la pelota.

Siempre ha funcionado en el campo.

Asiento ligeramente.

—Quizá sea mejor —murmuro. —Ya sabes… el discurso ya está….

Mi padre me mira fijamente durante un segundo demasiado largo.

—Está escrito para ti —dice, sin más.

El coordinador del hospital hace una señal discreta. Es la hora.

La tela que cubre la placa sigue intacta. Su nombre sigue siendo un secreto a voces.

Respiro hondo. Una vez. Dos.

Levanto la mano antes de que mi padre dé un paso adelante.

—Está bien —mi voz suena demasiado firme para alguien que está a punto de desnudarse por dentro—. Yo hablaré.

El silencio se ajusta a mi alrededor.

Camino hacia el púlpito con la sensación de que el suelo es más largo de lo que debería. Ajuste el micrófono. Miro el papel que

tengo delante.

No leo.

Levanto la vista.

Sidney me mira. No sonríe. No fuerza nada. Solo está ahí. Íntegra. Presente.

—Gracias por estar aqui —comienzo, con la voz resonando en voz baja en el auditorio. —Este hospital siempre ha cuidado de los cuerpos. Ahora, también cuida de los nuevos comienzos».

Hago una breve pausa. Lo suficiente para que el peso de la frase cale.

—Steffany creía mucho en la autonomía. En no definirse por lo que le faltaba, sino por lo que aún existía. —Tragué saliva—. Decía que perder algo no significaba perderlo todo. Que la vida siempre encontraba una forma diferente de seguir adelante.

Algunas caras se inclinan, atentas.

—Esta ala no nació solo de la pérdida de mi hermana. Nació de la idea de que nadie debería enfrentarse a la oscuridad solo. —Aprieto el lateral del púlpito—. Aquí, las personas que han perdido la visión e n aprender a redescubrir el mundo. A caminar, a confiar, a vivir de nuevo.

Levanto la vista.

—No se trata de devolver lo que se ha perdido. Se trata de ofrecer herramientas para seguir adelante. Se trata de dignidad. Se trata de independencia. Se trata del futuro.

Mi respiración se vuelve más pesada, pero sigo:

—Steffany creía que ver no era solo usar los ojos. Era percibir a las personas. Los detalles. Las posibilidades. — Se le escapa una media sonrisa torcida—. Ella insistiría en decir que esto no es caridad. Es respeto.

El silencio en el auditorio es absoluto.

—Esta ala existe para recordar que perder la vista no significa perder la vida. Que es posible empezar de nuevo. Y que nadie tiene por qué hacerlo en la oscuridad.

Hago una última pausa.

—Gracias por ayudar a mantener el nombre de mi hermana asociado a aquello en lo que más creía: la capacidad humana de seguir adelante.

En ese momento, el coordinador del hospital se acerca.

La tela se retira con cuidado, como si incluso el gesto requiriera respeto.

Y aparece la placa.

«Ala de Rehabilitación Visual Steffany Grant».

Porque empezar de nuevo también es una forma de ver.

El metal refleja la luz del auditorio durante un segundo demasiado largo. Una lágrima furtiva resbala por mi rostro sin previo aviso.

No hay tiempo para contenerla.

Simplemente cae.

Respiro hondo, pero el pecho se me oprime de todos modos. Entonces, levanto la mirada hasta encontrarla.

Sus ojos esperaban los míos, firmes, decididos y, sobre todo, acogedores.

No hay pena allí. Ni miedo. Solo fuerza. Presencia. Un «estoy aquí» que no necesita ser dicho.

Y yo doy las gracias.

Le agradezco que esté aquí.

Por haberme dado una segunda oportunidad.

Le agradezco por quedarse.

Aunque no sea para siempre.

Aunque solo sea por ahora.

Al menos hasta que lo que tengo para dar… sea suficiente.



Nos despedimos de mis padres en la puerta del hospital. Ellos se dirigían a una pequeña reunión con el consejo médico, a la que yo supliqué que no me obligaran a asistir.

—Después de ese discurso, hijo. Puedes pedir lo que quieras —dijo mi padre, dándome una palmada en el hombro y dirigiéndose al coche junto a mi madre, que sonrió y me dijo un silencioso «te quiero».

Ahora estamos en un lugar que, conociendo el historial de mi novia, debería haber adivinado. Pero… como siempre, no leí el manual de instrucciones.

Y como los Gladiadores del Hielo acaban de fundar un equipo y montar un centro de entrenamiento, ¿dónde estamos, por supuesto?

Ah… se me olvidó decirlo antes: los cuatro maridos presentes tienen ese título, que se han puesto ellos mismos.

Sidney contó por el camino que eran temidos y respetados en la época de la universidad. Pero que el nombre surgió como una broma entre ellos, desde la adolescencia.

¿Sabes cómo es?

Amigos de la infancia. Mucha creatividad. Y un ego enorme.

La tercera parte la entiendo bien.

—¡No puedo creer que lo hayan traído! —dice Sidney emocionada, con un tono agudo que no le había oído nunca.

Lleva unos patines blancos gastados, llenos de bordados de estrellas rosas brillantes.

—Aún no hemos entrado en la pista porque te estábamos esperando —explica Winter.

—¡Dadlo todo, eh! Es mi primera *noche libre* en un año —destaca Emory, y creo que tiene algo que ver c , el nacimiento de su hijo con Austin, Benjamin, que tiene exactamente esta edad.

—Podías haber venido antes, amiga. Te dije que podías dejarlo conmigo —añade Brooke—. O incluso con mi madre. A Caroline le encantaría cuidar de su primito.

—Era capaz de coger a mi hijo con un dragón dibujado en la cara. No, gracias.

—¡Cállate, Prince! —replica Kyle—. Mi mini reina no es una vándala que va por ahí pintando.

—Díselo a la pared de mi casa —argumenta Sebastian, riendo—. Quiero a esa niña, tío. Pero le gusta pintar por ahí… ah, eso le gusta. Y solo dragones.

—Porque le encanta «Cómo entrenar a tu dragón» —replica Kyle al instante, demasiado serio para alguien que defiende una película de dibujos animados—. Es cultura, joder. No vandalismo.

— Cultura con tizas de colores en la pared del salón —se burla Sebastián.

— Una pared blanca sin historia no significa nada —Kyle cruza los brazos—. ¿Pero una pared con un dragón? Eso es personalidad.

—Estoy de acuerdo —Maddie se une a la conversación, observando todo con esa tranquilidad de quien siempre analiza antes de hablar—. Los niños que se aferran a universos imaginativos suelen desarrollar creatividad, empatía y autonomía emocional. Los dragones son solo el símbolo.

Jordan mira a su novia como si estuviera ante un fenómeno raro.

—No entendí ni la mitad de lo que dijiste, pero sonó jodidamente inteligente. —Le besa la mejilla—. Por eso te amo tanto, princesa. Eres el paquete completo.

—Oun… qué bonito. Así me pongo cachondo —bromea Prince, en tono jocoso. Y se vuelve hacia su esposa Emory: — Oye, pequeña. La niñera va a hacer horas extras.

—¡No necesito oír eso, joder! —Sebastian replica malhumorado—. Hay tantas mujeres en el mundo y tú tenías que elegir precisamente a mi hermana.

—Vamos, tío. Te gusta que seamos familia, vamos —bromea, intentando agarrar a su amigo en una llave de brazo.

Me quedo allí observando la animación de los cuatro y sintiendo un poco de nostalgia por Jared. Nuestra amistad también es antigua, con bases tan sólidas como las de estos chicos.

—¡Que te jodan! —dice él, zanjando el tema y gritando a las chicas—: Oye, Gelinho, date prisa, cariño. Tengo hambre.

—Te di una barrita de proteínas. Espera un momento y pon la música que te pedí en el altavoz.

—Qué mandona.

—Lo he oído, ¿eh? —Sebastian se ríe entre dientes, coge el móvil y abre una aplicación de música.

—¿Tu móvil está conectado al sistema de sonido? —pregunta Jordan.

—Maddie me lo instaló. Genial, ¿verdad?

—Mi mujer es la bomba.

De repente, *Girlfriend*, de Avril Lavigne, suena a todo volumen por los altavoces del ring, demasiado alto para ser discreto y demasiado burlón para ser una coincidencia.

Las tres se alejan un poco, se colocan en posición… y entonces lo entiendo.

Esto no es solo patinaje.

Es memoria muscular.

Todas compitieron como patinadoras. Winter fue más de una vez a los Juegos Olímpicos. Brooke sufrió un accidente en su último año de universidad, lo que la apartó de las competiciones. Y Sidney… ella simplemente aprovechó el momento.

Sabía que había ganado medallas. Incluso de oro. Simplemente no busqué ver ninguna de sus actuaciones.

Lo pondré en la lista de tareas del novio perfecto. Tengo que verlo para saberlo todo sobre ella.

Mi novia se desliza primero, segura, confiada, como si el hielo fuera una extensión natural de su cuerpo. Winter, en el centro, sigue con precisión quirúrgica, cada movimiento calculado. Brooke cierra la formación con ligereza, con una sonrisa fácil, como si estuviera jugando.

—Joder… —murmuro, más para mí mismo.

—Son increíbles, ¿verdad? —comenta Kyle a mi lado.

—Mucho— respondo, sin pestañear.

La música sigue animada, provocativa, y ellas bailan sobre el hielo como si fuera algo sencillo. Pasos sincronizados, giros suaves, cambios de posición que parecen improvisados, pero que claramente no lo son.

De repente, las tres se separan, una en cada extremo de la pista. Toman velocidad, se encuentran entre sí, cruzan la pista con un largo deslizamiento y, al momento siguiente, saltan. Juntas.

Me levanto en el mismo instante con la clara impresión de que piensan que pueden fundirse en el aire.

Pero cada una cae con gracia en lados opuestos.

—¡Joder! —suelto, sin filtro.

—Tranquilo, *wide receiver* —se ríe Sebastián—. Eso es básico para ellas.

—Básico, una mierda —respondo, tenso, con los ojos clavados en el hielo—. Si eso pasa en el campo, es un choque y un pase directo a fisioterapia.

Ellos se ríen. Yo no.

Sidney continúa. Gira, se desliza de espaldas, cambia el peso de su cuerpo con una naturalidad absurda. Su cabello acompaña el movimiento, su cuerpo responde a la música como si hubiera sido hecho para eso.

—Patinaban esta música con Summer, la difunta hermana gemela de mi mujer, tío —añade Sebastian—. Ni sé cuántas veces patinaron esta coreografía.

—¿La ex de Josh?

—Técnicamente no es su ex, ¿no, tío? —Prince frunce el ceño—. La chica murió. No rompió con él.

Me quedo pensativo durante dos segundos, recordando el motivo por el que estamos en Chicago. Por el memorial de la muerte de mi hermana.

—¡Cállate, idiota! —Kyle, quizás el más sensible de los cuatro, le da una palmada en la nuca a su amigo.

—¿Qué pasa? No he dicho nada malo.

Suelto una risa ahogada al ver a Sanders negar con la cabeza.

—¿Juegas con él, verdad? ¿El *quarterback*? —pregunta Jordan.

—Sí, claro… estamos en el mismo equipo.

—Tío, hoy está con Riley. Pero ese tipo ya ha sido una piedra en nuestro zapato —dice Sebastian, cruzando los brazos.

—Ah… déjalo ya. Sois unos celosos — escucha Emory y responde desde abajo.

—¿Por qué dices eso? —No es que me guste el chisme, pero el tipo quería robarme a mi mejor amigo, ¿no?

Y no. No soy celoso.

—Él venía a ver a las chicas, y nosotros éramos demasiado inmaduros para entender ciertas cosas —responde Kyle.

—Inmaduros, una mierda. A mí no me gustaba nada. Sobre todo porque miraba a Winter de una forma extraña.

—Es solo porque Summer era su gemela idéntica — replica Maddie, demostrando que las dos chicas tenían buen oído.

—Bueno… a mí también me costó aceptarlo. Es un tipo genial. Pero cuando entré en el equipo, pensé que quería robarme a mi mejor amigo.

—¿El chico al que besaste? — Prince muestra la razón por la que siempre le mandan callar.

—Ese beso fue falso, ¿vale? —me defiendo.

—Pero hubo lengua —añade Jordan, innecesariamente.

—Porque me metió la lengua en la boca. Y luego recibió un puñetazo por eso.

—Sid dijo que fue por culpa de su exnovio loco, tío. No te preocupes —Kyle intenta suavizar la situación.

—Solo te pedimos una cosa —completa Sebastian, lo suficientemente serio como para cortar la broma—. No se te ocurra besar a nadie más ahora que estás con una de nuestras chicas, ¿vale?

Frunzo el ceño, porque la frase suena extraña a primera vista.

—Antes de que esto se ponga raro —se apresura Austin—, no es posesión. —Es territorio emocional —corrige Prince—. Sidney es parte del grupo. Si te metes con ella, te metes con los Gladiadores del Hielo. Y no está bien meterse con nosotros. En serio.

Miro a los cuatro.

Y, por primera vez, veo a los otros tres asintiendo sin bromas, sin burlas, sin ironía.

—Entendido —digo, sin más.

Antes de que el ambiente se vuelva aún más pesado, el sonido de las cuchillas disminuyendo llama nuestra atención.

Las chicas desaceleran sobre el hielo, terminando la última secuencia con un giro conjunto. Sidney se detiene cerca de la barandilla, apoyando las manos allí, con el rostro ligeramente sonrojado y los ojos brillantes.

Winter se quita los guantes y anuncia, triunfante:

—Listo. Inaugurado.

Brooke hace una reverencia exagerada.

Emory aplaude como si estuviera en un espectáculo de *Broadway*.

—Ahora vamos a cenar, chicos —añade Winter.

Sidney sale de la pista y se dirige hacia mí. Su sonrisa es fácil, ligera, del tipo que desarma cualquier armadura.

—Has estado increíblemente maravillosa —le digo—. En serio. Hipnotizante.

—Lo sé —responde, guiñando un ojo—. Pero gracias.

Entrelaza sus dedos con los míos, menos vacilante que antes. Por fin lo ha entendido.

Todos salimos de la pista.

Las chicas ríen a carcajadas, todavía con el cuerpo caliente por el ejercicio, comentando errores invisibles y aciertos perfectos. Los chicos vienen justo detrás, conversando animadamente sobre juegos, viajes, viejas heridas que nunca desaparecen del todo y bromas internas que solo tienen sentido para quienes las han vivido juntos.

Y ahí estoy yo.

De la mano de mi novia.

Yendo a una cena improvisada con gente que apareció sin ningún compromiso, solo por estar.

Mientras caminamos por el frío pasillo del estadio, comprendo algo que no se aprende en el campo, ni en el duelo, ni en la victoria: ciertas amistades no terminan.

Algunas personas se quedan.

Otras se alejan.

Pero las que importan… aprenden a caminar juntas, incluso cuando el hielo cambia.

Capítulo 19

Sidney Bennett

Mis pechos aún están doloridos.

Por mucho que el sexo con Tyler sea intensísimo, nunca antes me había quedado así.

Estoy en uno de los baños de mujeres del CT, por milagro, sola. Hoy no he venido con la ropa más informal que la loca de Astrid me exige que lleve. He decidido volver a mi uniforme, en un intento de recordarle que nuestra situación es provisional.

No solo a ella.

Recordar a todo el cuerpo técnico el lugar al que pertenezco.

Me levanto la sudadera, luego la camiseta polo, la presión del sujetador me está marcando la piel.

¿Habré engordado?

La extraña conversación que tuve con mis amigas en Chicago vuelve a atormentarme como uno de esos fantasmas que aparecen en el espejo.

Acabábamos de cenar todos juntos y luego fuimos a casa de Sebastian y Winter. Mientras los chicos se quedaron a un lado de la zona *gourmet*, asustando a mi actual novio , las chicas y yo nos quedamos al otro lado, intercambiando figuritas.

Algunas de las cuales, por cierto, preferiría no haber intercambiado.

—Cuando estaba embarazada de Ben, lloraba sin motivo todo el tiempo. Austin se volvió loco —comentó Emory cuando le conté que lloraba por la presión del trabajo.

—Me parece poco para él —respondió Winter, riendo.

—Pobrecito, Win —lo defendió Brooke. Yo solo me reí.

—Si cuenta algo. Yo también lloraría por todo lo que estás pasando. Esa mujer es el diablo, amiga —señaló Maddie, recordando cómo mi vida había cambiado radicalmente.

—¿Pero llorar por eso…? —preguntó Win con desconfianza —. *Es una novedad*.

—¿Estás segura de que no estás embarazada? —Emory soltó una bomba apocalíptica con demasiado entusiasmo.

—¿Estás loca? ¡Dios me libre! Uso DIU —respondí de inmediato. Y el murmullo pensativo que siguió casi me hizo vomitar.

—Sid, al año, alrededor del 0,8 % de las mujeres con DIU se quedan embarazadas en todo el mundo —explicó Maddie con toda su genialidad.

—Es decir… cero —repliqué.

—Cero coma ocho, Sid —Win hizo el papel de abogado del diablo.

—Yo no soy la desafortunada que va a estar después del cero —enfatizé, cruzando los brazos. Luego, dije en voz alta, más para mí que para ellas: *— Sin contar que Tyler tiene un e aversión a los hijos. Lo descubrí ayer cuando discutió con sus padres.*

—Eso es plausible —continuó Maddie en su modo profesora —. *Es un trauma por la pérdida de su hermana, ¿no?*

—¡Dios! A veces me asustas —bromeé—. *Pero sí. Es exactamente eso. No puedo y no estoy embarazada de Tyler Grant.*

—Si tú lo dices —dijo Emory, y, afortunadamente, la conversación llegó a su fin.

Sin embargo, esa cosita siguió rondándome la cabeza durante todo el camino de vuelta.

Han pasado unos días y la extraña sensación no desaparece.

No puedo estar embarazada.

Es imposible.

Pero… ¿y si lo estoy?

Tyler se volverá loco, sin duda. ¿Cómo se lo voy a decir después de todo lo que presencié en casa de sus padres?

Ayer llamé a mi ginecóloga, la doctora Rosana Ross. Tenía la agenda llena. Solo podía atenderme la semana que viene.

La ansiedad me está devorando por dentro y me pone nerviosa. Lo peor es el nudo en la boca del estómago que, de vez en cuando, amenaza con devolverme todo lo que he comido en el desayuno.

Estoy nerviosa.

Y me está influyendo una conversación sin sentido.

No estoy embarazada.

Es un hecho.

Sé que no lo estoy… ¿verdad?

Cojo el móvil y me doy cuenta de que todavía estoy en mi hora de almuerzo. Acompañé a Astrid a una reunión fuera del centro de entrenamiento con una marca de ropa interior que quiere patrocinar al equipo y al final no vi a Tyler en el comedor.

Me pidió que durmiera con él esta noche, porque mañana viajan a Boston para jugar contra *los Patriots*.

Y todavía no le he respondido.

¿Por qué? ¿Sinceramente?

No tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

La Sidney normal aceptaría sin dudarlo. Una noche llena de orgasmos, poca cordura y cero consecuencias en la cabeza hasta

que salga el sol.

¿Pero ahora?

Ahora estoy aquí, con el estómago dando vueltas y la mente tratando de encontrar una explicación alternativa que no implique la palabra «embarazo».

Quizás debería ir al médico de cabecera. Mi problema puede ser solo ansiedad, gastritis, estrés… cualquier cosa que no sea eso.

Soplo el aire, tratando de alisar la arruga de preocupación en mi frente, como si fuera posible pasar un corrector en mi vida.

Solo hay que hacer una prueba de embarazo.

Si le demuestro a mi cerebro que todo está bien, se callará. ¿Verdad?

Claro.

Me dirijo al pasillo hacia la salida lo más rápido que puedo.

Veinte minutos después, entro en una farmacia a dos manzanas del centro de entrenamiento, con unas gafas de sol gigantes, al estilo de una celebridad en decadencia que intenta comprar vergüenza a las tres de la madrugada.

Único detalle: son las tres de la tarde.

Nadie me reconoce. Gloria.

Me dirijo a la sección de tests de embarazo como quien va a desactivar una bomba con las uñas pintadas.

—Dos minutos… cinco minutos… — Miro las cajas como si estuviera eligiendo vino. Leo y releo las instrucciones de cada una.

Este promete rapidez.

Este promete precisión.

Ninguno promete tranquilidad.

—Ah, que te jodan —murmuro, cogiendo unas cinco pruebas.

Porque si uno da positivo, tengo otros cuatro para que den negativo.

Pago rápido, lo meto todo en el bolso como si fuera contrabando y vuelvo a mi trabajo a la velocidad de la luz.

En cuanto entro, saludo rápidamente a algunos de los empleados que se cruzan en mi camino. Abrazó mi mochila con tanta fuerza que podrían pensar que hay algo ilegal dentro.

Puedo hacerme la prueba por la noche, en la tranquilidad de mi casa. Sin embargo, estoy completamente intranquilo por sobrevivir hasta entonces.

Así que, antes de enfrentarme a la vaca de Astrid, hago una parada en un baño que casi nadie usa.

Cierro la puerta con llave y entro en el último cubículo.

Y comienzo la ardua tarea de mear en la varilla número uno.

Luego en la varilla número dos.

Porque, al parecer, me he convertido en una persona precavida. Mira eso.

Sigo con la misión, orinando en dos vasos, porque ahora también me he convertido en una persona científica. Una científica de la desgracia.

Me lavo las manos. Me siento en la tapa del inodoro.

Y abro TikTok.

No sé por qué.

Solo sé que el algoritmo decide imitar la réplica de los vídeos que Faith intercambia con su *ligue* de la página de citas.

Hay osos de todos los tipos y tamaños.

Deslizo hacia arriba hasta llegar a una escena con un cachorro de panda. Detengo el vídeo.

El panda resbala. La madre lo agarra.

Otro panda tropieza. La madre lo salva.

Un panda abraza a su madre y… ya está. Una lágrima resbala por mi mejilla.

—Ay, no… —lo digo bajito, odiándome a mí misma.

Me seco la cara rápidamente.

—Concéntrate, Sidney. Concéntrate.

Por fin, el móvil pita, indicando que se ha acabado el tiempo.

Cierro los ojos y respiro hondo antes de coger la primera prueba. Abro los ojos y veo dos rayas.

Dos.

Malditas.

Rayas.

¿Ha dado positivo?

Cojo el envase para comprobar si he entendido bien la prueba.

Positivo.

El mundo se queda en silencio.

Tragué saliva, mirando al segundo como si tuviera la obligación moral de desmentir al primero.

No lo desmiente.

Mierda.

También positivo.

Me siento de nuevo, con las piernas temblorosas y el alma intentando salir del cuerpo por educación.

—Mierda… —susurro, mirando a la nada.

El TikTok sigue mostrando un panda feliz en la pantalla.

Yo no.

Aún tratando de procesar mi nueva realidad, cojo la tercera prueba.

Una carita feliz. Positivo.

Cuarto. Más signos. Positivo.

Quinta. Dos líneas.

Ya aprendí con la primera lo que significa, ¿no?

—Ah, genial —susurro, con la calma de quien está a punto de arrancarse el útero y tirarlo por la ventana. —Jodido.

Miro la encimera como si, en algún momento, fuera a compadecerse y ofrecerme una solución. No lo hace. La encimera solo existe. Igual que mi desgracia.

Empiezo a recogerlo todo con una prisa ridícula, como si el universo tuviera cámaras de seguridad[26] en el techo y un becario chismoso listo para gritar:

—¡Chicos, Sidney está embarazada!.

No. Nadie va a gritar nada. Nadie se va a enterar de nada.

Enrollo los envases, los vasitos, las varillas, las instrucciones, los plásticos… hago un mega paquete con papel de cocina como si estuviera empaquetando un cadáver pequeño y muy incómodo.

Lo tiro a la basura.

Aprieto, empujo, hundo con la mano, como si eso fuera a ayudar.

— Desaparece. Desaparece de mi vida. Desaparece del planeta. Desaparece de mi vista — murmuro, repitiéndolo, hasta que la basura parece decir «vale, lo entiendo».

Entonces mi móvil vibra.

Miro la pantalla y casi tengo una visión del infierno abriendo una sonrisa.

Astrid:
Sidney. En mi despacho. Ahora.

Mi primer instinto es enviar un audio muy breve:

«Vete a la mierda».

Mi segundo instinto es recordar que me gusta trabajar en *los NY Giants*. Y pronto mi tortura con ella terminará.

Respiro hondo, porque hoy parece ser el día oficial en el que tengo que respirar hondo hasta que mi diafragma se rinda.

Y cuando estoy a punto de guardar el móvil, vuelve a vibrar.

Tyler:

¿Dónde estás?

Cierro los ojos por un segundo.

Ahora no, Grant.

Ahora estoy ocupada intentando no vomitar mi alma.

Tecleo con dedos temblorosos:

Yo:

Con Astrid.

La respuesta llega en segundos.

Tyler:

Mentira.

Parpadeo.

Tyler:

Acabo de salir de su habitación.

Mi estómago da un vuelco.

—Ah, genial —susurro para mí misma. —Hasta el universo está haciendo control de asistencia.

Tecleo rápido, intentando parecer normal, como si no acabara de descubrir que mi cuerpo se ha convertido en un *reality show.*

Yo:

Ya voy. Me acaba de llamar.

Tyler:

Te estoy esperando.

Guardo el móvil como si fuera un arma.

Tiro de la cadena solo por diversión. Me lavo las manos otra vez, porque quizá lavándome las manos también borro el destino. Me apoyo en el lavabo y me miro en el espejo.

Parezco igual.

Por fuera.

Por dentro, soy un edificio en llamas.

Salgo del baño y camino por el pasillo con la cara más neutra que puedo. A cada paso, mi cerebro crea un escenario diferente:

Lo ha descubierto.

Ha leído mi alma a través del wifi.

Es médium.

Al doblar la esquina, lo veo.

Tyler Grant está apoyado contra la pared, pasándose la mano por el pelo, con la mandíbula apretada. Con cara de pocos amigos. Con cara de alguien que está sosteniendo una bomba con ambas manos y aún así le parece poco.

Mi corazón da un vuelco.

Dios mío… lo ha descubierto.

Reduzco el paso.

Él levanta la vista y me lanza una de esas miradas que hacen que hasta el aire pida perdón.

—Tenemos que hablar —dice secamente.

Mi boca se seca.

—¿Sobre qué? —Intento sonar normal.

Se aleja de la pared y da un paso hacia mí.

—¿Cómo has podido hacer eso?

El suelo desaparece por medio segundo.

—¿Hacer… qué? —pregunto lentamente, porque no puedo confirmar lo que estoy segura de que está diciendo… sin decirlo.

Tyler suelta una breve risa, sin humor.

—No finjas.

—No estoy fingiendo —respondo, demasiado rápido—. Solo… no sé de qué estás hablando.

Se pasa la mano por la cara, frustrado.

—Sid… mírame. ¿Te das cuenta de la importancia de esto?

Se me revuelve el estómago.

La magnitud.

De esto.

Claro.

Es obvio.

—No es culpa mía —digo, en un reflejo automático.

Sus ojos se estrechan.

— ¿No es culpa tuya?

—¡No! —insisto—. Tyler, tú… tú deberías saber que estas cosas pasan. No se puede controlar todo. Yo no lo controlé…

Me detengo porque se me cierra la garganta.

Tyler da otro paso, bajando la voz como quien intenta no explotar en medio del pasillo.

—Tú tenías el control. Lo tenías en tus manos. —Se da un ligero golpe en el pecho, como si el asunto estuviera atrapado allí—. Y aun así lo dejaste pasar.

Mi cerebro se bloquea.

¿Lo tenía en mis manos?

¿Dejé que sucediera?

Solo puedo pensar en todo y en nada al mismo tiempo.

—No lo «dejé pasar» —replico, temblando por dentro—. Estoy intentando lidiar con esto a mi manera.

— ¿A tu manera? —replica él rápidamente—. ¿Desapareciendo cuando la bomba cae sobre mí?

Tragué saliva.

—Necesitaba un minuto.

—¿Un minuto? —repite, incrédulo—. Sid, me has dejado en ridículo.

Idiota.

Está cabreado.

Y ya empiezo a imaginarme toda la escena: él mirándome con disgusto, dándome la espalda, diciéndome que le he arruinado la vida.

—¿Y yo qué parezco? —le respondo, alzando el tono sin querer.

Tyler se detiene por un segundo. Su ira cambia de forma; se convierte en algo más profundo, más contenido. Un tipo de decepción que pesa más que un grito.

—Confiaba en ti —dice en voz baja.

Mi corazón da un vuelco, angustiado.

—Hablas como si lo hubiera hecho a propósito.

—¿Y no fue así? —replica al instante—. Porque a mí… me parece que sí.

Abro las manos, sin saber qué hacer con ellas.

—Tyler, te juro que no hice nada para… para hacerte daño.

Él se ríe amargamente.

—Hacer daño. ¿Acaso estás eligiendo palabras bonitas para justificarte?

—¡No estoy justificándome! —me defiendo—. Solo estoy tratando de entender qué carajo quieres decir con eso.

Respira hondo, como si contuviera el impulso de decir algo que no puede decir. Y eso me asusta aún más.

—Lo estás entendiendo, Sid. —Su voz se vuelve más dura—. Solo estás fingiendo que no.

Mi cabeza crea mil escenas en dos segundos.

Va a terminar conmigo.

Me odiará.

Me dirá «te lo advertí», sin decirlo.

Va a…

—No sabía cómo… —digo en voz baja. Y odio lo cierto que es eso en cualquier versión de esta historia.

Tyler me mira fijamente durante un largo momento.

—¿Sabes qué es lo peor? —dice, con un cansancio que no concuerda con su edad. —Que ahora no se trata solo de mí. Has arrastrado a más gente a esto.

Se me hiela la sangre.

A más gente.

Vale.

Eso es algo que definitivamente no quería.

— No he arrastrado a nadie —niego inmediatamente.

—Sí lo has arrastrado— insiste, sin levantar la voz, pero cada palabra suena como un martillazo—. Y estoy intentando aguantarlo como puedo, pero… Joder, Sid.

El «Sid» suena diferente. No es una provocación. No es un coqueteo. Es ese «Sid» que parece que está pidiendo… no sé… ¿responsabilidad? ¿La verdad?

— Entonces habla —le digo, tragándome las náuseas—. ¿Qué quieres de mí?

Tyler duda.

Por un segundo, creo que va a soltarme toda la bomba en la cara.

Pero solo inclina la cabeza, señalando con la barbilla una puerta lateral, un rincón más apartado del pasillo.

—Quiero que dejes de actuar como si esto fuera normal — dice con firmeza—. Y que lo arregles todo.

Mis piernas amenazan con fallarme.

¿Quiere que aborte a nuestro bebé?

Mi cuerpo tiembla como si ya lo esperara desde el momento en que vi las dos primeras rayitas. E , confirmadas por caritas felices y signos positivos. Pero que le den.

Saco la armadura del armario y me preparo para afrontar esta guerra.

Al principio, solo el escudo de mi mano va directo a mi vientre. No hay nada aparente, pero hay algo. Hay alguien. Lo siento, solo con tocarlo, estoy sosteniendo todo mi mundo, que se acaba de convertir en un puntito dentro de mí.

Puede que Tyler no lo quiera.

No importa.

Yo lo quiero.

No voy a quitarle a mi bebé para arreglar su vida.

Ni siquiera sé cuándo surgió exactamente esa certeza —si fue ahora, si fue en el baño, si fue en el momento en que vi al panda abrazando a su madre y mi alma decidió derretirse como mantequilla—, pero está ahí.

Quiero a mi bebé.

A pesar del miedo. A pesar de no tener un plan. A pesar de no saber cómo voy a respirar mañana.

Lo quiero.

Y, por primera vez desde que todo comenzó, mi confusión adquiere un núcleo duro, firme, innegociable.

Si él cree que «arreglarlo» significa arrancarme eso… entonces no tienes ni puta idea de quién soy.

Capítulo 20

Tyler Grant

Media hora antes

El frío de Chicago hoy no es «frío».

Está ofendido.

Se cuela por debajo del casco, me resbala por la nuca y se empeña en recordarme que elegí una profesión en la que llevamos *mallas* de plástico y hombreras de astronauta y, aun así, sentimos cada ráfaga como si estuviéramos desnudos en el Polo Norte.

¿Y, sinceramente? Ni siquiera es lo peor.

Lo peor es el ambiente del entrenamiento.

Porque cuando el calendario grita *Patriots* fuera de casa, nuestro *coach* decide que la amabilidad es cosa de gente que hace yoga. Hoy está en modo «si pudiera, os entrenaría con un camión encima».

—¡OTRA VEZ! ¡MÁS RÁPIDO! —su voz atraviesa el campo exterior como una bofetada.

El césped parece más duro, la respiración sale blanca y la línea de *scrimmage* se ha convertido en una línea de guerra.

La defensa del equipo de entrenamiento está al otro lado, con chalecos y una energía muy específica: la de quienes han sido convocados para simular al enemigo y han decidido tomarlo como una misión divina.

No están «ayudando». Están interpretando. E interpretando con odio.

Me alineo abierto, sacudiendo las manos dentro de los guantes para mantener los dedos en funcionamiento. Jared está en *el backfield*, saltando en el sitio.

Josh llama a todos al *huddle* con esa calma controlada que dan ganas de empujar solo para ver si reacciona.

—Muy bien. Siguiente: *Mesh*[27] — Josh habla como si estuviera leyendo un menú. — Tyler, cruza por dentro. Jared, comprueba la opción corta.

—Hecho. ¿A quién va el balón? —pregunta Jared, ansioso.

—Tyler. Tú simulas y corres.

Asentimos y suena el silbato.

Josh ya está en la línea, con las manos bajo el *centro*.

—Blue eighty… BLUE EIGHTY… set… ¡HUT![28]

Llega el *snap*.

Exploto en la ruta, cruzo por dentro, siento el tráfico de los otros receptores y lo uso como escudo. El adversario intenta confundirnos como si fuera domingo de partido, y por un segundo casi olvido que es entrenamiento. Casi.

El balón sale rápido.

La recibo en el pecho, giro y apenas doy dos pasos antes de recibir un golpe que, en la vida real, haría que mi nombre apareciera destacado en *una repetición* a cámara lenta.

Pito. Vuelve.

El coach vuelve a gritar.

Volvemos al *huddle* y Jared se acerca a mi hombro, como si estuviera a punto de soltar un chisme de pasillo.

—Ayer fui a la oficina después del entrenamiento —confiesa en voz baja. «Mi chica estaba tan guapa con su traje de abogada.

Pongo los ojos en blanco dentro del casco.

—Es becaria, tío. Le quedan unos años para ser abogada de verdad —señala Josh, demostrando que no ha hablado tan bajo.

—No importa. Estaba guapísima y… —Suspira, con ese aire enamorado que conozco bien. Yo hago lo mismo con Sidney—. Por fin se ha enamorado de mí.

—El amor es hermoso —tarareo, burlón—.

Jared suspira, demasiado enamorado para alguien que nació con el don de la provocación.

—Era la perfección de la seriedad. Tío… en serio. Creo que siempre me han gustado las mujeres enfadadas —continúa, ignorando por completo mi burla.

—Eso es porque estás buscando una versión de tu madre para salir, hermano —declara Josh, riendo.

—Dicen que cuando la encuentras, es la chica adecuada para casarte—. Señala con el dedo índice, como si nuestro *quarterback* hubiera resuelto un problema de álgebra.

Josh niega con la cabeza, divertido, mientras se ajusta la protección del brazo.

—Eso es el principio del fin —sentenció—. Primero viene «estaba guapísima trabajando». Después viene «voy a ejercer la abogacía además de jugar». Y entonces, cuando te das cuenta, estás preguntando si los abogados trabajan los sábados.

—Trabajan —responde Jared rápidamente—. Lo descubrí ayer.

Suelto una breve risa, de esas que apenas pasan por el protector bucal.

El coach vuelve a pitar, impaciente.

Hacemos otras jugadas.

Snap.

El entrenamiento sigue siendo duro. Con cada repetición, el *coach* quiere más. Más rápido. Más fuerte. Más limpio.

De vuelta al *huddle*, mi apasionado amigo suelta:

—Está decidido: voy a jugar y ser abogado en mi tiempo libre.

Trevor aparece de la nada, viniendo de la defensa, con esa cara pícara que siempre precede a sus historias divertidas:

—¿Abogado, eh? —grita.

Brandon también aparece, el *tackle izquierdo* del tamaño de un muro de hormigón, respirando como si hubiera tragado aire.

—Si es una broma mala, te derribaré en la próxima jugada.

Trevor sonríe maliciosamente, su amigo capta la indirecta.

—Entonces… —Se ríe antes de empezar—. Un ingeniero murió y fue al infierno por error… Cuando llegó allí, empezó a criticar al diablo porque el lugar estaba mal diseñado.

El *coach* pita, Trevor hace una pausa con la introducción a medias.

Snap.

Josh finge el *handoff*, la defensa pica durante medio segundo y yo corto por dentro, buscando espacio en el centro del campo. El balón viene rápido.

La recibo.

Y mientras la sujeto con firmeza y vuelvo al *huddle*, Trevor continúa, porque nadie calla a Trevor cuando está inspirado:

—Total que, el ingeniero hizo varios proyectos que el diablo firmó y el infierno se convirtió en pura obra y caos. — Respira hondo y continúa: — Tiempo después, Dios llama al Diablo y le pregunta: «¿Qué tal, diablo… hace mucho calor por ahí?». El diablo responde: «Qué va… desde que llegó el ingeniero, todo es maravilloso. Hemos reformado el ala de tortura, ahora tiene techos altos, ventilación…

incluso hay una piscina. Es una maravilla. Todo con aire acondicionado».

— El infierno premium —dice Jared. Y Josh, que está tratando de mantener la dignidad, fracasa estrepitosamente y también se echa a reír.

En *el huddle,* Brandon, Hunter y otros jugadores de la defensa prestan atención al final.

Trevor concluye, teatralmente, alzando la voz porque ahora tiene público:

—Dios dice: «¿Ingeniero? Eso está mal. Todos los ingenieros van al cielo. Mándalo aquí ahora mismo».

Trevor hace una pausa perfecta.

—El diablo dice: «Ni hablar. Esto está mejorando cada vez más. Hay otros proyectos en el ala norte».

Vuelve a hacer una pausa.

—Dios: «Diablo… envía ahora mismo a ese ingeniero al cielo o tomaré medidas legales contra ti».

Y entonces, como si fuera *un touchdown*:

— Y el Diablo responde: «¿Cómo? Todos los abogados están aquí abajo».

Todo el campo estalla en carcajadas. Incluso aquellos que pensábamos que no estaban prestando atención, comenzaron a reír frenéticamente.

Y el coach… el *coach* sonríe por un lado, tratando de mantener su imagen de tipo duro. Hasta que… siente algo en el bolsillo de sus pantalones. Lo veo contestar el teléfono, luego mirar la pantalla.

Su rostro se transforma al instante en pura tensión, con ráfagas de odio brotando de sus ojos.

Entonces, levanta la cabeza, centrando su atención en mí y… en Jared.

Mierda.

Sé que no hemos hecho nada.

Pero esa mirada es amenazante incluso para alguien con el alma lavada con lejía.

Hasta el viento se detiene, asustado.

Guarda el aparato, silba una vez —brevemente, seco— y señala con la barbilla.

—¡Grant y Knight! ¡Fuera! ¡Ahora!

La frase sale seca. Sin gritos. Fuerte.

Jared me mira por el lateral del casco, con el ceño levantado, con esa cara de «¿eh?». Me encojo de hombros y sigo la orden, caminando en la dirección que señala el *coach.*

—¿Por qué nos van a regañar? —pregunta Jared en voz baja, inclinando la cabeza hacia mí.

—Yo no he hecho nada. ¿Y tú?

—¿Te olvidaste de que estoy enamorado de una chica buena? Ni siquiera puedo salirme del camino. Llevo un tiempo caminando en línea recta.

—Entonces… mantén la calma —le aconsejo. Sin embargo, algo me dice que estamos jodidos. Dejamos los cascos con los asistentes del equipo técnico antes de continuar nuestro camino hacia la horca.

Entramos en el edificio, cruzando el pasillo central hasta la sala del *coach.* Él entra, rodea su mesa y nos indica con gestos que ocupemos las sillas frente a él.

El silencio que sigue forma parte de la tortura psicológica a la que ya estoy acostumbrado. Por lo general, se producía cuando alguna fiesta se descontrolaba. Lo cual no ocurre desde hace meses.

Pone el móvil sobre la mesa. Gira la pantalla hacia nosotros y, con un toque, vemos la imagen que le ha sacado de quicio.

—Miren.

Por un segundo, no entiendo nada. Porque mi visión nubla la imagen que se muestra. Poco a poco, el enfoque trae consigo sensaciones inéditas para mi currículum emocional.

Ahí, justo delante de nosotros, aparece una noticia bomba, con la foto de dos jugadores.

Dos jugadores, muy cerca uno del otro, envueltos en un beso que podría interpretarse como apasionado, si no fuera por una situación engañosa.

Es la imagen fija del maldito GIF.

Ese GIF que Sidney usaba en el grupo con sus amigas.

El que ella juró que nunca saldría de allí. Nunca. Ni bajo tortura. Ni con promesas. Ni con *capturas de pantalla*.

Y ahora está en la pantalla del *coach* Mick.

En un portal deportivo.

Con un titular absurdo en la parte superior:

«El ambiente se calienta entre los jugadores de los NY Giants: Jared Knight y Tyler Grant finalmente hacen pública su relación».

Mis ojos se entrecierran, deseando que las letras se muevan y las palabras cambien el significado de esa mierda.

El *coach* respira hondo, como quien intenta recordar que sigue siendo un adulto funcional.

—No estoy aquí para escuchar explicaciones románticas de nada —dice, señalando el móvil como si quisiera aplastar la pantalla —. Porque me importa una mierda lo que hagáis fuera del campo. Pero ¿esto sale a la víspera de un partido importante…? ¿Queréis joderme, eh?

—*Coach,* no estamos saliendo. Y… —comienza, y la voz le falla como si el aire se hubiera convertido en hielo en sus pulmones —. ¿Salió hoy?

—Salió hace diez minutos en *Sports Magazine* —responde, pasándose la mano por la cara con frustración—. Cada vez que pasa una mierda de estas, mi vida se convierte en un infierno.

Desliza la pantalla, mostrando la aplicación de mensajes aumentando drásticamente el número.

—¿Es esa foto? —me pregunta Jared, y yo asiento con la cabeza.

Le había contado sobre el GIF y él sabía quién lo había tomado. Sabíamos quién se había convertido en relaciones públicas con una foto nuestra que sería una primicia en los medios.

—Sid dijo que solo usaba el GIF en el grupo con sus amigas. Prometió que nunca saldría de allí.

—Sí… pero, por lo visto, salió —dice Knight, serio.

Lo único extraño era el motivo.

Sidney y sus amigas, incluso Brooke, que es periodista, nunca harían algo así. Por lo que sé de ellas, eso no encaja con el carácter de ninguna. No de esa manera.

De repente, oigo a Jared soltar un taco y sus manos se deslizan por sus muslos, en un gesto nervioso.

—Joder… Genevieve va a ver esta mierda —dice, angustiado —. ¿Hay alguna forma de enviar una nota a la revista para que lo retiren? Es mentira.

El *coach* mira a mi amigo con esa curiosidad típica de quien ve a un canalla preocuparse por la opinión de una sola chica. Más aún cuando el repertorio del tipo era jodidamente variado.

—Puedes ponerte en contacto con Astrid. Pero llevará un tiempo. Tienen una foto —justifica Mick, señalando la imagen del móvil.

Mi estómago se retuerce en una mezcla de rabia y decepción.

Ella dijo que nunca usaría esa mierda. Y ahora mi amigo está allí desesperado. Tenía mis dudas sobre su relación con esa becaria,

pero su reacción ante las consecuencias de un chisme falso demuestra que realmente está involucrado.

Joder. Yo también estoy involucrado. Solo que con la desgraciada que publicó esa mierda.

—Ella pensará que te traicioné con ella… —dice él, casi en un susurro.

El *coach* hace un ruido con la nariz, irritado.

—Y voy a ser muy claro, Grant —dice Mick, con voz baja y cortante—. Si eso salió del «grupo de amigas», «GIF bonito» o cualquier mierda por el estilo… entonces elegiste muy mal en quién depositar tu confianza.

Tragué saliva, porque la ira me subía como la fiebre.

Pero no es ira hacia *el coach*.

Es ira hacia Sidney.

Ella filtró la foto.

Respiro por la nariz, controlando las ganas de reírme nerviosamente, porque la vida tiene un sentido del humor muy cabrón.

—*Coach*… —empiezo, eligiendo las palabras como quien elige dónde pisar en un campo minado—. No estamos juntos. —Señalo a Jared y a mí.

—Se están besando en la foto.

—No es lo que parece —respondo.

—No me importa lo que sea —me interrumpe con firmeza—. Me importa lo que parece. Porque «parece» es suficiente para convertirse en una distracción. Y ahora no es momento de que el equipo se distraiga. Es momento de concentrarse.

—Vale, *coach* —decimos al unísono, de forma automática. Él niega con la cabeza, con el rostro aún con ese aire de disgusto.

—Astrid se encargará de esto a partir de ahora —continúa Mick—. Vosotros dos no publicáis, no comentáis, no «jugáis» con los

periodistas y no respondéis a los mensajes directos de los curiosos. Nada.

Levanta el dedo, didáctico de una manera que me da ganas de poner los ojos en blanco.

—Lo trataremos como lo que es: un rumor. Ella acudirá a los abogados, solicitará la retirada por uso indebido de imagen y publicará una breve nota: «Los atletas no comentan su vida personal; están totalmente centrados en el juego».

Jared asiente rápidamente, casi desesperado.

Solo cierro la mano dentro del guante, porque lo que me apetece es atravesar una pared, o preguntarle a cierta fisioterapeuta, con toda calma, en qué momento decidió tomarme por tonto.

Capítulo 21

Tyler Grant

Realmente no sé quién es Sidney Bennett.

Primero, miente descaradamente diciendo que estaba en la habitación de Astrid. Y ahora me está diciendo que no tiene la culpa de nada.

—Tyler, te juro que no hice nada para… para hacerte daño —dice de una manera tan real que casi le pregunto si, en lugar de fisioterapia, no estudió arte dramático.

—Hacer daño. ¿Acaso estás eligiendo palabras bonitas para justificarte?

—¡No estoy justificándolo! Solo estoy tratando de entender qué coño quieres decir con eso.

Respiro hondo, controlando la furia que me sube caliente hasta la garganta.

—Lo estás entendiendo, Sid —replico, más enérgico—. Solo estás fingiendo que no.

—No sabía cómo… —dice en voz baja. Si no supiera lo de la figurita, cómo trató esa imagen con ligereza, ahora podría sentir lástima por él.

—¿Sabes qué es lo peor? —pregunto, cansado, recordando la cara de mi mejor amigo, completamente perdido—. Que ahora no se trata solo de mí. Has arrastrado a más gente a esto.

—No he arrastrado a nadie.

Suelto una risa sarcástica.

—Sí que has arrastrado. Y estoy intentando controlar esto como puedo, pero… Joder, Sid.

—Entonces, dime… ¿qué quieres de mí?

Me detengo unos segundos, sin poder creer su descaro.

—Quiero que dejes de actuar como si esto fuera normal. Y que lo arregles todo —espeto de golpe.

Ella es la relaciones públicas del equipo. Temporal, pero aún así. Su obligación es arreglar toda la mierda que ha causado.

Su rostro está pálido y noto que se inclina hacia atrás con la mano sobre el estómago.

¿He ido demasiado lejos?

No.

Yo no.

Ella sí.

—¿Qué es todo este alboroto delante de mi despacho? — Astrid, Vaca, Cowley aparece, preguntando con su voz de quien anuncia la promoción de un ataúd.

En cuanto me ve, se queda clavada en el sitio, los brazos que antes articulaban en el aire caen a los lados del cuerpo.

Quizás mi cara se parece a la de un búfalo enfurecido, porque ella palidece más que la propia Sidney.

—Ah… tú — constata en voz baja. Traga saliva con dificultad, respira hondo como si buscara valor, se pone una mano en la cintura y vuelve a hablar con una voz tan falsa como un billete de dos dólares: — ¿En qué puedo ayudarte?

—Dudo que no lo sepas —respondo, entrecerrando los ojos. Ella se queda callada.

—Sobre tu coqueteo con Knight, supongo.

—¿Romance? —pregunta Sidney, frunciendo el ceño, con la mirada pasando de mí a Astrid como si estuviera viendo un episodio que se saltó toda la temporada—. ¿Qué romance?

Suelto una risa seca, sin ningún humor.

—Ah, claro. Ahora eres la inocencia personificada—. Señalo mi móvil, que está en la pantalla de noticias. La foto de mi beso con Jared a la vista de todo el mundo—. Dime entonces cómo coño ha llegado esto a la prensa.

Sidney abre la boca, la cierra. Traga saliva.

—Tyler, yo…

—No. — Le interrumpo. — No me vengas con «yo». Lo prometiste. Me miraste a los ojos y prometiste que eso nunca saldría de ese grupo.

Astrid carraspea, tratando de recuperar el control de la situación, y de su propio corazón, porque juraría que está a punto de pedir la renuncia por telepatía.

—Tyler, tranquilo. Vamos… a respirar. — Hace un gesto con la mano, el mismo que se hace cuando se intenta evitar que un incendio se convierta en una explosión.

Sidney da un paso adelante, con la mano aún en el estómago, como si la gravedad hubiera aumentado solo para ella.

—Tyler, no he filtrado nada. Lo… lo juro.

—¿Lo juras? — Esbozo una sonrisa torcida—. ¿De verdad lo juras? Entonces, ¿cómo coño ha acabado esa imagen en una columna de cotilleos?

—Yo… no lo sé.

—Su amiga Brooke es columnista en una revista deportiva, ¿no? —pregunto, sin medir el tono ni las palabras—. Podría estar aburrida y haber decidido escribir para otra revista, o dar una noticia candente a un colega…

—¡No fue Brooke! ¡Ella no me haría eso!

—Estás defendiendo a todo el mundo con mucha convicción para ser alguien que acaba de meterme en esta situación —replico.

Sus ojos brillan. Aún no son lágrimas, pero están ahí, a punto de caer.

Astrid respira hondo y adopta esa actitud suya que detesto: demasiado tranquila, como si la vida fuera un *PowerPoint* y todos los que estamos aquí estuviéramos interrumpiendo la presentación.

—Vale —dice, cogiendo el móvil—. ¿Queréis una solución? Os daré una solución.

—Astrid… te juro que yo no… —balbucea Sidney.

— Después, Sidney —la interrumpe Astrid, sin siquiera mirarla—. La revista recibirá una solicitud de retractación. Y, si se pone graciosa, también recibirá una amenaza muy educada de demanda por difamación y uso indebido de imagen.

Exhalo lentamente, sintiendo cómo mi pecho se alivia un centímetro.

—¿Y qué vas a decir? —pregunto, porque necesito oírlo. Necesito que alguien con placa y sangre fría ponga esto en su sitio.

Astrid levanta los ojos, con una sonrisa torcida.

—Publicaré una nota en mi blog y en la página web del equipo diciendo que es *fake news*. —Se ríe irónicamente, como si la palabra fuera un chiste preparado—. Que los atletas nunca han confirmado nada y que solo es un beso de… —hace comillas en el aire— amistad.

—Amistad —digo, en un tono de acuerdo que más bien parece una pregunta sobre su salida falsa.

Ella inclina la cabeza hacia mí, como si me estuviera entregando una llave.

—¿Sirve?

Miro la pantalla, luego miro a Astrid.

—Sirve —respondo secamente.

Sidney da un paso hacia mí, respirando por fin, como si esa palabra le hubiera devuelto el oxígeno al pecho.

—Tyler… yo… —Levanta la mano ligeramente, intentando tocarme el brazo.

Por reflejo, la aparto.

No con agresividad. Solo con un movimiento breve, automático, como quien retira la mano de una quemadura.

Ella se paraliza.

Y, por un segundo, veo la tristeza atravesando su rostro sin pedir permiso.

Se me hace un nudo en el estómago.

Maldita sea.

Siento la culpa alojarse en mi pecho, ridícula e inoportuna, que siempre aparece en el momento menos oportuno.

Sidney baja la mano lentamente, con los dedos temblando ligeramente.

—Yo no lo hice —insiste, en voz más baja—. Nunca lo haría.

Aprieto la mandíbula, con el pecho ardiendo por la tormenta de emociones. Cierro los ojos y, antes de que pueda decir nada, Astrid suelta:

—Bueno… enviaré la notificación. Entra, Sidney. Tenemos que redactar una nota —ordena, y mi chica entra en la sala devastada—. Ahora, en cuanto a ti y a tu amigo… volved a la vida de deportistas. Cualquier periodista, cualquier pregunta: *«noticias falsas*, tema cerrado, centrados en el juego». ¿Entendido?

Asiento con la cabeza.

Y si sigo mirando esa tristeza dos segundos más, voy a olvidar que la culpa de todo esto no es que mi brazo haya rechazado su caricia.

Es culpa suya.

Le doy la espalda y salgo pisando fuerte.

Tengo todas las razones del mundo para estar cabreado con ella, pero con cada paso que doy, la sensación de culpa por ser la causa de su tristeza empeora.

Capítulo 22

Sidney Bennett

Está enfadado conmigo.

Y con razón.

Cómo esa foto llegó a manos de otras personas es un misterio que voy a descubrir, aunque tenga que investigar cada móvil del planeta con una linterna.

Por desgracia, me siento culpable por el alivio que siento al darme cuenta de que nuestra discusión no tenía nada que ver con mi pequeño secreto actual.

Lo cual es ridículo.

Porque, aunque el secreto siga intacto, acabo de recibir una mirada rencorosa de Tyler Grant. Se apartó de mi mano como si tuviera alguna enfermedad contagiosa o algo así.

—Sí, vi la publicación. Sí, es *una noticia falsa*. Sí, vamos a notificarlo a la revista y pedir una rectificación formal… — Astrid suelta una risita breve y satisfecha.

Cuelga y se vuelve hacia mí como quien regresa a una reunión.

—¿Lo ves? —dice, abriendo los brazos—. Esto alimenta un mercado que va mucho más allá del deporte. Columnas, blogs, vídeos, páginas de cotilleos, hilos, podcasts…

—Odio eso —murmuro, más para mí que para ella.

Astrid lo ignora. O finge ignorarlo.

—Tu opinión es lo de menos, cariño. Grant puede estar cabreado y tendremos que sortear la situación. Pero, por otro lado… —inclina la cabeza, satisfecha con su propia maldad— es genial para el negocio.

Levanto la mirada lentamente.

—¿Cómo es eso?

Ella golpea la mesa con las uñas, toc-toc-toc, como un reloj que mide la paciencia.

—Sidney, el equipo está en el punto de mira. El nombre de *los Giants* ahora está en todas partes. —Chasquea los dedos—. ¿Recuerdas esa marca de ropa interior que estaba indecisa entre nosotros y Dallas?

Frunzo el ceño, tratando de seguirla.

—¿La…?

—*IronBulls Underwear* —dice como si fuera Chanel—. Estaban haciendo de las suyas. «Ah, Dallas tiene más alcance», «Ah, los aficionados de allí compran más». ¿Y ahora?

Señala el monitor como si pudiera señalar el universo.

—Ahora los *Giants* han demostrado con una simple foto que están en contra de la homofobia y… se han convertido en tema de conversación. Van a cerrar el trato con nosotros, ya lo verás.

—¿Estás aprovechando el *hype* del momento[29] , con una *noticia falsa* para conseguir un contrato? —Algo caliente se eleva en mi interior, una mezcla de ira y disgusto—. ¿Estás… feliz… porque Tyler está siendo atacado por una revista?

Astrid sonríe sin culpa.

—No seas dramático. Estoy feliz porque esto aumenta la fuerza de la marca. Y, sinceramente, la noticia de la homofobia fue un gancho. Todo el mundo quiere invertir dinero donde pueda decir «mira lo inclusivos que somos, mira lo modernos que somos». —

Levanta las cejas—. Eso atrae patrocinadores, atrae campañas, atrae entrevistas… atrae todo.

Mi estómago se revuelve aún más.

—Eso es… enfermizo.

—Así es el mercado, Sidney. —Canta la palabra con la misma ligereza con la que se dice «clima». —Y si quieres trabajar en relaciones públicas, aprende esto: la moral no paga los contratos.

Cierro los ojos por un segundo y respiro hondo, porque si respondo ahora diré cosas que pueden impedirme conseguir trabajo incluso en una tienda de perritos calientes.

En lugar de eso, abro un documento en blanco.

NOTA OFICIAL — ACLARACIÓN.

Mis manos vuelan sobre el teclado con una rabia que por fin encuentra una dirección.

«Ante la circulación de contenido…».

«Informamos que…».

«Reiteramos el compromiso…».

Escribo de la forma más formal posible, porque sé cómo funciona esto: das lo mínimo, sin emoción, sin sustancia, sin frases interpretables.

Pero por dentro estoy hirviendo, porque no estoy escribiendo solo por una revista oportunista.

Escribo por la cara de Tyler. Por la forma en que me miró. Por la forma en que la culpa se instaló en mí como un parásito.

—Pon «*noticias* falsas» en letras grandes —comenta Astrid, pasando detrás de mí—. A la gente le encanta.

—No es «a la gente», Astrid. Es difamación. —No puedo contenerme.

Ella se ríe indiferente.

—La difamación también genera compromiso. Date prisa.

Termino la nota con un párrafo firme pidiendo la retirada y reiterando el enfoque en el juego, y se la envío para que la revise.

Mi silla cruje cuando me levanto.

—Listo —digo secamente—. Este es mi último trabajo.

Astrid se detiene con el móvil en alto, como si le hubiera dicho que la sala se estaba incendiando.

—¿Cómo?

—Voy a hablar con Mick. —Mi voz suena más estable de lo que me siento—. Voy a renunciar al equipo. Si no puedo ejercer mi carrera de fisioterapeuta aquí, me iré a otro lugar.

Su rostro cambia inmediatamente, esbozando una sonrisa incómoda y desconocida para mí.

—¿Qué dices, Sidney? No hace falta que hables con Mick. Yo le diré que ya no quieres seguir en relaciones públicas.

Me río sin ganas.

—Hace tiempo que no quiero.

Astrid abre mucho los ojos, de forma demasiado teatral.

—¿En serio? Ah… qué pena. Creo que lo entendí mal entonces. —Se mira las uñas de una mano, apoyando la cadera en su escritorio. —Trabajabas tan bien con Shirley Watson, en el equipo técnico estabas desperdiciando tu talento.

Me detengo.

—¿Cómo es eso?

Ella se encoge de hombros, inocente, como si la manipulación fuera algo accesorio.

—Él te pidió que volvieras hace tiempo…, pero yo le dije que querías quedarte conmigo, ¿sabes? —Chasquea la lengua, con ese sonido de desdén.

El suelo desaparece.

Se me cierra la garganta.

—¿Qué? —pregunto lentamente, porque mi mente todavía está tratando de procesar si he oído bien o si estoy teniendo un brote.

Astrid inclina la cabeza.

—Solo… lo interpreté así. —Su sonrisa es pequeña y venenosa—. Eres tan buena, Sidney. Demostraste tu talento en *los New York Jets.* Y yo te necesitaba aquí.

Mi corazón comienza a latir de forma irregular.

—Estás… estás loca.

—¿Loca? —repite, ofendida por su propia audacia—. Soy eficiente.

La sangre me sube a la cara de una forma que ni siquiera recordaba que fuera posible.

—¿Le dijiste a Mick que yo quería quedarme? —mi voz tiembla de rabia—. ¿Juguaste con mi carrera por conveniencia?

Astrid abre las manos, como si estuviera exagerando.

—No dramatices. Estabas aquí. Te quedaste. Entonces…

—¡Entonces nada! —la interrumpo, alzando la voz—. Mentiste. Me retuviste aquí. ¿Y ahora estás feliz porque una revista ha sacado a la luz lo de Tyler y eso te va a reportar un contrato para hacer publicidad de ropa interior?

Ella entrecierra los ojos.

—Cuidado con el tono.

Recojo mis cosas de la mesa como si estuviera huyendo de un incendio.

—Voy a hablar con Mick. Voy a hablar con él hoy. Ahora mismo.

Salgo pisando fuerte por el pasillo del centro de entrenamiento, con las manos heladas y el corazón latiendo como si hubiera corrido una maratón.

Porque, de repente, el problema no es solo la foto.

El problema es darme cuenta de que estaba atrapada en la sala de la vaca… y ni siquiera lo sabía.

Capítulo 23

Tyler Grant

Unos días después.

La sala de musculación del CT se ha quedado pequeña para el espacio que necesito entre mí y cierta fisioterapeuta atrevida.

Por una coincidencia del destino, después de revelar al mundo que mi mejor amigo y yo somos novios, ella volvió al equipo técnico de John.

Qué cosa, ¿no?

Desde nuestra derrota ante los *Patriots*, que ocurrió esa semana, ella insiste en hablar conmigo y yo insisto en decirle que no estoy preparado para tener esa conversación.

En un intento por olvidar mis problemas sentimentales, culpo al aparato de pecho y duplico la carga para que los músculos castiguen a mi estúpido corazón.

—Más —le digo a Jared, que me acompaña en la serie.

Él levanta una ceja.

—¿Más qué? ¿Serie? ¿Carga?

—Pon dos discos más de 20 —respondo, sin mirarlo.

El metal golpea el pasador con ese delicioso «clac».

Nate nos observa desde cierta distancia, porque sabe que cualquier palabra a favor *de ella* tendrá como respuesta algo nada

amable.

Dejé claro que no quiero hablar con Sidney, y mucho menos sobre ella.

Él está apoyado en una columna, con los brazos cruzados, observando mis movimientos como si mi pecho fuera objeto de un informe.

Me tumbo en el banco, ajusto la posición y respiro hondo.

El peso sube lentamente, lo suficientemente pesado como para que sienta el ardor comenzar en el primer movimiento. Bien. El dolor físico es honesto. No hay *giros inesperados* en la trama en los que la chica de la que el chico está enamorado le apuñale por la espalda.

En la quinta repetición, el mundo se reduce a: hierro, respiración, músculos temblando. Cero pensamientos.

Me detengo al final y me siento, con el pecho hinchado y el sudor corriendo por mi espalda.

Jared toma mi lugar, turnándose conmigo en el aparato. Me mira de reojo, luego hacia el lado que estoy evitando:

—No deja de mirarte —comenta, con naturalidad, como si estuviera hablando del marcador.

—Lo sé —digo, cogiendo la toalla y pasándomela por la cara.

Él se ríe brevemente y comienza a empujar la carga como si estuviera en un comercial de suplementos.

—¿Cuándo vas a resolver esto?

—Ahora no estoy de humor para resolver nada.

—No eres presentadora del tiempo para estar de humor para nada.

—Vete a la mierda, Knight.

—Difícil… Apenas conseguí un beso de la mujer de mis sueños y tu gata arruinó mi juego. Joder, ahora está muy lejos para mí. —Hace la última repetición, se detiene y me mira.

—Lo siento —me disculpo por la actitud de Sidney.

Odio esta situación. Knight está destrozado y, aun así, *la* está defendiendo.

—¿Vas a castigar a Sidney en modo silencioso para siempre? —Apunta con la botella, sin miedo alguno a morir—. Es tu novia, ¿no?

Mi mandíbula se bloquea por un segundo.

—Sí. Lo es. Pero creo que lo olvidó cuando publicó esa maldita foto.

—Ella dijo que no fue ella, Ty.

—También dijo que no fue ninguna de sus amigas. Entonces… —pregunto, con cinismo en cada palabra.

—Yo también estoy cabreado. —Hace una mueca—. Porque esa mierda me dejó en mal lugar con Genevieve. Se enfadó y empezó a pelearse conmigo diciendo que la había hecho quedar como una tonta. Lo cual es injusto, porque yo hago quedar a mucha gente como tonta a propósito. Ella sería una excepción.

Suelto una risa sin alegría.

—Estás realmente enamorado.

Respira hondo y se pasa la mano por la nuca.

—Ella es diferente —declara—. Su padre es un pesado, que me mira como si yo fuera el mal del mundo.

—Te conoce bien —bromeo, tratando de suavizar el ambiente. Jared aprieta la botella de agua y me rocía la cara con el líquido. Y se ríe.

—Escucha, Casca Grossa —dice, todavía con esa sonrisa idiota—, si no hablas con ella, tarde o temprano dejará de intentarlo. Y cuando lo haga… te dolerá mucho más que ahora.

Resoplo, pensando en ignorarlo también.

—Eso ha sido profundo, poeta. ¿Te lo vas a tatuar?

—Estoy pensando en lanzar una línea de camisetas. «Sé menos orgulloso y más Jared Knight». —Hace una pose de modelo de *Calvin Klein*.

—Prefiero ahogarme en la maldita proteína de suero.

—Y yo prefiero besar a Genevieve. Lástima que no va a pasar tan pronto. —Me guiña el ojo—. Entonces hazme un favor, Ty. Deja de hacerte el mártir herido y ve a hablar con ella.

Iba a responderle. Lo juro. Ya tenía la frase preparada en la punta de la lengua. Pero no hay tiempo.

Por el rabillo del ojo, veo el movimiento.

Lo siento antes de verlo.

Sidney se acerca. Despacio. Como quien pisa un campo minado.

Aún no miro. Sigo con la repetición, porque soy terco y porque fingir que solo existe el hierro es más fácil que admitir que ella tiene el poder de desmontarme con una palabra.

—Tyler… —su voz suena baja.

Nate se mueve inmediatamente. Un paso. Un cuerpo. Una barrera educada.

—Sid —dice con firmeza—. No es el mejor momento, nena.

Detengo la carga y me siento, respirando con fuerza. Ahora miro.

Y, joder… está guapísima. La nostalgia me golpea con fuerza y quiero sentir su olor, su piel, su tacto. Todo su ser.

Noto su mirada triste, incierta. Abraza su cuerpo con torpeza, buscando una protección invisible de mí.

Mierda.

Odio hacerle esto.

Odio hacernos esto a nosotros.

Pero… ¡joder!

—Solo… —Sidney comienza y traga saliva—. Necesito hablar contigo. Aunque solo sean cinco minutos.

Jared cruza los brazos y me susurra muy bajito:

—Deja de ser tan capullo.

—Cállate —le respondo entre dientes.

Me levanto, cojo la toalla y me la paso por el cuello. Me gustaría ser frío. Me gustaría tener el control. Pero la rabia está latente, luchando con las ganas de abrazarla y decirle que todo va a ir bien.

—Ahora no puedo —digo, otra vez, y odio cómo suena eso al salir de mi boca.

Ella respira hondo. Sus ojos brillan y veo que está conteniendo sus emociones con todas sus fuerzas.

—¿Vas a evitarme para siempre?

Cierro los ojos por un segundo.

La respuesta sincera sería: claro que no.

Pero no puedo decir eso.

—No es evitarte —digo, eligiendo cada palabra como si fuera explosiva—. Solo me estoy protegiendo para que no se divulgue nada más de mi vida en los medios.

Y dejo que la ira escupa cada palabra afilada directamente en su cara.

Ella da un paso involuntario hacia atrás, como si la hubiera alcanzado una bala perdida.

Su respiración se detiene y el dolor dibuja una mueca en su rostro.

—Ya te he dicho que no fui yo, Tyler —dice, ahora con firmeza.

—Ni tus amigas, ¿verdad? —replico, con un tono sarcástico que no puedo evitar—.

—No sé cómo ha pasado. Pero sé que tampoco han sido ellas. Lo juro… —su voz se quiebra al final, y eso me da ganas de romper algo por dentro.

Tengo tantas ganas de creerla.

Sin embargo, todas las pruebas apuntan contra ella.

Miro al suelo, porque si la miro demasiado tiempo voy a ceder… y no quiero ceder.

—Tu juramento no cambia nada —le digo en voz más baja.

Ella se traga el llanto. Asiente.

—Lo sé —susurra, y la forma en que lo dice me atraviesa sin piedad.

Ya no se defiende, no ataca, ni intenta manipular la situación.

Solo hay dolor, como si yo fuera el culpable y no ella.

Mi ira se triplica a otro nivel.

—¿Sabes? —repito, dando un paso hacia ella—. Entonces, ¿por qué sigues insistiendo? ¿Qué quieres? ¿Que finja que no ha pasado nada? ¿Que te sonría mientras mi vida se convierte en noticia?

El silencio de la sala empieza a resultar extraño.

Los pesos disminuyen.

Las conversaciones cesan.

Ella traga saliva, parpadeando y perdiéndose en las palabras que no le salen.

—Yo solo quería que me creyeras —balbucea, desconcertada.

Exhalo una risa llena de sarcasmo.

—¿Creerte? —Niego con la cabeza—. ¿Sabes lo que me hizo esa foto? ¿Sabes cómo desconcentró a todo el equipo por una noticia de mierda? Perdimos ese partido. ¡Joder!

Ella abre la boca y la cierra enseguida, como un pez fuera del agua.

No responde.

—Dijiste que lo habías borrado todo, Sidney —mi voz sube de volumen—. Me dijiste que confiara en ti—. Me paso las dos manos por el pelo—. Lo peor… es que confié.

—Tyler… —Nate intenta intervenir, interponiéndose entre nosotros.

—No —le interrumpo, sin apartar los ojos de ella. —Ahora no.

John se acerca y sus ojos se posan en ella. Su postura hacia mí es defensiva.

¿Quiere defenderla de mí?

Tengo ganas de gritar: Cuidado, ella puede joderte publicando alguna foto tuya.

Pero sigo atacando solo a ella:

—Me prometiste que era seguro. Que solo tú y tus amigas teníais acceso. Si no mentiste antes, ¿estás mintiendo ahora?

—¡Yo no lo hice! —responde ella, con la voz quebrada.

—Entonces, ¿quién lo hizo? —Avanzo, pero Nate me detiene levantando la mano para que me quede quieto, lo que me enfada aún más—. ¿El *poltergeist* del vestuario? ¿Algún espíritu maldito? Porque solo puede ser cosa del más allá, ¿no? Ya que nadie en este puto mundo asume lo que hace.

—Tyler… estoy diciendo la verdad. —Está temblando, con el rostro retorcido por un dolor que reconozco. Yo también lo siento.

Me paso las manos por el pelo, esta situación me está volviendo loco. No puedo estar cerca de ella sin ganas de gritarle.

Y me odio por ello.

Respiro hondo y me vuelvo hacia ella:

—Sabes, Sidney… mejor nos tomamos un descanso.

Alguien en el fondo murmura un «joder…» muy bajo.

—¿Tiempo…?

Ella se pone pálida.

Pálida de verdad.

Y me arrepiento al instante.

Noto que su pecho comienza a subir y bajar demasiado rápido.

—Yo… —intenta decir, pero no le sale el aire.

Sus dedos tiemblan. Su boca adquiere un tono azulado y veo cómo se lleva la mano al esternón, tratando de mantener el corazón en su pecho a la fuerza.

—Sid… —Nate ya está a su lado, dándose cuenta de lo mismo que yo.

—Respira —le indica John con firmeza.

Ella toma aire, y algo va mal. Muy mal.

La chica que siempre ha transmitido una imagen de pura fuerza parece frágil. A punto de romperse.

Y, joder… yo soy el tipo que la está empujando para que caiga y se haga pedazos en el suelo.

—Oye… —mi voz cambia, se vuelve más suave. —¿Sidney?

Ella niega con la cabeza, como diciendo que todo está bien.

Sus ojos vidriosos, su piel pálida y el temblor que recorre su cuerpo son indicios de que no está nada bien.

Tropieza un poco y Nate la sujeta del brazo antes de que se caiga.

—Necesito… —intenta decir, pero le falla la respiración.

Se suelta de Nate y sale, con el cuerpo inclinado hacia delante.

Empuja la puerta de la sala y desaparece por el pasillo como si estuviera huyendo de un incendio.

Doy un paso para seguirla, pero su compañero y actual escudero me lo impide. Nate me mira con el ceño fruncido.

—Quiero ver si está bien, joder. Es mi novia.

—¿Ah, sí? —responde él, brusco—. Creo que acabas de pedirle un tiempo, tío. En el diccionario de las chicas, eso significa «ruptura».

—Yo no…

—Quédate donde estás, ¿vale? —dice, caminando en la dirección que ella acaba de tomar.

Exhalo con rabia e intento dar un paso hacia la puerta, pero siento una mano en mi hombro que me empuja para que me quede.

—Yo iré tras ella —anuncia John—. Tú ya has hecho suficiente.

Eso me golpea como un puñetazo en el estómago.

Miro hacia la puerta y todo mi ser quiere correr tras ella.

Pedirle perdón.

Ver si está bien.

Decirle que soy un mierda y que ella se merece mucho más que eso.

Pero me quedo.

Dos segundos después, Nate también sale por la puerta para ir a ayudarla.

Respira hondo y gruño enfadado conmigo mismo.

—Creo que te pasaste un poco, tío —comenta Jared a mi lado, mirando en la dirección en la que debería haber ido, pero no fui.

No porque Nate o John me lo impidieran. Podría haberlos derribado a los dos. No fui porque actué como un auténtico cobarde.

Porque acababa de explotar en medio del maldito gimnasio con la chica de la que me había enamorado.

Y tal vez… lo haya estropeado todo.

Me paso las manos por la cara, sintiendo un ardor en el pecho diferente al esfuerzo de levantar pesas.

Ahora sí que es culpa mía.

Una culpa merecida por la mierda que acabo de hacer.

Capítulo 24

Sidney Bennett

Salí del gimnasio como quien huye de un desastre.

El problema es que el desastre soy yo.

El pasillo me recibe con demasiada luz, demasiado ruido y poco aire.

Doy tres pasos y ya siento esa opresión en el pecho que no es exactamente dolor. Es una presión molesta, insistente, como si mi cuerpo intentara aplastar mis propias costillas por venganza.

Genial.

Voy a morir en el gimnasio.

Intento respirar por la nariz y soltar el aire lentamente, tal y como siempre me digo a mí misma cuando estoy a punto de perder los nervios.

Pero no funciona.

El aire entra a trompicones, se queda atascado a mitad de camino y vuelve a salir antes de hacer su trabajo, como si mi pulmón se hubiera convertido en un becario incompetente.

Sigo caminando porque parar es peligroso. Si paro, lloro. Si lloro, me derrumbo. Si me derrumbo, me convertiré en otra noticia:

«Fisioterapeuta sufre un colapso tras una pelea amorosa en el centro de entrenamiento».

La vergüenza me empuja hacia adelante.

La vergüenza y la rabia.

Rabia contra Tyler por haberme mirado como si fuera una traidora profesional.

Enojo conmigo misma por sentir todo esto como si fuera el fin del mundo.

Rabia por este pulmón que no funciona, por este corazón que me oprime el pecho y por estos nervios demasiado sensibles como para soportar una tonta pelea con mi novio.

O exnovio, ¿no?

Al fin y al cabo, él pidió un tiempo, lo que según mis amigas expertas en corazones rotos es una forma más delicada de decir: «se acabó».

Siento un calor subir por mi cuello.

Me arde la cara.

Mi garganta se cierra un poco más.

Y, de repente, mi visión se tambalea ligeramente, como si el pasillo hubiera decidido convertirse en uno de esos juguetes de parque en los que pagamos para marearnos.

Apoyo la mano en la pared.

Mi estómago se revuelve de nuevo, y ahora siento ese sabor extraño en el fondo de la boca, medio metálico, medio «estás a punto de cagarla». Tragué saliva e intenté respirar más profundamente.

No puedo.

No sale de ninguna manera.

Solo sale un aire pequeño, rápido, desesperado, que me deja aún más sin aliento. Es un espiral ridículo y odio estar dentro de él.

Cierro los ojos por un segundo y la imagen vuelve como un puñetazo.

Tyler hablando.

Su mirada atravesándome.

Y lo que me destruye no es ni siquiera la acusación en sí.

Es el hecho de que no entiendo cómo coño ha podido pasar esto.

Porque yo también estoy tratando de descubrir quién lo hizo, pero a él no le importa. Solo quiere culpar a alguien. Y, aparentemente, yo tengo la cara perfecta de culpable.

Mi respiración se detiene de nuevo.

Siento un ligero hormigueo en las yemas de los dedos.

Genial.

Mi cuerpo está realmente empeñado en humillarme hoy.

Y juro que intento ser fuerte. Intento seguir caminando. Intento que este pasillo termine pronto. Pero mis piernas se vuelven débiles, como si el suelo se hubiera convertido en espuma.

—¡Sidney!

La voz me alcanza por detrás, urgente.

—Na-nate… —mi voz me humilla un poco más.

¡Dios! ¿Me echas una mano, por favor?

—Ay… cariño… ¿de verdad tienes que molestar tanto a tu mamá? —susurro, y luego miro a mi alrededor, temerosa de que me hayan oído.

Antes de que pueda girarme, él ya está a mi lado, sujetándome por el brazo como si fuera a caerme en cualquier momento. Y tal vez sí que me caiga.

—Oye, oye, tranquila —dice rápidamente, pero intenta parecer tranquilo.

Abro la boca para decir «estoy bien», pero lo único que sale es un soplo ridículo.

—¿Te duele algo? —pregunta, mirándome como si fuera un rompecabezas.

Niego con la cabeza, pero ni yo misma sé lo que eso significa. No sé si significa «no me duele» o «no lo sé».

La opresión en el pecho continúa.

Sigo sin poder respirar bien.

Y siento un temblor interno que no encaja con nada.

John aparece justo detrás, caminando rápido, con expresión seria.

—¿Qué está pasando? —pregunta, y se nota que no es por curiosidad. Es una alerta.

Nate me mira, buscando una respuesta que no tengo.

Solo estoy… pasando mal.

Intento hablar.

—Yo…

Pero no puedo continuar.

Mi garganta se cierra con el llanto que estoy conteniendo, y eso empeora todo. Me arden los ojos, cuando parpadeo y se me escapa una lágrima, el aire vuelve a desaparecer.

—Vamos a la enfermería —decide John, sin discutir.

Nate me tira con cuidado, más sosteniéndome que guiándome, y odio lo necesario que es eso ahora.

Cada paso parece dado con un cuerpo que va un segundo por detrás de mi voluntad. Como si tuviera que convencer a mis propias piernas para que funcionen.

La puerta de la enfermería se abre y es oficial: Sidney Bennett está dando trabajo a todo el mundo.

Me dejo caer en la camilla como quien renuncia a su propia dignidad. Nate y John se quedan a mi lado como dos soldados listos para la batalla.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Karen, la enfermera, con preocupación en los ojos. Nunca había estado aquí antes y, por lo

que parece, los empleados del equipo técnico no solían ser pacientes.

—Se quedó sin aire —suelta John, sin darme oportunidad de explicar nada.

—No se quedó sin aire. Fue… aire en modo económico —murmuro, sin mirar a nadie.

Karen arquea una ceja. Ya saca el aparato de presión con eficiencia y me lo coloca en el brazo, comenzando a bombear.

Suspiro, o lo intento. Porque incluso el suspiro me sale entrecortado.

Nate me observa, todavía extrañado por mi fragilidad.

Karen mira la pantalla y hace ese sonido que todo el mundo odia: un «hum» pensativo.

—La presión está un poco alta. —Coge un vasito con una pastilla—. Te voy a dar algo suave para calmarte.

Medio segundo después, me ofrece una pastilla dentro de un vaso de plástico.

Miro la medicación con cautela.

Mi mano sigue un camino que se ha convertido en un hábito en los últimos días, directamente hacia mi vientre. Dudo un momento, sin saber muy bien cómo actuar.

Karen frunce el ceño.

Nate y John se miran.

—¿Hay alguna razón para no tomarla? —pregunta Karen.

Suspiro de nuevo, pero ahora es un suspiro que viene acompañado de *una* confesión. Miro a mi compañero de trabajo y luego a mi superior.

Cuando el aire sale de mis pulmones, me decido por la respuesta más fácil y sincera:

—Estoy embarazada.

Bum.

Es el sonido del silencio explotando en la sala.

Nate parpadea.

John abre los ojos como platos.

Karen, que ya lo ha visto todo, solo recoge la pastilla y la guarda en el cajón con la calma de quien ya esperaba algo así.

—Bueno… entonces este está descartado —dice, sin dramatismo—. No puedo darte nada ahora. Solo si tienes una receta del obstetra. ¿Quieres que vea si tenemos paracetamol?

—Solo quiero tumbarme un minuto sin que nadie me ofrezca pastillas ni me juzgue con la mirada —respondo, poniendo los ojos en blanco.

John abre la boca, pero levanto la mano. Como diciendo «hoy no, Satanás».

—Antes de que empiecen el interrogatorio, voy a facilitarles las cosas. Tyler no lo sabe. No se lo voy a contar ahora. Ustedes tampoco.

Nate levanta las manos.

—Yo no lo diré. Lo juro. Ni siquiera a mí mismo.

—Yo tampoco —responde John, pero ya frunciendo el ceño como si estuviera calculando el apocalipsis que esto va a provocar.

Karen esboza una media sonrisa y me entrega solo el vaso de agua.

—Hidrátate. Es gratis. Y tranquila. No voy a estropear la sorpresa de papá.

Le dedico una sonrisa incómoda, porque ella imagina que la sorpresa será bien recibida. Yo sé que no.

Bebo despacio. Como quien intenta tragarse el caos de un solo trago.

—Lo prometéis, ¿verdad? —Los miro a los dos—. Una promesa de verdad. No una promesa de hombre, que al día

siguiente se olvida.

Nate se cruza de brazos, dramático.

John solo niega con la cabeza, pero parece convencido. O asustado. Es difícil saberlo.

—Tienes que ir al obstetra, Sid —recomienda Karen—. No puedes salir de aquí sin compañía.

—Le pediré a mi amiga que venga a buscarme.

—Tyler puede llevarte… —intenta Nate.

—¡No! —lo interrumpo—. Está nervioso. Piensa que hice esa mierda que no hice. Cuando todo se resuelva, se lo contaré.

John se encoge de hombros, sin importarle lo que pase.

Cojo mi móvil y llamo a Paige, pidiéndole que venga al centro de urgencias. Le digo que solo he tenido un malestar, pero que la enfermera ha pensado que era mejor que me viera un médico.

Cuelga diciendo que enseguida estará allí.

Cuarenta minutos después, estoy en el asiento del copiloto del *Beetle* de Paige, que conduce como si tuviera a una embarazada a punto de dar a luz a un hipopótamo en el asiento delantero.

Faith se quedó en el trabajo, intentando duplicarse para que nadie echara de menos a Paige.

—Estás pálida —comenta, frenando como si estuviera pisando huevos.

—Gracias, diagnóstico completo. Ya puedes quitarte la bata de médico.

—¿Quieres un chicle?

—Quiero un útero nuevo.

Ella se ríe.

Yo no.

Llegamos al hospital y el triaje es rápido porque estoy embarazada y tengo cara de muerta viviente.

La obstetra entra con una sonrisa profesional que no concuerda con la cantidad de colapsos que llevo en el útero.

—Sidney, ¿verdad? ¿Vamos a echar un vistazo?

Asiento con la cabeza. Gel frío en el vientre, corazón latiendo donde no debería, en medio de la garganta.

Enciende el aparato.

La pantalla se enciende.

Y el sonido… el sonido es fuerte.

TUM-TUM. TUM-TUM. TUM-TUM. TUM-TUM.

Frunzo el ceño, mirando la pantalla del aparato junto a mi cuerpo. Y veo la imagen duplicada.

—¿Está… duplicada? —pregunto, pero en total negación.

La doctora sonríe.

—Sí. Son dos. Estás embarazada de gemelos.

Mi cerebro se bloquea en *el «buffering*[30] » durante tres segundos enteros.

—Perdón. ¿Qué?

—Dos bebés —confirma, como si dijera «dos porciones de pizza». —Gemelos.

Paige abre tanto los ojos que parece que va a entrar en trabajo de parto por mí.

—¿Gemelos? —repite, en un tono entre el pánico y la emoción—. Sid, ¡vas a tener dos bebés!

—No lo digas como si fuera un premio —le susurro—. Tengo dos. Yo. Yo sola.

—Estamos contigo —dice, apretándome la mano.

Vuelvo a mirar la pantalla.

Dos latidos. Dos cuerpecitos diminutos. Dos responsabilidades que están a punto de darme la vuelta.

La doctora continúa:

—Estás de doce semanas —dice, y mi cara ya indica que no estoy en condiciones de hacer cuentas—. Tres meses.

Cierro los ojos y repaso mi vida amorosa.

Por la fecha, imagino que me quedé embarazada… ¿en la boda de Riley?

¡Ay, Dios!

Exhalo lentamente.

Estoy embarazada de gemelos.

Dos bebés.

Ya entendí el mensaje, Universo.

Ya puedes dejar de joderme por hoy.

Paige me aprieta la mano con más fuerza.

No digo nada, porque no hay nada que decir.

Solo hay que vivir y cuidar de estos dos pequeños que han decidido elegirme como su mamá. Porque una cosa que he aprendido estos días… es que puedo soportarlo.

Capítulo 25

Tyler Grant

Ella está en el campo.

Con una carpeta en la mano, postura erguida, cara de «no me molestes» y una calma que no me creo. No después de lo que vi en el centro de entrenamiento. No después de la forma en que desapareció y reapareció como si nada hubiera pasado.

John está demasiado cerca.

Demasiado cuidadoso.

El tipo de cuidado que garantiza que nadie se acerque demasiado.

Y cuando digo «nadie», me refiero a mí.

Nate también está por allí, como si hubiera recibido una función extra en su uniforme invisible: barrera humana.

Toda la escena es irritante.

Porque ella está ahí, funcionando, sonriendo por alguna broma de John, y yo estoy a veinte metros tratando de entender cómo carajo logró convertirse en una persona normal de la noche a la mañana. Mientras que yo… yo no pude.

Y odio no poder hacerlo.

Para alguien que antes quería tanto hablar conmigo, aprendió rápido a ignorarme.

El *coach* grita algo. Los chicos corren por la pista. El entrenamiento continúa. El mundo sigue girando. Pero mi cabeza está atrapada en ella.

Lo peor es que ella, fingiendo que no existo, me está volviendo loco.

Hago estiramientos, pero no siento ningún músculo. Solo siento ese tipo de opresión que no es física, que se instala en el pecho y te hace más agresivo de lo que deberías ser.

Nate aparece a mi lado como si me estuviera controlando por GPS.

—¿Necesitas ayuda?

No respondo. Él sigue mi mirada y suelta:

—Ni lo pienses.

—Voy a hablar con ella.

—No me parece buena idea —replica, serio. Otra cosa extraña, porque antes era él quien mantenía a Sidney alejada de mí.

Ahora, la situación se ha invertido y estoy aquí, sin entender qué coño ha pasado.

¿Estará bien?

¿Se ha puesto enferma?

¿Es por eso que todo el mundo ha decidido convertirse en guardián de su bienestar?

—¿Por qué tú y John sois tan cautelosos con ella?

—No estamos tan cautelosos. Queremos mantener la paz en el equipo. Y que tú te mantengas alejado de ella es la mejor opción.

—Soy su novio.

—Creo que ayer dejaste claro que estaban tomando un descanso—, responde, y me dan ganas de lanzarme sobre él.

—Lo dije en un momento de enfado. Pero ella… —Aprieto los labios, pensando en cuál es la mejor manera de llegar a mi chica sin

un batallón entre nosotros—. ¿Está bien?

Él pone esa cara tonta y luego asiente con la cabeza.

—Entonces no pasa nada si voy a verla —digo, dando pasos apresurados, sintiendo cómo me sigue mientras me llama.

John se da cuenta enseguida.

Es como si el maldito campo fuera una pantalla de radar y yo un misil obstinado.

Sidney me ve llegar y su mirada me atraviesa en un segundo, como si fuera el viento.

Me detengo a dos pasos de ella.

Lo suficientemente cerca como para oír su respiración, que es… normal. Controlada. Comportada. Profesional.

—¿Sidney?

Tarda demasiado en darse la vuelta. Lo hace con la irritante calma de quien quiere demostrarme que soy indiferente en su vida.

—¿Tyler? —responde secamente.

Solo eso.

Como si fuera un jugador más pidiendo hielo para su hombro.

—Tenemos que hablar.

—Creo que ya hemos hablado lo suficiente. Vuelve al entrenamiento —dice, mirando la pizarra.

—No lo creo —replico.

Ella levanta la vista lentamente, arqueando una ceja.

—¿Qué más quieres decir? ¿Ahora quieres decir que soy culpable del calentamiento global?

—Sabes muy bien que tú tienes la culpa de…

—No. No lo sé. Pero, ¿sabes qué? Que te jodan. A ti realmente no te importa. Ocúpate de tus asuntos y déjame aquí en paz con los míos.

Siento cómo la ira me invade por primera vez.

—Te has puesto mal.

Ella parpadea. Solo eso.

—Estábamos discutiendo y te pusiste mal —repito.

—¿Y qué?

—Y qué, quiero saber si estás mejor.

—Sí. ¿Eso es todo? Listo. Resuelto. —Ella esboza una pequeña sonrisa venenosa—. No tienes por qué sentirte culpable por no haberme cuidado cuando lo necesitaba. Al fin y al cabo, tú pediste un tiempo, ¿no?

Eso me afecta.

Porque es verdad.

Y porque odio que sea verdad.

—No fui tras de ti porque John me detuvo —digo, señalándolo con la barbilla, que ya viene en nuestra dirección.

John se detiene a su lado, como si fuera automático.

—Tyler —le dice en tono bajo y admonitorio.

Sidney ni siquiera lo mira.

Mantiene los ojos fijos en mí.

—Y tú le obedeciste. Qué bonito.

—No hagas eso.

—¿Hacer qué? —pregunta ella, con una inocencia demasiado real—. ¿Recordarte que siempre eliges el camino más fácil?

Nate se acerca a mí.

—Chicos… —intenta, en un tono que no intenta una mierda.

Lo ignoro.

—Me preocupé —suelto, con más dureza de la que quería.

—No tienes derecho —responde ella al instante, como si lo hubiera ensayado—.

—No he pedido ningún derecho.

—Y yo no te he pedido que te preocupes. —Y entonces su mirada se enciende de verdadera ira. —Lárgate de aquí, Tyler.

Se me encoge el pecho.

—Estás hablando como si yo hubiera hecho algo.

—Lo has hecho.

—¿Qué?

Da un paso hacia mí y, por un segundo, pienso que me va a golpear en el pecho con la carpeta.

Pero solo habla en voz baja. Solo para que yo la oiga:

—Me pediste un descanso delante de todo el equipo, cuando yo quería hablar contigo en cualquier lugar donde no hubiera testigos. Me avergonzaste —escupe las palabras sin parar—. ¿Y ahora vienes aquí a exigir mi atención?

Abro la boca.

Y la cierro.

John le toca suavemente el brazo.

—Sid —murmura—. Vamos al banco a tomar agua. ¡Ven!

Ella no me quita los ojos de encima.

—¡Vamos! —dice, girando la cara.

Suelto una risa sarcástica y añado:

—¿Entonces vas a huir? ¿Es eso? —Sé que estoy siendo un idiota. Pero ella me está dejando en el aire, cuando lo que yo quiero es que me pida hablar conmigo de nuevo.

—No me voy a quedar aquí para discutir contigo otra vez —responde, por encima del hombro.

—¿Y cuándo vas a hablar conmigo, eh?

—Nunca.

La palabra es una puñalada limpia, que me golpea de lleno con un efecto de parálisis momentánea.

John y Nate están ahora entre nosotros, literalmente.

Como si yo fuera peligroso.

Como si fuera un riesgo.

Y tal vez lo sea.

Pero no entiendo por qué.

Siento que la sangre me hierve, pero me aguanto, porque la última vez que perdí el control… ella se puso mal.

Y no voy a ser la causa otra vez.

Doy un paso atrás. Luego otro.

—Vale —digo, expulsando la palabra con amargura—. Hablamos en otro momento, entonces.

Ella ni siquiera reacciona.

Solo me da la espalda.

Y se dirige fuera del campo, escoltada por dos soldados de plomo.

—¿Estás bien, tío? —pregunta Jared, y yo solo asiento con la cabeza, dirigiéndome a mi posición.

No puedo decir que estoy bien. Y no quiero preocupar a mi amigo. Decido omitirlo y quedarme callado.

La rabia que sentí cuando vi el reportaje ya no es tan latente como antes. En realidad, quería pasar todo el tiempo discutiendo con mi chica hasta que se me pasara la rabia y acabáramos en mi cama.

Pero, al parecer, acabé sobrepasando sus límites.

Y ahora… estoy luchando por arreglar la mierda que he hecho.



Tiempo después, camino por el centro de entrenamiento y sigo sin pretensiones por la sala de descanso del equipo técnico.

Solo hay algunos asistentes y becarios charlando y guardando algunas cosas en los armarios personales.

—¡Eh! ¡Tú! —llamo a uno de los asistentes más veteranos de John. Me mira con esos ojos de admiración y sé que he elegido a la persona adecuada—. ¿Sabes dónde está Sidney?

—Ah… se ha puesto mala antes.

—Vomitó un montón, tío. Me dio pena —añade otro.

—¿Pena? A mí me dio asco —una becaria frunce la nariz.

Se ha puesto mala. ¿Otra vez?

Exhalo, cerrando los ojos. Debe de estar sufriendo tanto como yo. Pero es una orgullosa que no sabe ceder y pedir perdón.

Niego con la cabeza.

—¿Dónde está ahora? —insisto.

—John la mandó a casa. Creo que cogió algún virus —responde el primero—. No sé. Le dijo que se quedara en casa unos días.

¿Un virus?

¿Vomitar?

¿Se ha puesto mala dos veces en medio del entrenamiento?

Sidney no es de las que se ponen enfermas. En todo el tiempo que lleva trabajando con nosotros, nunca la he visto resfriada ni una sola vez.

Al menos hasta ahora.

Meto las manos en los bolsillos como si eso pudiera contener mi impulso de ir tras ella en ese mismo instante.

No lo haré.

Hoy no.

Hoy ya he visto la mierda de cerca. He visto a John convertirse en pared. He visto a Nate convertirse en escudo. La he visto a ella convertirse en hielo.

Si aparezco ahora, solo empeoraré las cosas.

Pero mañana…

Mañana podré ir con menos rabia. Podré mirarla a la cara y confirmar con mis propios ojos si está bien.

Saco el móvil del bolsillo, abro su contacto y detengo el dedo sobre «llamar».

No llamo.

No soy tonto.

Solo soy terco.

Y mañana llamaré a la puerta de su apartamento.

Capítulo 26

Sidney Bennett

Estoy descansando.

Descanso significa: sofá, manta, mando a distancia y ningún contacto humano que no sea ficticio.

Estoy viendo «After» en Prime porque, al parecer, me gusta observar a parejas tóxicas mientras finjo que mi vida no se ha convertido en un episodio especial de «Cómo joder tu propia paz en 10 pasos».

Hardin acaba de decir una tontería.

La chica está llorando y él tiene esa cara de «sufro, pero sigo siendo un idiota».

—Aprende, joder —le susurro a la televisión, emocionalmente afectada por el dolor de Tessa.

Mi mano se desliza hacia mi vientre, automáticamente. Todavía no se ve nada. Pero hay una especie de vibración interna que me recuerda que no estoy sola, ni siquiera cuando quiero estarlo.

—Vosotros dos ahí dentro —digo en voz baja—, procurad estar bien, ¿vale? Mamá intentará no estresarse. Lo prometo. Más o menos.

Suena el timbre. Me quedo momentáneamente confundida, sin entender por qué no es el interfono.

Me siento lentamente.

Pueden ser las niñas. Ya es hora de que lleguen.

Normalmente, Paige es la que lleva la llave de casa, y esta mañana no era ella misma.

Salió corriendo, tarde, después de pasar toda la noche prácticamente velando mi sueño como si fuera una paciente terminal.

Mierda.

La culpa me oprime el pecho.

Me levanto, camino hacia la puerta y la abro sin siquiera mirar por la mirilla.

Error.

Cometí un error garrafal, porque quien aparece detrás de la puerta no son las chicas, sino un hombre alto, rubio, con unos ojos de un azul profundo que me hacen flaquear las piernas con solo un ligero parpadeo.

Tyler está ahí, parado en mi pasillo, con una mano apoyada en el marco de la puerta y la otra sosteniendo una bolsa térmica.

Lo miro.

Luego al pasillo.

Luego a él otra vez.

—¿Cómo has entrado aquí?

Él inclina la cabeza, analizándome de arriba abajo con cautela. Me siento escaneada e instintivamente uso la manta como una capa, envolviendo mi cuerpo.

—No fuiste a trabajar hoy —dice, como si fuera la respuesta correcta a mi pregunta—. Estaba preocupado.

Respiro hondo, sin querer sentir el revuelo que se agita en la boca de mi estómago. Acabo de comprometerme con mis bebés a no estresarme, pero su papá no coopera.

Ya ni siquiera me llama.

—Tyler… no tienes derecho a preocuparte por mí —digo, cerrando los ojos.

—He dicho que me preocupé. No que quisiera preocuparme. Pero fue instantáneo.

—Bueno… no hace falta, ¿vale?

Él no se mueve. Sigue ahí, ocupando demasiado espacio.

—Lo sé —responde—. Pero lo hice.

Cuento hasta cinco, rogándole a Dios que me ayude a no quedarme sin aire otra vez. No delante de él.

—Aún no has respondido —le digo—. ¿Cómo has entrado aquí?

Señala con la barbilla hacia atrás, en dirección a las escaleras.

—La señora de la planta baja me abrió.

Mi mandíbula se bloquea.

—¿Qué señora? —Frunzo el ceño, mirándolo fijamente y sintiendo cómo me sube un regusto rancio por la garganta.

—La simpática. La habladora. La del pelo cardado. Me preguntó si jugaba al fútbol americano de verdad o si solo era «guapo».

Cierro los ojos y respiro hondo, antes de soltar lentamente el aire:

—Te tiraste a una anciana de ochenta años que no ve una polla dura desde hace al menos una década. Eso si es que el difunto aún se levantaba algo.

Échale un guiño.

Una vez.

Dos.

—Ella dijo que tiene setenta y cinco.

Lo miro con esa expresión de «pues claro… eso no cambia nada». Y él esboza esa maldita sonrisa.

—Apareciste ahí abajo con casi dos metros de testosterona, esa sonrisita que conquista a cualquiera, e invadiste mi edificio.

Suspira, cambia de tono. Menos provocación. Más directo.

—Estoy aquí delante de ti… —Da un paso, invadiendo mi espacio personal—. Y ni mi testosterona, ni mucho menos mi sonrisita están surtiendo efecto, ¿verdad?

Silencio.

La saliva se ha convertido en una piedra imposible de tragar.

—¿O me equivoco? —Me mira de arriba abajo, subiendo y bajando lentamente la mirada.

Un calor se apodera de una zona muy concreta entre mis piernas.

Mierda.

Doy unos pasos atrás por instinto de supervivencia y él lo interpreta como una invitación a entrar en mi casa.

—Yo no te he invitado a entrar.

—Pero te he traído sopa. —Levanta la bolsa térmica, revelando el motivo por el que la lleva. —Nate me ha dicho que tienes algún tipo de virus. He preparado una receta de mi madre.

El aroma de la sopa se eleva entre nosotros, cálido, acogedor, traicionero.

Mi estómago gruñe en voz baja, recordándome que ahora como por tres.

—¿Dónde está la cocina? —pregunta, mirando a su alrededor.

—Puedes… dejar la sopa e irte —hago un gesto vago con la mano.

Él me ignora por completo.

—Quédate ahí. —Señala el sofá—. Voy a buscar un cuenco.

—Tyler, esta es mi casa.

—Lo sé. —Mira por encima del hombro—. Por eso mismo.

Camina hacia la cocina como si ya hubiera estado allí antes, lo que, sinceramente, no ayuda en nada a mi autocontrol, y yo me quedo parada en medio de la sala, sintiendo cómo el olor de la sopa lo invade todo.

Vuelvo al sofá, refunfuñando para mis adentros, y me envuelvo en la manta.

Tyler pasa por delante de la televisión y se detiene.

—¿Qué coño estás viendo?

Suspiro, dejando caer los hombros antes de responder:

—*After* —respondo secamente.

Él suelta una risa ahogada.

—Estamos peleados y tú ves una película romántica. Eso lo dice todo, ¿no? —Inclina la cabeza, analizando la escena.

—Hemos roto —respondo.

—Nos hemos tomado un tiempo —replica rápidamente.

Y no sé si quiero seguir con esta discusión, cuando esa pizca de esperanza me calienta el corazón.

Pero… no puedo ser tan fácil. Por eso, sigo con tono sarcástico:

—¿Seguro que no quieres irte?

Me mira con esa sonrisita en la comisura de los labios, del tipo «sé lo que sientes por mí».

—Me alegra saber que sigo en tu piel.

Pongo los ojos en blanco.

—No te emociones.

Se sienta a mi lado, ocupando mucho espacio en el sofá.

—Come —me dice, entregándome la sopa—. Despacio.

Obedezco. Porque tengo hambre. Porque estoy débil. Porque, joder, huele demasiado bien.

Tomo la primera cucharada.

Y cierro los ojos.

—Qué delicia —admito, contrariada.

—Lo sé.

Échame un mechón de pelo hacia atrás con los dedos y me lo coloca detrás de la oreja, en un gesto demasiado sencillo para ser justo.

Mi cuerpo responde al instante, con un escalofrío que me recorre la espalda.

Y odio lo mucho que lo necesito.

—¿Has olvidado que soy el monstruo del lago Ness? —le provoqué, tratando de recuperar algo de control.

Él no retira la mano, acariciándome la mejilla y el cuello con los dedos.

—No lo he olvidado.

Me mira con seriedad.

—Es solo que lo que siento por ti es más grande que todo eso. Así que decidí pasar por alto.

Se me encoge el pecho.

—Tyler…

—No —me interrumpe en voz baja—. No digas nada ahora.

Acércate un poco más.

—Solo come, preciosa. Cuando te encuentres mejor… volveremos a pelearnos. —Y me besa la cara con tanta ternura que tengo un s ganas de cogerle por la nuca y darle un beso de respeto a este hombre.

Pero… no estoy lo suficientemente bien como para soportar el beso y luego saber que vamos a pelear mucho más que por el GIF filtrado.

Respiro hondo y vuelvo a tomar la deliciosa sopa.

Un minuto después, la puerta de entrada se abre con demasiada fuerza.

—¿DÓNDE ESTÁ NUESTRA EMBARAZADA? —La voz de Paige resuena por el apartamento, alta, animada, sin filtro.

—¡Hemos hecho una sorpresa a nuestros sobrinos! —añade Faith, sin siquiera mirar al sofá.

Me quedo paralizada.

Tyler también.

Las dos entran en la sala riendo… hasta que se dan cuenta de la situación.

Silencio.

Paige y Faith se quedan quietas, con dos monos de bebé muy estilosos, de color amarillo, levantados en el aire, todavía en las perchas.

—Hola… ¿Tyler? —dice Paige, parpadeando.

—Mierda —añade Faith.

Miro a Tyler.

Él mira los monos.

Luego a mí.

Luego a mi vientre.

Su boca se frunce en una pequeña línea, sus ojos se estrechan y la mano que antes se deslizaba por mi hombro se retira de repente.

—¿Qué…? —su voz suena baja, peligrosa—. ¿Qué acaban de decir?

Paige traga saliva.

Faith baja los pantalones lentamente, como si eso pudiera borrar lo que ya se ha dicho.

—Tyler… —trato de empezar.

Se levanta de un tirón, alejándose del sofá como si estuviera contaminado.

—No. —Levanta la mano—. No hables todavía. —Su mandíbula se bloquea—. ¿Embarazada?

Silencio.

Del peor tipo.

—Responde, Sidney. —Ahora me mira fijamente. —¿Estás embarazada?

Se me cierra la garganta, pero sé que no sirve de nada huir. Así que lo revelo de una vez:

—Sí.

La palabra cae al suelo entre nosotros cuatro, seis si contamos a nuestros bebés.

Él suelta una breve carcajada. Sin ningún humor.

—No. —Se pasa la mano por el pelo, caminando de un lado a otro—. No, eso no tiene sentido.

—Tyler…

—¡Dijiste que usabas DIU, joder! —explota, volviéndose hacia mí con los ojos chispeantes—. ¡Tú me lo dijiste!

Todo mi cuerpo tiembla.

De rabia.

De miedo.

—¡Y lo usaba! —respondo, con la voz más alta de lo que pretendía—. ¡Pero tu esperma decidió sacarlo y levantarlo como una copa!

Paige abre mucho los ojos.

Faith se lleva la mano a la boca.

—¡Esto no es una broma! —gruñe él—. ¡Sabías lo que significaba para mí!

—¿Y crees que yo no lo sé? —Dejo la sopa en la mesa de centro y me levanto para discutir de igual a igual—. ¿Crees que me desperté un día pensando: «Mmm… voy a quedarme embarazada del hombre que dejó claro que nunca quiso ser padre»?

Él se ríe de nuevo.

Ahora es amarga.

—Me mentiste.

—¡No te mentí! —Le señalo—. ¡No es solo culpa mía, Tyler! No es como si me hubiera quedado embarazada sola.

—Chicos, tranquilos —Paige intenta intervenir.

—¡No te metas! —Tyler la interrumpe, sin apartar los ojos de mí.

Se detiene frente a mí.

—Te dije que nunca quise esto. —Su voz se vuelve más baja, pero aún más cruel—. Nunca.

Se me encoge el pecho.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué está pasando?

Esa pregunta me atraviesa por completo.

—Porque la vida no pide permiso —respondo, con la voz quebrada—. Y porque, te guste o no… esto ya es real.

Él niega con la cabeza.

—No. —Da un paso atrás—. Esto no puede ser real para mí.

Silencio de nuevo.

Pesado.

Feo.

Paige y Faith no dicen nada. No respiran fuerte. No se mueven.

Tyler me mira como si estuviera viendo a una persona diferente.

—Deberías habérmelo contado.

—¿Y crees que no te lo iba a contar? —Siento que me arden los ojos—. Es solo que no estaba preparada para que me rechazaran otra vez.

Coge el abrigo del respaldo de la silla.

—Tengo que irme.

—Tyler… —Faith lo intenta de nuevo.

—No me sigas. —La mira a ella, luego a Faith. —Cuidad de ella.

Luego vuelve a mirarme.

—Porque yo… —Tragó saliva—. No sé si podré.

Y se marcha, dando un portazo tras de sí.

El silencio que queda no es solo ausencia.

Es rechazo.

Me hundo en el sofá, sintiendo cómo las lágrimas mojan mi rostro como una cascada.

Mis amigas vienen en mi ayuda, cada una ocupando uno de mis lados. Mi cara se apoya en un hombro, mi costado se calienta con un abrazo.

Me derrumbo, sin reservas, asumiendo todas las hormonas del embarazo que están modificando mi cuerpo.

Poco después, estoy tomando la medicina que me recetó la doctora para calmarme y me están acostando para dormir.

Cierro los ojos, aceptando de una vez la realidad con una claridad casi cruel: me enamoré por primera vez… y acabo de perder al hombre que amo.

Pero no voy a perder a mis bebés.

Y si tengo que hacerlo sola… lo haré.

Capítulo 27

Tyler Grant

La dimensión paralela en la que me metieron para vivir algo que prometí nunca aceptar tiene menos oxígeno que la dimensión original.

El aire entra y sale a ráfagas, y mi pecho sube y baja a un ritmo acelerado, como si mi cuerpo hubiera decidido correr una maratón sin avisarme.

No tengo ni idea de cómo llegué a mi casa.

El último recuerdo es la puerta del apartamento de Sidney cerrándose detrás de mí.

¿El resto? Nada.

Todo es una nebulosa.

Ahora estoy aquí, cruzando el pasillo de cristal de la garaje, con el reflejo distorsionado de mi propia cara jodida acompañándome paso a paso.

El suelo parece más inclinado de lo que debería, y mis piernas funcionan en automático, movidas por una energía que no sé si es shock, pánico o rabia.

La sensación es que mi cuerpo ha sido teletransportado.

Así de simple.

En un segundo estaba allí.

Al siguiente, reaparecí en mi propio territorio como si me hubieran escupido de vuelta a la realidad.

¿Mi mente?

Se convirtió en un papel en blanco, arrancado, arrugado y tirado al suelo, en el mismo instante en que dejé atrás Sídney.

Desde entonces, nada se organiza, nada encaja.

Solo el vacío golpeando con fuerza dentro de mi cabeza.

Entré en piloto automático. Al menos llegué al destino correcto.

Abro la puerta desesperadamente y me encuentro con un soldado de guardia, sentado, mirando detrás de mí como si ella fuera a aparecer en cualquier momento.

Respiro hondo y le acaricio una oreja a Charlie.

—Ella no va a entrar, tío.

Él resopla, dejando muy clara su indignación.

—¿Qué puedo hacer, eh? —pregunto, yendo a la cocina, con él siguiéndome, refunfuñando—. Me ha jodido bien. No hay manera de seguir adelante con una mierda así.

Abro la nevera y cojo embutidos para prepararme un bocadillo. Entonces veo el pollo desmenuzado en el tarro de cristal que yo mismo preparé… pensando en ella. Porque a ella no le gustan los embutidos en los bocadillos y empecé a hacerlo siempre.

Ese becario dijo que se había puesto mala.

Vomitó.

Y yo, como un idiota, pensé que una sopa resolvería el problema. Mientras las verduras se cocinaban en la olla, preparé el pollo desmenuzado, con la esperanza de que algún día estuviéramos bien.

Esa era la idea principal.

Le llevaría la sopa.

Después, seguiríamos peleando un poco más.

La historia del GIF todavía se me atraganta en la garganta.

Sin embargo, mi enfado era insignificante comparado con mi preocupación por su bienestar. Al fin y al cabo, yo fui el que la hizo pasar mal en el gimnasio con ese lavado de ropa sucia delante de todo el mundo.

Idiota.

Está embarazada…

Una voz del más allá repite la noticia dentro de mi cabeza.

Está embarazada…

… de mi hijo —concluyo en voz alta, y mi perro inclina la cabeza hacia un lado, tratando de descifrar qué tipo de estupidez humana es esa—. No quiero ser padre. Nunca lo quise.

—¡Guau! —ladra Charlie, y juraría que el sonido tiene tono de reproche.

—¿Y ahora qué? ¿Qué hago?

Apoyo los codos en la encimera de la isla y me froto la cara con ambas manos, como si eso fuera capaz de borrar toda esta mierda.

No lo borra.

—¡Aaaaarg! —grito con rabia. Charlie ladra a su manera.

Miro los ingredientes que he separado para la merienda, sin ningún apetito.

Mi hijo de cuatro patas, por su parte, arrastra su plato de comida vacío hacia mí.

—¿Lo ves? Si tienes que pedir comida. ¿Cómo va a ser con un hijo humano? No nacen hablando y mucho menos mostrando el plato para que les ponga comida —justifico mi incompetencia como padre, mientras saco la comida del armario.

Lo sirvo y me quedo mirándolo comer, en un trance en el que mis pensamientos nublados bailan sin sincronía alguna.

Estoy hecho un lío.

En ese momento, mi celular vibra insistentemente en el bolsillo de mi pantalón. Suspiro, dejando escapar un sonido audible de frustración, antes de coger el aparato.

El nombre de mi mejor amigo aparece en la pantalla.

Le conté sobre el plan de la sopa y, por supuesto, está llamando para saber el resultado.

—Hola… —contesto, con esa voz aburrida de alguien a quien le acaban de joder la vida por completo.

—¿Y Sid? ¿Cómo está? —pregunta de inmediato, saltándose la parte de «¿qué tal, Ty? ¿Todo bien?».

Dejo escapar una risa vacía.

—Ella está… —Dudo, la palabra me cuesta pronunciarla: —Embarazada.

—Ah, qué bien. ¿Le gustó la sopa? —continúa por encima de mi respuesta, como si la respuesta que le había dado fuera algo sencillo. Nada nuevo.

Silencio. Cuento hasta seis.

—Lo siento. Creo que lo he entendido mal —balbucea Knight, con esa cautela que mata a un desesperado—.

—¡No! No lo has entendido. Está embarazada.

Más silencio.

Espero, porque estoy asimilando la información de la misma manera.

—¿Y el hijo es suyo?

Una ira sin precedentes se apodera de mi pecho, quemiéndolo todo por dentro y subiendo como una ola de lava hacia la superficie.

—Claro que es mío, idiota. ¿De quién crees que iba a ser? —disparo, con la mandíbula apretada, listo para arrancarle la cabeza si insiste.

Y…

Me detengo.

Parpadeo varias veces, buscando una lógica para mi reacción.

Joder… he tenido un ataque de ira y el motivo brilla en un marcador luminoso con una puntuación que nunca pensé que alcanzaría.

Otra ola de silencio cae entre nosotros.

Agradezco el milagro momentáneo de que él mantenga la boca cerrada, ya que parece tan sorprendido como yo.

La simple posibilidad —totalmente hipotética, inventada y absurda—de que Sidney se haya quedado embarazada de OTRO hombre me da náuseas.

¿Y lo peor? Solo fue Jared quien planteó la hipótesis.

Si alguien en la calle dijera eso, probablemente le rompería los dientes.

La rabia que sentí por ella el día que Jared y yo fuimos expulsados del entrenamiento por *el coach* todavía grita aquí dentro, pero en algún lugar en lo más profundo, que es casi inaccesible. La sensación se hundió en la oscuridad de mi conciencia cuando la vi salir pálida y tambaleante después de nuestra discusión.

¡Maldita sea!

Fui un gran imbécil.

Y después de lo que hice, asumo la culpa de los cobardes.

Si hay algo a mi favor, es que me asusté al verla así. Ella siempre me había dado la impresión de ser extremadamente fuerte.

Quería hacerle daño porque yo me sentía herido.

Y ahora estoy en esta confusión de sentimientos:

Rabia.

Preocupación.

Celos.

Todo mezclado, como si mi cabeza fuera un *drive-thru* de emociones negativas.

Mi perro me mira como diciendo: tío, ¿eres tonto o solo humano?

Aprieto la mano sobre la encimera y respiro hondo.

—Tío… —dice Jared con cuidado, como quien intenta domar a un toro enfurecido—. ¿Va todo bien?

—Sí… —miento con la confianza de quien miente muy mal.

—Estás celoso, ¿verdad?

—Tengo ganas de colgarte el teléfono en las narices.

—Lo que, en tu lenguaje, significa «sí, estoy celoso, pero no me atrevo a admitirlo porque soy emocionalmente incompetente».

Me paso la mano por la cara, casi arrancándome la piel.

—Jared, te juro que…

—Tranquila —me interrumpe, riendo de esa forma tan irritante—. Sé que estás en negación. Todos pasamos por eso cuando descubrimos que queremos algo que nos da miedo.

—No quiero este bebé.

—Claro que no—dice Jared, en un tono tan falso que hasta Charlie ladra—. Tú, Tyler Grant, definitivamente NO quieres este bebé. Jamás. Nunca. Cero.

Cierro los ojos.

Su burla es casi tan tóxica que me da alergia.

—¿Vas a seguir así o vas a ir al grano? —murmuro.

—Solo lo estoy reforzando —dice, inocente como un *gremlin*[31] —. Porque, verás… te gusta Sidney. Estás obsesionado con ella desde el primer segundo. Eso no es ningún secreto para nadie.

—¿Y…? —pregunto con una letra. —Una cosa es que te guste. Otra es que te guste tener un hijo con ella. Son dos cosas diferentes.

—Vale. De acuerdo. Acepto tu argumento —dice, como si estuviera moderando un debate presidencial—. No quieres tener hijos porque se lo prometiste a Dios sabe quién.

—Me lo prometí a mí mismo.

Suelto un sonido de irritación.

—Listo. Rompiste la maldita promesa y sobreviviste. Sin drama.

Respiro hondo, exhalando tan lentamente que él lo interpreta, erróneamente, como una autorización para continuar con la terapia:

—Vives como si tuvieras todo bajo control. Pero mira tu vida, tío. No controlaste la filtración de la foto. No controlaste que Sidney se pusiera enferma. No controlaste el embarazo. Ni siquiera controlas a tu perro, que te manda a tu antojo.

Charlie ladra en el momento justo, como si supiera que se le ha mencionado.

—Lo único que controlas… —continua —es cómo respondes cuando la vida te da una patada. ¿Y adivina qué? Vas a tener que responder.

Me paso la mano por el pelo, agotado.

—Eso no cambia el hecho de que no quiero volver a perder a nadie.

—No lo cambia—, asiente—. Pero tampoco cambia el hecho de que ese bebé ya existe. Ya está sucediendo. Ya es parte de tu historia. Y puedes seguir intentando huir del tema, pero el destino ya ha entrado en tu vida y se ha sentado en el sofá.

Me quedo callado.

Porque es así.

Un resumen crudo.

Simple.

De mi vida completamente fuera de control.

—Tyler… —concluye Jared, con un humor burlón y cruel—. Nadie te pidió que planearas esta vida. Pero llegó de todos modos.

Nos quedamos un minuto en silencio, contemplando la encarnación de Freud en mi mejor amigo.

—Estoy jodido, ¿no? —pregunto en voz baja.

—Totalmente —responde, satisfecho—. Pero al menos no estás jodido solo.

—Vale… ¿qué debo hacer entonces? —pregunto, apretándome el puente de la nariz.

—Si yo fuera el padre… —dice Jared, arrastrando la última palabra—, querría participar en todo.

Aquí volvemos al sentimiento inicial de cuando preguntó quién era el padre.

La posesividad sobre todo lo relacionado con Sidney es algo incontrolable.

¡Pero qué mierda!

El hijo es mío.

—Lástima que no seas tú.

—Sí. —Chasquea la lengua, como si fuera algo trivial. —Pero si lo fuera, no huiría.

Exhalo con fuerza, dejando claro lo mucho que me irrita.

—Nos peleamos, Jared. Le pedí un «tiempo» de separación. ¿Quién le pide un tiempo a una mujer que está pasando mal delante de él? —me quejo, apretándome el puente de la nariz.

—Un idiota —responde sin pensarlo dos veces—. Pero se puede arreglar.

—¿Cómo? —pregunto, cansado.

—Dile que tu cronómetro se ha puesto a cero. Que quieres volver al juego —su tono es burlón.

Suelto una risa corta y nerviosa, frotándome la nuca con la mano.

—Me va a echar la bronca.

—Se lo merece —afirma sin piedad.

—Joder… ¿de quién eres mejor amigo? —pregunto, irritado.

—Del papá del año —responde riendo, y se puede oír claramente su sonrisa pícara a través del teléfono.

Gruño tan fuerte que incluso Charlie levanta la oreja, alarmado.

—Voy a hablar con ella —digo con firmeza, enderezando la espalda como si eso me diera valor—. Voy a asumir la paternidad. Oficialmente.

—¡Así se habla! —celebra Jared, satisfecho, chasqueando la lengua—. Por fin sale algo decente de tu boca.

—¿Jared?

—¿Hola? —pregunta él, anticipando ya la patada.

—Vete a la mierda.

—Siempre. —Se ríe brevemente—. Nos vemos mañana, papá.

Cuelga antes de oírme mandarle a la mierda.

Dejo el teléfono sobre la encimera y me quedo allí, en la cocina, con el silencio mirándome fijamente.

Charlie se sienta a mi lado y frota su cabeza contra mi muslo, en un gesto cariñoso que demuestra su apoyo a mi decisión.

O eso es lo que quiero creer.

Nunca quise ser padre porque, tras la muerte de Steffany, sentí mucho miedo de volver a sufrir lo mismo.

Pero la vida no me pidió mi opinión.

Simplemente me lanzó la bomba y se marchó.

¿Y ahora qué?

Ahora voy a afrontarlo, porque a pesar del caos, no puedo imaginar a nadie ocupando mi lugar.

A decir verdad: ni quiero.

Capítulo 28

Tyler Grant

El *snap* sale limpio.

Josh retrocede, Jared pasa detrás de él listo para correr, y yo salgo disparado por el lateral porque correr es fácil. Pensar es lo que me jode.

Corto la ruta, giro el cuerpo y recibo el balón en el pecho. Avanzo ocho yardas antes de ser derribado como si fuera basura reciclable.

Primera oportunidad.

—¡Código azul! —grita Josh.

Azul es pase rápido. Azul es sencillo.

Azul recuerda el color de la ropa hecha para los niños.

¿Y ahora azul es la posibilidad de que sea padre de un niño?

¿Será nuestro bebé un niño?

En ese momento, recibo un fuerte golpe en las costillas y dos defensas caen sobre mí. Mierda.

¿Cuándo cogí la maldita pelota?

Mejor aún… ¿cuándo empecé a correr?

Uno de ellos me ofrece la mano para ayudarme a levantarme. Acepto, esbozando una sonrisa incómoda frente a la sonrisa victoriosa del suplente.

—Tío, ¿qué ha sido eso? Siempre consigues esquivar a Selton —pregunta Josh, corriendo hacia mí.

—No vi que venía por la izquierda.

—Pero estabas mirando hacia la izquierda —replica Jared, demostrando que nació con el talento específico de irritarme.

Miro a mi amigo con ojos llenos de furia, y él aprieta los labios en una línea fina, con las comisuras levantadas en una expresión divertida. Maldito.

Hace tres días, sus palabras se convirtieron en un pandemónium en mi cabeza.

Aunque entiendo la razón que lo llevó a empujarme al límite, todavía estoy lidiando con las consecuencias de mi epifanía sentimental. Es decir: no soporto la idea de Sidney con otro chico.

Peor aún.

No soporto la idea de compartir la paternidad de mi hijo con cualquier don nadie.

—Concéntrate, Grant —Josh interrumpe mis pensamientos mientras se ajusta el casco—. El domingo nos enfrentamos a los Philadelphia Eagles. ¿Quieres seguir regalándonos o vas a jugar?

Eagles[32] .

Genial.

Como si mi cabeza no estuviera ya lo suficientemente agobiada.

—Voy a jugar —respondo secamente.

—Pues juega.

Asiento con un pequeño movimiento de cabeza y veo a mi capitán correr hacia el centro del campo.

Jared se queda.

Soplo aire hacia arriba, pidiendo clemencia por el pecado que quiero cometer contra mi amigo.

—Tu cabeza está en cualquier parte menos aquí —comenta, cruzando los brazos.

—¿Y de quién es la culpa?

Él levanta las cejas, incrédulo.

—¿Mía?

—Me confiscaste el móvil por la mañana, tío. ¿Cómo iba a saber si ella había respondido?

Él suelta una risa nasal.

—¿Respondió a las dieciséis mensajes? Lo dudo.

La ironía en su voz es casi ofensiva, si no fuera porque es cierta.

Envié dieciséis mensajes en un intervalo de tiempo que prefiero no calcular.

Ninguna borrada.

Todas entregadas.

Todas leídas.

Sin respuesta.

Era como si Sidney hubiera hecho un máster en el arte de humillar al género masculino.

Ella no bloquea.

No se enfada.

No envía mensajes largos.

Lee.

Y sigue con su vida.

Y eso es infinitamente peor.

Si me hubiera insultado, yo le habría respondido.

Si me hubiera mandado a la mierda, habría discutido.

¿Pero el silencio?

El silencio me deja en la más pura desesperación.

—Sabes que lo está haciendo a propósito, ¿verdad? —dice Jared, ahora más serio.

—Lo sé.

—Y sabes por qué.

Lo sé.

Porque fui arrogante.

Porque dije muchas tonterías.

Porque huí y la dejé atrás con una responsabilidad que debe compartirse y no recaer sobre un solo ser humano.

Bueno… no cuando el otro tiene plena capacidad para ello.

Y yo la tengo.

Claro que mi voluntad está viciada por ese sentimiento de posesividad hacia ella y… hacia el bebé.

¡Es mi bebé, joder!

¡Mío!

No quería dejar embarazada a mi novia. Y le dejé claro que no tenía intención de hacerlo algún día.

¿Quizás si ella condicionara nuestra relación en el futuro…?

Ya ni siquiera sé si la dejaría como hice antes.

Sidney ha cambiado todas mis creencias, incluyendo lo que quiero en el presente y en el… futuro.

Nunca había estado tan obsesionado con una mujer como lo estaba con ella. Ya me habían rechazado antes. Y me daba igual. Pasaba rápidamente a otra cosa.

¿Para qué insistir cuando la demanda en el mercado es grande?

Ahora, con esta chica… he perdido la cuenta de cuántas veces me ha rechazado. Cuántas veces he insistido. Y, sinceramente, seguiría insistiendo hasta conseguirlo.

Jared tiene razón en muchas cosas. Mi obsesión por Sidney es una de ellas.

—No es racional lo que siento —concluyo, cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza.

—El amor rara vez lo es.

—Vete a la mierda —le respondo, porque admitirlo sería humillar aún más al macho que hay en mí.

Más aún cuando ella me ignora con tanta maestría.

La mujer ha vuelto al trabajo y está al borde del campo, con la pizarra anotando quién sabe qué.

Mira a cada jugador durante más de 12 segundos, mientras que a mí ni siquiera me dedica un guiño.

Respiro hondo, exhalando lentamente mientras camino junto a mi amigo.

—Solo quería tener dos minutos de su atención —digo, mirándola descaradamente—. Me ha estado evitando todo el día.

—¿Vas a admitir que eres un idiota?

Gruño y él se ríe. Luego lo admito de una vez:

—Sí. Y que puede contar conmigo. No voy a huir como hice el día que lo descubrí. Quiero saber si está mejor. Si se ha tomado la sopa. Cuándo es la próxima cita. De cuántos meses está… y…

—Ya lo pillo. Ya lo pillo. No hace falta que recites los 16 mensajes, tío. Los leí cuando te confiscé el móvil.

—Sabes que eres un entrometido, ¿verdad?

—Soy tu mejor amigo. Y te estoy protegiendo de ti mismo —dice, hinchando el pecho, orgulloso de su puesto y su actitud—. Pero si tanto quieres hablar con ella… puedo echarte una mano.

—¿Me vas a devolver el móvil?

—Mejor… te voy a tirar a la jaula de la leona. —Esas son las últimas palabras antes de que mi estúpido amigo me empuje con

fuerza al suelo—. Ahora pon tu mejor cara de dolor y quejate de ese maldito hombro.

—¿Qué?

—Solo sigue la corriente.

El alboroto que viene de fuera del césped donde estamos revela su infalible plan. Y no puedo negar que ha surtido efecto, ya que una de las caras que corre a examinarme es la suya.

—¡Ay, joder! —me quejo, balanceando el cuerpo de un lado a otro.

—¿Qué broma estúpida es esa, Knight? —rugió nuestro *coach*. John y Nate vienen en mi ayuda. Sidney se queda justo detrás de ellos, examinándome y… finalmente mirándome.

—No fue mi intención, *coach.* Solo fue un choque entre compañeros, ¿sabes? Y el tipo se cayó. Lo siento, Ty. —Su arrepentimiento es tan real que me recuerda a las obras de teatro en las que participaba en la secundaria.

El tipo tiene talento y tiene ese aire de actor, ¿sabes?

Aunque dicen que para ser abogado hay que ser tan bueno en la dramaturgia como una estrella de *Hollywood.* Entonces…

—Creo que me caí sobre el hombro que me lesioné la última vez —enfatizo, para ser un poco más convincente.

—Has mejorado al vendarte —declara John, sin darse cuenta de que se ha convertido en un peón en el juego.

—Fue Bennett quien acertó la última vez. —Ahora es Nate. Y tengo la impresión de que estos dos están en mi equipo.

Ella suspira, cerrando los ojos y sabiendo dónde terminará todo esto.

—Vamos, Grant. Te acompaño a que Sid te haga *el* vendaje —se ofrece Nate, y me levanta con un empujón en la espalda.

Sidney camina sin decir nada delante de nosotros, pisando fuerte, como si fuera a la guerra.

Entramos en la salita con una camilla y los instrumentos de fisioterapia intensiva. Me siento en la silla y, antes de quitarme el uniforme por la cabeza, Nate me susurra al oído:

—Si te quitas la camiseta sin gemir, ella sospechará.

Equipo Tyler. ¿No te lo dije?

Sonrío levemente y hago lo que me dice. Me ayuda a quitarme las hombreras.

—Gracias —le agradezco.

—Solo lo hago porque le gustas y está embarazada. No vuelvas a hacer ninguna tontería.

Ay.

Me lo merezco.

De repente, coge el móvil, como si hubiera recibido una notificación.

—Sid, voy a ver qué quiere John y ahora vuelvo. Intenta no matar al paciente, ¿vale?

Ella solo resopla y le dedica una sonrisa falsa.

Un minuto después, estamos solos.

Se pone los guantes con movimientos demasiado precisos para alguien que está completamente indiferente. Coge las tijeras. La cinta. El alcohol.

Ni siquiera me mira.

—Bueno… —empiezo, apoyando los antebrazos en los muslos, tratando de parecer casual y no un condenado esperando sentencia. —¿Cómo estás?

—Bien.

Una palabra.

Seca.

—¿De verdad bien? —insisto—.

—Ajá.

—¿Uh-hum es sí o uh-hum es «no me fastidies»?

Ni siquiera parpadea.

—Es «ajá».

Respiro hondo.

—¿Te has tomado la sopa?

Sus dedos presionan mi deltoides con más fuerza de la necesaria.

—Sí.

Dejo de preguntar, sintiendo que tira más de lo necesario para que la cinta fuerce el hombro en su posición. Incluso me pregunto si lo está colocando en su sitio o si está empeorando mi supuesta situación.

Pero sería injusto con ella. Sidney no dejaría que su enfado conmigo interfiriera en su trabajo.

Espero.

—¿Has ido al médico?

—Ajá —responde, de nuevo con ese sonido que se está convirtiendo en un maldito mantra en sus labios.

—¿Está todo bien?

—Ajá.

Mierda. Respiro hondo, mordiéndome un lado de la mejilla para controlarme.

—¿Cuándo es la próxima cita?

—La semana que viene.

—¿Qué día?

Se detiene. Noto cómo se le hincha el pecho y se le dilatan las fosas nasales al soltar el aire. Por fin me mira. Con una expresión de «te voy a matar» estampada en la cara.

—¿Por qué quieres saberlo, Grant? —Entrecierra los ojos y reconsidero la respuesta, porque sé que esta es mi oportunidad para

disculparme.

—Porque… —Me paso la mano por el pelo, frustrado. Y lo que sale es completamente diferente a lo que tenía pensado. —Porque el niño también es mío.

Ella suelta una risa sarcástica.

—¿Ahora quieres ser padre?

—No he dicho que quiera. Pero como lo soy, no voy a huir de mi responsabilidad.

—Genial. Y como tu responsabilidad solo será necesaria cuando ya no estén dentro de mí, puedes seguir con tu vida hasta entonces.

—¿Estás rompiendo conmigo? —pregunto, sintiendo un pinchazo en el pecho que no esperaba que doliera tanto. Entonces, otra información de la respuesta brilla ante mí. —¿Ellos?

—Son gemelos. Estoy esperando dos bebés. Y… —Estoy en una espiral de emociones que parece un huracán de 300 km/h. —Has terminado, Grant. ¿O lo has olvidado?

Algo se ha vuelto dentro de mí, sin previo aviso, y de una manera tan abrumadora, que mi impulso es atraer a Sidney hacia mi regazo. He sido rápido, sin darle tiempo a preguntar, incluyendo el dolor en mi hombro.

—No… no lo he olvidado. Recuerdo que solo pedí un tiempo. Y sí, fui un idiota —constato, y la sensación de tenerla allí de nuevo tan cerca, pero también tan lejos, es una navaja que se hunde en mi pecho.

—Un tiempo es lo mismo que terminar.

—Pedí un tiempo para respirar. No para ser excluido de mi propia paternidad.

—Ni siquiera sabías que eras padre y rompiste conmigo porque no me creíste.

Esa era una verdad que aún existía entre nosotros. Yo todavía no la creía. Me quedo en silencio.

Sidney me mira fijamente durante un segundo demasiado largo. El tipo de segundo que no tiene nada de racional.

—Todavía no lo crees —constata con voz pequeña y quebrada. Me siento el peor ser humano del mundo por no poder, pero no puedo.

Ella fuerza su cuerpo para salir de encima de mí. Yo la presiono para que se quede. La agarro con fuerza por la cintura, deseando que el tiempo se detenga para poder sentir a mi mujer por una fracción de segundo más.

Su cuerpo parece tan necesitado de mi tacto como el mío. Sus pechos se marcan más en el uniforme y, sin poder controlarme, le pongo una mano encima. Ella cierra los ojos y gime en voz baja, ese sonido que tanto echaba de menos.

—Tyler… esto no es justo.

—No estoy tratando de ser justo. —Hundo mi rostro en su cuello, embriagándome con su perfume suave como una brisa cargada de flores de primavera. Algo único que me recordaba al jardín de la casa de mis padres.

Porque ella es mi hogar.

—Te deseo tanto, preciosa. Te echo tanto de menos. —Beso lentamente el pequeño trozo de piel que queda al descubierto por encima del cuello de la sudadera.

A continuación, mi boca desciende hasta la línea de su mandíbula. No la beso. Solo rozo mi barba. Lentamente. Sintiendo la reacción.

Su cuerpo se arquea hacia adelante, yo acaricio aún más su pecho sobre la tela. Ella respira con fuerza.

—Tyler… —intenta de nuevo que suene como una queja, pero yo lo entiendo como un estímulo.

Sus manos se enredan en mi cuello, sujetándome. Anclándome.

—Para —dice, al mismo tiempo que se mueve lentamente sobre mi polla, como si su cuerpo hubiera decidido hablar por sí mismo.

Joder.

—¿Me estás tomando el pelo? —gruño, con la mano cerrada sobre su cadera—. Si vas a mentir, miente mejor.

Ella suelta un gemido bajo, traicionero como la mierda. Del tipo que no deja lugar a interpretaciones.

—Eres un hijo de puta.

—Te gustaba mi madre.

—Lo has entendido. Cabrón.

Vale. No puedo rebatir ese insulto.

—Lo que está mal es que finjas que no lo sientes —respondo, bajándole la cremallera de la sudadera y besándole el cuello.

—No puedes hacer eso —insiste, pero su cuerpo se entrega, frotándose contra mi erección como si necesitara recordar lo que se siente tenerme ahí—. Estoy intentando odiarte.

—Lo estás haciendo muy mal.

Y… por desgracia, unas voces en el pasillo rompen el encanto con el peor *timing* del mundo.

Ella parpadea.

Una vez.

Dos.

Y entonces todo cambia.

Su cuerpo se tensa de repente, como si su cabeza finalmente hubiera alcanzado al resto.

—No. —Se aleja demasiado rápido, poniéndose de pie. —No. Hemos terminado. Dijiste cosas que me hicieron daño. Yo… —Se

lleva las dos manos a la cabeza, mirando a su alrededor, buscando algo que me hace mirar al mismo lugar.

—Lo siento —confieso—. Yo… no soy perfecto, Sid.

—No quiero a alguien perfecto. Quiero a alguien que confíe en mí.

Quiero decirle que confío en ella. Quiero decirle que lo es todo para mí. Quiero decirle que voy a ser el mejor padre del mundo.

No sale nada.

Porque solo la segunda frase era cierta. Todavía no puedo confiar en ella al 100 % y soy un idiota por ello. No sé si seré el mejor padre del mundo.

Sin embargo… ella lo es todo para mí.

—Ha sido un error —dice, arreglándose la ropa con manos temblorosas—. Un error enorme. No me sigas.

—Sidney, espera… —Me acerco a ella y me detiene la puerta que me lanza en la cara. Sin embargo, la víctima fue mi rodilla.

Joder.

—¡Hija de puta! —maldigo, agachándome y masajeando la zona dolorida.

Cuando abro la puerta, ella ya está lejos. Corro tras ella.

Gira a la izquierda. Acelero aún más, cojeando.

La veo correr.

—No puedes correr así —le digo, sin saber siquiera si lo que estoy diciendo es cierto.

Finalmente se detiene, se gira hacia mí y su mirada podría matar a una manada de elefantes.

—¿No puedes correr así? —repite, soltando una risa sarcástica—. ¿Quién te crees que eres para decirme lo que puedo o no puedo hacer?.

Aprovecho para dar unos pasos hacia ella, acortando la distancia.

—Solo estoy embarazada, Grant. No estoy inválida —me grita.

Y entonces, una figura demoníaca aparece justo detrás de ella, con la maldad bailando en sus finos labios. Frunzo los labios, sintiendo la turbulencia que se avecina.

Sidney se da cuenta y su rostro pálido me asusta tanto que me olvido del dolor en la rodilla. Corro para estar a su lado.

Astrid Cowley. La vaca venenosa me mira con sus ojos felinos. Luego mira a Sidney, que busca una pared en la que apoyarse.

—¿Qué te pasa?

Me olvido de la rodilla y piso con firmeza para estar al lado de mi mujer.

Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro. Doy medio paso adelante, automáticamente, como si tuviera un silbato y una bandera avisando de territorio ocupado. La vaca me mira. Yo la miro también.

Sidney puede huir de mí, pero yo me encargo de esa serpiente.

Si esta historia se convierte en una guerra, no pienso, no negocio, no retrocedo. Me convierto en trinchera, me convierto en muro, me convierto en problema. Porque Sidney no está sola. Nunca más. Y quien lo olvide… lo aprenderá de la peor manera posible.

Capítulo 29

Sidney Bennett

Salgo de la habitación antes de que mi cuerpo decida hacer algo de lo que mi cabeza se arrepentirá el resto de mi vida.

Le cierro la puerta en las narices por puro reflejo de desesperación.

Mi orgullo queda tirado en el suelo.

Joder.

Echo un rápido vistazo por encima del hombro y lo veo salir cojeando detrás de mí.

Ay, Dios… ¿por qué este hombre ha decidido que ahora quiere perseguirme?

Debe de haber algún código secreto entre los cretinos, con esa maldita regla de que solo se valora lo que se pierde. Porque Tyler Grant ha perdido a esta zorra.

Ah… la perdió.

Por mucho que esté parpadeando como el letrero luminoso de una discoteca de quinta, con una enorme gotera en el techo que ya ha mojado todo su colchón.

Aprieto los párpados y soplo aire con fuerza por la nariz, rogando que la sangre vuelva a circular por mi cerebro.

Emory y Brooke se olvidaron de avisarme de que durante el embarazo se sufre de trastornos mentales.

Solo eso explica este lapsus colectivo de mi cordura.

Me humilló delante de todo el equipo y, para empeorar las cosas, dejó muy claro que no quería ser padre.

Lo enfatizó con letras mayúsculas.

Lo único que le faltó fue pintarlo en la pared de mi apartamento.

¿Y ahora viene con ese discurso sobre asumir responsabilidades?

¡Arg!

—Niños, la cosa es así… papá es un idiota. Y no lo necesitamos, ¿vale? —murmuro, caminando apresuradamente mientras apoyo una mano sobre mi vientre.

En esa sala, a solas con él, dejé que mi cuerpo gritara una necesidad que cada día se hace más evidente.

Ese hombre me mira y todo en mí responde como si hubiera olvidado que soy inteligente, que tengo carácter y una enorme lista de razones para no lanzarme sobre él.

Da la impresión de que estoy más cachonda de lo normal.

Y eso que, para que yo tenga más ganas, es casi un evento sobrenatural.

Alguien tocó los botones equivocados de mi coño y se fue riéndose en mi cara.

Mis pechos están jodidamente sensibles. Doloridos. Pesados. Cualquier roce me hace querer quitarme la camiseta y pedir alivio como si fuera un salvavidas.

Ese hijo de puta se estaba aprovechando de mi necesidad sexual. ¿Habrá leído algo sobre las embarazadas estos días?

No puedo creer que le dejara tocarme los pechos con esa mano grande, llena de venas, perfecta…

Si me hubiera quitado la ropa, lo habría dejado.

Y me habría arrepentido un minuto después.

Lo sé.

Aprieto mi pecho con fuerza, tratando de expulsar la imagen de mi cabeza.

No.

No.

No.

No voy a ser esa mujer.

No voy a ser la embarazada necesitada que confunde el deseo sexual con la reconciliación.

No voy a ser la idiota que cae en la trampa del cuerpo cuando lo emocional todavía está jodido.

Pero, joder…

Por poco.

Por muy poco.

Sigo por el pasillo, caminando demasiado rápido, como si correr resolviera todos mis problemas.

El suelo parece más corto.

El aire, más pesado.

Y entonces oigo mi nombre.

—No puedes correr así —dice, cojeando; creo que le he dado con la puerta en una de sus rodillas—. ¡Estás embarazada, joder!.

Ah.

Ya está.

Ahora, además de todo lo demás, se ha convertido en el fiscal de mi cuerpo.

Giro sobre mí misma, enfurecida.

—¿No puedes correr así? —repito, incrédula—. ¿Quién te crees que eres para decirme lo que puedo o no puedo hacer?

Él abre la boca para responder, pero no le dejo espacio.

—¡Solo estoy embarazada, Grant! —grito—. ¡No estoy inválida!

Mi pecho sube y baja demasiado rápido, delatándome: la rabia, la excitación y la humillación, porque la segunda es mayor que la primera.

Mierda.

Él se queda quieto.

Estático.

Mirando un punto detrás de mí.

Y tengo la clara sensación de que no me va a gustar nada quién haya escuchado mi revelación explosiva.

—¿Qué estás…? —La voz aguda de Astrid, la zorra de guardia del pasillo, me perfora los oídos.

Busco la pared más cercana y dejo que mi hombro se incline hacia un lado.

Me están castigando. No puede ser de otra manera.

Giro lentamente la cabeza y encuentro la mirada de la arpía brillando como si acabara de recibir un regalo envuelto.

—¿Embarazada? —repite, saboreando la palabra—. Interesante…

Siento cómo se me revuelve el estómago.

Grant se pone a mi lado al instante.

—No es asunto tuyo —dice Tyler, interponiéndose entre la vaca y yo.

—¿Cómo que no es asunto mío? —replica Astrid, esbozando lentamente una sonrisa—. Ya hemos cerrado el contrato de los calzoncillos *IronBull*, Tyler. ¿Y un embarazo? Vaya… no solo tendremos una campaña en la que trabajar. Habrá varias. ¿Te das cuenta de la cantidad de productos para bebés que hay en el

mercado? Cochecitos, pañales *premium*, canastillas personalizadas… Eso es oro. Es más patrocinador para el equipo. Es una oportunidad.

El pasillo comienza a encogerse.

Escucho sus palabras, pero no consigo organizar ninguna.

Campañas.

Productos para bebés.

Patrocinador.

¿Mis hijos se han convertido en una estrategia de marketing?

¡Ay, Dios!

El aire falla.

Siento cómo se me va la sangre de las manos, de los pies, de la cara. Como si alguien hubiera abierto un grifo invisible dentro de mí.

—Es una noticia que tenemos que aprovechar —continúa ella, demasiado animada—. Es el *momento* perfecto.

Momento.

No soy un calendario promocional, maldita sea. Quiero gritar, pero no puedo.

Mi visión comienza a ponerse borrosa por los bordes. Pequeños puntos negros bailan como si se burlaran de mi estabilidad.

No quiero esto.

No quiero que mi nombre aparezca en los titulares.

No quiero mi barriga en campaña.

No quiero ser «la embarazada del jugador».

Solo quiero… respirar. Pero el aire entra mal. Es corto. Demasiado rápido.

Estoy hiperventilando.

Aprieto los brazos alrededor de mi cuerpo, con la intención de evitar que me arrebaten la vida aquí mismo, en este pasillo.

—¿Sidney? —oigo llamar a Tyler.

No respondo.

Estoy demasiado ocupada intentando no vomitar.

La saliva amarga me sube por la garganta.

Mi estómago se revuelve tanto que estoy segura de que voy a caerme.

Y entonces lo siento.

Su mano en mi brazo, sujetándome con firmeza.

Cálida.

Presente.

—Ya basta —su voz cambia por completo.

Con tanta seriedad que juraría que es de otra persona.

—No vas a usar eso —afirma, convencido, cada palabra saliendo con pesadez—. No sin su permiso.

Astrid se ríe suavemente.

—Tyler, esto no es «usar». Es estrategia. Ya sabes cómo funciona. Los medios lo descubrirán tarde o temprano. Mejor controlar la narrativa de la noticia.

Narrativa.

Mi embarazo se convirtió en narrativa.

El aire se esfuma por completo y ahora le agarro del brazo. No por orgullo. No por fuerza.

Por equilibrio. Él rodea mi cintura con su brazo.

—Ay de ti —continúa, dando un paso adelante—si dices algo sin su consentimiento.

El tono es peligroso, como una alerta roja.

—Solo Sidney decide si esto se va a divulgar. Y cuándo. Y a quién. Si publicas una sola línea, acabaré contigo.

El silencio que se instala es pesado para Astrid, pero un alivio para mí. Tyler continúa, cada palabra parece una puñalada en el ego de la vaca:

—No volverás a trabajar para ningún equipo. Ni universitario. Ni profesional. Ni por invitación. —Chasquea la lengua contra el paladar. —¿Y la revista? Olvídalo. Como mucho, venderás alguna vieja en la esquina, porque ya no tendrás credibilidad. Te destruiré.

Astrid pierde la sonrisa por un segundo.

Solo un segundo.

Pero yo lo veo.

Se recompone rápidamente.

—Tranquilo… —dice, controlando el tono—. Solo estoy hablando de oportunidades. No hay que dramatizar.

Dramatizar.

Mi estómago da otra vuelta.

—Quítate de en medio —exige Tyler, en voz baja, pero mortal.

Ella contiene la sonrisa por un instante más.

—Hablamos después.

—No —la interrumpe él—. No hablaremos.

Ella retrocede, dando pasos hacia atrás hasta desaparecer de nuestra vista.

Y solo entonces me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración cuando el pasillo queda vacío.

Me tiemblan las piernas.

—¿Sidney? —suena preocupado. Ahora está totalmente centrado en mí—. Mírame.

Lo intento.

Su rostro está serio. Concentrado. Nada de la burla habitual.

—Respira —me indica, su expresión angustiada resulta casi tierna.

Aspiro aire.

Esta vez entra.

—No quiero que nadie lo sepa —logro susurrar, con la voz quebrada.

Él no duda.

—Entonces nadie lo sabrá.

Así de simple.

Sin «ya veremos».

Sin «quizás».

Sin estrategias.

Mi pecho se calienta de una manera extraña.

No es excitación.

No es ira.

Es… acogida.

Algo que nunca necesité.

O creía que no necesitaba.

Y ahora, debilitada, con las hormonas alterándome todo y el mundo queriendo convertir mi barriga en una campaña publicitaria…

¿Tener a alguien que te diga «nadie va a tocar eso sin ti»?

Es casi devastador.

Nunca necesité que nadie me defendiera. Pero él acaba de hacer precisamente eso.

¿Y lo más peligroso?

Que me gustó.

Mucho.

—Ven —dice, guiándome por el pasillo—. Necesitas sentarte un rato.

No discuto.

Me lleva al comedor, tira de una silla y me hace sentar con demasiado cuidado para alguien que hace unos días decía que no podía cuidar de mí.

Desaparece unos segundos y vuelve con un agua con gas. Me la abre y me la ofrece.

—Bebe, preciosa.

Doy un sorbo, porque necesito el agua, la atención, el cuidado, el cariño.

Las náuseas remiten.

Pero el calor en el pecho permanece.

Y cuando él está ahí, frente a mí, protegiendo el espacio a mi alrededor como si el mundo fuera una amenaza constante…

Mi cuerpo me traiciona de nuevo.

Porque, joder…

Es imposible no sentirse atraída por un hombre que está dispuesto a quemarlo todo por ti.

—Eso no cambia nada —digo, mintiendo descaradamente. Porque lo ha cambiado todo.

—Lo sé —acepta, y se queda ahí, sin poner a prueba mis límites. Solo dándome lo que necesito ahora. —Sé que no confías en mí. Sé que dije un montón de mierda.

Tragué saliva.

—Pero seguiré luchando por ti y por nuestros bebés.

Se me encoge el pecho.

—Puedes intentarlo —respondo, tratando de parecer neutral.

Él inclina ligeramente la cabeza, mirándome con una mirada desafiante y esa sonrisa de suficiencia.

—Sé jugar, preciosa.

Pongo los ojos en blanco con tanta fuerza que casi se me salen los globos oculares del cráneo.

—No puedo impedirte que lo intentes. Pero no confundas intento con victoria.

—Nunca lo he confundido —responde—. Pero nunca he entrado en un juego para perder.

Mierda.

Mi cuerpo reacciona antes que yo, volviendo a palpitar de una manera completamente inoportuna entre mis piernas.

Estoy jodida.

Siento que soy péssima en este juego, porque no tengo una estrategia segura.

Debería cerrar el tablero y salir corriendo.

Pero una parte de mí quiere ver hasta dónde llega esto.

Quizás porque, por primera vez, no estoy jugando sola.

Quizás porque siempre me ha gustado el peligro.

Y tal vez… porque esta jugada nada planeada sea la más arriesgada de mi vida.

Capítulo 30

Tyler Grant

La terraza de mi casa es mi refugio cuando mi mente es un caos total.

Manhattan brilla allá abajo como si el mundo fuera perfecto. Edificios iluminados, coches pasando, sirenas lejanas. Y el frío de principios de diciembre cortando hasta el pensamiento.

Podría estar dentro, en la sala de televisión.

Pero he preferido subir y admirar mi pequeño jardín privado. Debe de ser algo genético, o un recuerdo afectivo de calidez, pasar un rato rodeado de plantas, aunque estén cubiertas por una fina capa de hielo.

Estoy en la parte cerrada, que es una sala acristalada en la esquina, con una chimenea de gas en el centro y un sofá demasiado grande para un solo hombre. Lo encendí rápidamente antes de que Charlie empezara a refunfuñar.

Mi cuerpo ocupa buena parte del asiento, mientras que la otra parte la ocupa una bola de pelo extragrande.

—Al menos no has dejado embarazada a nadie—le digo, acariciándole la cabeza.

Él me mira con esa cara de «yo solo existo, tú lo complicas todo».

Me cubro las piernas con la manta. La chimenea crepita. El cristal se empaña por los bordes. La ciudad sigue siendo un caos ahí

fuera. ¿Y yo?

Me quedo aquí.

Pensando en la maldita Astrid hablando de la campaña del bebé como si estuviera eligiendo un modelo de ropa interior. Yo, en este caso. Recibí un correo electrónico más temprano, con el contrato para dicha campaña.

Al menos tendré unos cuantos ceros más en mi cuenta bancaria.

Pero… nada de eso importa. Mis ganas de retorcerle el cuello a esa mujer asquerosa no han disminuido en absoluto.

La imagen de Sidney poniéndose pálida, la forma en que me agarró del brazo, buscando apoyo para no caerse.

Eso me impactó de una forma nueva.

Solo quería que nadie tocara lo que es suyo.

Lo que es nuestro.

Charlie suspira profundamente.

—Dije que seguiría luchando —murmuro—. ¿Qué clase de idiota dice eso sin tener ningún plan?

Apoya la barbilla en mi pierna.

No sé cómo se hace eso. No sé cómo apoyar a una embarazada sin invadir su espacio. Sinceramente, no sé cómo arreglar lo que he roto.

No planeé besarla mientras me ataba con su cinta milagrosa. Fue imposible resistirse. Mi deseo por esa mujer es completamente insano.

Llevaba demasiado tiempo sin sus labios, sin su cuerpo…

¿Te acuerdas del maldito GIF?

Qué bien. Porque simplemente me había olvidado de su existencia.

Estar tanto tiempo sin mi chica y arrepentido de mi actitud me hizo comprender que ciertas acciones son insignificantes frente a otras.

Dejé que mi cuerpo exigiera el suyo. Necesitaba sentirla.

Actué mal.

Ella huyó de mí.

Y acabamos con el diablo con falda.

Además… ¿qué puedo hacer?

No sé cómo se llega a ser padre de la noche a la mañana.

Padre.

La palabra pesa.

Si existiera un manual sobre cómo comportarse con una mujer embarazada, ya lo habría comprado para leerlo.

Solo encontré un título: «Qué esperar cuando estás esperando[33] ». Ya lo he leído hasta el capítulo cinco.

Pero esa no es la cuestión.

Quiero saber qué espera ella de mí. Qué puedo hacer para que este periodo sea mejor para ella. Y, sobre todo, cómo conseguir que mi mujer me acepte de nuevo en su vida.

¿Es tan difícil escribir algo así?

Soplo con fuerza, sintiendo cómo se dilatan mis fosas nasales.

No hay ningún libro.

¿Quizás encuentre algún profesor?

O… —mi mente da un vuelco—… profesora.

Cojo el móvil y marco el número de memoria.

Ella contesta al tercer tono.

—¿Tyler? ¿Todo bien? —pregunta mi madre con voz somnolienta.

—Sí, mamá. Solo… decidí llamar.

Oigo a mi padre preguntar quién es. Luego, un crujido de mantas. Debe de haberle hecho un gesto.

—Nunca «solo decides llamar» a las diez de la noche. ¿Ha pasado algo?

—No. Quería saber cómo están tú y papá. —Ella suspira profundamente, con ese sonido que me delata la mentira.

—Ajá… ya sé. Bueno, tu padre está aquí a mi lado, viendo un documental aburridísimo. ¿Quieres hablar con él?

—Después —respondo demasiado rápido. Entonces, intento disimular—. ¿Está bien?

—Sí. Muy bien, de hecho. El centro le está haciendo bien. Ya lo sabes. Va todos los martes y jueves. Hoy mismo ha tenido una reunión. Se ha quedado hasta tarde hablando con uno de los chicos.

—¿Le gusta?

—Se siente útil —su voz se suaviza—. Después del funeral de tu hermana… parece que algo encajó dentro de él. Necesitaba transformar todo lo que pasamos en algo bueno.

Tragué saliva.

—Qué bien.

—¿Y tú? —pregunta ella—. ¿Cómo va la temporada?

Suelto una media sonrisa.

—Estamos vivos.

—Eso no responde a nada.

—El domingo jugamos contra los *Eagles*.

—Ah. Entonces tendré que rezar un poco más esta semana.

Ahora sí que sonrío de verdad.

—Siempre ayuda.

Pequeña pausa.

—¿Y Sidney? —pregunta, con demasiada naturalidad para ser casual—. ¿Está bien?

—Sí… —respondo, sin extenderme demasiado.

—Esa chica es una joya rara, Tyler. Cuídala bien.

Por eso te estoy llamando, para descubrir cómo cuidarla, pienso.

—Mamá… bueno. —Elijo las mejores palabras para empezar —. Tengo un amigo que… ha dejado embarazada a su novia.

Ella no reacciona de inmediato. Se queda en silencio durante unos segundos hasta que suelta:

—Vale.

No hace más preguntas, lo que significa que voy por buen camino. Sigo con el guion que tengo en la cabeza:

—Pero cuando ella se lo contó… él se comportó como un idiota. Huyó. Dijo cosas que no debía.

Mierda. Solo por hablar como si fuera la historia de otra persona me siento aún peor.

El silencio al otro lado no es un juicio.

Es espera.

—¿Y ahora qué? —pregunta ella.

—Ahora ha entrado en razón. Rápido, ¿no? Pero lo ha hecho. Solo que ella ya está herida. Con razón —enfatizo—. Y él quiere hacer lo que ella necesita…, pero no tiene ni idea de lo que necesita una embarazada.

Me froto la frente, tenso por otro silencio por su parte.

—¿Mamá…?

—Hola, hijo. Continúa. Te escucho.

Suspiro y hablo aún más rápido:

—Entonces pensé… cuando estabas embarazada de mí. O de Steffany. ¿Qué es lo que realmente necesitabas de papá? ¿Qué

marcó la diferencia? ¿Qué puede hacer ese «amigo» para redimirse?

Oigo su respiración pesada, reflexiva.

—Tyler… cada mujer es diferente. Cada embarazo es diferente.

—¿No hay nada que él pueda hacer?

—Bueno… hay cosas que son universales.

—¿Como qué?

Me acomodo en el sofá y Charlie vuelve a levantar la cabeza. Si tuviera un cuaderno, tomaría nota. Se aclara la garganta y dice:

—Necesitamos apoyo. No soluciones. No discursos. Apoyo.

Me quedo callado.

Apoyo.

Vale. Eso sé hacerlo.

—Necesitamos sentir que no estamos solos. Incluso cuando ella diga que no lo necesita… Respeta sus límites. Hay que ir poco a poco, aceptando sus límites.

Eso me afecta.

—A veces le decimos que se vaya —continúa ella—. Pero lo que más queremos es que se quede.

—Se lo diré—. Y apunto mentalmente: si Sidney me echa, no le hagas caso.

—Y otra cosa —añade—. El embarazo lo cambia todo. Las hormonas, el cuerpo, la inseguridad. Puede sentirse fea. Puede sentirse hinchada. Puede sentirse vulnerable. Así que tu amigo tiene que hacer que se sienta guapa y deseada. No solo ver a la madre, sino a la mujer.

Es imposible que no me sienta atraído por ella.

—Si tu amigo quiere redimirse —continúa ella—, empieza por quedarse. Cuidándola. Sin exigir nada a cambio.

Respiro hondo.

—Vale.

—¿Tyler?

—Hola.

—Dile a tu amigo que si se preocupa tanto, ya demuestra que va a ser un padre estupendo —declara.

Siento que ella sabe exactamente quién es ese amigo. Pero, como siempre, la sabiduría de una madre se resigna a aceptar lo que su hijo inmaduro puede dar. Al menos, por ahora.

—Gracias, mamá.

—De nada.

La llamada termina.

Me quedo mirando mi reflejo en el cristal durante unos segundos.

Charlie se sube al sofá y hunde el hocico en mi pecho.

—Ella necesita cuidados. Y yo la cuidaré —murmuro.

Él mueve la cola.

Un plan sencillo comienza a tomar forma.

Cuidarla sin pedir nada a cambio.

Ella está pasando por un mal momento. Eso lo sé.

También sé que siempre le ha gustado mi comida.

He conseguido entrar en su casa con una sopa, ¿puedo entrar y quedarme más tiempo si me llevo todo lo necesario para cocinar allí?

—¿Qué te parece, amigo? ¿Vamos a reconquistar a nuestra mujer por el estómago?

Charlie, ahora mueve el rabo con entusiasmo.

Eso es.

Mañana le prepararé una cena especial.

Quizás aún no sepa ser padre. Pero sé ser el hombre que una mujer necesita.

Y voy a empezar por ahí.

Capítulo 31

Tyler Grant

El portero me reconoce incluso antes de que abra la boca.

—Señor Grant.

Perfecto.

—¿Ha llegado ya la señorita Bennett? —pregunto, con demasiada naturalidad.

Él consulta algo en la pantalla.

—Todavía no, señor.

Estupendo.

—¿Puedo pasar?

Éxita medio segundo, ese segundo en el que la fama pesa más que el reglamento.

—Claro.

Hago un rodeo, desviándome del camino de la escalera, y llamo a la puerta del apartamento de aquella señora tan simpática de la otra vez. Roman. Creo que ese es su apellido.

Tarda unos segundos en abrir, con esa bata que parece comprada en 1987 y conservada por pura terquedad.

—¿Señor Grant?

Una sorpresa de verdad.

—Buenas noches, señora Roman.

Me mira como si estuviera evaluando si eso es un pecado o un entretenimiento.

—¿Se muda a nuestro edificio? —pregunta, y estoy casi seguro de que sabe la respuesta.

Sin embargo, creo que es educado responder.

—No, señora.

—Hum… ¿por casualidad no ha llegado la rubia del piso de arriba?

—Exactamente. Entonces, pensé que podría esperar charlando con la señora más simpática del condominio. —Le dedico mi sonrisa seductora.

Joder. Hoy estoy coqueteando con una señora de 75 años.

Ella me devuelve la sonrisa, pero noto que su postura cambia en cuanto cruza los brazos.

—¿Les ha pasado algo a ustedes dos?

Respiro hondo. Mejor asumirlo de una vez.

—La he cagado.

No parece sorprendida.

—Me lo imaginaba.

—¿Puedo esperar en tu apartamento hasta que llegue?

Ella levanta una ceja.

—¿En el mío?

—No quiero que ella me vea aquí parado como un acosador. Solo necesito… cinco minutos antes.

Ella me estudia durante largos segundos.

Luego suspira.

—Entra.

Su apartamento huele a té y muebles antiguos.

Cierra la puerta detrás de mí.

—Has metido la pata, ¿verdad?

—Sí.

Ella niega lentamente con la cabeza.

—Mira… sé que mi carácter nunca ha encajado muy bien con el suyo.

Eso es lo máximo que va a admitir.

—Pero esa chica tiene buen corazón. Mejor de lo que parece.

Me quedo callado.

—Nunca entendí muy bien esa forma tan moderna que tenía de llevar sus romances —continúa—. Pero tú… tú parecías ser el elegido.

Elegido.

Esa palabra pesa.

—Le gustabas mucho.

Le gustabas.

—Si la cagaste, más te vale arreglarlo —concluye—. Porque ninguna mujer merece a un hombre cagándola en su vida.

Y aquí tenemos la cruda realidad que sale de la sabiduría de una mujer que parece tener 80 años, pero que tiene 75, amigos míos.

—Lo arreglaré.

Me mira fijamente durante unos segundos más.

En ese momento, oímos pasos y voces conocidas.

Las amigas de Sidney: Paige y Faith.

La señora Roman me mira.

—Vete ahora y métete ahí dentro. Luego busca la manera de quedarte hasta que arregles tu desastre, chico.

No espero otra orden y salgo de su apartamento en el momento exacto en que las dos doblan la esquina. Me encuentran allí parado, esperando.

—Vaya —Paige cruza los brazos.

Faith inclina la cabeza.

Las dos me miran como si estuvieran decidiendo si dejarme vivir.

—¿Qué haces aquí? —pregunta la pelirroja, frunciendo el ceño.

—Necesito que me ayudéis.

—¿Ayudarte? Le rompiste el corazón a Sid, pedazo de mierda —responde Faith, y me asusto al oírla hablar así.

—Sé que lo hice. Pero quiero su perdón. Y… soy el padre —invoco mi condición como argumento válido.

—¿Solo por eso crees que tenemos que ayudarte? —Paige me fulmina con la mirada.

—No solo por eso. Sino porque sabéis que Sidney me quiere. Está dolida. Lo sé. Pero vamos a tener hijos. Necesito una nueva oportunidad. ¿Por favor? —Estoy casi de rodillas.

Se miran entre sí. Se quedan un minuto en silencio. Y chasquean la lengua al unísono.

—¿Qué pretendes hacer, eh? —Faith me interroga, con una mano en la cintura, decidida, de una forma que recuerda un poco a la vaca de su tía.

—Primero quiero preparar la cena —digo, levantando las bolsas de la compra—. Para todas vosotras.

Paige mira a la otra, que inclina la cabeza, aceptando.

—Bueno… tengo hambre.

—Y Sid decía que le gustaba tu comida —añade Paige, y yo sonrío.

Primera parte del plan, superada.

—Sid llegará en un momento. Tenemos que meterla dentro cuanto antes —dice Faith, mirando la pantalla de su móvil.

—Ella irá directamente al baño y tú aprovecha ese tiempo para preparar la cena. Y no tardes, ¿vale? Después de una hora, no podrá comer nada más.

Asiento con la cabeza, aceptando el reto.

—Y nada de pelear con ella. Si ella quiere que te vayas, te daremos una patada en el trasero y te echaremos por las escaleras —Faith vuelve a mostrar su lado agresivo.

—Solo quiero tener la oportunidad de disculparme y demostrar que puedo ser mejor. Pero necesito al menos diez minutos. Y unos cuantos más para terminar la cena. En fin —me aclaré la garganta—. Necesito diez minutos para hablar con ella porque tiene que saber que voy a estar cerca. Que…

Me paso la mano por el pelo, avergonzado.

—Que voy a ser mejor.

Faith descruza los brazos por primera vez.

—Apenas está comiendo. —Señala las bolsas—. Quizás hoy consigas que coma, al menos.

Me trago mi orgullo.

—Os necesito.

Esa frase pesa.

—Distraedla unos minutos. Baño. Charla. Lo que sea. Entraré, le prepararé algo ligero para comer. Y me iré si ella me lo pide.

—Puede que diga que no te quiere cerca.

—Me quedaré fuera solo hasta saber que ha comido. Después, me iré.

Paige me mira fijamente durante unos largos segundos.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

Finalmente, Paige suspira.

—Si vuelves a hacer algo que le haga daño…

—Lo sé.

Faith abre el bolso, coge la llave de su apartamento y abre la puerta.

Minutos después, estoy agachado detrás de la isla de la cocina. La mitad de los ingredientes picados sobre la encimera, escuchando a Paige arrastrar a Sidney a su habitación.

No vivían en un apartamento enorme, pero las habitaciones estaban en un pasillo que no se veía desde la cocina.

El agua empieza a hervir y echo la pasta penne para cocerla. Luego salteo el calabacín y añado el pollo desmenuzado que he traído de casa.

La idea era preparar una cena ligera para que ella comiera bien y no tuviera ganas de vomitar durante nuestra conversación.

Creo que se fue a bañar, porque tardó más que las chicas en volver a la sala.

Y cuando sus ojos se posan en mí… primero viene la sorpresa. Luego, la irritación.

—¿Cómo has entrado aquí?

Directa. Sin respirar.

Abro la boca, pero ella ya está mirando a las chicas.

Paige levanta las manos.

—No fui yo.

Faith señala discretamente hacia la puerta, como si fuera posible ver lo que hay detrás de ella.

—Fue la señora Roman.

Sidney entrecierra los ojos.

—Claro. Tenía que ser ella.

Cruza los brazos y vuelve a mirarme.

—¿Por casualidad estás saliendo con esa vieja chiflada ahora?

Contengo la risa.

—En realidad, salgo con una mujer muy guapa y joven.

Ella pone los ojos en blanco. Pero mi pecho vibra, porque ella no lo niega.

—¿Ah, sí?

—Sí. Un poco testaruda. Bastante temperamental. A veces, un poco imposible.

Da un paso hacia mí.

—Cuidado, Grant.

Levanto las manos.

—Si no fuera por ella, incluso consideraría a la señora Roman.

Paige se atraganta tratando de no reírse.

Sidney gira el cuello tan rápido hacia su amiga que oigo un chasquido. Deja de reírse al instante.

La tensión en el aire ya no es tan explosiva. Uf.

A continuación, mira las bolsas sobre la encimera.

—Te has colado en mi apartamento para cocinar. —Huele el aire.

El aroma de la salsa comienza a llenar el espacio.

—Lo estoy intentando.

Se acerca a la isla.

Y allí hay algo diferente.

Todavía hay resentimiento.

Pero también hay curiosidad.

—Genial. Tengo hambre —dice y se sienta en la silla alta, convirtiéndose en la inspectora de la cocina.

Exhalo lentamente, porque eso ya es una victoria silenciosa. Remuevo la pasta en la olla, mezclo el pollo con el calabacín salteado, añado la nata ligera y remuevo con demasiada atención para alguien que ya ha jugado finales con el estadio lleno.

—No he venido a discutir.

Pongo el plato delante de ella y doy un paso atrás. No la toco. No la invado. No uso el encanto que siempre ha funcionado. Solo me quedo ahí, expuesto.

Ella cruza los brazos.

—Entonces, ¿qué has venido a hacer?

—He venido a cuidar de ti y de nuestros bebés.

Ella parpadea.

Continúo:

—No te voy a presionar. No voy a forzar nada. Solo… quiero que comas. Y que sepas que no voy a volver a huir.

Ella me mira fijamente durante unos largos segundos.

Las chicas, al darse cuenta de que la temperatura ha cambiado, comienzan a retroceder.

—Vamos a… ordenar la habitación —dice Paige.

Una mentira mal disimulada.

Ahora solo estamos nosotros dos.

Sidney apoya las manos en la encimera.

—Dijiste que no querías esto.

—Lo dije.

—Me dejaste sola.

—Lo sé.

—Tenía miedo.

Ella se ríe sin humor.

—¿Y crees que yo no lo estoy también?

Quiero acercarme más, quiero envolverla en mis brazos. Acariciar su rostro y besarla. Pero me quedo ahí, quieto. Esperando que ella me dé alguna señal de lo que tengo que hacer.

—Solo quiero estar contigo.

Ella respira hondo.

—Tyler… yo… —su voz ya no es agresiva, es baja, dolorida—. Ya no sé lo que quiero. Estoy herida. Confusa. Y… —Sus hombros se hunden—. No sé si se puede olvidar así, de repente, lo que hiciste.

—¿Pero puedes intentarlo? ¿Puedes intentar perdonarme? —insisto, porque sus palabras me rompen por dentro.

Otro suspiro largo y profundo.

—Ahora soy yo quien necesita tiempo, Tyler.

La frase no es un grito.

Es una sentencia.

La misma palabra que yo utilicé para huir de ella.

Justo.

Asiento lentamente.

—Vale.

No discuto, y ella parece sorprendida de que no le lleve la contraria.

—Come antes de que se enfríe. —Señalo el plato con la barbilla.

Ella mira la comida.

Luego a mí.

Y, finalmente, coge el tenedor.

El primer bocado es pequeño. Cauteloso. Como si estuviera probando no solo el sabor…, sino también la intención.

Aguanto la respiración como si estuviera esperando el resultado de un examen. Ella no corre al baño ni pone cara de asco. Solo sigue comiendo.

Mi pecho se relaja hasta un punto que ni siquiera sabía que estaba tenso.

—Está bueno —dice en voz baja.

Sonrío.

Y empiezo a ordenar la cocina, lavando las ollas y los utensilios que he usado.

Cuando termino, digo:

—Me voy —digo.

El tenedor se detiene a mitad de camino.

—¿Ya?

La palabra se me escapa antes de que ella pueda contenerse.

Y eso… me atraviesa como un rayo de esperanza. Estoy sonriendo, de espaldas a ella.

—Pediste tiempo.

—Ah… —murmura. Y, sinceramente, si era difícil entender a las mujeres, ¿cómo iba a serlo con las embarazadas?

—No estoy huyendo —añado—. Solo estoy respetando.

Ella respira hondo.

Camino hacia la puerta y veo a las niñas espiando desde el pasillo.

—Ha comido —le aviso, sin más.

Paige levanta el pulgar.

Abro la puerta y, antes de salir, la miro por última vez.

Sus ojos están fijos en mí, en esa guerra interna que entiendo muy bien.

—Si quieres que me quede, solo tienes que pedirlo —le digo en voz baja, sin ningún orgullo.

—Es mejor que te vayas.

Exhalo, aceptando.

Límites, Tyler. Respeta tus límites.

Asiento con la cabeza y salgo.

La puerta se cierra detrás de mí con un clic que suena demasiado fuerte.

Podría haber insistido.

Podría haber presionado más.

Pero tengo que ir con calma. Despacio. Hasta que su dolor sea pequeño.

También cargo conmigo un montón de dudas.

Mi pecado fue mucho mayor que el suyo, porque la lastimé en un momento en que ella me necesitaba.

Pero ella también me hizo daño.

Ella fue quien inició la pelea al publicar ese GIF en las redes sociales. Yo solo empeoré las cosas siendo diez veces más cobarde.

Ahora tenemos que reparar nuestra relación rota. Estoy aquí, con el pegamento en la mano, y espero que ella esté al otro lado, con otro tubo y dispuesta a unir los pedazos conmigo.

Capítulo 32

Tyler Grant

Un mes después

—¡Izquierda! ¡Vamos! —Josh da la orden, altivo, retrocediendo a paso rápido.

Knight corre a mi lado. Los dos saltamos al mismo tiempo. Él finge atrapar el balón; yo lo atrapo de verdad y salgo disparado por el lateral del campo.

Más de la mitad de la defensa sigue al *running back*, lo que solo demuestra su talento para el teatro.

¿Lo ves? Te dije que Hollywood había perdido a una estrella por el fútbol americano.

La jugada fue perfecta.

Y habría sido aún mejor si mi cabeza hubiera estado concentrada en el entrenamiento.

Solo consigo avanzar diez yardas.

Quiero creer que su defensa es espectacular, y no que estoy jugando como una bailarina coja.

—¿Qué mierda fue esa, tío? — pregunta Josh en cuanto entro en *el huddle* con los demás. —Has hecho cosas mucho mejores que esa.

Sí… por lo visto, voy a empezar a buscar una academia de ballet.

—Dale un respiro, capitán. Todavía está sufriendo por amor —anuncia Jared.

El silbido colectivo de las burlas hace que considere seriamente matar a mi mejor amigo.

—Vale. Pero aquí es entrenamiento, Grant. Focus —dice Josh y ni siquiera tengo cómo replicar.

Tiempo después, estamos caminando por el campo para iniciar otra jugada. Está a mi lado cuando levanta la barbilla y sigue mi mirada hasta la banda.

Sidney está hablando con el coach.

—Ya se le empieza a notar la barriguita. Qué bien que solo tuve una misión de espía, tío. Riley no se enfadó tanto conmigo porque le expliqué tu lado.

El comentario viene porque fue él quien me ayudó a descubrir el día y el lugar de la consulta que Sidney se empeñó en no contarme.

Y, si no fuera por Josh, me habría perdido la ecografía que incluso reveló que voy a ser padre de niñas.

—Es una terapeuta increíble —dejo escapar el elogio.

Sidney sigue en plan línea dura, manteniendo las distancias.

Pero yo soy tan terco como ella.

Yo:

¿Has tomado ácido fólico?

Mi novia y la madre de mi mundo:

Sí.

Yo:

¿Te sientes mejor?

Mi novia y la madre de mi mundo:

Sí.

Yo:

¿Necesitas algo?

Mi novia y la madre de mi mundo:

No.

Ella habla del embarazo como si yo fuera un compañero de trabajo involucrado en el proyecto. Duele menos que el silencio, pero aun así duele.

El día del examen fue la primera vez que vi a mis hijas. Era un video en blanco y negro del que no entendía una mierda. Hasta que lo entendí todo. Allí, en aquella consulta, algo dentro de mí se moldeó y transformó el frío en calor.

Fui hermano mayor de una chica. La posibilidad de vivir un amor parecido era precisamente el motivo por el que huía de la paternidad.

Ahora…

Sé cuánto me equivocaba. No siento miedo. Al contrario. Estoy esperando vivir muy pronto un amor duplicado.

Algo también cambió en Sidney, porque al día siguiente reunió el valor y asumió delante de todo el equipo, incluidos los jugadores, su embarazo.

El hijo de puta de Trevor tuvo la audacia de preguntar quién era el padre. Y, para su mala suerte, Josh estaba a mi lado con el balón que lancé con todo cariño contra su cabeza.

Nadie más se atrevió a preguntar.

Aproveché para pedir discreción. Bastante me costó recuperar a mi mujer. Imagínate si nuestra vida se convirtiera en un reality show. Me odiaría.

Astrid, por increíble que parezca, se ha mantenido callada.

Menos mal.

No mentí el día que dije que acabaría con su carrera. Solo que no fue el miedo lo que la hizo quedarse con la boca cerrada.

La ironía es que el rumor de mi "relación" con Jared está generando nuevos contratos, incluidos unos de ropa de baño en los que los dos somos los modelos.

Por eso, aparecer ahora con una novia embarazada —porque, para mí, ella sigue siendo mi novia— sería una afrenta para algunos patrocinadores.

Se nota que han pasado muchas cosas en el último mes, ¿verdad?

Hasta les conté a mis padres que voy a ser padre.

Y, por supuesto, mi madre no se sorprendió.

Nunca se tragó la historia del «amigo que hizo una cagada».

Las madres tienen superpoderes.

Esa es una verdad absoluta que todo hijo debería aceptar antes de meter la pata en la vida.

Elegí el día de Navidad para soltar la bomba.

Aparecí en su casa sin Sidney, lo que ya lo decía todo.

—Mamá, papá… Sidney se peleó conmigo —dije, sentado junto al árbol de Navidad, apostando a que el ambiente navideño suavizaría la culpa—. Estoy tratando de arreglar las cosas con ella, pero la cosa está fea para mí.

—¿Se peleó contigo sin motivo? —preguntó mi madre, entrecerrando los ojos de esa manera que delata su clarividencia—. ¿Qué hiciste?

Mi padre, sentado en el sillón con una copa de vino en la mano, suspiró.

—Hijo… ¿le has pedido perdón?

No respondí.

Él se inclinó hacia delante.

—Aunque creas que tienes razón, Tyler… Escucha a tu padre. No la tienes.

¿Lo ves?

Pura sabiduría.

—Tu padre tiene razón —añadió mi madre, mientras el señor Grant se limitaba a asentir con la cabeza, claramente adoctrinado por la mejor profesora que había tenido jamás.

—Ya sabes lo que hice, mamá. No hace falta que lo repita —acepté la derrota.

En este asunto de hermandad femenina, no tenía ninguna oportunidad. Fui un idiota y estaba cosechando los frutos.

—Solo espero que lo estés intentando… —la señora Grant reafirmó su consejo y, a continuación, entregó el regalo que había comprado para mi chica.

Las fiestas de fin de año habían perdido su brillo tras la muerte de mi hermana. Pero estas últimas tenían un dolor nuevo. Del tipo que da esperanza y al mismo tiempo no la da.

No pude entregarle mi regalo y el de mis padres a Sidney hasta que volvimos a entrenar después de las vacaciones.

Ella no le dio importancia al mío. Y agradeció, con ojos tristes, el de mi madre. Le regalé un collar de oro blanco con un colgante con la forma de Charlie.

La idea era darle otro colgante en el futuro para alternarlo con este, que tendría la forma de nuestros hijos. En l , no sabía el sexo de los bebés. Así que decidí hacerlo para mi hijo, que ya vive entre nosotros y la echa mucho de menos.

No sé si le gustó. Todavía no la he visto usándolo. Y me di cuenta de que el rechazo duele muchísimo.

Un silbido alto y agudo me devuelve al presente.

—¡Dejen de cotillear y vayan a jugar, chismosas! —grita *el coach* Mick.

—¿Entendido? —pregunta Josh, y me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que debería entender.

Miro a Jared, con esa muda petición de ayuda.

Caminamos uno al lado del otro y él murmura:

—Hay que repetir la jugada, pero voy a correr contigo. Pensarán que tengo el balón. Así que intenta ganar unas yardas más, ¿vale?

—De acuerdo.

Nos alineamos de nuevo.

Josh grita el código. El *snap* sale limpio. Le paso el balón a Jared en la finta y lo recupero en el último segundo. Dos defensas muerden el anzuelo y corren tras él. Abro por la derecha, acelero, siento el impacto en el hombro y sigo adelante.

Cinco… ocho… doce yardas antes de ser derribado cerca de la línea lateral.

Me levanto rápidamente y le devuelvo el balón al asistente técnico que actúa como árbitro del partido de entrenamiento.

Esta vez, ya estamos posicionados en la línea.

Josh comienza a gritar los códigos, pero, como un vicio, mi atención se desvía para volver a mirar a mi mujer.

Lleva el uniforme, una gorra blanca en la cabeza, la sudadera azul del equipo y una mano apoyada en la cintura.

Su postura es diferente a la habitual. Tiene la cadera ligeramente inclinada hacia delante. Se balancea de lado a lado, seria.

—¿Le duele algo? —digo, sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta.

Hunter gira el casco en mi dirección.

—El dolor de espalda es normal cuando la barriga empieza a crecer —dice tranquilamente. Vuelvo mi atención hacia él, extrañando su repentino conocimiento sobre las mujeres embarazadas.

—¿También has dejado embarazada a alguien? —Trevor es quien lanza la pregunta del millón.

—Claro que no, idiota. Mi hermana tuvo un bebé hace unos dos meses.

—Ah, claro. Lo siento —responde—. Casi me da un susto pensando que se había puesto de moda. Entonces estaría jodido. Todavía estoy en la fase de conocer a la chica. Decirle que necesita un hijo para no quedarse fuera, quedaría mal.

Le doy una palmada en la cabeza.

—¿Seguro que no comiste mierda cuando eras niño, hermano? —pregunta Jared.

—Claro que no. —Y su sonrisa pícara muestra que lo que realmente le gustaba era convertirlo todo en una gran broma.

—Idiota —insulta Hunter y continúa—: En fin. Mi hermana tuvo que hacer yoga para mejorar.

Yoga.

La palabra me suena diferente, porque la imagen de Sidney estirándose con ropa deportiva me recuerda sus curvas en licra ajustada. Ella estirando el cuerpo. Sus piernas abiertas en el ángulo perfecto…

Ella arqueando la columna de esa manera específica, la forma en que levantaba el culo cuando la follaba por detrás. El

gemido bajo, contenido, que me volvía completamente loco.

Joder.

La boca seca de deseo.

El protector de mis pelotas me resulta jodidamente incómodo. Fíjate en la ironía.

—¿No hay yoga para parejas embarazadas? —pregunta Jared, con naturalidad, como si comentara el tiempo. Giro el cuello hacia él, obligando a la poca sangre que me queda en el cerebro a seguir su razonamiento. —Lo vi en una película.

—Esto es Nueva York, tío —declara Hunter, encogiéndose de hombros—. Debe de haber yoga para todo.

Vuelvo a mirar hacia un lado.

Sidney ahora se inclina un poco más, apoyando ambas manos en los muslos.

—Sid es fisioterapeuta, ¿no? Ya debe estar haciendo esas cosas—, destaca Hunter, el imbécil.

Y aunque él no sea el supuesto hombre muerto que podría estar acompañando a mi mujer en la clase de yoga imaginaria, tengo ganas de matarlo.

Resoplo con fuerza y Jared me pone la mano en el pecho.

—¡Tranquilo, papá! Acabamos de volver de las vacaciones de fin de año. No debe estar haciendo nada. Relájate.

Aspiro con fuerza y exhalo aún más fuerte.

Vuelvo a mirar hacia el lateral del campo. Y ahora la veo sonriendo a Nate. Es suficiente para que la ira se disipe un poco.

Otro plan infalible surge en mi mente. Solo que esta vez voy a necesitar cómplices.

Si necesita que me quede detrás de ella sujetándole la cintura para que no se caiga…

Si necesita que la ayude a estirar la espalda…

Si necesita que respire con ella, que cuente hasta diez, que sostenga su cuerpo mientras ella gime en voz baja de alivio…

Lo haré.

Todo.

Porque hoy soy un hombre dispuesto a agacharme, estirarme, arrodillarme o aprender cualquier mierda…

Solo para estar cerca de ella.

Josh grita:

—*¡Set*[34] !

Yo me posiciono.

—*¡Hut*[35] !

Llega el *snap*.

Y corro como quien ya ha tomado una decisión: esta jugada no la voy a fallar.

Capítulo 33

Sidney Bennett

El letrero dice *Lotus Flow Yoga Studio*.

Nada grita más «tu vida se ha convertido en un episodio de un documental de Discovery sobre la maternidad consciente» que una palabra en sánscrito brillando en neón beige.

Empujo la puerta de cristal con el pie, porque tengo las manos demasiado ocupadas sujetando el bolso, el abrigo y mi paciencia, que pende de un hilo. Suena una campanilla discreta, de esas que parecen pedir perdón por existir.

Respiro hondo y siento que mi espalda baja responde con un nuevo pinchazo.

Otra experiencia inédita desbloqueada en el paquete de gestación gemelar.

—Te vendrá bien —dijo Paige, muy informada. —El yoga ayuda a mejorar la postura y, de regalo, alivia los dolores.

Quería decirle que prefería esperar a que la doctora me autorizara a ir al gimnasio. Pero Paige se me adelantó y me mostró la recomendación de su propia obstetra para practicar yoga.

Lo hizo todo antes de viajar a la *Semana de la Moda* de Milán con todo el equipo de Vera Wang. Faith estaba insoportable por ser su primera semana de la moda en una ciudad tan importante.

Estaban preocupadas por dejarnos solas. Pero como les dije: solo estoy embarazada, no inválida.

Por eso, aceptar el yoga fue una especie de demostración de mi salud. Que ellas podían viajar sin preocupaciones.

Mi madre amenazó con quedarse conmigo durante este periodo. Pero le dije que no era necesario. Suele ser muy irritante cuando pasa días lejos de mi padre.

Siento que los dos son como una balanza emocional. Si uno se va, el plato de la balanza se inclina hacia un lado.

En fin.

Me refugié.

Mis amigas también mostraron cierta preocupación. A pesar de tener sus propias vidas, me dieron un millón de alternativas para esa maldita semana.

Me cansé de decir: Estoy bien. El embarazo no es una enfermedad.

Riley también me ofreció una habitación en su apartamento. No iba a funcionar. Me sentiría como una maldita intrusa viviendo en la casa de una pareja de recién casados.

Al final, se rindieron.

La clase de yoga fue la prueba de mi argumento para todos.

Y aquí estoy, entrando en el estudio que respira un ambiente zen.

Al menos el lugar es bonito, no puedo negarlo.

Suelos de madera clara, enormes espejos cubriendo toda una pared, iluminación acogedora, plantas estratégicamente distribuidas para que parezca un jardín interior.

Hay alfombras alineadas en el suelo. Bloques de espuma. *Bolsters* cilíndricos. Cojines. Todo organizado para la e e actividad física recomendada para personas que llevan pequeñas personas dentro de ellas.

Recorro con la mirada la sala y veo a mi nueva tribu, cada una mostrando con orgullo su barriga.

Creo que conté seis.

Hay barrigas de todos los tamaños, redondas, imponentes, avanzadas. Mujeres sonrientes, conversando en voz baja, algunas sentadas en el suelo, otras de pie.

El único detalle que Paige omitió: no están solas. Algunas están acompañadas de hombres, otras de mujeres. Pero todas tienen a alguien.

Padres.

Maridos o esposas.

Compañeros de viaje uterino.

Un desfile de futuros padres y madres dedicados, sosteniendo botellas de agua, ayudando a la mujer embarazada a sentarse, acariciando su vientre con esa sonrisa tonta.

Mi ojo tiene un tic involuntario.

—Oh, no… —murmuro, deteniéndome en medio del estudio como una idiota.

Miro por encima del hombro, fijándome en la puerta de entrada como vía de escape. Y la mujer de la recepción me sonríe.

Le devuelvo una sonrisa forzada y vuelvo hacia ella, solo para ponerla a prueba.

—Perdona por preguntar, pero ¿esta clase no es individual?

—Ah… nuestra clase prenatal es para parejas, querida.

Me guiña un ojo, simpática.

—¡Hoy tenemos un grupo precioso!

Preciosa.

Veo en la esquina a tres parejas conversando animadamente, viendo a los padres apoyando a sus mujeres.

Perfecto.

—Paige —susurro, apretando los dientes—. Su vaca distraída.

Saco el móvil del bolso y miro la pantalla como si fuera a materializarse allí para recibir una paliza.

—Tranquilo, Sid. Yo me encargo de tu matrícula. Es un estudio estupendo.

Genial, Paige.

GENIAL.

Solo se olvidó de mencionar el pequeño detalle de que yo sería la única embarazada sin acompañante en un radio de cincuenta metros.

Guardo el móvil antes de enviarle un mensaje de audio criminal.

Respiro hondo.

O lo intento.

Me vuelve a doler la zona lumbar, como si mi cuerpo me dijera: quédate. Lo necesitas. Deja de ser tan terca.

Maldición.

Sé que lo necesito.

Desde que dejé el gimnasio, en contra de todos mis instintos y de la mitad de mi identidad, mi cuerpo se siente extraño.

Siempre he sido deportista. Antes con el patinaje artístico y después me dediqué más al culturismo. Confiaba en mi físico, ahora me despierto sintiendo músculos que nunca me habían dolido en la vida.

Digamos que la noticia de estar embarazada me tomó por sorpresa y fue entonces cuando dejé de lado el entrenamiento.

Resultado: aquí estoy. Influenciada por una diseñadora de moda que me metió en una clase de yoga para parejas.

Mierda.

La instructora aparece en el centro de la sala. Lleva *leggings* claros, un top cómodo y una sonrisa demasiado serena para alguien a quien aún no han insultado hoy.

Al menos no me equivoqué con la ropa. Mis pantalones son azul oscuro y el top es marsala. Por encima, me puse una blusa gris holgada.

—¡Bienvenidos! Pueden acomodarse en las colchonetas. Las parejas pueden sentarse detrás, para dar apoyo cuando sea necesario.

Tragué saliva.

Camino hacia una alfombra vacía en un rincón, tratando de no parecer la embarazada abandonada del grupo. Algunas miradas se posan en mí. Curiosas. Solidarias. Un poco incómodas.

En cuanto me siento, la mujer de la pareja que está a mi lado se rasca la garganta para que la mire.

—¡Hola! ¿Qué tal? Yo soy Luiza y él es George —dice, mostrando todos los dientes.

—El papá más afortunado del universo —añade George, abrazándola por detrás.

Asiento con la cabeza con una sonrisa forzada.

—¿Qué tal? —respondo a modo de saludo impersonal, tratando de encerrarme en una burbuja anti-pareja feliz.

—¿Es tu primera vez? —insiste ella. La burbuja es ineficaz, por lo que parece.

Hago otro gesto sin decir nada.

—Nosotros también. Nos ha costado empezar a hacer ejercicio físico, pero la comadrona nos ha dicho que es bueno en la recta final.

Y… tenemos un monólogo.

Debo tener algún problema en los músculos faciales, porque ella sigue sin entender mi desinterés. George solo sonríe y mueve la

cabeza como esos muñecos con cuello de resorte.

—Creo que estamos en el mismo tiempo de gestación, ¿no? —pregunta, mirando mi barriga. Noto cómo levanta la mano para tocarme y, por instinto, pongo la mano sobre mi barriga.

¡Dios! ¿Quién es esta mujer?

—¿Estás de cinco meses? —le pregunto con tono áspero. Su cara de asombro me hace sonreír.

—Siete. Estoy de 29 semanas.

—Entonces no estamos en el mismo tiempo. Yo estoy de 22.

—Tu bebé debe de ser enorme. ¿El padre es grande? —Estoy respondiendo a una encuesta. Eso es todo.

Suspiro, aburrida, y cedo:

—Sí, lo es. Pero estoy embarazada de gemelos.

—¡¿Dos bebés?! —exclama ella más alto, entusiasmada, y me convierto en el centro de atención de todos.

—Dos niñas, en realidad.

Algunas mamás comentan que qué bien. Otras, felicidades. Pero la entrevistadora a mi lado dice:

—Va a ser difícil, ¿no? —Su tono tiene un matiz de empatía extraña. Aunque es solidaria, también es preocupante. —Si un bebé ya es complicado… George se tomará unas vacaciones cuando nazca Elton, ¿verdad, cariño?

—Claro, cariño. Estoy aquí para ti y para él.

El desenlace de la entrevista me deja el corazón pequeño, apretado en el pecho. Siento ganas de llorar y de maldecir a Tyler porque no es un George.

Porque… no se quedó a mi lado cuando lo necesité. No. Me acusó, me hirió y ahora se ha convertido en una cosita irritante.

Para rematar la desgracia, veo a la pareja besándose. Y no es ese piquito discreto, confirmatorio. Incluso alcanzo a ver

lengua.Desvío la mirada, arreglando la alfombra que elegí para sentarme.

—¿Y el padre de las bebés no viene? —pregunto, dando a entender que hay una prórroga. Lo peor es esa mirada de lástima que me hace sentir incómoda.

—No —respondo secamente—. Él… no hace yoga.

Ni la paternidad, aparentemente. Pero eso me lo guardo para mí.

Entonces, una gran sombra invade el espacio justo detrás de mí.

—Lo siento, cariño. Me ha costado un poco aparcar, pero ya estoy aquí.

Todo mi cuerpo se paraliza.

No puede ser.

La voz es grave, controlada y con ese tono risueño que reconocería en medio de un estadio lleno.

Me giro lentamente, pensando que estoy oyendo voces del más allá.

Pero no.

Tyler está ahí.

Camiseta azul claro demasiado ajustada, pantalones de chándal grises y una confianza irritante que me saca de quicio.

Me abraza por detrás e inclina la cabeza hacia un lado, aprovechando mi momento de estupefacción para robarme un beso. Tardo tres segundos en gruñirle por su actitud, y me detengo en el instante en que noto que la pareja que está a nuestro lado está mirando la escena.

—Oye, ¿no eres Tyler Grant? —pregunta George, emocionado.

—No, no lo soy. Pero todo el mundo cree que sí —responde con una sonrisa encantadora—. Tiene los ojos azules, ¿verdad? Mira

aquí. —Tyler parpadea varias veces—. Los míos son marrones.

—Ah… —El tipo se desanima.

Mis ojos casi se me salen de las órbitas ante esa idea tan estúpida.

¿Nadie sabe lo que son las lentillas?

Echo un vistazo a la gente que nos rodea y, como nadie más nos mira, me doy cuenta de que la respuesta es negativa.

—¿No dijiste que no lo harías, *amor?* —La última palabra sale con ese tono falso, pero creo que la inquisidora a mi lado no se ha dado cuenta.

—Solo dije que llegaría más tarde. Pero nunca te dejaría sola, *no por voluntad propia.* —Y me doy cuenta de que la indirecta viene con el mismo tono.

Hace un momento, quería que él estuviera aquí. Pero también quiero pegarle por dejarme tan confundida.

Le dedico una de esas sonrisas forzadas a la embarazada de ojos enormes, que sigue mirándonos fijamente. Ella me devuelve la sonrisa.

—¡Haces muy bien, tío! Yo voy arriba y abajo con mi Lulu —dice George, pasando la mano por su barriga.

—¿Incluso en el baño? —pregunta Tyler, conteniendo la risa. Pero la pareja pegajosa cree que está dando una lección.

—Claro. El intestino de una embarazada es impredecible. ¿Cómo saber si necesitas hidratarte más sin ver el popó?

—Incluso me coge de la mano —Lulu se lleva una mano a los labios para contener una tímida risita.

Ahora, Tyler no puede aguantar más y esconde la cara en mi pelo, disimulando la risa con un estornudo icónico.

—Nunca me verás cagar en mi vida —le digo en voz baja, queriendo que solo él me oiga.

Ahora se ríe a carcajadas y luego se disculpa ante la clase, que estaba concentrada en respirar de forma tranquila y continua.

Eso era lo que la profesora nos había dicho que hiciéramos en algún momento durante esta extraña conversación.

Cuando vuelve en sí, me tira del pelo hacia un lado y la sensación de sus labios rozando ese punto sensible justo debajo de la oreja enciende todas mis terminaciones nerviosas.

—Tranquila, amor. En tu culo, prefiero ver solo mi polla entrando.

Me atraganto.

—Dios mío —susurro, sorprendida y… irritantemente afectada.

La instructora carraspea, llamando nuestra atención.

—Respirad, chicos. Respirad. Inspirad… espiráis…

Carraspeo ligeramente y enderezo la columna para seguir las instrucciones.

Cierro los ojos.

Respiro.

E inspiro.

Detrás de mí, Tyler sigue el ritmo.

—¿De verdad pensabas que vendrías sola? —dice bajito, y mi piel se enciende aún más. Mi pecho sube y baja, pero mi respiración está completamente alterada.

—¿Acaso me estás persiguiendo?

Él suelta una leve risa.

—Creo que es una tendencia. Mira a la pareja Lulu allí.

Aprieto los labios, conteniendo la sonrisa. Quiero mantener la compostura, pero es difícil cuando el ambiente se vuelve cómico.

—Eres insoportable.

—Pero irresistible. —Me da un suave beso y un escalofrío recorre toda mi columna vertebral, convirtiéndose en un delicioso cosquilleo en mi entrepierna.

Mierda.

Tengo que hacer algo para que esta tensión sexual disminuya, o voy a tener que ir al baño, y no para cagar. Sino para meter un trozo de papel higiénico en mis bragas.

Tomo nota mentalmente de usar algún absorbente en las próximas clases. Estar tan cerca de Tyler con esta absurda necesidad de sexo va a ser una tortura.

—¿Cómo te enteraste de esta clase? —Inclino la cabeza para mirarlo.

Él esboza una media sonrisa.

—Me lo dijo un pajarito que se parece mucho al pájaro carpintero.

Aprieto la mandíbula.

—Paige… te mato —le susurro enfadada.

Tyler se ríe por lo bajo.

—Oye, no le hagas eso a la pelirroja. Fui yo quien la convenció para que te apuntaras a yoga —declara el plan en el que caí como una tonta—. Estabas con mucho dolor esos días y los chicos dijeron que era bueno.

Ahora no sé si soy una asesina o si me decanto definitivamente por la carrera de *asesina en serie*, ya que tengo a todo un equipo de fútbol americano en mi lista.

—Vamos a empezar con una postura sencilla—, indica la instructora con voz suave—. Sentaos cómodamente. Las embarazadas, apoyad bien la zona lumbar. Las parejas, quedaos detrás para ofreceros apoyo.

Apoyo.

Tyler se acerca más.

De una manera insoportable, el calor en mi espalda aumenta. Y mi coño atrevido lo entiende como una invitación a pulsar en convulsiones largas y espaciadas.

Lo que empeora cuando las manos grandes y llenas de venas recorren mi costado, firmes y demasiado respetuosas.

—Ahora, compañeros, rodeen la entrepierna de la embarazada para que el encaje sea perfecto.

—Perfecto sería que tú estuvieras desnuda y con tu culo sobre mi polla. Pero mejor que la profesora no lo sepa.

Han puesto un DJ en mi vagina, porque han instalado una discoteca techno justo ahí.

Joder.

Respiro con ansiedad. Mi respiración entra entrecortada y sale aún peor.

—Inspira profundamente… —continúa la instructora. —Llena tus pulmones de aire. Expándelos.

Obedezco.

O lo intento.

El problema es que, al inspirar, mi trasero roza el medio de sus piernas. Y, afortunadamente, no soy la única afectada. Puedo sentir el grosor de tu polla en el hueco de mis nalgas.

—Amor… te echo tanto de menos —murmura con voz ronca y grave—. Dime que tú también me echas de menos, ¿vale?

La profesora comienza a caminar entre las parejas.

—Exhala lentamente… —dice.

Exhalo, buscando mi dignidad en alguna partícula de oxígeno.

Su respiración golpea mi nuca. Caliente. Rítmica. Demasiado intencionada.

—Relaja los hombros —aconseja la instructora—. Confía en el apoyo que tienes detrás.

La confianza no es precisamente nuestro fuerte, pienso.

—Ahora levanten las manos hasta la cintura y presionen la zona lumbar con el pulgar —continúa la instructora.

Casi murmuro en voz alta por la frustración de que me quite la mano de la entrepierna.

—¿Te duele aquí? —murmura, presionando ligeramente el lugar indicado.

Jadeo antes de poder responder.

—Un poco —respondo, porque no es una mentira descarada. Al fin y al cabo, el interés en la clase era precisamente para mejorar el dolor.

Él masajea con cuidado. Lento. Preciso.

Mi coño relaja el ritmo, pero sigue cantando con ese vibrato necesitado.

—Joder… —escapó en un susurro.

—Amor… —me advierte, riendo entre dientes—. Si quieres preliminares, solo tienes que pedirlos cuando salgamos de aquí.

—Deja de llamarme amor. Nadie nos está escuchando —le advierto con firmeza—. Y no. Gracias.

Es mejor que deje de mentir antes de que mi estúpido corazón me haga olvidar todo.

No puedo.

No quiero.

Él todavía no me cree.

—Muy bien. Sientan el cuerpo del otro. —La profesora pasa junto a nosotros. Cierro los ojos, temiendo que vea que realmente estoy sintiendo el cuerpo de Tyler, así como su polla, que sigue dura en mi culo.

La clase termina en una confusión de respiraciones forzadas, estiramientos peligrosamente íntimos y un esfuerzo inhumano por mi parte para no convertir el yoga prenatal en preliminares colectivas.

Me duele menos la espalda.

El resto de mi cuerpo me duele más.

Delante de mi edificio, Tyler baja primero y da la vuelta al coche para abrir la puerta.

El caballerismo tardío es un concepto curioso.

Antes de entrar, decido poner fin a esta farsa.

—No voy a seguir con estas clases.

Él cierra la puerta con una calma irritante.

—Claro que sí.

—No lo haré. Ha sido incómodo.

—Ha sido genial.

—Casi cometo un delito.

Él se ríe.

—Solo me echas de menos. Y si quieres, puedo arreglarlo todo. Solo tienes que dejar de alejarte de mí.

Da un paso hacia mí.

Levanto la mano y, evitando el tema, me mantengo inflexible.

—No voy a continuar.

Él cruza los brazos.

—¿El dolor mejoró al final?

Maldito.

Mejoró.

—Un poco —digo, contrariada.

—Entonces volvemos. Dale una oportunidad. Si no mejora, lo dejamos.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo dices como si fuera fácil.

—No lo es. Terminaré las noches con algunas pajas solitarias. Pero prefiero eso a ver sufrir a la madre de mis hijas.

El silencio se hace pesado por un segundo.

El cuidado es un alivio para la extrema necesidad que he estado sintiendo.

Mierda.

—Vale. Ya veremos.

Su sonrisa es pequeña. Contenida.

—Buenas noches, Sidney.

Le doy un beso rápido en la mejilla. Ese agradecimiento breve y educado, porque me ha ayudado.

—Buenas noches, Grant.

Entro antes de que mi cuerpo se apodere de mis sentidos. El beso rápido se convierte en largo y viaja de la mejilla a la boca.

Subo las escaleras del edificio, jadeando, con el cuerpo pesado y la respiración entrecortada.

No sé si es cansancio o si es la excitación acumulada que aún vibra bajo mi piel.

Arriba, me detengo para buscar la llave de mi apartamento en el bolso.

El cansancio me golpea como una bofetada.

Apoyo la mano en el marco de la puerta. Es entonces cuando lo siento.

Un fuerte pinchazo en la parte baja del abdomen. En lo más profundo.

Me invade la desesperación cuando recuerdo que no hay nadie en casa.

—No… —sussurro.

Intento gritar para pedir ayuda. Pero no me sale el sonido.

Mi mano tiembla cuando saco el móvil.

La pantalla se me nubla por un segundo. Y, de forma instintiva, busco el contacto… de él.


Una
Jugada
nada
planeada
SILVIE BASSET
Fairy
ATTEMPTS

Capítulo 34

Tyler Grant

Espero en el coche, como he hecho todos los días, mirando la ventana del primer piso hasta que se encienda la luz de la sala.

Se ha convertido en un ritual.

Solo después de ver su sombra pasar por la cortina me voy.

Esta semana está sola.

Dejé de pedirle que se viniera a vivir conmigo. Parecía un tocadiscos roto, repitiendo la misma petición a la misma mujer obstinada.

Ella no iba a ceder por mi insistencia.

Y yo no iba a ganar por agotamiento.

El volante me sirve de apoyo para la barbilla mientras observo el edificio.

De repente, el móvil vibra en la consola del coche y lo cojo, despreocupado, sin mirar.

—Tyler, ayúdame… —la voz de Sidney suena entrecortada, demasiado baja—. Por favor…

Miro el edificio, que deja de ser de hormigón y se convierte en una amenaza. Salto del coche, desesperado, y voy hasta la puerta de entrada , imaginando la mejor alternativa para forzarla.

Pero, por suerte, una vecina «que me quiere» está en medio del vestíbulo. Llamo a la puerta, llamándola a través del cristal que

hay en ella.

Ella se extraña de mi comportamiento. Quizás mi cara asustada sea una señal de que necesito su ayuda otra vez.

—¿Voy a tener que esconderte otra vez, chico?

—No, señora Roman. Mi chica necesita ayuda.

Ella me deja pasar rápidamente y subo las escaleras, saltando los peldaños.

Cuando la veo apoyada en el marco de la puerta, con el cuerpo encorvado y la piel pálida… algo dentro de mí se rompe.

No es solo miedo.

Es recuerdo.

Por un segundo, ya no estoy en ese pasillo.

Estoy en un hospital diferente. Hace años. Veo a mi hermana, con el rostro sin vida, tumbada en la cama. El olor a antiséptico invade mis fosas nasales como si estuviera viviendo ese día.

Monitores pitando.

Y la sensación de que había llegado demasiado tarde me oprime el pecho.

Vuelvo al presente con el corazón acelerado.

Sidney parece demasiado pequeña en mis brazos.

No.

No otra vez.

Bajo las escaleras casi corriendo. La coloco en el coche con un cuidado absurdo, como si cualquier movimiento en falso pudiera romperla.

Conduzco como un loco.

En cuanto llego al hospital, apenas aparco correctamente.

—¡Ayuda! —grito incluso antes de abrir la puerta—. ¡Mi mujer embarazada se encuentra mal!.

Dos enfermeros corren hacia el coche, abren la puerta y la sacan con cuidado. La colocan en una camilla y yo los acompaño, sosteniendo su bolso como si fuera un amuleto.

—Señor, ahora nos hacemos cargo nosotros —dice una enfermera con firmeza—. Necesitamos que vaya a recepción y la registre.

—Voy con ella.

—Ahora no. Nosotros nos encargamos aquí. Necesitamos la información.

Quiero discutir.

Pero entonces me acuerdo de mi hermana y me tiemblan las piernas. Así que obedezco.

Voy a la recepción con las manos temblorosas. Abro el bolso de Sidney y saco la cartera y los documentos.

—¿Nombre completo?

Respondo.

—¿Fecha de nacimiento?

Respondo.

—¿Parentesco?

Ni lo pienso.

—Novia.

La recepcionista lo teclea.

—¿Su nombre?

—Tyler Grant.

Levanta la vista por un segundo. Lo reconoce.

No me importa.

Me pide los documentos para comprobarlos y se los entrego.

Luego vuelvo al pasillo y espero.

Me quedo allí, parado, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, escuchando puertas que se abren y se cierran, pasos apresurados, voces bajas.

Cada segundo es una eternidad.

Hasta que oigo la voz familiar de la obstetra:

—¿Señor Grant? —me llama, con postura y expresión serenas.

—Doctora Helena, ¿cómo está?

—Fuera de peligro. Y las niñas también.

Respiro por primera vez desde que entré aquí. Ella camina delante de mí y yo la sigo hasta entrar en la habitación.

Sidney está sentada, con la espalda apoyada en la cabecera.

Pálida.

Pero despierta.

Me mira fijamente.

—¿Qué pasa? Parece que hayas visto un fantasma.

No respondo. Todavía estoy intentando que mi corazón vuelva a latir a un ritmo humano.

—Tyler —insiste ella, poniendo los ojos en blanco—. No pasa nada. Estamos bien —afirma con las manos sobre el abdomen.

La doctora Helena se acerca con ese aire de quien ya ha visto a un padre enloquecer antes.

—Las gemelas están bien, señor Grant. Latidos normales. Sin sufrimiento fetal.

Siento que mis piernas casi se doblan. Por eso, me apoyo en el borde de la cama.

—Ha habido un pequeño sangrado —continúa la doctora— que vamos a monitorizar a partir de ahora. Nada alarmante por el momento.

Sidney cruza los brazos.

—¿Lo ves? Te dije que no debías hacer esa maldita yoga.

Me vuelvo hacia la doctora, todavía pálida y con la culpa estampada en el rostro.

Mierda.

Helena levanta una ceja con profesionalidad.

—En realidad, el yoga no fue la causa.

Silencio.

—¿No? —Miro a Sidney de reojo.

Ella parpadea.

—¿Cómo?

—Una práctica suave y supervisada no provoca ese tipo de cuadro —explica la doctora—. Especialmente en alguien con su condición física.

No sonrío.

Pero sonrío por dentro.

Sidney me mira y se da cuenta.

—No te atrevas.

—No he dicho nada —digo apretando los labios en una fina línea. Estoy intentando no irritarla. Pero es muy difícil.

Helena carraspea, conteniendo la risa.

—Lo que pesa aquí es que se trata de un embarazo gemelar. El útero es más grande, hay una mayor demanda vascular. Hemos identificado una pequeña zona de desprendimiento en la placenta.

Esta información hace que el suelo simplemente desaparezca bajo mis pies. La sensación de risa desaparece, dejando solo lugar para la preocupación.

—¿Desprendimiento?

—Pequeño. Estable. Pero requiere cuidado. El esfuerzo repetitivo, como subir escaleras con frecuencia, puede aumentar la presión abdominal y favorecer el sangrado.

Mi cuello cruje con el rápido giro que hago al mirar a Sidney.

—Subes y bajas esas escaleras todos los santos días.

—Vivo en el primer piso, Tyler. No es el Himalaya.

Miro a la doctora.

—Doctora, su edificio no tiene ascensor.

Helena cruza las manos.

—En este momento del embarazo, lo ideal sería reducir este tipo de esfuerzo. Subir escaleras solo si es inevitable, despacio y con ayuda.

Ni se me ocurre.

—Yo puedo llevarla.

Sidney abre mucho los ojos.

—No vas a llevarme como a una princesa hinchable.

—Si es para evitar el esfuerzo —digo, muy serio—, la llevaré.

La doctora Helena levanta la vista hacia mi mujer y dice:

—La ayuda es bienvenida. —Y con esa frase, descubro que la doctora está de mi lado. El sonido indignado de la garganta de Sidney la hace justificarse: —Al menos hasta que confirmemos, en la próxima ecografía, que el área de la placenta está completamente estabilizada.

Sidney suspira, frustrada.

—No puedes llevarme cada vez que tengo que subir las escaleras de mi edificio.

—Está bien, entonces. Puedes venir a vivir conmigo —acepto lo obvio. Y Sidney demuestra tener algo en la tráquea al emitir el segundo sonido desafinado.

—¿Te has vuelto loco? No voy a vivir contigo.

—Tú lo has sugerido —digo con total inocencia.

Vale.

Mentira.

Inocencia, una mierda.

—Puedo resolverlo de otra manera. Puedo alquilar alguna habitación durante ese periodo y…

—Genial. Tengo habitaciones para alquilar en mi casa. El precio del alquiler lo podemos discutir más adelante. —Levanto las cejas sugestivamente.

—Bueno… creo que la conversación se está volviendo demasiado íntima —dice la doctora Helena, y se dirige hacia la puerta—. Pueden resolverlo mañana, porque hoy prefiero que te quedes en observación en el hospital, Sidney.

—Ya está decidido. No voy a vivir con él —le dice a la doctora en tono brusco. Y enseguida balbucea una disculpa.

La mujer ya debe de haber tratado con tantas embarazadas que ni se inmuta, solo gesticula en el aire y sale de la habitación.

En cuanto se va, me vuelvo hacia Sidney.

—Eres grosera —le reprocho.

—No soy grosera. —Me doy cuenta de que se siente incómoda. Y para no quedar mal, intenta ofenderme: —Tú sí lo eres.

—No puedo llevarle la contraria. Pero sigo siendo educado.

Lo intentó, ¿no?

—Idiota.

Me acerco lentamente a la camilla.

—Deja de ser tan terca y déjame cuidar de ti y de nuestras niñas.

—No necesito tu ayuda —replica, enfadada—. Puedes irte.

Dicen que es difícil mejorar la paciencia.

Sospecho que quien lo dijo no era un hombre enamorado de una embarazada testaruda.

—No me voy a ir de aquí —afirmo, sentándome en el sillón a su lado—. Si te quedas, yo también me quedo.

—Mañana tienes entrenamiento temprano.

—Y mi mujer está en el hospital.

—Yo no soy tu mujer.

—La madre de mis hijas está en el hospital.

Ella abre la boca.

No sale nada.

Entonces, la cierra enseguida.

Sonrío levemente.

Perfecto.

Esta *ronda* la he ganado.

Ahora solo faltan unas cuantas más hasta que tenga a las mujeres de mi vida instaladas en nuestra casa.

De una vez por todas.

Capítulo 35

Sidney Bennett

Está loco.

Si antes quedaba alguna duda, hoy ya no queda ninguna sombra de ella.

Tyler Grant simplemente decidió que se convirtió en el portero honorario de mi edificio.

Y no es un portero cualquiera, no. Es un portero *premium*. Con turno completo, inspección de escaleras, análisis estructural de los peldaños y supervisión personalizada de embarazadas.

Atención: este honor no me lo ha concedido yo.

Me la ha otorgado solemnemente una anciana chiflada a la que, claramente… le gustan los jovencitos.

La señora Roman prácticamente abre la puerta con una banda sonora imaginaria cada vez que él aparece.

Está bien, para mí, él todavía está en la carrera.

Tenemos una diferencia de edad razonable, sí. Pero nada que constituya una diferencia de edad escandalosa.

Tyler tiene 33 años. Yo tengo 26.

Es decir: adultos compatibles. En teoría.

Ahora bien, la señora Roman, con sus ochenta…

O mejor dicho: setenta y cinco.

Porque cada vez que hablo, el maldito me corrige.

«Tiene 75, cariño».

Como si eso cambiara el hecho de que ella lo mira como si estuviera evaluando un jugoso trozo de carne joven en la carnicería.

Maldita sea.

Sacudo la cabeza, tratando de alejar la clasificación por edades y cualquier pensamiento inapropiado que involucre a mi vecina y al padre de mis hijas.

Ni siquiera estaría pensando en eso.

No estaría haciendo ningún cálculo.

No estaría comparando edades.

No estaría creando teorías sobre fetiches geriátricos.

Si no estuviera siendo cargada en brazos por ese loco.

Sí.

En brazos.

Como si fuera una novia cruzando el umbral de la puerta después de la boda.

—Puedes ponerme en el suelo—, refunfuño, cruzando los brazos, porque la dignidad es lo último que me queda.

—No —responde él, simple y directo. Como si le hubiera pedido algo absurdo.

—Tyler, puedo caminar.

—Puedes. Pero no lo harás. Si hubieras aceptado vivir conmigo desde el principio, usarías el ascensor que instalé en la escalera. Aquí no tienes eso. Así que te llevaré en brazos. Y punto.

Ni siquiera me mira cuando habla. Solo ajusta mejor mi peso en sus brazos, como si estuviera hecha de cristal.

Lo del ascensor me pilló por sorpresa.

Tyler lo mandó instalar cuando aún estábamos en el hospital. Le oí llamar a su agente y pedirle que lo tramitara.

Todo era un intento de hacerme morder el anzuelo. Por mucho que me conmoviera, no caí en la trampa.

—Ya está, ahora te dejo caminar hasta el coche —dice, a tres pasos del vehículo, con una sonrisa demasiado amplia.

Sonriente.

Demasiado.

Esa sonrisa convencida de quien ha ganado una batalla invisible.

Entrecierro los ojos, dándome cuenta de lo mucho que está disfrutando con esto.

Está loco.

¿Pero lo peor?

Que una parte irritantemente inconveniente de mí lo está disfrutando.

Yo también debo estar loca.

Bueno… estoy embarazada. Tengo dos niñas en mi vientre. Así que tengo una excusa. O mejor dicho, dos excusas plausibles para estar emocionalmente comprometida con actitudes cuestionables.

—Te estás volviendo pesado —le susurro, abriendo la puerta del coche antes que él.

Él exhala un largo suspiro. Echo un vistazo desde dentro del vehículo y lo veo sacudir la cabeza, todavía con esa maldita sonrisa.

Satisfecho.

Convencido.

Pronto estamos de camino al centro de entrenamiento juntos una vez más.

Algo muy preocupante para alguien que no quería que su embarazo apareciera en los tabloides, ¿no?

Pero después del escándalo que armó Grant en el hospital «¡Mi mujer embarazada se encuentra mal!» resonando por los pasillos como si fuera un anuncio por megafonía, cualquier plan de sigilo estratégico se había ido al traste.

Y claro.

Astrid apareció en la sala de musculación como una hiena sonriente.

—¡Sidney, querida! —con esa sonrisa plastificada que me da alergia—. Te han contratado tres marcas de cochecitos *de lujo* y dos de suplementos prenatales. ¡Enhorabuena!

Casi le tiro un *kettlebell*[36] en la cara.

Pero respiré hondo.

Profesionalidad.

O casi eso.

Tratar con ella fue menos traumático que con las amigas de la infancia a las que dejé en la ignorancia hasta que todo se hizo público.

—Amiga, ¿has visto las tonterías que están diciendo? —Winter parecía sorprendida en la videollamada, que fue más bien una convocatoria de emergencia.

Aún no sabía de qué se trataba. Lo juro.

Y, demasiado inocente, dejé que mi barriga apareciera en la pantalla al moverme para que Charlie se tumbara en mi regazo.

—Sid… ¿Me digas que es un filtro y que esa barriga de embarazada no es lo que estamos pensando? —pregunta Brooke, con los ojos muy abiertos y mirando fijamente la pantalla.

Exhalé con fuerza e inhalé, armándome de valor.

—Es verdad. Estoy embarazada.

El silencio se prolongó durante cinco segundos, lo que fue un récord, antes de que las dos me echaran una bronca monumental.

Eran frases aleatorias, dichas al mismo tiempo, de las que no entendí ni la mitad.

Charlie fue mi salvador con dos ladridos firmes.

Buen chico, pensé.

—Han pasado muchas cosas. Y perdón por no contar nada, ¿vale? No quería preocuparos.

—Sidney, amiga, ahora estamos preocupadas porque pasaste por todo eso sola —dijo Brooke, la más sabia y menos rencorosa.

Winter se mantuvo desafiante, con los brazos cruzados, pensando en formas de represalia. Lo sé.

—Win, no estamos en la universidad para que metas un pollo en mi armario. Así que deja de enfadarte.

—¿Paige lo sabía? —preguntó, celosa como siempre—. ¿Y Riley?

Cerré los ojos. Tendría que pedir perdón durante décadas después de eso.

Asentí con la cabeza y la rubia enfadada soltó un taco en voz baja.

—Estamos lejos, Sid. Pero somos tus amigas. Somos hermanas, tío —confesó su decepción conmigo, lo que me provocó un nudo de culpa en el estómago.

—Lo siento. Paige vive conmigo y Riley está casada con Josh, que es amigo de Tyler —me justifiqué.

—Y Tyler no se lo ha ocultado a nadie, por lo que parece —concluyó en ese tono descarado.

—Todo el equipo se enteró. —Puse esa mueca, esperando lo peor.

Llegó en forma de una ola de silencio, interrumpida por el sonido de dos respiraciones cansadas.

—Son dos chicas —dije finalmente, tratando de recuperarlas —. Como tú y Summer, amiga. Son univitelinas.

Winter miró la pantalla sorprendida y su ceño fruncido se fue deshaciendo poco a poco.

Gracias, Summer. Tu memoria nos ha ayudado.

—¿Cuánto tiempo hace, Sid? —preguntó Brooke.

A partir de ahí, la conversación fluyó mejor. Winter dijo que yo sería la última en enterarme cuando estuviera embarazada. Acepté mi destino.

Me merecía el castigo, después de todo.

—Ahora avisa a todo el mundo cuando nazca. Y mantennos informados de cada avance, ¿vale? —pidió Win, secándose las lágrimas del rostro.

Yo también estaba llorando.

El rechazo de Tyler me dolió muchísimo.

Quizás por eso tenía miedo de revelar mi embarazo a las personas importantes de mi vida.

Qué tonta.

Ellos, al igual que mis padres, no cometerían el mismo error.

Y sí.

Tuve que lidiar con el señor y la señora Bennett tan pronto como colgué el teléfono con las chicas.

Estaban mucho más preocupados que enfadados conmigo.

En fin.

La vaca de Astrid fue solo una espina comparada con todo lo demás.

En cuanto llegamos al edificio administrativo del CT, caminamos uno al lado del otro, recibiendo la mirada sugerente de la recepcionista.

—Buenos días, pareja estrella del equipo.

Pongo cara de pocos amigos.

Tyler sonríe.

—¡Vamos, Clarinha! Somos discretos.

—Dice el tipo que se convirtió en un megáfono en el hospital —le recuerdo, irónica.

Clara suelta una risita tonta. Pongo los ojos en blanco y sigo adelante.

En el pasillo nos separamos. Me doy cuenta cuando Tyler intenta acercarse, pero me aparto rápidamente.

Incluso siento un poco de culpa. Pero se me pasa rápido.

—Llámame si necesitas algo.

—Sé cruzar pasillos, Tyler.

—No es lo que dijo la doctora sobre las escaleras.

Lo miro fijamente.

Échame un guiño y utilizo mi método actual de comunicación: gruño.

Él se ríe.

Y cada uno sigue por su lado como dos adultos funcionales.

En la sala de descanso del equipo técnico, Nate está apoyado en la encimera, desplazándose por la pantalla de su móvil y riéndose de vez en cuando.

—Buenos días, señora cargada en brazos —dice sin siquiera mirarme.

—Te odio.

Exhala, sonriendo, y levanta la vista hacia mí.

—Deja de ser tan dramática, Sid. El tipo lo está intentando.

Dejo mi bolso sobre la mesa, soltando la correa de un golpe.

—Es insoportable.

—¿Por qué?

—Porque no puedo levantar la pierna y ya me llevan en brazos como a una princesa herida. Él me trae. Me recoge. Me lleva.

Mi compañero suspira y guarda el móvil en el bolsillo de la sudadera.

—¿Pero has buscado algún sitio sin escaleras?

Silencio.

Mi cerebro se bloquea, porque la respuesta es un vergonzoso no.

—No.

Él levanta una ceja.

—¿Y por qué no lo has buscado?

—Porque no quiero mudarme.

—O porque te gusta que te lleven en volandas como a una princesa herida. —Ahora tiene ambas cejas arqueadas en una expresión que me irrita.

—Nate, estoy a punto de usar tu cuerpo como modelo anatómico para estudiar lesiones musculares.

Él lo ignora.

—¿Por qué no aceptas de una vez irte a vivir con él? Al menos hasta el final del embarazo.

—Porque no quiero depender de nadie.

—Es el padre, mujer. ¿Cuántas mujeres no viven llorando porque el padre desapareció? —continúa, ahora serio—. Estás recibiendo el apoyo del padre de tus hijas y lo rechazas como si fuera algo podrido.

No discuto, porque… me remuerde la conciencia. Un poco.

Nate cruza los brazos.

—¿No crees que estás siendo un poco terca?

Abro la boca para replicar.

Pero la cierro.

Porque la pregunta es acertada. Y odio cuando da en el clavo.

—No soy frágil —murmuro.

—Lo sé. Pero tampoco tienes por qué asumir toda la responsabilidad tú sola. Metió la pata porque tenía todo un historial, Sid.

—¡Él todavía no me cree! ¡Piensa que yo envié ese GIF a la revista! —Por fin mi cerebro coopera, recordándome la razón por la que retrocedo.

—Yo te creo. Pero el GIF salió de algún sitio. Ponte en su lugar. ¿Tú lo creerías ciegamente?

Y de nuevo… abro la boca y la cierro.

Aprieto la mandíbula con fuerza, odiando el universo.

—Me irritas, ¿sabes? —Le doy la espalda y me voy pisando fuerte, sintiendo que me sigue.

Vamos a la oficina a discutir los ejercicios del día. Y allí, la letanía a favor de Tyler continúa.

Aprieto el botoncito del filtro para que solo entren las palabras de trabajo. Y así sigue el día.

Los jugadores pasan la mañana estudiando vídeos del próximo rival, analizando rutas, coberturas, blitz, intentando anticipar cada movimiento. Después, musculación y entrenamiento en el campo.

Elaboro un nuevo protocolo para los miembros de la defensa. Ajuste las cargas, pienso en la prevención de impactos para *los linebackers*, reformulo el entrenamiento excéntrico de los edges, organizo sesiones específicas para reducir la sobrecarga lumbar.

Se prepara para atacar.

Yo preparo los cuerpos para aguantar.

Al final del día, como si fuera una rutina establecida desde hace años, y no algo demasiado improvisado para mi cordura,

estamos juntos en la recepción, dirigiéndonos a la salida.

—¿Lista?

Asiento con la cabeza.

Caminamos manteniendo una distancia razonable. La famosa distancia de quienes no quieren parecer una pareja.

Él conduce con atención y hablamos de los equipos de la fase final a los que nos enfrentaremos. Nombres, estrategias, partidos difíciles. La conversación fluye con facilidad, demasiado natural para alguien que prometió no mezclar las cosas.

En algún momento, se instala el silencio.

No es incómodo.

Es de esos que solo existen cuando dos personas se entienden sin esfuerzo.

Observo la ciudad pasar por la ventana. Edificios, luces, semáforos. Pienso en las palabras de Nate. En la forma directa, y cruelmente sensata, en que desmontó mis defensas.

No vas a vivir con él para siempre, pienso.

Es solo mientras estés embarazada.

Después puedo volver a mi apartamento —insiste mi conciencia con la idea.

Eso.

Puedo hacerlo.

Cuando nazcan, volveré a mi casa. Sidney y Faith están ansiosas por la llegada de las niñas. Todo va a salir bien.

Me estoy mordiendo la uña del meñique, nerviosa, mientras intento ordenar un futuro que claramente no pidió mi opinión.

Miro al conductor a mi lado y siento rabia.

¿Por qué tenía que ser tan bueno?

Suspiro.

Tal vez sea hora de ceder.

Hay tantas embarazadas solas que desearían tener ayuda… y yo aquí, resistiéndome justamente al padre de mis hijas.

Eso dice más de mí de lo que me gustaría admitir.

Ese pensamiento todavía está resonando cuando Tyler aparca frente a mi edificio.

Seguimos el guion.

Esta vez, espero a que él abra la puerta del coche. Coge mi mochila, como si eso ya formara parte del acuerdo tácito que hemos firmado sin firmar nada.

Tecleo el código de la puerta de entrada.

En el vestíbulo, antes de que pueda protestar, me levanta y me lleva al piso de arriba.

—Entregada, amor. Si necesitas algo, llámame —dice antes de besarme en la frente.

Su cariño me arranca otro suspiro.

Maldición.

Le agarro del brazo antes de que baje el primer escalón.

—Tyler, espera.

Se detiene. Su rostro mezcla confusión con una pizca de preocupación real.

—Voy a hacer una maleta rápidamente y me voy contigo —digo rápido, como quien se lanza por un precipicio sin mirar hacia abajo.

—¿Qué?

Lo ha entendido.

Claro que lo ha entendido.

La sonrisa en la comisura de sus labios lo delata.

Soplo el aire, aburrida de mí misma.

—Me voy a vivir contigo. ¿Contento?

Vuelve a acercarse, se inclina, ocupando mi espacio con demasiada facilidad, y habla con esa voz ronca que me pone los pelos de punta en lugares muy específicos de mi cuerpo.

—Ah, amor… casi estoy listo. Pero vamos paso a paso.

—No me hagas arrepentirme.

Se lleva una mano a la boca, como si se la fuera a cerrar con una cremallera imaginaria.

Pongo los ojos en blanco y entro en casa a recoger mis cosas.

Mientras meto la ropa en la maleta sin doblarla, pienso en la piscina en la que voy a sumergirme. Yo, que siempre he insistido en tener una salida de emergencia, estoy entrando voluntariamente en un edificio sin escalera de incendios.

¿Y lo más preocupante?

Que no me están arrastrando.

Capítulo 36

Sidney Bennett

La espuma vuela suavemente por el aire, obediente al impulso de mi soplo.

Vuelvo a hundir la mano en la bañera, cojo otro montoncito que parece algodón de azúcar y soplo. Esta vez, se fragmenta en pequeñas bolitas de jabón que flotan perezosamente hasta el agua.

Estoy en el baño de la suite que elegí, sumergida desde hace demasiado tiempo en un agua que ya no está tan caliente, con el pelo recogido en un moño torcido en lo alto de la cabeza.

He decidido esconderme aquí para sobrevivir mentalmente.

Mi cabeza se ha convertido en una zona de guerra en los últimos días, y la bañera es el único lugar donde Tyler no puede entrar con demasiada insistencia.

Ha hecho todo por mí y para mí, atendiendo necesidades que ni siquiera sabía que tenía.

«He puesto un taburete en la ducha para ayudarte si te depilas».

¿Si me depilo?

¿En qué está pensando?

¿Que solo porque no lo estoy usando, me voy a convertir en una mona?

Uf…

Luego dijo:

«Te compré esta almohada cilíndrica, te ayuda a mantener la postura y alivia el dolor de espalda».

«Hay un cepillo de dientes extra suave en el primer cajón de la derecha del armario del baño. Tus encías pueden estar más sensibles».

Al final, su preocupación por cada detalle me pareció demasiado tierna. Es jodido mantener la indiferencia.

Jodidamente difícil.

Fue jodido al principio, para ser sincera.

Cuando entré en su casa, aceptando mi destino de convivencia forzada durante el embarazo, Charlie vino corriendo a darme la bienvenida.

Mi amigo de cuatro patas saltó sobre mí con la emoción de quien ha recibido dos juguetes nuevos al mismo tiempo.

Solo no me caí al suelo porque Tyler estaba justo detrás, sujetándome.

Sentí sus brazos firmes alrededor de mi cuerpo, su pecho musculoso pegado a mi espalda…

Entonces, la misma maldita sensación de la clase de yoga volvió triplicada.

Si yo fuera el tipo de mujer que le pone apodos a su coño, el mío se llamaría «intermitente de Tyler».

¡Arg!

Golpeo la espuma con la mano, enfadada conmigo misma.

Fueron solo unos segundos.

En ese instante, levanté la mirada y nuestras caras quedaron en perfecta alineación para un beso. Vi cómo sus ojos bajaban hacia mi boca, con una intención que gritaba: quiero besarte.

¿Y lo peor?

Yo también quería.

Pero Charlie ladró, como un ángel peludo e inoportuno que me devolvió al mundo de la razón.

Y todos los pensamientos acumulados para mi defensa emocional brotaron en mi mente: Él fue un cretino. Pidió un tiempo. Huyó cuando descubrió que estaba embarazada.

Resultado: no puedo estar con él.

Simplemente porque, cuando eso ocurra, no habrá término medio, será una caída libre. Y no sé si sobreviviré a otro rechazo.

Tyler Grant es impredecible… siendo predecible.

¿Me sigues?

Vamos.

Siempre supe que no quería tener hijos.

Vale.

Aceptable.

Tampoco era mi prioridad.

Él decía que yo le gustaba.

Y, seamos sinceros, quien quiere, confía.

Él no confió.

Ni por un segundo pensó que alguien pudiera tener acceso al GIF de su escandaloso beso con Knight.

No.

Olvidó por completo que vivimos en la era de la clonación de teléfonos móviles, las filtraciones de mierda y la gente ociosa.

¿Es improbable?

Quizás.

Pero eso no importa.

Debería confiar en que yo no haría algo así; debería saber quién soy; debería preguntar antes de acusar.

Pero no.

Prefirió atacar.

El embarazo fue fruto de la casualidad.

Entré en la estadística del 0,4 % que se queda embarazada usando DIU.

El susto no fue solo suyo.

También fue mío.

Él es un hombre de más de treinta años. Debería haber elegido mejor las palabras antes de lanzármelas como si fueran piedras.

Sentí un puñetazo en el pecho digno de un nocaut técnico.

Y entonces, de repente, cambia de opinión y dice que asumirá la responsabilidad.

Que será responsable.

Que estará presente.

Todo cariñoso…

Y encantador.

Ay, Dios.

Casi me rindo.

Hasta que me di cuenta de que el puñetazo venía acompañado de una patada voladora: la falta de confianza.

Le doy otro puñetazo a la espuma.

Él no cree en mí.

Nate puede haberme convencido de que la duda es humana. Que aceptar ayuda no es rendirse.

Vale.

Lo acepté.

Pero eso no significa que vaya a ceder a la tentación.

Ah… eso no.

Quien ama, confía.

El pensamiento explota en mi cabeza como una granada mal lanzada.

¿Quien ama…?

—Ese idiota no deja de llamarme «amor» y la locura no hace más que empeorar —murmuro.

Respiro hondo y cuento hasta diez, mentalizando «paz y armonía» para salir de la bañera y mantener el orden de la mente, el cuerpo… y el coño parpadeante.

Me levanto de la bañera, me envuelvo en la toalla y camino hacia el dormitorio.

A los pies de mi cama, Charlie levanta la cabeza del suelo, mostrando su eficiencia en su nueva función de guarda s espaldas de una embarazada. Se pone a cuatro patas de un salto y se prepara para salir.

—No te atrevas. Quédate. —Levanto el dedo índice.

Me mira fijamente, y juraría que su bufido tiene un tono burlón. El muy cabrón vuelve hacia mí y roza mi costado con la cabeza. Le acaricio la oreja y, cuando doy dos pasos hacia el armario, el muy travieso sale corriendo al pasillo.

—Traidor —le grito al vacío, básicamente. Me acerco a la puerta y la cierro. Estaba entreabierta, pero Charlie sabe girar pomos. Una habilidad increíble para un espía canino.

Me visto rápidamente con unos pantalones de chándal negros y una camiseta blanca de manga larga. Y salgo tras el espía, antes de que tenga otra necesidad de embarazada que atender.

En el pasillo, no veo nada. ¿Habrá bajado las escaleras?

En ese momento, oigo un chirrido extraño. Luego unos golpes huecos.

Una de las suites junto a la habitación de Tyler tiene la luz encendida y la puerta entreabierta. Hago todo lo posible por

incorporar a la mujer gato que hay en mí y llegar hasta allí sin hacer ruido.

Empujo la puerta un poco más, muy despacio.

Y cuando veo a Tyler Grant sentado en el suelo rodeado de un rompecabezas gigante, trago un sollozo emotivo. No puedo evitar reírme mientras sostiene parte de una de las cunas con una mano y el taladro eléctrico con la otra.

De nuevo, el chirrido llena el espacio y mi corazón da un vuelco. Levanto ambas manos hasta la boca, completamente conmovida al verlo allí, dedicándose a lo que dijo que haría.

Ayer me convenció para que lo acompañara a una tienda con todo lo necesario para la llegada de un bebé. En nuestro caso, dos.

Había de todo.

Cunas alineadas como si fueran miniaturas. Cochecitos de todo tipo. Ropa que iba desde la más elaborada, llena de volantes, hasta un disfraz de Spiderman.

—¿Qué te parece este modelo? —me preguntó, parado frente a una cuna de madera clara.

—Me parece demasiado grande para mi habitación —respondí, analizando el espacio que ocuparía en mi apartamento con las niñas.

Frunció el ceño, confundido por la respuesta durante unos segundos. Hasta que lo entendió.

—Ah. Quiero tener una habitación para ellas en casa, cariño. Podemos montar una habitación para ellas allí también, ¿no?

Debería decir que no.

Debería haber cortado el mal de raíz y decirle que dormir lejos de mí cuando aún eran bebés sería complicado.

Pero sus ojos brillaban de tal manera que era imposible negarle nada.

—Es precioso —fue lo que se me escapó.

Y fue como si hubiera abierto las puertas de la esperanza a los padres competentes.

Tyler cogió una especie de carrito de la compra y pidió a una dependienta con experiencia que nos ayudara a coger todo lo necesario para la llegada de las gemelas.

¿Orinales con pelotas de fútbol americano estampadas?

Comprobado.

Monos de todo tipo: algunos a juego, otros con detalles diferentes porque «¿necesitan tener su propia personalidad?».

Comprobado.

¿*Bodys* con la inscripción *«Daddy's Girl»* en una fuente ofensivamente cursi?

Comprobado.

Versiones duplicadas, porque «son dos, Sidney, dos».

Comprobado.

¿Mantas antialérgicas, térmicas, transpirables, sostenibles y probablemente aprobadas por la NASA?

Comprobado.

Y luego…

El cochecito doble.

Probó la estructura, giró las ruedas, comprobó los frenos, lo plegó y desplegó con una concentración casi conmovedora.

Cogimos dos modelos porque uno no era suficiente.

Vuelvo al presente con el sonido del taladro llenando la habitación.

Tyler está sentado en el suelo, rodeado de piezas, tornillos y un manual abierto. La camiseta negra pegada a su espalda delata el esfuerzo. Tiene el pelo ligeramente revuelto y se muerde el labio mientras encaja un lateral de la cuna.

Charlie está tumbado a su lado, un poco apartado, en una pose digna de una esfinge egipcia.

Supervisando, como si estuviera supervisando la obra y juzgando cada decisión estructural.

—No sabía que ibas a montarla tú solo —le digo, apoyando el hombro en el marco de la puerta.

Él me mira, con una media sonrisa en la comisura de los labios.

—He querido hacerlo. —Deja el taladro en el suelo, se limpia las manos en los pantalones cortos y luego me mira.

—¿Por qué?

Encoge los hombros antes de responder:

—Es una forma extraña de estar más cerca de ellas.

Se me seca la garganta.

—Ya estás cargando —continúa, en voz más baja—. Lo justo es que ayude aquí fuera. Hacer algo por ellas con mi esfuerzo.

Intento mantener la ironía en la punta de la lengua.

No sale.

Me quedo callada, tratando de mantener la respiración regular. Pero los latidos de mi corazón adquieren una frecuencia extraña.

—Quiero ver a nuestras niñas durmiendo en una cuna que ha montado su padre. El dinero no puede pagar eso.

Y es justo ahí donde me derrumbo por completo.

La emoción me recorre la piel como una fiebre silenciosa. Se me oprime el pecho. Me arden los ojos, reteniendo lágrimas llenas de un significado mayor que cualquier desacuerdo que tenga con Tyler.

Porque aquí no somos solo una pareja separada. Somos padres.

Entonces…

Siento un fuerte pinchazo en el vientre.

—¡Ay! —Me llevo la mano al vientre, sorprendida.

Tyler ya está de pie antes de que termine mi reacción.

En dos pasos, está a mi lado.

—¿Estás bien? —Su preocupación es instantánea, visceral.

Tardo un segundo.

Otro.

Y entonces el segundo codazo refuerza mi teoría.

Suelto una breve carcajada, incrédula.

—Ellas…

—¿Qué?

Pongo su mano sobre mi vientre. Me mira con asombro justo en el momento en que se produce un tercer movimiento.

—¿Lo has notado? —susurro.

No responde de inmediato. Solo traga saliva.

—Se están moviendo —insisto.

—Lo sé —dice, casi sin voz.

Otro pequeño empujón.

Me quedo allí, con su mano aún sobre mi vientre, los dos medio paralizados, sonriendo como idiotas emocionados ante algo más grande que cualquier discusión.

Tyler se inclina un poco. Demasiado cerca para ser seguro.

Su boca está peligrosamente cerca de la mía. Puedo sentir su cálido aliento rozando mis labios.

Mi corazón se acelera.

Va a pasar.

Sé que va a pasar.

Y, maldita sea… lo deseo.

Cierro los ojos, esperando y…

Siento cuando se desvía y me da un beso en la mejilla.

EN. MI. PUTA. MEJILLA.

Respira hondo y da un paso atrás.

—¿Qué quieres para cenar? —pregunta simplemente, en un tono demasiado natural para toda la situación.

Parpadeo una vez.

Dos.

Tres veces.

Tardo unos segundos en comprender lo que acaba de pasar.

¿Él… se ha negado?

¿Se ha apartado justo en el momento decisivo?

¿Cómo es eso?

Hasta ayer, este hombre estaba prácticamente lanzando indirectas pornográficas con una sonrisa de lado y ahora… ¿me da un beso en la mejilla?

¿Qué mierda es este repentino autocontrol?

Cuando ya está casi en la puerta, la frustración se me escapa de la boca sin rodeos:

—¿Eso es todo?

Él gira la cabeza, confundido.

—¿Qué?

Cruzo los brazos.

—¿Te acercas, creas todo un ambiente… para darme un beso en la mejilla?

El maldito sonríe.

Esa sonrisa lenta. Provocadora. Peligrosa.

—¿Querías otra cosa?

Y ya está.

Me quedé muda.

Porque, de repente, me doy cuenta de que he verbalizado mi crisis de coño intermitente.

Mierda.

Él levanta una ceja, claramente divirtiéndose con mi cortocircuito interno.

Pongo mala cara y paso junto a él, pisando fuerte por el pasillo.

—¡Idiota! —le grito por encima del hombro y escucho su carcajada resonar por la habitación.

Convencido.

Cabrón guapo.

Pero qué bien cocina.

—¡Quiero pasta! —grito, ya cerca de la escalera.

Me acerco a la silla elevadora, aprieto el botón y empiezo a bajar lentamente, con dignidad… dentro de lo posible.

Tyler baja por la escalera normal, dos escalones a la vez, y pasa a mi lado como si estuviera en una competición invisible.

Cuando llega abajo y yo todavía estoy a mitad de camino, me mira fijamente.

—Estoy aquí para ti, amor. Soy todo tuyo. Solo tienes que pedirlo.

Gruño.

—Deja de ser tan engreído. Tengo un montón de hormonas revolviéndome la cabeza. Eso es todo. No te voy a pedir nada.

Él inclina la cabeza hacia un lado, demasiado satisfecho.

—Tú sabrás.

Y desaparece en dirección a la cocina.

Yo voy directo al salón y me tiro en el sofá, cruzando las piernas y cogiendo el mando a distancia como si fuera un escudo contra las tentaciones y las malas decisiones.

Me quedo ahí.

Quieta.

Esperando a que la cena esté lista.

Porque, definitivamente, es mejor evitar la tentación cuando ella sabe cocinar, besa en la mejilla y además sonríe como quien sabe exactamente lo que está haciendo.

¿Y yo?

Yo no sé una mierda.

Capítulo 37

Sidney Bennett

Unos días después

Me desperté en mitad de la noche y no consigo volver a dormir. Estoy viviendo una crisis existencial sin ninguna conclusión lógica sobre lo que está pasando.

Siento que estoy dentro de una Matrix[37] , donde todo lo que me está pasando es demasiado surrealista para ser verdad.

Si me quedo mirando demasiado tiempo la pared, ¿transcenderá el señor Smith con esos píxeles a su alrededor?

¿Entonces tendré la certeza de que estoy en lo cierto?

Fijo la mirada en un punto y cuento hasta 100 en mi mente. Nada.

Esta Matrix debe ser un modelo mejorado, creo.

Hoy, en el CT, Tyler se me pegó como una garrapata a la hora del almuerzo. Y ya he perdido la cuenta de cuántas veces le he mandado a la mierda.

Yo ponía algo en mi bandeja y él lo quitaba diciendo: *«No es bueno para las niñas, cariño».*

Cariño…

¿En serio?

Además de esa tontería, el idiota se convirtió en el fiscal de los alimentos que quiero comer.

Probé un batido de chocolate. Rechazado.

Un *brownie*. También cancelado.

¿Un muffin…? ¿Adivina qué?

Rechazado.

¿Y si mis hijas quieren una lluvia de azúcar en la placenta, eh?

¿Quién se cree que es para pensar que sabe algo?

Lo peor… es que sabe.

Vi tres libros sobre embarazo en su mesita de noche cuando fui a su habitación por la sencilla razón de coger el conejito de Charlie.

Solo por eso.

No fue porque quisiera olerlo en la almohada. No.

Charlie estaba conmigo y exigió su peluche.

Solo fui a buscarlo bajo la amenaza de una bola de pelo suave.

Maldición.

No se puede mantener una mentira tan grande. Quiero sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo. Quiero esa boca carnosa en la mía. Quiero el toque pesado de esas manos grandes marcando mi carne.

Resoplo, enfadada conmigo misma.

El lío que tengo en la cabeza es todo culpa suya.

Este hombre me cuida con tanto cariño que hasta me duele.

¿Por qué está haciendo esto?

Es tan difícil fingir ser dura. Más aún cuando anda por la casa solo con esos pantalones de chándal con el maldito elástico de los calzoncillos asomando. Se vuelve aún más sexy.

Sus abdominales marcados dibujan el camino del pecado y esa «V» antes de la pelvis parece una flecha que apunta al lugar donde quiero poner mi boca.

Gimo y cierro los ojos con fuerza. Antes de que mi frustración se haga audible, me tapo la cara con una almohada y ahogo el sonido de mi grito.

Cuando se me cansa la garganta, me quito la almohada y vuelvo a respirar.

Necesito un dulce.

Necesito comer algo que me satisfaga de alguna manera. Mi cordura necesita ser salvada. Tengo dos hijas que criar, no puedo acabar en un manicomio.

Miro al techo y respiro hondo.

—¿Queréis helado? ¿No queréis, niñas? —pregunto, apoyando la mano en mi vientre. Un pequeño temblor es la respuesta que necesito.

Me levanto y me pongo las zapatillas de felpa que me regaló Paige. Estoy tan sensible que contemplo durante unos segundos el suave tacto en mis pies.

¡Dios! Se podría componer una canción sobre meter los pies en unas zapatillas tan suaves. Lo juro.

Me dirijo al sillón elevador y pulso el botón.

En cuanto llego a la planta baja, noto otra sensación peluda en la pierna.

—Charlie… eres un perro, ¿sabes? Andar como un gato y asustarme no forma parte de tu trabajo.

Me mira fijamente, inclinando la cabeza hacia un lado y resoplando a continuación. Si este perro hablara, le oiría decir «que te jodan». Estoy segura.

Mis pasos se dirigen directamente a la cocina. Espero que Tyler esté profundamente dormido.

Charlie se sienta junto a la isla y yo me dirijo a la nevera, cogiendo el objeto de mi deseo: el bote de helado de vainilla.

Me apoyo en la encimera, cojo una cuchara y, cuando el helado se derrite en mi boca, estoy en el paraíso.

—Nunca más dudaré cuando una embarazada hable de sus antojos. Es muy real —le digo a mi amigo de cuatro patas.

Casi seis meses y mi cuerpo está completamente diferente. Mis pechos pesan, me duelen. Mi barriguita redondeada se ha convertido en mi orgullo particular.

Y con todo esto, mi coño está tan necesitado que sueño con el desgraciado que está ahí arriba durmiendo.

Parpadea. Tyler. Parpadea. Tyler. Parpadea. ¡Tyler Grant!

Es como si me gritara, joder.

Debe ser por eso que me desperté.

Estaba soñando con él y me negué a seguir con el sueño.

Mentira.

Intenté dormir y volver al momento exacto en el que él me chupaba, tal y como lo estoy haciendo ahora con esta cuchara.

Un bote de helado no será suficiente para apagar el fuego que tengo ahí abajo.

Joder.

Doy otra cucharada, directamente del bote, lamiendo la cuchara lentamente. No hay nada más pornográfico en este momento.

—¿Estoy viviendo con una ladrona de helados? —su voz llena la cocina. Y cuando abro los ojos, me bombardea la visión del primer antojo de embarazada de la noche.

Mierda.

—Dijiste que podía comer lo que quisiera de la nevera —respondo, usando la cuchara como una espada justiciera.

Ay de él si me quita el bote.

—Y puedes… siempre y cuando…

—Ah… por favor. Nuestras bebés pidieron este helado, ¿vale? —justifico, volviendo mi atención al helado. —¿Nunca has oído hablar de los antojos de las embarazadas?

—Eh… sí —responde, pasándose la mano por la nuca. Esta vez, un poco incómodo.

Entonces me pongo a analizar al hombre guapísimo justo frente a mí, apoyado en la puerta. Sin camisa, con los pantalones de chándal cayendo hacia un lado, dejando ver la cintura de los calzoncillos, el pelo revuelto y ese cuerpo ridículamente prohibido por ley.

En cuanto se da cuenta de que le estoy mirando, tarda unos segundos en esbozar esa sonrisa cretina.

Niego con la cabeza rápidamente.

—Me ha dado ganas —digo, aclarando la garganta.

Se acerca. Lentamente. Como si yo fuera demasiado salvaje para ser tocada por sorpresa.

A continuación, me quita la cuchara de la mano. La mete en el bote. Y se la lleva a la boca, chupando y gimiendo.

¡Dios! Ten piedad de los coños embarazados sin una polla fija.

La tortura continúa. Una lamida. Dos…

Sus ojos fijos en mí como si supiera exactamente el efecto que causa. Y lo sabe.

Siento el peso de las bragas. Literalmente. Húmedas. Calientes. Mi pecho sube y baja, y solo pienso en arrodillarme y resolver este problema con la boca.

—¿Tienes calor o solo soy yo? —pregunta, tomando otra cucharada, sobrevolándome.

Ni siquiera respondo.

Él sonríe con el rabillo de la boca y… deja caer el helado sobre mis pechos. El líquido helado se derrite al instante y se desliza por el hueco. La camisola que he elegido hoy es una camisa de seda con botones, que permite que el líquido cremoso se deslice sobre la piel.

Mi respiración se vuelve irregular.

—Ups—dice, con la mayor cara de póquer del mundo—. Creo que voy a tener que limpiar eso. ¿Puedo?

Estoy en un trance hipnótico que ha contaminado cualquier pensamiento racional. Por esta razón, asiento con la cabeza. Un «uh-hum» atascado en la garganta.

Él sonríe y se inclina para que su lengua caliente lama lentamente el helado.

El líquido cremoso se desliza por las curvas de mi pecho, poniéndome la piel de gallina. Mis pezones se endurecen bajo la fina tela. Si no hace algo al respecto ahora mismo, juro que me arrancaré la ropa y me montaré a este hombre aquí mismo.

Tyler desabrocha el primer botón de la camisa y me mira. Espera.

No digo nada.

Segundo botón. Tercero.

Sigo muda. Poseída.

Se acerca a mi pecho, todavía lamiendo la crema, ahora en el contorno de mi areola. Y entonces… lo chupa. Con fuerza, con hambre, con una mezcla de devoción y excitación.

—¿Estás bien? —pregunta entre beso y beso.

Quiero responder. Decir «fóllame ahora», pero solo consigo agarrarle del hombro y tirar de él. Con fuerza.

Su sonrisa torcida demuestra el efecto que está causando. Ese cabrón lo sabe.

Otra cucharada de helado. Ahora la deja caer sobre mi vientre. La crema se desliza por el centro y él continúa con besos lentos y húmedos, bajando hasta el ombligo, contorneándolo con la lengua como si estuviera haciendo arte en mí.

Mis manos tiemblan.

Y entonces me agarra con firmeza por las axilas, me levanta con facilidad y me sienta sobre la isla de la cocina.

La piedra fría es otra sensación deliciosa en mi trasero caliente.

—Ty… —murmuro, sin darme cuenta de que digo su nombre en tono de advertencia.

Él sonríe de nuevo, lascivamente.

Sus dedos abren toda la camiseta y su boca desciende con besos lentos y húmedos, siguiendo exactamente el rastro del helado. Su lengua lame, recoge, provoca. Va demasiado despacio. Es demasiado cruel.

Ahora solo llevo bragas, vulnerable bajo su escrutinio.

Mi respiración se acelera mientras su mirada recorre mi cuerpo. Sujeta la lencería por un lado y la desliza por mis piernas, sin apartar los ojos de mi rostro.

La sensación de verlo preocupado por mis reacciones alimenta aún más la llama que he intentado apagar, en vano. Es imposible.

Sus manos sujetan mis muslos abiertos, firmes, como si no hubiera la más mínima posibilidad de escapar. Y no la hay. No quiero escapar. Quiero que me devore.

Él besa mi entrepierna, moviendo sus labios y demorándose tanto que llega a doler. Todo mi cuerpo suplica mientras él finge no escuchar.

Luego, continúa con los labios mayores.

Despacio. Lentamente. Casi respetuoso, si no fuera obsceno.

Su lengua traza el contorno, provocándome, sin entrar donde lo necesito. Mi coño palpita, late, suplicando alivio. El calor entre mis piernas es absurdo. Intenso.

Sinceramente, el embarazo solo empeora las cosas. O las mejora. Depende del punto de vista. Porque ha triplicado mi excitación.

—Me estás matando… —consigo decir, con la voz quebrada.

—Lo sé, amor —responde él en voz baja, antes de soplar suavemente allí.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal como una descarga eléctrica, mientras la lubricación se desliza por mi canal.

Joder.

A continuación, apoya la cuchara helada de helado justo en medio de mi vulva. El frío explota contra mi calor y gimo alto, sin ningún pudor. Mi coño se contrae, desesperado por sentir esa boca helada de verdad.

—Tyler… deja de jugar conmigo —repito, ahora sin ningún control.

Él se ríe entre dientes. Maldito.

Finalmente, siento el hielo justo encima de mi clítoris. Su boca se cierra allí, caliente y fría al mismo tiempo.

No es un beso. Es un chupetón.

Tira de la sensible piel entre los labios, estirándola, y yo me arqueo por completo. Las chupadas continúan fuertes, rítmicas. Un gemido se escapa de mi garganta sin pedir permiso. La sensación es tan intensa que casi me hace perder el equilibrio sobre la encimera.

Tyler me mira de abajo hacia arriba, con una mirada de pura lujuria, sonriendo, prometiendo la completa destrucción de mi juicio.

De repente, su lengua desciende lentamente entre los labios pequeños, provocadora, trazando un lento camino hasta mi vagina. Lame como si estuviera saboreando algo raro, precioso… y completamente suyo.

Cuando llega a la abertura, no entra.

Solo provoca, traza alrededor y vuelve, subiendo hasta el clítoris y girando con la lengua, demasiado despacio. Luego vuelve a chupar. Y otra vez a hacerlo. Alternando la presión, el ritmo, la temperatura. Como si me estuviera estudiando. Como si quisiera volverme loca antes que nada.

Y funciona.

Mis pensamientos se vuelven confusos. Borrosos. Ya no existe la cocina, la madrugada, ni la ira. Solo el cuerpo suplicando. Solo el centro latiendo, palpitando, desesperado por más.

Mis manos se pierden en su cabello. Tiro. Fuerte.

—Hijo de puta sexy… —sale como una queja maliciosa.

Tyler se aleja por un segundo, cogiendo otra cucharada de helado. Se la mete en la boca y, cuando vuelve a chuparme con su boca helada, un hilo invisible, vivo, me recorre la columna vertebral.

Cada célula de mi cuerpo entra en ebullición, mis nervios están encendidos, sensibles, y su tacto es lo único que puedo registrar.

Entonces entra un dedo.

Sin previo aviso.

Mi canal palpita a su alrededor, succionando con fuerza, como si tuviera vida propia. Mi coño es oficialmente bautizado con el apodo de «intermitente de Tyler» mientras espasmos vigorosos rodean su dedo.

—Te necesito —logro decir, con la voz quebrada, ronca, desesperada.

Me mira durante un segundo y su mirada cambia. Se vuelve más urgente. Más hambrienta. Su boca se despega de mi piel con un sonido húmedo y se levanta.

Se baja los pantalones de chándal de un solo movimiento, dejando al descubierto su polla ya dura y palpitante. Pero duda.

La barriga entre nosotros ahora es real. Y sería la primera vez después de todo. Parece temeroso, sin saber cómo actuar.

Al parecer, esos libros para embarazadas se olvidaron de enseñar cómo follar con una embarazada, pienso.

—Ven —le digo, tumbándome sobre el mármol de la isla. La camiseta se me ha enredado en el vientre. Abro las piernas, colocando los talones sobre el borde. Expuesta. Abierta. Lista.

Él me mira como si estuviera viendo el paraíso.

—Eres tan hermosa, Sid… —Se acerca, siento el glande rozando mi entrada—. Me encanta cuando me muestras el coño así.

Las palabras me afectan más de lo que deberían, porque hace días que no me siento guapa. No me siento sexy. En absoluto. Solo hinchada. Solo cansada.

Pero él habla como si yo fuera la puta fantasía de su vida.

Y en ese instante, creo que lo soy.

Me muerdo el labio, con la mirada fija en la suya. Y entonces me llena. Lento. Caliente. Firme.

Suelto un gemido ahogado, sintiendo cada centímetro invadirme, ocuparme, desgarrarme y montarme al mismo tiempo.

Él comienza a moverse. Lentamente.

Empuja profundamente, con calma, como si sintiera cada pared mía apretando su circunferencia. Cada centímetro mío, e , reconoce a este hombre. Todo mi cuerpo responde con necesidad.

—Joder… —suelta entre dientes—. Estás tan estrecha, preciosa. Tan caliente. Aprieta mi polla así, ¿quieres?

Sonrío de lado y aprieto los músculos internos, recibiendo como recompensa un gemido grave y ronco.

Se inclina un poco sobre mí y una de sus manos sube hasta mi vientre, acariciando lentamente mi barriga protuberante. El pulgar de la otra mano encuentra mi clítoris y comienza a presionar, haciendo círculos lentos. Precisos. Malditamente calculados.

La mezcla me desarma.

Él dentro, yendo y viniendo, y el pulgar jugando con mi nervio hinchado. Todo al mismo tiempo. Mi cuerpo no sabe hacia dónde correr, el placer me consume por todos lados.

—Mírame —dice, con voz grave, firme, acelerando el ritmo de sus embestidas—. Quiero que veas lo que te estoy haciendo.

Lo intento. Pero estoy temblando.

Su mano sujeta firmemente mi muslo por el lateral, su cadera se acelera, empujando ahora más profundo, más fuerte.

—¿Vas a correrte para mí, guarra?

Me muerdo el labio y suelto un gemido. Cierro los ojos.

—No —gruñe—. Abre los ojos, Sid. Ábrelos y mira quién es el hombre que deseas. Quién es tu hombre.

Obedezco. Joder, obedezco.

Porque, en este momento, él me tiene. Por completo.

—Ty… —gimo, jadeando—. Yo… voy a…

Él reduce la velocidad.

—¿Quién es tu hombre, amor? —pregunta, manteniendo la tensión previa, pero no al ritmo que necesito. Muerdo el costado y niego con la cabeza. Se desliza lentamente hacia fuera. —Responde, Sidney. ¿Quién es tu hombre?

La cruda necesidad de sentir el clímax del sexo derrite todas mis neuronas cuando grito:

—¡Tú! Joder… tú eres mi hombre. Ahora fóllame bien.

Él sonríe y vuelve, con ese vaivén preciso y continuo.

—¡Oh… Dios! Me voy a…

—Lo sé —jadea—. Córrete para mí, amor. Ahora.

El pulgar presiona con más fuerza, sin piedad. Entra más ávido, empujando la polla más profundamente, y entonces todo estalla.

El orgasmo me atraviesa como una ola caliente y violenta. Mi cuerpo se cierra alrededor de él, palpitando, succionando. Un gemido alto se escapa de mi boca mientras arqueo la espalda. Mi coño aprieta tanto su polla que él suelta un rugido que podría hacer temblar las paredes de esta casa.

Pierde el ritmo, pierde el control.

—Joder… —dice, con la voz fallando.

Dos embestidas más. Una. Otra.

Y se corre dentro de mí, con el cuerpo tenso, los músculos rígidos mientras el placer lo atraviesa.

Cuando todo termina, respira hondo y se aleja lentamente.

Sus ojos buscan algo a su alrededor, y solo entonces me doy cuenta de que coge unas servilletas de papel, se arrodilla entre mis piernas y, para mi sorpresa, me limpia con cuidado. Sin prisas.

Luego, arruga los papeles y los guarda en el bolsillo de sus pantalones de chándal, como si fuera algo natural.

Su torso desnudo brilla por el sudor, haciéndome salivar de nuevo. Es demasiado guapo para alguien que acaba de volver a revolverme la cabeza.

Antes de poner un pie en el suelo, siento que me rodea la cintura para ayudarme a bajar del banco.

Respiro hondo y cierro los ojos para que ese poco de cordura vuelva a mis pensamientos.

Al menos ahora, la excitación está un poco saciada, lo que nos lleva al motivo por el que nos separamos. Cada palabra. Cada herida. Cada silencio.

—Tú no eres…

—¿Tu hombre? —Arquea una ceja y sonríe con esa aire de suficiencia que detesto.

—Ha sido un error —digo fríamente. Incapaz de mirarlo a los ojos, busco la mejor justificación para lo que acaba de pasar,

cogiendo las bragas y poniéndome el camisón de cualquier manera —. Solo… te necesitaba por motivos fisiológicos.

—Seré tu hombre para satisfacerte, amor. Siempre.

Su sonrisa descarada me irrita más de lo que debería.

—No volverá a pasar —le interrumpo—. Mañana pasaré por mi casa y recogeré mis vibradores.

—¿Vibradores? —pregunta, genuinamente curioso—. ¿Tienes más de uno?

Pongo los ojos en blanco y no respondo, solo añado:

—Serán suficientes para mantenerme alejada de ti. Te lo prometo.

Él se ríe entre dientes.

—Ah, amor… no hace falta que te alejes de mí. Mi polla es tuya. Mi cuerpo es tuyo. Todo.

La declaración viene acompañada de esa mirada iluminada por un brillo peligroso. No es solo deseo. Es algo más. Más profundo.

—Yo… yo no te necesito —mi voz suena débil, con tono de duda.

—Lo sé. Pero yo te necesito. Y no voy a mentir sobre eso. — Da un paso hacia mí y yo doy dos hacia atrás.

—No estoy mintiendo. Yo…

Otro paso y la distancia segura se ve amenazada.

Miro a mi alrededor y veo el bote de helado caído en la encimera, parcialmente derretido.

Tyler quiere discutir de nuevo, presionarme para que admita en voz alta lo que mi corazón grita.

No quiero.

No puedo.

El gruñido de Charlie es mi salvación, porque está encaramado a la encimera con las patas delanteras apoyadas, el bote de helado volcado. Y él, dándose un festín con el helado derretido que hay allí.

—Ay, Charlie… —Tyler se vuelve hacia él y lo aparta—. No puedes tomar helado. La última vez te sentó mal, ¿recuerdas?

Charlie ladra un «no» como respuesta. Al menos, eso es lo que me parece.

Pero su caos me saca del apuro. Tyler corre a limpiar nuestro desastre. Y yo aprovecho para escapar.

Cuando me siento en la silla elevadora, maldigo mentalmente al diseñador que no la hizo con diferentes grados de velocidad, como: *lenta, media y desesperada.*

Fueron los treinta segundos más largos de mi vida. En cuanto estoy arriba, corro y entro en mi habitación, cerrando la puerta con llave.

No por miedo a que él entre.

Sino como una advertencia para mí misma de que… no puedo salir.

Capítulo 38

Sidney Bennett

Me echaron.

Me echaron, literalmente, de mi propio apartamento.

Esa fue la sensación que tuve cuando vi a Paige y Faith entrar con dos maletas con mi ropa en la casa de Tyler anoche.

—Nena, aquí estás bien instalada. Hay ascensor y todo —declaró Paige, después de subir dos veces por él.

Esperé pacientemente a que las dos se divirtieran subiendo y bajando como niñas de jardín de infancia en su primer día en el parque.

Tyler las invitó a cenar. Y yo pensé que la visita se quedaría ahí, y que no recibiría gran parte de mi armario en las maletas.

Era un hecho.

Me habían echado.

Sobre todo porque no iba a usar esa ropa durante el embarazo. Ya no me valía. Y quizá nunca más me valdría. Todavía estoy asombrada de lo mucho que me ha crecido el culo últimamente.

Bueno… eso es todo.

Expulsión compulsiva.

—¿Me están echando? —pregunté cuando abrieron las maletas en mi habitación.

Hasta entonces, pensaba que me habían hecho un regalo y que iban a hacer un desfile de moda con todo lo que habían traído de Milán. No imaginaba que me encontraría con mi top corto favorito y los pantalones cortos que claramente me cubrirían un solo muslo.

Faith se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y me dedicó esa delicada sonrisa que siempre usaba antes de decir algo que me cabrearía.

—Sid… es que estás muy bien aquí. Tyler te ha cuidado muy bien. ¿No es justo que también cuide de las niñas?

—¿No es justo para quién, exactamente? —pregunté con una voz peligrosamente tranquila. Esa calma que precede a un crimen pasional.

Porque, verás, estaba embarazada. Mi cordura era dudosa debido a las hormonas.

Eso, por sí solo, ya era motivo suficiente para que alguien muriera.

—¿Lo habéis acordado? —Mis ojos alternaron entre Paige y Faith—. ¿Fue como… una reunión? ¿Con *PowerPoint*? ¿De qué lado estáis, al fin y al cabo?

Paige levantó las manos en un gesto teatral de rendición.

—Nena, respira. Aquí no hay bandos —me pidió e informó, mientras se dirigía a una de las maletas—. Estamos pensando en el bien de nuestras sobrinas por ti. Y, en serio, ¿ , Sid… estás siendo mimada por uno de los tipos más atractivos de la NFL.

Eso no lo puedo negar.

Tyler es realmente guapo.

Había un bote de helado que pasó a decorar uno de sus armarios como prueba.

Cuando le pregunté qué hacía eso allí, él simplemente respondió:

—Es solo un capricho para no olvidar.

O para restregarme en la cara que la carne era débil.

A continuación, las chicas mostraron la ropa que habían traído de Italia para las niñas.

Paige sacó primero dos peleles de lino en tono crema, bordados a mano con florecitas diminutas y botoncitos de nácar en la espalda. En uno, las flores eran rojas; en el otro, rosas.

El cambio de humor fue brusco. Dejé de estar irritada para ponerme emotiva.

Luego vinieron los conjuntos de punto en tono rosado. Chaquetita, cubrepañal con una textura muy suave. Pequeñas perlas en el cuello, porque, según Paige, «necesitan prendas atemporales».

Cada prenda tenía un detalle. Mis niñas son gemelas. Por eso, es probable que necesiten ropa diferente.

Dejé a un lado mi enfado cuando me entregaron un vestido precioso y unos pantalones de embarazada muy elegantes. Faith añadió que una mujer no pierde su atractivo sexual solo por estar embarazada.

Después de cenar, me encerré de nuevo en mi habitación, llevándome todo lo que pudiera necesitar si me despertaba por la noche.

El helado estaba descartado, así que cogí una barrita de banana que Tyler había empezado a comprar para saciar mi antojo de dulces.

¡Ay, Dios!

Pensaba en todo.

Detalles que enviaban una alerta a mi coño parpadeante.

Mierda.

Días después, volví al trabajo. Ya no me sentía atraída por él. Aun así, llegábamos y nos íbamos juntos, simplemente porque…

¿Adivina qué?

Vivimos bajo el mismo techo. Obvio.

La trampa de la convivencia forzada estaba atada con cadenas de titanio alrededor de nuestra historia.

¡Oh, Dios!

Pero como si toda desgracia fuera poca para una zorra necesitada…

Una tarde, me llamaron al salón de la vaca de Astrid.

No quería ir, pero John me dijo que era por mi propio interés.

Mi interés.

—Bueno, Sidney, es de dominio público que la novia de Tyler Grant está embarazada —anunció, caminando lentamente detrás de su escritorio.

—Yo no soy su novia —dije entre dientes.

—No importa. Los medios de comunicación entienden que lo eres. Por eso, la marca *Ironbull* ha pedido lanzar la campaña con su otra línea de productos.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—La otra línea es lencería para embarazadas —declaró, convirtiéndose en una estatua viviente con las cejas arqueadas. Una víbora, mirándome para atacar.

Respiré hondo e hice una lista mental de los pros y los contras de estrangular o no a esa mujer.

Primer a favor: no tendría que volver a verla nunca más.

Segundo a favor: libraría al mundo de un ser despreciable.

Primer contra: alguien echaría de menos a esa desgraciada.

Segundo contra: ella trabaja en los medios de comunicación y arruinaría mi carrera.

Y no puedo permitirme el lujo de quedarme sin trabajo cuando tengo dos hijas a las que enseñar cómo ganarse la vida dignamente.

No me faltaría dinero.

Ni siquiera yo lo echaría en falta, gracias a los bienes que mi padre y mi madre adquirieron a lo largo de sus vidas.

Sin embargo, yo creo en el trabajo.

No en el glamour, ni en el estatus, sino en el trabajo en sí. En hacer algo bien hecho. En mejorar cada día. En arreglar lo que está roto, ya sea una rodilla destrozada o un corazón mal resuelto. El mundo gira porque alguien planta, alguien crea, alguien cuida, alguien inventa.

Y me gusta ser ese «alguien».

Y también quiero que mis hijas se unan a ese equipo.

Vale.

Entonces, nada de matar a Astrid Cowley.

Decidí responder educadamente.

—No estoy interesada.

Esperé el sermón para que me hiciera cambiar de opinión, que la campaña sería buena para el equipo y también para Tyler. Pero lo que escuché fue:

—Genial. Así podré elegir a una embarazada adecuada y…

—¿Qué? ¿Estás loca? ¡Su novia soy yo! —grité, alto y claro, sin pestañear.

Pero tan pronto como salió, me invadió ese fenómeno que me ocurría con frecuencia desde que conocí a Tyler Grant: «mudez absoluta».

Miré a mi alrededor, comprobando que no hubiera micrófonos en ningún lugar que pudieran captar el contenido de mi respuesta.

Nada.

Exhalé el aire, aliviada.

La puerta estaba cerrada.

—Quiero decir… soy la madre de sus hijas. ¿Cómo que otra embarazada?

—¿Nunca te has dado cuenta de que apenas sales en las noticias, cariño? —respondió ella con precisión—. Tyler te ha protegido tanto que nadie conoce tu rostro. Siempre se las arregla para ponerse delante y proteger tu imagen cuando un *paparazzi* va a hacerte una foto.

—¿Cómo sabe cuándo hay paparazzi cerca?

—No lo sé. Es un don. Siempre ha conseguido ocultar la identidad de las chicas con las que salía hasta que se ponía serio. —Ella se encogió de hombros—. Así que, si no quieres aparecer con él en la campaña… no hay problema. Él ya está confirmado. Solo necesito una embarazada.

—Yo iré —dije rápidamente, decidida, presa de una furia incontrolable.

Nadie posaría en ropa interior junto a él. Y mucho menos mostrando la barriga equivocada. Hinché el abdomen hacia delante, sintiendo los codazos que parecían animarme.

—¿Eh? —Me evaluó con esa indiferencia que siempre me hace recalcular la lista de pros y contras de no cometer un homicidio.

—Asumo la campaña con él. Si el padre de mis hijas va a mostrar algún vientre a su lado, que sea el legítimo.

—Si es así… —Me tendió una carpeta—. Aquí está el contrato. Léelo y entrégalo hoy mismo. El ensayo está programado para mañana.

—¿Tan pronto?

—Sí. Ahora sal de mi despacho. Soy alérgico a las embarazadas. —Hizo un gesto en el aire, despidiéndome.

Vaca vulgar.

Antes de abandonar mi carrera y cometer un crimen con refinamientos de tortura, abrí la puerta y crucé el umbral.

Ahora, aquí, envuelta en una bata de felpa, llevando solo bragas y sujetador de encaje, me pregunto seriamente si aún me queda algún neurona funcional.

La lencería es preciosa, de un tono rojo intenso. Las bragas son tipo short; el sujetador, más reforzado. Gracias a Dios tiene relleno. Mis pezones están cada día más prominentes.

Llevo maquillaje, el pelo cepillado con rizos sueltos en las puntas, las zapatillas que me regaló Paige y sujeto con fuerza las solapas de la bata.

El lugar es demasiado grande. Demasiado abierto. Demasiado blanco.

El lugar de la sesión es un salón dentro de un edificio comercial, con techo alto y esas estructuras metálicas que sostienen enormes paraguas negros, apuntando en todas direcciones.

Los flashes disparan sin previo aviso, incluso antes de que alguien esté oficialmente listo. Pruebas y puro caos.

La gente del equipo de la marca va de un lado a otro.

Me quedo parada en medio de todo esto, con una sensación que no conozco: inseguridad.

Tranquila, Sidney. Ya has vivido algo parecido antes. Lo repito mentalmente para tranquilizarme.

Gradas llenas. Luces. Cámaras. El apogeo del patinaje artístico me enseñó a sonreír ante las cámaras sin temblar. Pero esa era otra versión de mí misma. Un cuerpo entrenado, fuerte, predecible.

Ahora, embarazada, sensible, en medio de un caos de voces exigentes, me siento más pequeña. Reprimida. Como si cada *flash* pudiera atravesar la tela de la bata y exponer no solo mi piel, sino todo lo que me confunde por dentro.

Miro a los lados. Hacia delante. A ningún lugar en concreto.

Entonces veo movimiento.

Unas zapatillas de color azul marino se acercan a mí.

Por alguna estúpida razón, pienso que combinan con las mías, como si eso fuera una señal de algo. Su bata es del mismo tono oscuro, atada descuidadamente a la cintura.

Mi mirada se eleva lentamente. La tela se abre un poco en el pecho, revelando piel, músculos, esa familiaridad peligrosa que mi cuerpo reconoce demasiado bien.

No hace frío.

Hay calefactores por todas partes.

Sin embargo, no serían necesarios, porque hay un fuego ardiendo en mi interior.

Por fin, nuestras miradas se cruzan. Tengo la cabeza inclinada hacia arriba, sintiéndolo sobre mí.

Me cuesta tragar la saliva espesa acumulada por el puro deseo de tenerlo de todas las formas posibles.

Él eleva las manos sobre las mías, que aún están agarradas al albornoz. Sus ojos no siguen lo que ha causado en el hueco entre mis piernas. Está preocupado.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

Solo puedo mover la cabeza, en un mínimo gesto.

—¿Quieres irte? —continúa, con voz firme—. Si quieres irte, lo cancelamos todo ahora mismo. Nos vamos.

Niego con la cabeza, respiro lentamente, tratando de organizar lo que estoy sintiendo.

—Todo está bien —digo, finalmente. —Es solo que… hace mucho tiempo que no hago esto. Y más aún…

—Embarazada —añade él.

Asiento con la cabeza.

Se acerca más, se sienta a mi lado sin pedir permiso y me coge la mano, entrelazando sus dedos con los míos con cuidado, como si estuviera sosteniendo algo demasiado frágil para cualquier prisa.

—Estás preciosa, mi amor. Tu cuerpo es precioso. —Inclina la cabeza y me mira con esa certeza absurda—. Eres la embarazada más guapa del mundo entero.

No sé por qué, pero eso me tranquiliza.

El contacto. El calor de su mano. La forma en que todo se desacelera cuando me toca, transmitiéndome la sensación de seguridad que necesito.

Me quedo allí, con los ojos fijos en los suyos, sintiendo la protección que me ofrece sin necesidad de prometer nada.

Hasta que una voz estridente corta el aire antes de que pueda decir nada.

—Ah, mis dos modelos… —Astrid se acerca demasiado, con una sonrisa demasiado arrogante—. Qué guapos están.

Algo se revuelve dentro de mí, pero no tengo tiempo de responder.

—¿Listos? —Marco DeLuca, el fotógrafo, se acerca con la cámara colgada al cuello—. Vamos a empezar.

—Sidney… quiero que te pongas ahí en el centro, cariño. Ven conmigo —dice, ofreciéndome la mano.

Pienso que sería descortés rechazarlo, así que acepto y lo sigo. Me conduce entre las cámaras y el calor acogedor se disipa, dejando que el frío vuelva a instalarse.

Miro por encima del hombro y veo a Tyler de pie. Él ve algo en mí. No sé cómo. Pero lo lee. Y pronto atraviesa las cámaras y los trípodes hasta estar a mi lado.

Cuando lo siento a mi lado, respiro aliviada.

Detrás de nosotros hay un panel blanco. Limpio. Crudo. Expuesto. Marco me pide que me quite la bata.

Y antes de que pueda procesarlo, Tyler se coloca delante de mí, se quita primero su bata y la tira a un lado.

Mis ojos bajan solos.

Los calzoncillos son del mismo tono rojo quemado que mi conjunto.

Mi estómago se contrae. Involuntariamente, mis músculos internos también.

¡Dios mío!

Su abdomen es una carretera conocida que desciende peligrosamente hacia el mejor parque de atracciones de mi vida.

Tyler se aclara la garganta, un sonido bajo, casi una advertencia.

—Aquí arriba, amor —dice, con una sonrisa en la comisura de los labios—. Estoy aquí por ti y para ti. Pero si sigues mirándome así… estaré aquí por ti y para ti, con la polla dura. Así que, por favor…

—¿Perdona…? —Ahora soy yo quien sonríe.

Entonces, desato el nudo de mi bata, tomada por el valor de provocarlo.

—Ahora sí que tengo la polla dura.

Dicho esto, él va detrás de mí y usa mi cuerpo como escudo. Me atrae hacia él, ayudándome a sentarme en el taburete en medio de todo.

Marco intenta colocar a Tyler detrás de mí, que se mantiene en una pose de lado.

—Esto es una tortura, amor. Tengo tantas ganas de follarte.

—Shiii… concéntrate en la postura y piensa en algo que te haga perder la erección.

—Es jodidamente difícil, sintiendo tu olor, tu piel… —Desliza suavemente los dedos por mi brazo, poniéndome la piel de gallina.

Y yo levanto la barbilla, giro la cara hacia él, con el cuello estirado y la respiración contenida. Entonces, el fotógrafo dispara flashes y más flashes.

—Esa es la pose. No se muevan —su voz es un mero susurro.

Solo respiro.

Miro ese rostro tan hermoso, esos ojos azules que me cautivan, que me mantienen allí, inmóvil, anclada. Y, durante unos segundos, lo único que existe soy yo, él.

—Vaya… —Marco DeLuca baja la cámara, genuinamente impresionado. —Qué guapos están juntos. Qué pareja tan maravillosa.

Da un paso más hacia nosotros, con mirada atenta y profesional.

—Y esa barriguita, mujer… —sonríe—. Increíble. Estás preciosa. Ya tenía ganas de fotografiarte cuando patinabas, chica. Ahora, pues… Dios mío.

Inclino ligeramente la cabeza, parpadeando una vez, sin saber muy bien dónde poner las manos.

—Soy tu admirador —añade con naturalidad.

—Gracias —respondo, sincera.

Siento que Tyler se mueve detrás de mí.

—Solo para que quede claro —dice, con un tono demasiado calmado para ser completamente calmado—: ahí dentro de esa barriga, las hijas son mías. Así que presta atención, ¿vale? Porque todo este material de aquí —pasa las manos por su propio cuerpo— es lo que protege esto de aquí. —Esta vez, el gesto viene en mi dirección.

Marco se ríe, tranquilo.

—Claro, cariño. Quédate tranquilo. Ya te he dicho que es preciosa —le dice a Tyler con la misma sinceridad—. Tú también lo eres.

Y el guiño que le hace muestra que el fotógrafo estaba del lado de Jared.

Tyler se da por satisfecho.

—¿Todo bien ahí abajo? —pregunto, en tono divertido, tratando de aliviar la tensión.

Él se mira la entrepierna y se encoge de hombros.

—Al menos, todo está dentro de los calzoncillos. Sabes que a Tyler Junior le gusta presumir, ¿no?

Sí… sé que tu polla es tan grande que le sobresale bastante de los calzoncillos.

—Creo que el tipo mirándote fue un buen bajón para cortarte el rollo.

—Para marcar territorio, la polla se achica, ¿no?

—Para proteger a mi mujer, la sangre vuelve aquí arriba. —Señala su propia cabeza.

Ahí, oigo hablar a mi mujer y no le corrijo. Quiero que sepan que es mío. Aunque no lo sea.

Mierda.

O si lo es…

Respiro hondo y escucho las siguientes poses con más atención.

El ensayo continúa.

Nos cambiamos de ropa varias veces. Ahora llevo una camisola larga y blanca con una discreta abertura lateral. Tyler aparece con unos pantalones cortos de pijama negros, del mismo tejido, a juego conmigo de una forma que parece más íntima de lo que debería.

En otra pose, me acuesto de lado en un diván. Tyler se queda en el suelo frente a mí, con una pierna doblada, el cuerpo relajado y la mirada fija en mí. Marco ajusta la lente.

—Eso. Perfecto. Quedaos así.

Los flashes disparan.

Cuando veo las fotos en un portátil, pienso que aquello podría ser mi sesión perfecta de embarazada. Sonrío ante la idea.

La sesión termina. Tyler coloca el albornoz sobre mis hombros con cuidado. Nos dirigen a una pequeña sala reservada para cambiarnos de ropa.

—¿Ves? No ha sido tan malo —dice, cerrando la puerta.

—No —admito—. Ha sido fácil… Vamos. Al menos ahora todo el mundo sabrá quién es la madre de tus hijas. Ya no tendrás que esconderme.

Él frunce el ceño, serio.

—Nunca quise ocultarte, amor. Tú no querías que el embarazo se utilizara en los medios de comunicación. Solo te protegí. —Se acerca un poco más. —Pero, por mi parte, quiero que todo el mundo sepa que estamos juntos.

Se me encoge el pecho.

—Pero no lo estamos —digo en voz baja.

Tyler acorta la distancia, con la mano firme en mi cintura.

—¿Hasta cuándo vas a negarlo?

Suspiro audiblemente.

Él mira a su alrededor, atento, y ve el cambiador improvisado, cerrado por una cortina negra.

Sin decir nada, me tira de la mano.

Y cierra la cortina detrás de nosotros.

—Deja de negar que me deseas tanto como yo te deseo a ti. No puedo seguir masturbándome y oyéndote llamarme cuando te corres.

La afirmación de que me ha oído no me avergüenza. Algunas veces incluso grité su nombre durante un orgasmo con el vibrador.

Inconscientemente o no, quería que irrumpiera en mi habitación y acabara con mi estúpida resistencia.

Me agarra por la cintura con un brazo y con la otra mano me coge la nuca, pegando nuestras bocas en un beso necesitado. Es cálido, húmedo, profundo.

Mis manos se posan en su espalda y clavo las uñas con ganas de dejar marcas para que todo el mundo sepa que es mío.

Su boca desciende indecentemente hacia mi regazo y sus manos bajan los tirantes de la camisola, que queda enredada en lo que queda de mi cintura.

Él mira fijamente mis pechos, dos montículos de piel más voluminosos de lo que alguna vez fueron. Todo ha aumentado, incluso su sensibilidad.

—Tómatelo con calma porque…

—Lo sé, amor. Lo sé.

Y sí. Lo sabe, porque me besa, me lame y me chupa, poniéndome a prueba.

Los chupetones comienzan suaves, progresando poco a poco. Noto que observa con cuidado hasta dónde puede llegar, guiado por los sonidos que se me escapan sin permiso.

Cada respiración más corta, cada gemido contenido, cada cambio en el ritmo de mi cuerpo se convierte en un límite… o en una invitación.

Tyler no me toca a ciegas. Él escucha. Atento. Preciso. Como si mi cuerpo estuviera hablando un idioma que solo él entiende en ese momento.

Y, de nuevo, esa ola de calor nace en mi pecho, lenta y profunda, extendiéndose por dentro, calentando todo lo que toca.

La sensación hace que cada pensamiento sea más confuso, cada reacción más intensa, como si estuviera peligrosamente a punto de perder el control, y disfrutando de ello.

Toque.

Excitamiento.

Sentimiento.

Baja una de sus manos hasta mi coño, trazando una línea con los dedos, abriendo mi vulva. Mi cuerpo responde con un lento escalofrío que se extiende como una silenciosa advertencia.

El toque va desde el clítoris hasta mi entrada, provocando una reacción en cadena. Allí, rodea la abertura, untando sus dedos y aumentando la excitación por la expectativa de lo que puede hacerme.

—Tan deliciosa. Tan mía —gime, ronco, grave. Y yo sigo la misma melodía.

—Te voy a follar aquí. Ahora —determina con firmeza.

—Uh-hum… —asiento, besándole el cuello, mordiéndole, queriéndolo todo.

Quiero ser tomada, absorbida, consumida por él. Siento que mi cuerpo reconoce el suyo como demasiado familiar para ser ignorado.

La nostalgia se convierte en calor, se convierte en tensión, se convierte en ese deseo casi desesperado de desaparecer dentro de la sensación de tenerlo de nuevo.

No es solo querer sentir.

Es querer ser devorada.

Nuestras bocas se encuentran de nuevo en un beso lascivo. Es una mezcla de caricias. Labios, lenguas, dientes. Hay presión, control y una promesa implícita en cada movimiento, como si él estuviera diciendo sin palabras que sabe exactamente el efecto que causa, y no tiene intención de parar.

Tiro de su labio inferior entre mis dientes y tengo ganas de arrancar un pedazo para mí. Porque él es mío…

Me pertenece en un lugar donde nadie más puede llegar, y ya no tengo ganas de negarlo.

—Tiene que ser así. —Giro el cuerpo, apoyando ambas manos en la pared. —La barriga está muy grande ahora.

—Como sea mejor, amor. Solo muéstrame el camino y yo lo seguiré.

Siento cómo me empuja la camiseta, que se desliza por mi cuerpo. Me quedo allí, solo con unas braguitas de doble tanga, de satén negro.

Tyler se arrodilla y aparta la tela hacia un lado, lamiéndome como puede en esa posición. Abro las piernas todo lo que puedo para sentir el calor de su tacto en mi carne.

Siento una suave y húmeda descarga que hace que mi cuerpo reaccione en lentas oleadas. Mi sensible piel reconoce el contacto y responde de inmediato, como si cada nervio se hubiera despertado al mismo tiempo.

Mientras la lengua entra y sale de mi canal, sus dedos trabajan en mi clítoris dibujando círculos lentos sobre él. El cosquilleo placentero se extiende, cálido, continuo, dejando la respiración irregular y todo el cuerpo en alerta.

La velocidad aumenta y siento que voy a explotar en cualquier momento. Es una mezcla de rendición y expectación, una vibración profunda que no pide explicación, solo más.

Quiero más.

Necesito más.

—No —le pido, con voz quebrada—. Quiero sentirte dentro de mí.

—Como tú quieras, yo lo hago. —Se pone de pie rápidamente—. Todo lo que tú quieras. Porque… —Percibo cierto nerviosismo—. Te quiero muchísimo.

Mi pecho se expande con un peso inesperado, como si esa frase hubiera ocupado cada espacio vacío que aún quedaba en mí.

Entonces, coloca su miembro en mi entrada y empuja lentamente.

Mi coño está tan hinchado. Tu polla intenta avanzar donde claramente no hay suficiente espacio. Hay resistencia, un límite físico

que hay que superar poco a poco.

—¿Has aumentado de tamaño? —jadeo, respirando en pequeñas bocanadas.

—Si te duele, paramos, amor.

—Si paras, te mato, *amor* —no puedo contener el tono irónico del apodo—. Sigue, quiero sentirte por completo.

Él obedece y sigue empujando lentamente hasta llegar al fondo y ambos gemimos.

Nos quedamos allí quietos, sintiendo cómo se forma lentamente la conexión entre nuestros cuerpos, demasiado densa como para ignorarla. Y, joder, cuando me doy cuenta, no es solo la piel la que reacciona, son nuestras almas reconociéndose.

—Estoy loco por ti, Sidney Bennett. Completamente loco —dice, y empieza a empujar lentamente, profundamente.

No digo nada.

Todavía no.

Los sonidos que salen de mi boca se reducen a gemidos y palabras ininteligibles.

A veces sale un «Tyler…», otras un «Ty…». Pero nada coherente como para formar una frase completa.

Las embestidas se intensifican, la velocidad aumenta y, cuando me doy cuenta, tengo la cara pegada a la pared.

Todo es agitación, el cuerpo en alerta, los nervios a flor de piel, el placer llegando antes que cualquier pensamiento organizado.

Él consigue estirar el brazo hasta mi frente para que sus dedos toquen mi clítoris. El movimiento circular sumado a las embestidas es la catapulta hacia mi orgasmo.

Siento que llega el torbellino, a medida que las embestidas se vuelven más rápidas, fuertes, voraces.

Mi cuerpo se arquea, mi trasero se levanta aún más, buscando pegarse a su cadera, y la explosión de placer resplandece

por todas mis terminaciones nerviosas. Todo el cuerpo tiembla mientras la respiración se pierde en un suspiro involuntario.

La sensación se prolonga con el movimiento de vaivén persiste hasta que oigo un rugido bajo y sexy cuando él se corre.

Nuestras respiraciones están irregulares. Nuestros cuerpos se hunden en ese delicioso colapso después del clímax, deslizándose lentamente por el descenso de la intensidad.

Los movimientos disminuyen el ritmo. Y, poco a poco, las olas de calor se convierten en pequeñas marejadas que recorren mis extremidades.

—Te quiero —me susurra Tyler al oído—. Te quiero mucho.

Tragué saliva con dificultad. La respiración, que casi se había calmado, volvió a ser errática. Se me encogió el pecho. No por miedo a él, sino por lo que sus palabras despertaban en mí.

Yo también quiero decirlo.

Lo deseo con todas mis fuerzas.

Las palabras se forman en mi cabeza, pesadas, cargadas de todo lo que aún no he tenido el valor de ordenar. Amor. Miedo. Futuro. Hijas. Él. Nosotros.

Mi boca se abre ligeramente, el aire entra, y siento que, si no lo digo ahora, tal vez nunca lo diga.

—Tyler… yo…

El sonido seco de la puerta al abrirse resuena en la habitación. Y lo que viene después no es un grito. Es peor.

Es la voz de Astrid tratando de no perder el control.

—No. Eso no es lo que acordamos —dice al teléfono, en un tono demasiado bajo para ser cómodo—. Te pagué para que sacaras algunas fotos, idiota. ¡No para que clonaras todo el teléfono de Bennett!

Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza. Me cubro los pechos por un estúpido reflejo, como si ella pudiera verme a través

de la cortina. Tyler me abraza, protector, y me susurra «quietecita».

Astrid camina. Se detiene. Respira hondo.

—Sí. Sé que te pedí que buscases conversaciones íntimas entre ella y el jugador. ¡Pero nada sobre el resto! ¡No podés vender información confidencial del equipo! —susurra gritando—. Si lo hacés, todo el mundo sabrá de dónde ha salido.

Silencio al otro lado.

—Te vas a meter con gente importante, chico —su voz baja un tono—. No voy a caer si difundes esta mierda.

Se me revuelve el estómago.

Otro silencio. Más largo.

—No. —Astrid pierde la paciencia—. Más dinero no estaba en el acuerdo. Ya te he pagado lo suficiente. Borra el resto y listo.

Ella se queda callada, escuchando. Quizás alguna amenaza.

—¿Cuánto quieres?

El teléfono se queda en silencio.

—Dame dos días —pide, seca. A continuación, respira hondo.

Espío por el pequeño hueco de la cortina cómo se recompone, adoptando la misma postura falsa que utiliza en público. Hincha el pecho y sale de la habitación.

A medida que el sonido de sus pasos se desvanece, aquí dentro, nadie se mueve.

Porque ahora tiene sentido.

Ahora sabemos cómo ese maldito GIF llegó a los medios.

Y con ese aire de quien siempre ha tenido razón, hincho el pecho, buscando su rostro.

Tyler, por su parte, evita mi mirada durante un segundo demasiado largo, y cuando vuelve a mirarme, está avergonzado.

Por fin se da cuenta de la magnitud de la cagada que ha cometido.

No digo nada.

No hace falta.

La verdad está ahí, entre nosotros, pesada, clara, dolorosa.

Capítulo 39

Tyler Grant

La verdad es una bofetada a mi estupidez.

De esas que te dejan la piel ardiendo, el orgullo a flor de piel y las ganas de volver atrás en el tiempo para meter la cabeza en un congelador.

Fue Astrid.

Esa mujer vulgar fue la que lanzó el GIF a los medios y convirtió mi vida personal en un bonito envoltorio y un cebo para el patrocinio de la marca de ropa interior.

Y yo… yo me lo creí.

Juzgué a quien no debía. Dejé que la inseguridad movilizara lo más cobarde que un hombre puede hacer cuando tiene miedo: ataqué antes de ser atacado.

Actué como si Sidney tuviera un historial de traiciones. En el fondo, sabía que todo era mentira, que ella nunca haría algo así. Pero entre perderla de una vez, antes de que se diera cuenta de lo idiota que era, decidí por la primera opción.

Me arrepentí inmediatamente.

El miedo siempre fue mío.

Y ahora estoy aquí, encerrado en un cambiador, con la mujer a la que debería haber protegido… mirándome con esa expresión de «te lo dije» que duele más que cualquier puñetazo.

No tengo ningún argumento. Solo la vergüenza de lo que hice.

Me arde la cara.

No puedo sostener su mirada por mucho tiempo.

—Yo… —intento empezar, pero no me sale bien. No me sale nada.

Se me hace un nudo en la garganta.

Ella tampoco dice nada. Solo respira. Solo me mira. Como si cada segundo de silencio fuera una prueba firmada y sellada de lo idiota que he sido.

Respiro hondo, avergonzado, tratando de organizar lo que está desorganizado, empezando por su camiseta. Le subo los tirantes, cubriéndola con cuidado. Luego, me arreglo los calzoncillos.

Sidney se peina el pelo con los dedos, utilizando eso como excusa para alejarse un poco. Abre la cortina y camina hacia el centro de la habitación.

Hago lo que he estado haciendo con frecuencia, la sigo.

La culpa me golpea con fuerza, y mis rodillas entienden inmediatamente lo que deben hacer, doblándose a sus pies.

Apoyo la frente en su vientre.

En nuestras niñas.

En el lugar donde la vida sigue adelante a pesar de mi cobardía.

Y, cuando hablo, mi voz sale baja. Fea. Verdadera.

—Perdóname.

Siento cómo me cae una lágrima antes de darme cuenta de que estoy llorando.

Qué mierda.

Yo, Tyler Grant, *wide receiver*, «no sé hacer nada a medias», llorando, de rodillas en el suelo, como si acabara de perder la *Super*

Bowl de mi propia vida.

«Debería haber confiado en ti», sigo, sin poder parar. «Debería haber… debería haberte escuchado».

Me quedo allí un segundo más.

Respirando.

Y sabiendo, con cruel claridad, que esta petición de perdón no borra nada.

—Di algo —le pido en voz baja. Levanto la cara, queriendo ver sus pensamientos. —Cualquier cosa.

Sidney me mira durante un segundo antes de apartar la mirada.

—¿Qué? —responde secamente—. Porque si abro la boca ahora, lo único que saldrá es un bonito «te lo dije»… y no tengo energía para parecer patética.

—Perdóname, amor —la voz se le quiebra por el llanto contenido—. Pelea conmigo. Grítame. Haz cualquier cosa.

Ella solo respira hondo.

Luego elige una de las sillas dispuestas allí para maquillarse. Se sienta con cuidado, tirando de la camiseta para cubrirse las piernas. Está visiblemente molesta.

—Estoy cansada, Tyler. Cansada de todo esto.

—Ay, amor… lo siento mucho. De verdad que lo siento. —Me levanto y me acerco a ella, tiro de una silla y me siento a su lado.

—No sirve de nada señalar tu error, Tyler —dice, por fin. Su voz suena firme, pero pesada—. No quiero discutir sobre el perdón. Se nota que… —Me señala a mí y luego a ella—. Ya me he superado un millón de veces.

Eso duele más que cualquier grito.

Me muevo rápido, poniéndome de rodillas frente a ella otra vez.

—Pero yo no quiero eso. Nunca lo quise —me justifico, con la voz quebrada por la tristeza y la vergüenza—. Nunca más volveré a cometer un error así. Nunca. He sido un idiota. Tenía miedo de perderte y utilicé la peor excusa posible para anticiparme.

Respiro hondo.

—Te quiero, amor. Quiero a nuestras hijas, a las que aún no conozco. Y voy a matar a esa hija de puta de Astrid.

Tarda un poco en darse cuenta de lo que he dicho un minuto después. Entonces, me mira con una expresión menos pesada, más ligera.

Cuando noto una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios, creo que he tirado del hilo para recuperar a mi mujer.

Me sujeta la cara con ambas manos y dice:

—No quiero que el padre de mis hijas vaya a la cárcel —declara, tranquila—. Dijiste que cuidarías de nosotros. ¿Te acuerdas? Pues cuida de nosotros.

Asiento. Sin discutir. Y respiro, aliviado.

Estamos juntos. Estamos bien.

—¿Dijo que clonaron mi móvil, verdad? —continúa Sidney, pensativa—. Debió ser cuando aún trabajaba con ella como relaciones públicas. Mierda… hay tantas cosas en ese teléfono. Incluso algunas fotos tuyas desnudo.

Mi estómago se revuelve en el momento en que caigo en la cuenta.

—Y las tuyas también —respondo, con una mezcla de rabia y desesperación.

—Los míos no tenían cabeza.

—Ah, claro… —digo con ironía, nervioso—. Como si eso impidiera al tipo difundirlas como Tyler Grant y su novia.

Ella palidece al instante, y quiero nominarme como el imbécil del año por asustar a mi mujer embarazada.

—Oye, oye… —Me acerco más—. Mierda. Soy un idiota. Respira, amor. Respira.

Ella me mira, ahora realmente asustada.

—¿Y ahora qué? —pregunta—. ¿Qué hacemos?

—Ahora nos vamos a casa —respondo sin dudar—. Tú te quedarás allí, bien cuidada. Llama a tus amigas. Yo lo arreglaré todo. Te lo prometo.

Sus ojos transmiten una confianza que no merezco. No cuando yo le debía lo mismo a ella, y no se lo di.

No cuando debería haber sido el tipo en quien ella se apoyara, y fui precisamente la razón por la que el suelo tembló.

Y ahí está la cuestión: Sidney es mucho mejor que yo en muchos aspectos.

Siente miedo y, aun así, sigue adelante. Está herida y, aun así, elige creer.

Yo… no merezco esa mirada.

Pero quiero merecerla.

Más tarde, la dejo en casa con Paige, Faith y Riley. La terapeuta, que siempre estaba ocupada con sus pacientes, logró hacer un hueco en su agenda para estar presente en un momento de crisis. Sus palabras.

Ahora estoy caminando con Jared por el pasillo del CT, donde concerté una reunión apresurada con Astrid Cowley.

La hija de puta es tan arrogante que aceptó sin cuestionar cuando le mencioné una marca de pañales que llamó a mi agente más temprano.

En todo ve oportunidades para nuevos inversores.

—¿Gana tanto como para ser tan solícita con los contratos? —la pregunta es más una duda que no creo que vaya a obtener respuesta.

—Tío, recibe un porcentaje por cada contrato que cierra. Claro que gana —responde Jared, y me siento demasiado inocente para el mundo de los contratos.

—¿No está prohibido que los relaciones públicas tengan esos beneficios?

—El anterior no podía. Pero esta zorra consiguió cambiar su propio contrato. Aceptó una reducción salarial para tener otros beneficios.

—Qué mierda.

—Sí, claro.

—Responde por qué es tan codicioso en busca de patrocinio.

Jared levanta ambas cejas en señal de asentimiento silencioso.

Quería resolverlo sin la interferencia de nadie. Sin embargo, Sidney dijo que solo estaría tranquila si Knight venía conmigo.

El miedo a que cumpliera mi primera oferta en el asesinato de Astrid rondaba por su cabeza.

Entramos en la sala y vimos a la mujer mezquina sentada detrás del escritorio, con las manos cruzadas sobre el abdomen y cara de dueña del mundo.

—¡Hola, chicos! —Astrid sonrió como quien hace una caridad a dos hombres grandes y tontos.

—Es una pena que *Ironbull* haya cambiado la campaña para incluir a una embarazada. Preferiría veros a vosotros dos en los tabloides.

Mantengo la sonrisa plástica. Esa que aprendí a usar en las ruedas de prensa cuando quería mandar a un periodista a que se metiera el micrófono por el culo.

—Es curioso que menciones eso —digo lentamente—. Sabemos que te gusta vernos juntos.

Jared se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y cara de «solo soy un figurante aquí», pero sus ojos están atentos.

Me dio un minicurso sobre «cómo no ser arrestado por hablar demasiado» en el pasillo, con la humildad típica de un tipo que tiene un título en Derecho y lo usa como arma blanca.

—Tyler… —Astrid se ríe, esa risita entrenada de relaciones públicas—. Solo estoy hablando de imagen, de medios de comunicación, de…

—De medios de comunicación, claro. —Inclino la cabeza, como si estuviera de acuerdo. —Por cierto… ese GIF que sacaste del móvil de Sidney… ¿cuántas veces al día lo ves?

El aire de la habitación cambia.

Es sutil. Casi elegante.

Pero yo lo veo.

Sus pupilas se dilatan. Se le cierra la garganta. La mujer que se cree la dueña del mundo parpadea demasiado rápido, como si pudiera rebobinar la realidad.

—Yo… no sé de qué estás hablando —dice—. Nunca le quité nada a Sidney. Eso es absurdo. Ella…

—No me mientas.

La frase sale en voz baja. Sin gritos. Sin dramatismos.

Pongo las dos manos sobre la mesa y avanzo el cuerpo, invadiendo su espacio con la calma de quien está a punto de perder al acusado principal.

La sonrisa desaparece de su rostro.

—Clonaste su móvil y alimentaste una trama que ahora se está utilizando en tu contra. Y ahora vas a tomar una decisión.

Trae tu propia saliva.

—Tyler, estás… siendo emocional. Vamos a hablar con racionalidad. Soy tu relaciones públicas. Yo… yo solo…

—Vas a ayudarnos a encontrar a quien te está chantajeando con lo que había en el teléfono de Sidney… —Hago una pausa, dejando que la frase cale en la mesa—.

—… o prefieres que te traten como coautora de un delito de intrusión y robo de datos. La palabra «ciberdelito» queda muy bien en las noticias, Astrid. Pero en los tribunales, solo queda… cara —a Jared interviene, dando un paso adelante, hablando por fin con voz suave, casi educada.

—No pueden probar nada —intenta aún.

—Del mismo modo que tú encontraste a un delincuente, yo puedo encontrar a varios. Para defender a mi familia, me ensucio las manos igual que tú —amenazo.

—Mejor que mancharlas de rojo —dice Jared, mirándose las uñas. La referencia al asesinato de esa vaca aún rondaba mi mente, lo confieso.

—¿Me estás amenazando? —responde, entrecerrando los ojos.

—No… a menos que sea por acusarte de ser cómplice por clonar un teléfono móvil… ya sabes. Nueva York se toma esto muy en serio. Y los federales también —Jared señala cada punto, levantando un dedo tras otro.

Astrid lo mira como si acabara de recordar que los abogados existen. Y que algunos incluso leen.

—Yo no… —su voz se quiebra, lo cual es casi un milagro—. No pensé que… creí que solo sería… solo una ventaja. El equipo estaba de capa caída y necesitaba atención para conseguir nuevos contratos.

—Ah. —Suelto una breve carcajada, sin humor—. Entonces fue eso. Viste una oportunidad y decidiste ser una basura.

Ella cierra los ojos por un segundo, derrotada por su propio narcisismo.

—No iba a perder un contrato por nada —confiesa, casi en un susurro—. Necesitaba… necesitaba algo que me diera control. Os vi a los dos y pensé: «Esto puede explotar». Los medios estaban muy emocionados contra la homofobia. Era conveniente y… explotó.

—Enhorabuena —le digo, con pura ironía—. Eres un genio. Ahora, deja de hacer tonterías porque sé que te están chantajeando. La cuestión es: ¿qué es lo que no quieres que pase, Astrid?

Tarda un poco más en decidirse, pero le damos tiempo.

—Él quiere exponer todo el tratamiento de Jared. No tenía ni idea de que Sidney guardaba el historial en Whatsapp —señala a Knight—.

En ese instante, los ojos de mi amigo se convierten en ametralladoras de puro odio.

—Y sabes lo que puede pasar, ¿verdad, mujer tonta? —las palabras son navajas clavadas en su autoconfianza, de modo que la angustia llega a apestar por sus poros.

—Si un jugador cae, el equipo cae con él. ¿Por eso estás tan asustada? —le pregunto, utilizando el hermoso vocabulario nada jurídico que nunca aprendí.

Ella respira hondo, estirando la columna y colocando las manos entrelazadas sobre la mesa para alinearlas con la expresión neutra de su rostro. Todo en ella es falso.

—Solo tienen que ayudarme con el chico y todo estará resuelto. Quiere cien mil dólares. Eso es calderilla para ustedes.

¿Ahora la hija de puta quiere que paguemos el chantaje?

Aprieto el puño y cuento hasta diez para no lanzarme a su cuello.

—Hagamos lo siguiente: tú acordarás con ese tipo entregarle todo lo que tienes. Y nosotros nos encargaremos de todo —Jared suena frío, controlado de una manera que nunca había visto.

—¿Lo ves? Hemos llegado a un acuerdo. —Ella sonríe y yo solo miro a mi amigo, buscando algún contacto con la fuerza mental

que está utilizando, para no asumir mi versión neandertal.

—Bueno… fue un chico de la NYU. Tiene diecinueve años y estudia tecnología.

Se me revuelve el estómago.

—¿Contrataste a un universitario para hackear el móvil de mi novia?

—Solo quería acceder a algunas conversaciones, fotos. Busqué en un foro de Telegram, esas cosas —se justifica rápidamente, al darse cuenta de que mi control pende de un hilo—. Y apareció.

—¿Y pensaste que iba a coger solo lo que tú querías, verdad? —Jared suena sarcástico.

Ella baja la cabeza, sin mostrar arrepentimiento. Da la impresión de que pensaba que estaba tratando con gente tonta. Como ella.

—No sabía que iba a pasar esto, ¿vale? —Resopla varias veces, dilatando las fosas nasales.

—Ah, claro. No sabías que le ibas a dar armas a alguien tan ambicioso como tú —añado, inclinándome más, en voz baja, mirándola a los ojos—. Sí. Lo encontraste y quedaste atrapada en tu propia trampa.

Enderezo el cuerpo lentamente.

Sus dedos tiemblan cuando coge el móvil y empieza a buscar el contacto de su chantajista.

—Voy a llamarle, ¿vale? —avisa, marcando el número del chico—. Pone el altavoz como si fuera un gesto de buena fe, cuando en realidad solo es miedo disimulado.

—Hola… soy yo —su voz suena demasiado tranquila—. Quiero el resto de lo que conseguiste en el dispositivo.

Al otro lado, un breve silencio. Y luego una voz joven, demasiado segura para alguien que aún debe tener espinillas en la espalda.

—Me alegro de que hayas cambiado de opinión. Ya estaba negociando con una revista.

Astrid me mira rápidamente, asustada. No digo nada. Solo la miro fijamente.

—Le dije que solo podía vendérmelo a mí. La chica no puede saber que salió de su móvil. —Ella fuerza la amistad, pensando que ahora defender a Sidney valdría de algo.

—Cambio de planes —dice el chico.

—Eso es un delito. Acabarás en la cárcel. —Sin duda lo haría. Era mejor que enfrentarse a mí. Algo que estaba a punto de descubrir. —Puedo borrarlo.

—Y tú te joderás conmigo.

Ya están jodidos.

A mi lado, Jared teclea sin parar en su móvil, sin levantar la vista. Su calma me irrita y me salva al mismo tiempo.

—¿Lugar? —insiste Astrid, con la altivez empezando a resquebrajarse—. Tengo dinero. Pago el precio y tú me lo entregas todo.

Él da una dirección. Un lugar lo suficientemente público como para parecer «seguro», pero con esa energía de trampa barata.

Jared deja de escribir por un segundo y levanta la vista hacia mí. Solo una mirada. Como diciendo: vale, ahora lo hacemos bien.

Astrid cuelga y trata de respirar como si no estuviera a punto de derrumbarse.

—Listo —dice, enderezando lo que le queda de postura—. Resuelto.

—Dame su contacto —le ordena Jared, y ella le muestra rápidamente la pantalla del móvil.

Mi amigo le hace una foto.

—Ahora podéis ir y resolver este problema —dice gesticulando en el aire, despidiéndonos, y yo le agarro los dedos, presionando con firmeza para transmitirle el mensaje.

—Nos vamos. Pero esto aún no ha terminado, Cowley. Descubrirás que te has metido con quien no debías.

Ella retira la mano, levantando la nariz para mostrar una altivez quebrantada por una mirada insegura.

Salimos de su despacho y, mientras caminamos hacia el coche, Jared teclea sin parar en su teléfono.

—Cree que se va a salir con la suya —concluyo, analizando la postura arrogante de la mujer.

—Eso es porque es tonta.

—Creerse mejor que los demás hace eso. La noción de la realidad se distorsiona. Piensa que puede hacer lo que quiera sin consecuencias.

Finalmente, entramos en el coche y conduzco hasta la dirección indicada. Jared se ha encargado de todo, demostrando que ha heredado el talento para la abogacía de su familia.

Durante el trayecto, le pregunto sobre el plan:

—¿Y ahora qué?

—Ahora vamos a esperar a la policía para grabar la conversación mientras el desgraciado cree que está recibiendo el dinero —revela, sin apartar los dedos del teclado virtual del móvil—. He llamado a un hacker de confianza que también va para allí. Nos ayudará a borrar todo lo que ese hijo de puta tiene en el móvil de Sid.

—Genial. Ella estaba muy preocupada. Más asustada por las fotos. Ni siquiera le voy a contar lo de tus informes.

—No se lo cuentes. Se va a asustar aún más —advierte, conociendo el temperamento de mi mujer. Jared me pone la mano en el antebrazo en señal de apoyo y dice: —Este chico se arrepentirá de haber aprendido a encender un ordenador.

Exhalo lentamente, muy lentamente.

—Y quiero que Astrid caiga con él.

—Lo hará. Ni siquiera tenemos que hacer nada. Es un crío. En cuanto vea que lo han pillado, cantará el nombre de quien le ha mandado.

Asiento con la cabeza, satisfecho.

Esa mujer enterró su carrera en el momento en que invadió la privacidad de la madre de mis hijas.

Si mi vida se convirtió en una pesadilla por culpa de su ambición, ella descubrirá lo que es tener el mismo sueño. O uno peor. Mucho peor.

Capítulo 40

Sidney Bennett

Algunas o muchas semanas después (depende del punto de vista: para una embarazada, un día equivale a veinte días… o más).

Muchas cosas pueden suceder durante el transcurso de un embarazo.

Algunas dentro de la placenta, otras explotan fuera, en el mundo real, que adora recordar que «control» es una bonita palabra inventada por gente ilusa.

Cuando Astrid fue detenida el mismo día que arrestaron a Hércules —el hacker de tres al cuarto que ella contrató creyendo que lo controlaba—, yo no tenía ni idea de lo profundo que era el agujero que había cavado.

Quizás ni siquiera ella.

Por desgracia, fui víctima por creer que las personas que nos rodean, por muy cabronas que sean, siguen respetando los principios básicos de la convivencia.

Inocente.

En cuanto me enteré, tuve esa sensación de impotencia que te hace un nudo en la boca del estómago y te hace vomitar todas las comidas del día.

Las acusaciones formales giraban en torno a la conspiración para invadir un dispositivo electrónico, el fraude digital y el intento de extorsión.

El chico no la estaba chantajeando por ese maldito GIF. Nooo.

Eso era solo la punta del iceberg.

El desgraciado tenía un arsenal de mi trabajo sobre el tratamiento de Jared Knight. Y ahí estaba el problema: la vaca «con todo el respeto al animal» había perdido completamente el control.

Tyler no quería contarlo por miedo a que yo me pusiera nerviosa. Sentí que me estaban ocultando algo. Y necesitaba saberlo todo.

Jared lo soltó en mi tercer intento.

Sí. Me puse nerviosa.

Si esas imágenes e informes clínicos se filtraran y alguien decidiera hacer lo obvio «investigar el origen», el primer nombre bajo sospecha sería el mío.

La fisioterapeuta descuidada que perdió su celular por descuido.

¿El problema?

Yo no lo había perdido.

Un escándalo como ese pondría al equipo en evidencia. Habría un excelente jugador perjudicado, ya que su valor se vería disminuido en una nueva contratación. Se había recuperado, pero una lesión como esa podía generar un apéndice futuro.

Y este era un delito mucho mayor que la filtración del GIF.

Si me confiscaran el móvil, cualquier técnico mínimamente competente encontraría la intrusión, que lleva al rastro… que lleva al mandante.

Astrid no quería eso. Fue muy amable al decirle a Tyler que no quería perjudicarme.

Atención: estoy siendo irónica.

Al final, su cómplice la delató. Obvio. Y lo que ella pensaba que nunca sucedería por conocer a personas influyentes, sucedió.

La arrestaron.

Bien hecho. Se metió con quien no debía.

Y, para responder en libertad, tuvo que desembolsar trescientos mil dólares de fianza.

Los pagó.

Ahora está esperando el juicio escondida en su ciudad natal, en la casa de su hermana, la madre de Faith.

En cuanto a su carrera: muerte súbita.

Todos los programas deportivos se han hecho eco del escándalo como si fuera un postre, señalando lo que ha hecho esa maldita.

Algunas mujeres no necesitan enemigos, basta con demasiada ambición y poca conciencia.

Bueno… al menos mis desnudos y los de Tyler quedaron protegidos del mundo. Lo cual, si lo pienso bien, es una pena. Él tiene un trasero increíble. Pero creo que en la campaña *Ironbull* se puede tener una idea.

—Quédate así un poco más —le pido, tumbada de lado en la cama, con la cabeza apoyada en la mano y viendo al hombre más guapo desnudarse en el armario.

La suite principal de la casa de Tyler, quiero decir, nuestra casa, tiene un baño enorme con puerta directa al armario. Y des , desde donde estoy, tengo una vista privilegiada de su perfil mientras coge unos calzoncillos del cajón.

—Cariño… no puedes estar desnudo todo el tiempo —se queja, tapando el parque de atracciones que no veo desde hace diez días.

¡Dios! Qué difícil es no sentarse en la montaña rusa cuando está ahí, tan cerca, para sentir ese cosquilleo en el estómago.

—Ya que no me estás comiendo, al menos déjame mirar.

Mi obstetra, la doctora Helena, fue muy pesada cuando le habló a Tyler sobre los riesgos de un parto prematuro si la pareja tiene relaciones sexuales al final del embarazo.

El problema fue que uno de los malditos libros de mi novio decía que la recta final es a partir del tercer trimestre. Conseguí con mucho esfuerzo sentarme en esa deliciosa polla hasta completar las 30 semanas, después de eso me pusieron en ayuno obligatorio.

Mierda.

—Te compensaré mucho después del reposo. Te lo prometo. Pero ahora tienes que concentrarte en gestar a nuestras niñas y, para eso, tienen que quedarse ahí dentro.

Me echo hacia un lado, mirando al techo y sintiendo cómo el peso de mi enorme barriga acompaña el movimiento.

—Hijas… vuestro padre es un pesado —murmuro en voz alta.

Charlie ladra en señal de acuerdo.

—¿Lo ves? Hasta Charlie está de acuerdo —señalo, y Tyler suelta una risa floja.

Se acerca a mí, me besa el vientre y luego la boca, rápidamente.

—Al menos podrías besarme bien —me quejo.

Se inclina sobre mí, con el cuerpo cruzado en la cama y los brazos extendidos apoyados a los lados de mi cabeza.

—Eres una glotona sexual, ¿sabes? La última vez me engañaste y tuve pesadillas toda la noche.

Eh… mentí antes. Sí conseguí sentarme después de las treinta semanas. Aparecer sin nada justo cuando él se estaba haciendo una paja en la ducha valió la noche.

—¿Cómo que tuviste *pesadillas* después de comerme? —pregunto, con la voz cargada de sarcasmo divertido.

—Tuve pesadillas en las que las gemelas nacían antes de tiempo por mi culpa.

—En ese caso, la culpa sería de su madre. Y ni siquiera habías llegado a las 36 semanas, Ty. La médica dijo que podía. Fuiste un caballero y me follaste el coño con demasiada delicadeza para mi gusto.

—Tu gusto —hace comillas con los dedos de una mano—. Volveré a hacerlo cuando nuestras hijas estén aquí fuera, amor. Estoy deseando darte unas azotes por excitarme tanto —replica, prometiendo un buen futuro—. Ahora ya queda poco. Ayer cumpliste las 37 semanas. Mañana iremos a la maternidad y, dentro de 40 días… el parque estará libre.

Suspiro, poniendo los ojos en blanco.

—Teníamos que disfrutar un poco más ahora. Todo el mundo dice que después todo cambia.

—Te prometo que mi excitación no cambiará, amor.

—¿Y si el mío cambia?

Esta vez es él quien suspira, se aleja un poco y coge un libro que no había visto, debajo de los demás sobre el embarazo.

Leo el título: *And Baby Makes Three: The Six-Step Plan for Preserving Marital Intimacy and Rekindling Romance After Baby Arrives,* de John M. Gottman y Julie Schwartz Gottman[38]

—Ya estoy estudiando qué hacer para que eso no suceda.

Cojo el libro de sus manos y leo la sinopsis. Se trata de una guía para mantener la intimidad y el romance después del nacimiento de un hijo.

Pero aquí tendríamos dos.

En fin.

—¿Siempre has sido así?

—¿Cómo?

—¿Tan estudioso…? —tarareo, balanceando el libro en el aire.

—Siempre quise ser el mejor. Y estudié para ello. Como pretendo casarme con la mejor mujer para mí, también estoy estudiando.

Seguí mirando el libro distraídamente durante unos segundos hasta que comprendí la palabrita en medio de todo.

—Si esa es tu mejor propuesta de matrimonio, te juro que prenderé fuego a toda tu biblioteca —le respondo, en tono jocoso, pero en el fondo era verdad.

Mentira.

Era muy cierta.

¿Qué mierda de propuesta era esa?

Tyler se ríe y, en un instinto primitivo, quiero pegarle. Sin embargo, controlo el resto de humanidad que la maternidad ha dejado en mí.

—No, amor. No es la propuesta oficial. Pero es mejor que te prepares porque pronto serás la señora Tyler Grant.

Intento no dejar traslucir lo mucho que me gustaba cómo sonaba eso. Me criaron con esa base feminista. Mujeres luchando por su espacio, incluso en el ámbito deportivo.

Sin embargo, casarme con el hombre del que me enamoré, el padre de mis hijas, y llevar su apellido…

Exhalo el aire, soñadora.

Es una sensación única. De pertenencia. De familia. De que él, así, se declara mío.

—Puedo vivir con la expectativa —concluyo, sonriendo levemente. Él besa la punta de mi nariz y amenaza con irse.

Pero le agarro del brazo. Siento algo húmedo debajo de mí.

Muy húmedo.

—¿Tyler?

—Amor… no va a funcionar y…

—No va a pasar, amor. Llama a la doctora. —Le doy un golpecito en la sábana para que se dé cuenta de lo que estoy tocando.

Se aleja y mira alrededor de mi cadera, noto cómo se le va el color de la cara y su boca se convierte en una «o» de asombro.

—¡Joder! —Empieza a saltar alrededor de la cama. Y de repente se detiene. Respira hondo, recuperando el control que me ha apoyado en todo momento durante este embarazo. —¿Estás bien? ¿Sientes algo?

—Ni siquiera noté que estaba perdiendo líquido… —le informo—. Debe ser normal, ¿no?

Tyler me mira como si le hubiera preguntado si era normal que el Titanic chocara contra el iceberg.

Abre la boca.

La cierra.

La vuelve a abrir.

—Cariño… es la bolsa —dice en voz baja, como si no quisiera asustarnos ni a mí, ni a mis hijas, ni a Charlie, que nos miraba desde la puerta—. ¿Notas algo?

—Me siento mojada —respondo, arqueando ambas cejas, señalando lo obvio.

Él exhala aire por la nariz y niega con la cabeza, con una pequeña sonrisa.

—Dolor, amor. ¿Sientes dolor?

Niego con la cabeza y él respira hondo.

—Tenemos tiempo. Ven, te ayudo a darte un baño.

—Estás… demasiado tranquilo —le digo, desconfiada.

—Es fingido. He entrenado muchísimo.

Y yo lo sabía. Leía esos libros todas las noches, hablaba con mi barriga. Incluso vio un tutorial sobre cómo no perder los nervios cuando tu mujer se pone de parto.

La mayoría de ellos terminaban con el hombre volviéndose loco de todos modos.

Creo que lo que valía era la comedia y la intención de los padres de ayudar en todo lo que pudieran.

Me pareció tierno.

Un tiempo después, estoy sentada en la silla que puso en el armario para ayudarme a cambiarme de ropa. Él rebusca en mi cajón de la ropa interior y coge la más fea de todas. Una beige que esperaba que me quedara muy grande después de que nacieran las niñas.

Antes de ponérmela, le coloca una compresa nocturna y se arrodilla frente a mí.

—¿No vale esa braguita roja doble de la campaña que hicimos?

—Esas bragas son para mí. No para un médico asistente de la doctora Helena —responde gruñón, y yo sonrío.

El colega que la doctora Helena presentó como su asistente en mi parto, por si necesitaba una cesárea, era guapo, lo confieso.

Pero mi Tyler era mil veces más guapo que él.

—Solo tengo ojos para ti, amor. Eres el hombre que he elegido para mí.

Él sonríe tímidamente, sonrojándose. Esa faceta suya de ponerse tímido cada vez que le hago una declaración era algo nuevo.

Cuando le decía que su polla era una delicia, o cuando le pedía que me follara con fuerza, no se sonrojaba. Pero bastaba con un «te quiero» fuera de contexto para que su rostro se tiñera de ese precioso rojo.

Pueden juzgarme o no…

Me llevó un tiempo pronunciar esas tres palabras completas.

La primera vez fue mientras hacíamos el amor, justo después de una victoria del equipo.

Está bien que fuera ese momento posterior al orgasmo, pero fue sincero. Luego lo repetí en la ducha y fue entonces cuando me di cuenta de cómo le afectaba.

—Ty, no terminé de preparar la maleta para la maternidad. Quería poner los conjuntos de cerezas —le aviso, recordando que pensaba que aún tenía tiempo.

—Lo dejé todo listo anoche, cariño. Está todo bien —su voz suena aún más zen, y empiezo a preguntarme si ha fumado marihuana en algún momento.

Incluso huelo el aire en busca del olor, pero nada. Me encojo de hombros, indiferente. Y lo sigo, segura de que el padre de mis hijas sabía exactamente lo que estaba haciendo.



Tardamos cuarenta minutos en llegar desde la puerta de casa hasta nuestra habitación en la maternidad del hospital.

Por el camino, Tyler llamó a Jared para que cuidara de Charlie. Luego, a la doctora que avisó al hospital. A continuación, le pidió que enviara un mensaje al grupo de mis amigas y a mis padres. Le dio una orden de voz a Alexa, el asistente virtual de su móvil, que tenía un mensaje preparado para enviar a todos sus contactos importantes.

Sí… se preparó muchísimo para la llegada de las niñas, tanto que me sentí como si entrara en un spa cuando entré en la

habitación de maternidad.

Recordé que había llamado y acordado un paquete *premium* con el hospital. Pero ni en sueños imaginé que sería así.

Nadie que entra en un lugar así piensa que va a sufrir una experiencia traumática al tener su coño abierta a una anchura que nunca antes había tenido.

Tyler me convenció de que intentar un parto lo más humanizado posible era la mejor alternativa. Al entrar en el espacio en el que vamos a tener a nuestras bebés, me alegré de haber aceptado la sugerencia.

Había una luz rojiza, música ambiental y un aroma a lavanda que alejaba la idea de estar en un hospital. A un lado hay una barra de apoyo y una pelota de pilates.

Tyler caminó por la habitación, dejó la bolsa en un rincón y revisó todo. Cuando quedó satisfecho, se sentó en la pelota y empezó a rebotar.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Calmándome.

—¿En la pelota?

—Sí.

—Tyler… la que va a parir soy yo.

—Lo sé. —Volvió a rebotar—. Pero yo también estoy pasando por un proceso aquí.

—¿Qué proceso?

—El proceso de no desmayarme delante de la mujer que amo.

Me reí.

Entonces lo sentí.

Todavía no era dolor.

Era una presión fuerte.

Él dejó de rebotar en la pelota y corrió hacia mí.

—¿Qué pasa, amor?

Rodeó mi cuerpo con un brazo, con cuidado, y me dio apoyo para sentarme en el borde de la cama.

—Creo que tuve la primera contracción. —Sonreí, inocente, creyendo que eso era lo que decían que dolía un carajo.

Ingenua, ¿no?

Lo sé.

En las horas siguientes, el manto de la ignorancia fue arrancado sin piedad y descubrí por qué el dolor del parto se considera uno de los peores del mundo.

La médica entró y salió dos veces.

A la tercera vez, se quedó.

Y ahora estoy tumbada en la cama, agarrando la mano de Tyler e imaginando que algunas mujeres quedan poseídas por una entidad masoquista cuando deciden pasar por esto más de una vez.

—Respira conmigo, amor. Inspira… espira… —Me habla en voz baja, con firmeza, y por mucho que quiera mandarlo a la mierda, hago todo lo que me dice.

El tiempo pasa de esa extraña manera que pasa en el parto: media hora se convierte en cinco minutos, cinco minutos se convierten en un siglo.

Y en algún momento, la doctora está posicionada junto con una enfermera y su asistente.

De vez en cuando, Tyler echa un vistazo entre mis piernas, sin soltar mi mano.

Otra contracción llega con más fuerza y empujo con todas mis fuerzas.

—Cariño, lo estoy viendo —dice emocionado—. Hay un agujero enorme ahí abajo, pero…

—No lo describas —le exijo, irritada. Lo peor es saber cómo está mi coño en este preciso momento.

—Vale… —Aprieta los labios.

De repente, siento otra oleada y empujo de nuevo.

—Amor… hay pelo —afirma como un comentarista deportivo.

—TE VOY A MATAR.

El equipo se ríe.

Hago más fuerza, queriendo ahora aplastarle los dedos de la mano. Pero lo que viene a continuación me desmonta por completo.

Un delicado llanto rompe el silencio.

Vivo. Alto. Agudo.

Mi pecho implosiona con una emoción inimaginable. Es completo… es gigante… es divino.

Ponen a la primera gemela en mi regazo y me derrumbo en un llanto tonto, hermoso, humillante.

Tyler me besa la frente y también llora.

—Hola, mi hija… —susurra emocionado—. Papá está aquí.

Toma su diminuta manita, que lo reconoce, y cierra sus deditos alrededor de su índice. Su llanto es una mezcla de sollozos y risas.

Al verlo allí, entregado a nuestra primera niña, me doy cuenta de que tomé la decisión correcta al perdonarlo. Este hombre tenía miedo de amar demasiado. Y fue rápido en dar marcha atrás. Yo fui más terca.

Pero qué más da. Tenía dos de esas dentro de mí. Tenía derecho a estar doblemente enfadada.

Un dulce gemido me devuelve a la realidad. Miro su carita maravillosamente arrugada y siento una ternura casi dolorosa.

—Hay otra más —avisa la doctora. Levanto la mirada hacia ella y casi me río nerviosamente.

—Lo sé —responde Tyler, firme—. Estamos aquí.

¿De verdad?

Pienso.

Pero me golpea otra contracción. La enfermera coge a nuestra bebé y volvemos al octágono.

Afortunadamente, la segunda llega rápido. Como si tuviera prisa por existir.

Empujo.

Y cuando otro llanto invade el espacio, la sensación es de alivio. He sobrevivido.

Tyler me sostiene la cara con ambas manos, sonriendo. Me besa en los labios.

—Gracias —susurra.

—¿Por qué?

—Por ti. Por ellas. Por… todo.

Le devuelvo la sonrisa, sabiendo que «de nada» no era la mejor respuesta cuando yo también tenía que darle las gracias. Por fin, digo:

—Gracias por luchar por mí.

—Siempre, amor. Siempre lucharé por nosotros.

Me da un beso más largo, hasta que oímos que todo el equipo médico empezó a tener un problema muy grave en la garganta.

—Se han olvidado de darles nombre —pregunta la enfermera, ya con la carpeta en la mano.

—Es cierto. ¿Ya los han elegido? —pregunta la doctora Helena, ya que nunca dijimos los nombres que habíamos elegido antes.

Lo miro.

Él me mira.

—Steffany y Summer —digo, y mi voz se llena de una emoción que no cabe en esa habitación.

Las lágrimas caen a borbotones cuando la enfermera pone a Steffany en los brazos de Tyler. Summer viene hacia mí.

Nos quedamos allí unos minutos, simplemente mirando. Dos niñas llenas de vida y esperanza. Con años por delante para descubrir el mundo y enfrentarse a él.

Sabemos que tendrán batallas, derrotas y victorias. Pero también sabemos otra cosa: en todo momento, serán amadas y tendrán apoyo.

Elegimos estos nombres para honrar a dos niñas que vivieron muy poco tiempo entre nosotros. Fue nuestra forma de rechazar el olvido. Porque algunas personas merecen ser recordadas en voz alta.

Tyler carraspea, limpiándose la cara con el antebrazo como si las lágrimas fueran solo sudor del juego.

—Son demasiado hermosas… —murmura, y la voz se le quiebra en medio de la frase. —Tú lo hiciste.

—Yo lo hice. Pero tú me ayudaste.

Él sonríe.

Luego se acerca para que nuestras dos niñas queden entre nosotros como un pequeño universo particular.

Y cuando Tyler apoya su frente en la mía, entiendo, de la manera más simple y absoluta, que nuestra historia nunca fue algo planeado: fue sobre el amor, la elección y, sobre todo, el deseo de quedarnos.

Fin.



Epílogo

Sidney Bennett

Suena el timbre.

Charlie empieza a ladrar como si alguien estuviera intentando entrar en la casa.

Al mismo tiempo, Steff muerde el pezón de mi pecho con sus encías y siento un pinchazo tan agudo como el insistente *timbre* que resuena tres veces más en la sala.

Ni siquiera necesito mirar por la mirilla.

Sé exactamente quién está al otro lado de la puerta, mordiéndose las uñas de ansiedad por conocer a nuestras niñas.

Cuatro tipos babosos.

Han esperado a que terminara la temporada de hockey para venir en comitiva con sus esposas a Nueva York.

Tal y como me exigieron mis mejores amigas, Winter y Brooke, las mantuve informadas de cada paso del embarazo.

Cuando fui al hospital, envié dos avisos, porque, entre todos los contactos guardados en el móvil de Tyler, los suyos estaban marcados como prioritarios.

Así, las cuatro parejas de los Gladiadores del Hielo fueron informadas de todo con éxito.

Las chicas querían venir antes. Pero prefirieron esperar al grupo.

Brooke y Emory ya habían pasado por la fase inicial de los recién nacidos en casa y les preocupaba la idea de que sus maridos aparecieran en mitad de la temporada. Conviven con jugadores, equipos, periodistas… gérmenes por doquier.

Era mejor esperar a que las gemelas ganaran peso y recibieran las primeras vacunas.

—Ya voy… —aviso en voz alta.

Camino hacia la puerta con un bebé agarrado a mi pecho.

En cuanto la abro, mi casa es invadida por cuatro parejas. Las mujeres son demasiado delicadas para los hombres enormes que las acompañan.

Sin embargo, es nuestro *ambiente.*

Entran con un cuidado exagerado, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper algo invisible.

En el camino había un aparador con alcohol y pañuelos. Cuidados que terminaron convirtiéndose en un hábito.

Les muestro y ellos siguen las normas de higiene.

Cuando llegan a la sala de estar, sin embargo, todos se detienen. Noto esa mirada de sorpresa que se produce cuando realmente te ven con un bebé.

Steffany sigue pegada a mi pecho, escondida bajo el pañal que puse allí para no asustarla con el ruido.

—Sabía que este momento llegaría algún día, Sid —dice Winter, admirada—. Pero confieso que todavía me resulta extraño.

—¿Extraño para quién? —pregunto.

—Para nosotros. —Ella se encoge de hombros. Y mira a los demás, que no son tan diferentes de ella—. Tú siendo madre.

—Sigo siendo la misma loca de siempre, Win. Solo que un poco más responsable.

—Siempre lo has sido, amiga. A tu manera loca, siempre nos has cuidado—, responde con una pequeña sonrisa.

—Ni siquiera parece que tengas bebés de tres meses en casa —añade Emory—. Ni siquiera tienes el pelo revuelto.

—Ah. —Me paso la mano por la trenza que mantiene mi dignidad en pie—. Me la ha hecho Tyler esta mañana.

Emory gira lentamente la cabeza hacia Austin.

—¿Lo ves, cariño?

Él frunce el ceño.

—¿Ver qué?

—Tyler incluso hace trenzas.

Prince levanta las manos, ofendido.

—Oye. Yo hago *otras cosas* —su voz suena comprometedora —.

—Cállate, Prince —Sebastian le interrumpe inmediatamente.

Austin suspira, dramático.

—¿o cambio pañales, tío —replica—. Y puede que no se me den bien las trenzas, pero te seco el pelo a menudo. —Mira a Emory.

Ella pone cara de pensativa y asiente:

—Es cierto.

—¿Lo ves? —Austin señala inmediatamente a Sebastian—. Tú eres el que tiene la mente sucia.

Todos se ríen.

Aprovecho la pausa para mirar a Brooke, echando de menos a la pequena Caroline.

—¿Y Carol?

—La dejamos con mi madre —responde ella—. Se estaba recuperando de una gripe, así que pensamos que era mejor esperar un poco más antes de traerla a conocer a las chicas.

Entonces, Kyle cruza los brazos y mira a su alrededor.

—Pero ¿dónde está el papá de esta casa, eh?

—Y aquí solo hay uno. Dijeron que eran dos —añade Jordan.

—Sí… ¿Dónde está? —añade Sebastian.

—Tuvo que bañar a Summer —explico—. Mamó mucho y se le cayó la leche sobre la ropa. Ya debe estar bajando.

Como si lo hubiera invocado el comentario, Tyler aparece en lo alto de la escalera.

O mejor dicho…

En la silla elevadora, bajando como un rey en su trono. Un trono demasiado pequeño para un hombre de ese tamaño.

Pero aun así… un trono.

Lleva a Summer en brazos, pegada al pezón postizo del sujetador de leche que lleva sujeto al pecho.

Austin es el primero en reaccionar ante la escena.

—Joder —suelta—. El tío se ha puesto tetas.

Mira a Emory.

—Con eso no se puede competir, amor. Aprendo a hacer trenzas, incluso peinados sofisticados… pero nada de silicona en mí.

—Cállate, Prince —le ordenan todos al mismo tiempo.

Me río a carcajadas. Yo tampoco lo podía creer cuando Tyler apareció en casa con eso. Todo porque quería ayudarme al máximo. Dar el pecho a dos niñas al mismo tiempo estaba siendo una tarea complicada.

Entonces, como siempre, su padre lo solucionó.

Steffany suelta mi pecho en ese instante, despertándose y dejando claro que lo estaba usando más como chupete que como comida.

—Es un sujetador de leche, loco —aclaro—. No se ha puesto un pecho.

Maddie cruza los brazos y suelta, muy didáctica:

—Porque, para producir leche, sería necesario tener glándulas mamarias funcionales. La silicona no tiene esa capacidad.

Tyler finalmente llega al final de la escalera en la planta baja.

Le quita con mucho cuidado el pecho postizo a Summer, le limpia la boquita con el paño que lleva colgado del hombro y la sostiene con naturalidad, mostrando la carita de nuestra hija a todos.

Kyle señala el sujetador.

—Tío… ¿eso no se sale?

Tyler sonríe.

—Nada. Tiene un cierre aquí abajo —dice mientras presiona la parte inferior—. Solo hay que apretarlo.

Kyle parece genuinamente interesado.

Sebastian se da cuenta.

—¿Qué pasa, grandullón? —lo provoca—. ¿También quieres darles el pecho?

Kyle se encoge de hombros.

—Si hace falta.

Brooke levanta una ceja.

—Solo si son gemelas, cariño. Porque un pecho más siempre es bienvenido.

—Creo que cuando es solo uno también lo es —comenta Emory—. Ben me mataba.

Tyler se pone de pie y, cuando está a punto de poner a Summer en mis brazos, le hago un gesto para preguntarle si Winter quiere cogerla.

Noto que sus ojos brillan de emoción.

—Hola, Summer… —susurra en un tono delicado—. Aquí está tu tía Win. Una lágrima le recorre la mejilla y ni siquiera le importa.

Miro a Brooke, que comparte ese sentimiento de nostalgia. Llamar a una persona que significa tanto para nosotros ahora por el nombre de alguien que ya significó algo.

—Es preciosa, Sid —dice con voz entrecortada—. Gracias.

Inclino la cabeza y apoyo la mejilla en su hombro.

El silencio carga de una emoción densa, profunda, trascendental.

Alguien tose, rompiendo el clima. Y la voz de Sebastian indica que fue él:

—Bueno… ¿Qué tal, Tyler? ¿Qué se siente tener la vida patas arriba por culpa de nuestra Sidney, eh?

—Te has dado cuenta de que con ella es una sorpresa tras otra, ¿no? —Jordan añade, sonriendo y pasando el brazo por los hombros de Maddie sobre el respaldo del sofá.

Ty se acerca a la mesa del comedor, saca el pecho y lo coloca allí con cuidado. A continuación, se vuelve hacia todos:

—Pensaba que ya había ganado muchas cosas en la vida —dice—. Partidos. Títulos. La *Super Bowl.*

—Dos veces—, destaco, y él me sonríe.

—Pero nada… nada se acerca a lo que Sidney me ha dado. A su lado tengo mucho más que victorias, tengo sentimientos, amor, familia… —Se acerca a mí, sentándose en el brazo del sofá y arreglándose un mechón de pelo que se había escapado de la trenza —. Tengo un futuro.

Austin carraspea.

—Vale… —murmura—. Eso ha sido una mierda.

—Para quien se casó en Las Vegas, tal vez —Sebastián suena resentido, encogiéndose de hombros.

—¡Oye! Fue idea de tu hermana, tío. Yo quería una boda con pompa y boquilla.

—¿De verdad, cariño? —pregunta Emis, temerosa.

—Claro que no, pequeña. Pero ya he aguantado suficiente a tu hermano toda la vida, ¿no crees? —susurra en voz alta, con ese tono cómico tan característico de Austin Prince.

Suelto una risa floja y me acurruco en el cuerpo de Tyler, que me abraza por un lado. Arregla con cuidado el cuello del mono de Steffany. A continuación, me besa en la coronilla.

Levanto la mirada y encuentro la suya, y sonreímos. La felicidad es un sentimiento real, posible, aunque se alcance tras innumerables batallas. Y vale la pena. Mucho.

Luego miro esa sala llena.

Mis amigos.

Mujeres fuertes y decididas.

Hombres que un día parecían gigantes invencibles en el hielo.

Todos aquí, conociendo a dos personitas que nacieron de una hipótesis improbable.

Y creo que si alguien me hubiera dicho hace años que mi vida acabaría así…

habría pensado que estaba delirando.

Pero aquí estamos.

Leche.

Caos.

Amor.

La vida tiene un sentido del humor peculiar, ¿no?

A veces lo estropea todo… solo para ofrecernos algo mucho mejor a cambio.

Agradecimientos

Voy a empezar este tema de forma diferente a lo habitual, porque han pasado muchas cosas mientras lo escribía.

Este libro vino al mundo en un momento intenso, lleno de altibajos emocionales que parecían obstáculos insuperables.

Y llegar a la parte de los agradecimientos, con Tyler y Sidney ahí, completamente para ustedes, es una victoria que merece fuegos artificiales mentales. Lo juro.

Cada libro es una trayectoria única.

Pero el primero de nuestros Titanes fue un poco más allá.

Estaba viviendo un caos particular, y nuestros personajes se mantuvieron firmes en su propósito.

Por eso, voy a dar las gracias a quien me ha concedido la gracia de mantener activa la creatividad, que es nuestro Jefe allá arriba.

¡Gracias, Señor Dios nuestro!

Gracias por sostener mi mano.

Gracias por mi familia.

Gracias por poner a personas maravillosas en mi vida durante el camino.

Gracias por tener un equipo increíble que me entiende y me apoya.

Gracias por las maravillosas lectoras que me envían mensajes de ánimo.

¡Gracias, Señor!

Sin Ti, no tendría nada.

¡Y contigo, lo tengo todo!

Dicho esto, vamos a nombrar a aquellas que participan en todo y leen el texto previamente para que llegue a ustedes de la mejor manera posible. Espero expresar aquí el inmenso cariño que les tengo.

Ingrid, mi beta y asesora llena de vida, alegría y dedicación. Ya no imagino mi vida como escritora sin ti a mi lado. De verdad.

A lo largo de los meses, hemos creado una amistad con raíces profundas basada en el respeto y el amor.

Incluso tuvimos una cancioncilla original para pedir más capítulos (risas).

Admiro mucho la persona que eres.

Lilian, mi beta, que se emociona y se embarca en cada historia en cuerpo y alma. Cada vez que envío un capítulo, estoy ansiosa por escuchar tus audios. Ayudan a construir la narrativa con las líneas que a veces se escapan.

Eres mi remate particular.

Gracias por estar conmigo, amiga.

Flavinha, mi beta sénior (el título es por antigüedad, jeje, ¡ella es muy joven, gente!), eres constancia y cuidado. Tus

emocionantes arrebatos y las fotos de la playa alegran mi día. Las ventajas de vivir en una ciudad costera, ¿no?

En fin. Eres sensible y esencial para mí.

Gracias, mis betas, por acompañarme con tanta lealtad y cariño.

Ahora, pasemos al sector de la publicidad.

A mis chicas de Infinity, Fran y Vitorinha, os quiero mucho. Os quiero como personas, como profesionales, como amigas que me ha dado el mundo literario.

Que nuestro viaje nunca termine.

¡Gracias, mis bellezas!

A una persona que ha hecho que la promoción de los libros sea emocionante con sus vídeos: ¡Carlinhaaaaaa!

Me has hecho llorar tantas veces que he perdido la cuenta.

Cada vídeo es un torrente de emociones.

Tu talento creativo es algo excepcional y estoy muy feliz de tenerte conmigo.

¡Gracias!

A mi increíble asesora, Jackie…

Gracias por estar presente en cada etapa, con paciencia, estrategia y corazón.

Eres la estructura del Silvieverso y el equilibrio de mi mente.

A mi revisora, Camila Brinck,

Gracias por acoger cada historia, incluso cuando la autora loca decide cambiarlo todo en la prórroga.

Su entrega, su mirada atenta y, sobre todo, sus arrebatos apasionados forman parte del proceso. ¡Y yo los amo a todos!

Y a ti, mi lectora, que has llegado hasta aquí, que has elegido esta historia para tu momento de entretenimiento.

¡Gracias por elegir Una jugada nada planeada!

Si puedo seguir viviendo de lo que amo es porque tú has elegido vivir una historia más conmigo.

Necesito pedirte un favor: si te ha gustado el libro, ¡déjale **una reseña con cariño!**

Tu opinión ayuda muchísimo a que nuestras historias lleguen cada vez más lejos.

Con todo mi amor,



Otros libros de la autora

Serie Gladiadores del Hockey



Cuatro amigos. Cuatro historias intensas. Y un pacto en el hielo para no perder nunca el partido… ni el corazón.

En la Universidad de Michigan, el hielo es más que un campo de batalla para los Gladiadores. Entre entrenamientos agotadores, rivalidades encarnizadas y partidos emocionantes, Sebastian, Kyle, Austin y Jordan comparten más que el amor por el hockey: son hermanos de corazón, unidos por la lealtad y secretos que el mundo no conoce.

Pero cuando el romance entra en juego, cada uno tendrá que enfrentarse a su propio pasado y a los retos de amar al frenético ritmo de una temporada implacable.

Entre pasiones prohibidas y dramas personales, cada Gladiador descubrirá que, por mucho que intenten mantener el corazón blindado, algunos amores son lo suficientemente intensos como para derretir cualquier hielo.

Una serie para los amantes de las novelas intensas e irresistibles, llenas de pasión, humor y el encanto de los jugadores de hockey. Prepárate para vibrar con cada jugada y animar a que estos corazones de hielo encuentren el amor.

---

[1] Personaje secundario citado en Corazón de hielo: entre el odio y el deseo, de la serie Gladiadores del hockey.

[2] Referencia sobre la película: Cuatro bodas y un funeral.

[3] Dispositivo intrauterino.

[4] Referencia a «mujer de malandro», que disfruta de los hombres sin vergüenza/sinvergüenzas. Aquí, es en este sentido.

[5] Twizzle es un movimiento de patinaje artístico en el que la persona da vueltas rápidas sobre un solo pie mientras se desliza por el hielo.

[6] Inicio de la jugada.

[7] Línea imaginaria de la jugada.

[8] Equipo de Kansas *City*, Misuri.

[9] Reunión rápida antes de la jugada. Ese círculo que forman los jugadores.

[10] El receptor corre en línea recta y luego corta en ángulo hacia el centro del campo, atravesando la defensa.

[11] Es una ruta muy corta, hacia el lateral, casi paralela a la línea de *scrimmage*.

[12] Jugador lateral.

[13] Lugar para el equipo técnico.

[14] Cuando un jugador de fútbol americano derriba o detiene a otro.

[15] Personas contratadas para pasear perros.

[16] Centro de entrenamiento.

[17] San Francisco de Asís (1181/82-1226) fue un santo católico conocido por su amor a la naturaleza y a los animales, por lo que se le considera su patrón.

[18] Villano del universo Marvel que busca las Gemas del Infinito para obtener el poder absoluto. Se hizo famoso por eliminar la mitad de la vida del universo en Vengadores: Infinity War.

[19] Es cuando el quarterback (el jugador que inicia la jugada) entrega el balón con las manos al running back.

[20] Es cuando alguien de la defensa derriba al jugador que tiene el balón.

[21] Rueda estratégica que hacen los jugadores antes de que comience la jugada.

[22] Es una jugada engañosa en la que el quarterback (QB) hace ver que va a lanzar el balón lejos, pero en realidad hace un pase corto y rápido a un jugador que está muy cerca de la línea de scrimmage.

[23] Sitio web de citas más serio, donde la mujer inicia la conversación. Promete evitar conversaciones con gente desagradable. En fin. Hay una película en Netflix sobre la fundadora. Búscala, les va a gustar.

[24] Fraternidad universitaria de estudiantes de STEM, programadores, genios raros.

[25] Vaca en inglés.

[26] *Closed-Circuit Television:* cámara de seguridad/circuito interno de cámaras.

[27] Concepto de pase en el que dos receptores realizan rutas cruzadas cortas, creando «tráfico» para confundir a la defensa y abrir un hueco libre en el centro del campo.

[28] Cadencia del QB: secuencia de comandos pronunciados antes del snap. «Blue eighty» es un código del ataque; «set» prepara la línea; «hut» es la señal para que el centro lance el balón y comience la jugada.

[29] Tema candente.

[30] Es ese momento en el que el vídeo se cuelga, la rueda gira en la pantalla y te dan ganas de tirar el router por la ventana.

[31] Es una referencia a la película Gremlins (1984), en la que unas pequeñas criaturas aparentemente adorables se convierten en seres diabólicos.

[32] Águila en inglés.

[33] Libro escrito por Heidi Murkoff.

[34] Es como si fuera: ¡Listos!

[35] Es el sonido que marca el tiempo del *snap.*

[36] Kettlebell es esa pesa de gimnasio que parece una bola de hierro con un asa en la parte superior.
[37] Referencia a la película Matrix.
[38] Y el bebé cumple tres años: el plan de seis pasos para preservar la intimidad en el matrimonio y reavivar el romance tras la llegada del bebé.